



Batea mi
CORAZÓN

ROSE B LOREN



Batea mi corazón

Rose B. Loren

Primera edición en digital: julio 2017

Título Original: Batea mi corazón

©Rose B. Loren 2017

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Artsiom Kireyau ©Eugene Onischenko

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-52-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los

titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las



leyes.

Existen derrotas, pero nadie está a salvo de ellas. Por eso es mejor perder algunos combates en la lucha por nuestros sueños que ser derrotados sin siquiera saber por qué se está luchando.

Paulo Coelho.

INDICE

Capítulo 1

La perdí para siempre

Capítulo 2

Después de la operación

Capítulo 3

La espera

Capítulo 4

Comienza la rehabilitación

Capítulo 5

Haciendo pequeños progresos

Capítulo 6

Una fiesta un tanto movida

Capítulo 7

Un adiós

Capítulo 8

Comienzos difíciles

Capítulo 9

El tratamiento de Cath

Capítulo 10

Una recaída

Capítulo 11

La consulta

Capítulo 12

La visita de Gianna

Capítulo 13

Sincerarme

Capítulo 14

Una urgencia

Capítulo 15

La mejoría

Capítulo 16

Conociendo al bebé de Cath

Capítulo 17

Cristal

Capítulo 18

[Cristal se abre a mí](#)

[Capítulo 19](#)

[¿Y ahora qué?](#)

[Capítulo 20](#)

[Una prueba de amor](#)

[Capítulo 21](#)

[Llegó el día](#)

[Capítulo 22](#)

[Y por fin lo conseguí](#)

[Capítulo 23](#)

[El día después](#)

[Capítulo 24](#)

[Despertar a su lado](#)

[Capítulo 25](#)

[La consulta de Cristal](#)

[Capítulo 26](#)

[Regresar a la rutina](#)

[Capítulo 27](#)

[Una nueva oportunidad](#)

[Capítulo 28](#)

[La noticia](#)

[Capítulo 29](#)

[Todo se complica](#)

[Capítulo 30](#)

[Problemas en el paraíso](#)

[Capítulo 31](#)

[Después de la tempestad viene la calma](#)

[Capítulo 32](#)

[Nuestra vida juntos](#)

[Capítulo 33](#)

[Buenas noticias](#)

[Capítulo 35](#)

[Una cita conjunta](#)

[Capítulo 36](#)

[¿Día de chicas?](#)

[Capítulo 37](#)

[La recuperación](#)

Capítulo 38

La noticia

Capítulo 39

De vuelta al entrenamiento

Capítulo 40

El día de mi regreso

Capítulo 41

Las declaraciones

Capítulo 42

Volviendo a la normalidad

Capítulo 43

Días antes de la boda

Capítulo 44

El gran día

Capítulo 45

Disney Word

Capítulo 46

Regresar a nuestras vidas

Capítulo 47

Rompiendo Aguas

Capítulo 48

Ethan

Capítulo 49

De nuevo la calma

Capítulo 50

Nuestro viaje a Europa

Epílogo

Capítulo 1

La perdí para siempre

Cuando todo parece ir bien, cuando tu vida se ha estabilizado y las cosas parece que funcionan, de pronto el destino te juega una mala pasada y toda tu vida se desmorona.

Siete años antes

Estoy en la sala de espera del Hospital General de Massachusetts, esperando a que Jo, mi esposa, dé a luz a nuestra preciosa hija.

Cuando me dijo que estaba embarazada, todo mi mundo cambió, no estaba preparado para ser padre; acababa de firmar un contrato con mi actual equipo, los Boston Red Sox, nos habíamos mudado desde Nueva York, dejando a nuestra familia allí. Jo se enfadó por mi reacción ante la noticia de nuestra próxima paternidad.

«—Nena, ¿estás segura? Ahora no es el momento.

—Como quieras, le diré a nuestro cigoto que se espere unos años a desarrollarse. Hasta que el señorito esté preparado. ¡Ryan! Por favor, sabíamos que podía pasar cuando dejé de tomar la píldora.

—Lo sé, pero ahora mismo no sé si es el mejor momento para ser padres, mi futuro está en juego, esta apuesta es muy importante, no sé si podré sobrellevarlo.

—Estamos hablando de tener un hijo, es lo que siempre habíamos querido, formar una familia.

—Pero justo ahora...

—Ryan, voy a tener este bebé te guste o no. Si te arrepientes de la decisión que tomamos, lo respetaré. Lo tendré sola.

—Nena, no es eso, pero sabes que estamos en el comienzo de la temporada, entrenaremos todos los días, no voy a poder ocuparme de ti como necesitas.

—Sé cuidarme sola —contesta malhumorada.

—Cariño, no te enfades, tendremos ese bebé, espero que al menos sea un niño y que le guste el béisbol como a su padre».

Aquí estoy, ocho meses después, deseando que todo salga bien y poder ver pronto a mi pequeña princesita y a mi amor. No era lo que yo quería, pero desde el momento en el que vi la ecografía, descubriendo que era una niña, supe que me robaría el corazón.

Llevo más de tres horas en la sala de espera, sin que nadie me diga nada. Quise entrar al paritorio, pero algo se ha complicado y de momento no me han dado permiso para entrar. Mi paciencia se está colmando y cuando veo aparecer a una enfermera, le pregunto:

—Señorita, ¿me podría facilitar alguna información sobre Josephine Farrell?

—Lo siento; en cuanto pueda, saldrá el médico a decirle algo.

En ese momento, mi familia aparece en la sala; al menos la espera será más llevadera. Los he avisado en cuanto rompió aguas, pero hay casi cuatro horas de distancia entre Nueva York y Boston. Jo no tiene familia, pues sus padres fallecieron en un accidente de tráfico hace unos años.

—Ryan, hijo, ¿cómo va todo?

—Aún no me han dicho nada, no me han dejado entrar, dijeron que el bebé venía con una vuelta de cordón y que era posible que tuvieran que hacerle una cesárea. Pero de momento no tengo ninguna noticia.

—Tranquilo, estas cosas son normales —expone mi hermana, que es enfermera en el hospital NYC Salud—, intentaré enterarme de algo, ahora mismo vuelvo.

—Hijo, todo va a salir bien —mi padre me estrecha entre sus brazos y me reconforta.

No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento; quizás solo sea uno de mis muchos desvaríos, pero sea lo que sea, mis nervios comienzan a crispase.

Mi hermana sale al poco rato, su cara de preocupación nos alerta a todos.

—Cath, ¿qué ocurre?

—Jo está grave, ha habido complicaciones en el parto, ha perdido mucha sangre, está muy débil y...

—¿Y? —le pregunto agarrándola con fuerza.

—Ryan, quiero que te pongas en lo peor, puede que no sobreviva ninguna de las dos. Van a hacerle la cesárea ahora mismo porque al bebé le han bajado las constantes.

—¿Cómo es posible? ¿Han esperado todo este tiempo y aún no le han hecho la cesárea?

—Siempre se intenta por el método natural antes de hacerla.

Todo mi cuerpo tiembla ante la posibilidad de perder a Jo y también a mi bebé, que aún no tiene nombre. Las lágrimas se agolpan por salir ante la estupefacción de toda la familia, que se han quedado mudos.

—Me van a dejar entrar —dice Cath—, os mantendré informados.

Mi hermana regresa al paritorio y todos permanecemos en silencio, esperando lo que sea que tenga que pasar.

No puedo perderla ahora, no sería justo para nosotros. Solo llevamos tres años casados; nos conocimos en el instituto y pese a que al principio Jo se negó a tener una relación, yo supe, desde el primer momento en que la conocí, que sería la mujer de mi vida.

Una hora más tarde, mi hermana sale con cara de desolación y con el bebé en brazos.

—Ryan, esta es tu hija —la deposita en mis brazos y la observo; es preciosa, tan pequeñita, con esos preciosos ojos azules, con la cara sonrosada y esas pequeñas manitas, es casi tan guapa como su madre.

—Cath, dime algo de Jo.

—Cariño... —me dice con lágrimas en los ojos—, Jo no lo ha conseguido. Pero antes de morir me pidió que te dijera que te quiere con todo su corazón y que cuides de vuestra hija. Que le gustaría que su nombre fuera Jo, para que siempre te acuerdes de ella.

Estrecho a la pequeña Jo entre mis brazos, cuando las lágrimas se apoderan de mí. No es posible, no es justo perder a la mujer de mi vida, a la madre de mi hija...

Le entrego la niña a mis padres ante sus vidriosos ojos al recibir la noticia, y salgo rápido a la calle. Esto no está pasando, necesito gritarle al mundo que no es justo que mi hija crezca sin una madre.

—¿Por qué?—chillo cuando estoy fuera golpeando todo lo que se encuentra en mi camino—. ¿Por qué?

Sentado en un banco de la calle, dejando que la suave brisa inunde mis sentidos, lloro desconsolado.

No sé cuánto tiempo permanezco de esa manera, sin poder remediarlo. Mi padre se acerca a mí cuando parece que me he calmado un poco.

—Hijo, la vida nos pone muchos obstáculos, pero todo sucede por algún motivo; quiero pensar que Jo estará ahora descansando en un lugar privilegiado, que te cuidará, velará por ti y por vuestra hija.

—¡No es justo, papá!

—Lo sé, Ryan, pero no podemos hacer otra cosa, ahora mismo lo único que debemos hacer es recordarla y evitar que el dolor se apodere de tu alma.

—No puedo vivir sin ella...

—Lo conseguirás, tienes que tener paciencia y dejar que pase el tiempo...

—Necesito pedirlos un favor, ahora mismo mi carrera está en su punto más alto, aunque no sé si podré seguir adelante... No puedo cuidar a la pequeña Jo...

—Hijo, no puedes desentenderte de tu hija.

—Papá, ahora no puedo tenerla conmigo, es igual a ella...

—Hablaré con tu madre, pero tu hija te necesita, ya ha perdido a su madre, no permitas que se críe también sin su padre. Podemos mudarnos por un tiempo a Boston para ayudarte si es lo que quieres...

—Necesito ayuda, no sé cómo podría cuidar a un bebé yo solo.

—Te ayudaremos...

Los médicos nos informan de que la pequeña Jo tiene que quedarse en observación durante al menos un par de días. Que comenzarán a darle leche para lactantes y que podemos acudir a la zona de pediatría para que comience su primera toma, una vez realizadas las pruebas oportunas.

—Ve hijo, nosotros nos encargamos de todo el papeleo relativo a Josephine —comenta mi padre, aún compungido por la noticia.

Cath me acompaña y, con su ayuda, me siento en una silla y le doy el biberón a mi pequeña, pero soy incapaz de mirarla sin que vengan a mi memoria miles de momentos.

—Cath, no puedo hacerlo...

—Ryan, tienes que hacerlo por tu mujer... Ella estaría muy decepcionada si renegaras de vuestra hija.

No digo nada y sigo intentándolo, pero el dolor me puede; le entrego el bebé a mi hermana y salgo de la habitación. Me falta el aire, necesito respirar y asimilar la pérdida de mi esposa.

Acabamos de enterrar a Jo, el amor de mi vida, y siento un gran vacío en mi corazón, creo que no conseguiré volver a llenarlo nunca. Mis padres se han ocupado de mi hija, ahora mismo creo que no soy el padre que ella necesita. Estoy sumido en la desesperación y no sé si algún día podré sobrellevar este dolor de otra manera que no sea con el alcohol.

Nadie lo sabe, pero desde la muerte de Jo me he mantenido firme gracias al whisky. Es lo único que mitiga el dolor tras su pérdida.

Después de un velatorio repleto de familiares, amigos y compañeros de

trabajo, me tumbo en la cama, con el traje puesto.

«Si Jo me viera, seguro que me regañaría», pienso.

Cuánto me gustaría que así fuera, pero ya no es posible, jamás volveré a tocar su tersa piel, ni volveré a besar sus dulces labios...

Con la botella de whisky en la mano, bebiendo sin ningún tipo de control, consigo al fin quedarme dormido; el tercer día, sin mi amada Josephine.

Los días pasan, mis padres se trasladan a Boston para ayudarme con la pequeña Jo. Apenas me ocupo de ella, creo que, durante su primera semana de vida, solamente la he tenido en brazos cuando mi hermana me la entregó y cuando intenté darle, sin éxito, su primer biberón.

Me centro en recuperar mi trabajo, pero todo me recuerda a mi esposa: nuestra cama, nuestra casa... No consigo asimilar su pérdida, el dolor se convierte en ira, la ira en desesperación y me sumo en una profunda oscuridad durante varios años.

En la actualidad

Hoy es el cumpleaños de mi hijita y el aniversario de la muerte de mi esposa; han pasado siete años y tengo un partido decisivo para clasificar a mi equipo entre los cinco primeros del campeonato. Soy el lanzador estrella de los Red Sox, mi equipo desde hace casi ocho años.

Por primera vez, mi hija ha acudido al campo acompañada de mis padres. Después vamos a festejar su cumpleaños y llevaremos flores a la tumba de su madre.

Pero como si los astros se hubieran alineado contra mí, en uno de los golpes decisivos del partido, al ir a lanzar la bola, hago un mal movimiento y caigo dolorido al suelo.

Tumbado en mitad del campo, miro a mi hija, su cara denota preocupación y siento que me duele más haberla decepcionado que el dolor físico que ahora mismo tengo.

El entrenador se acerca para ver mi estado, el médico del equipo decide sacarme del campo.

—Ryan, parece una lesión grave en el hombro, será mejor ir al hospital y que te hagan unas radiografías, quizás necesiten hacerte también una resonancia.

—Estoy bien, puedo continuar...

—No digas tonterías—expone el entrenador—, haz caso al doctor.

Mis padres se acercan con Jo, que me abraza con delicadeza.

—Papi, has estado genial, verás como pronto te recuperas, me gustaría venir más a verte jugar...

—Cariño, cuando quieras. Ahora tenemos que ir al hospital, siento fastidiarte la fiesta de cumpleaños...

—Papi, no pasa nada, yo solo quiero que te pongas bien.

Sus palabras me enternecen. Y pensar que durante los tres primeros años de su vida apenas la he tenido en mis brazos y no le he prestado ninguna atención. Gracias a mis padres, que se instalaron en nuestra casa y se han preocupado por ella. Pero aun así, tengo que dar gracias a Dios, porque mi hija, a pesar de todo, me profesa un amor incondicional y yo también a ella.

En el hospital, tras un rato de espera, me pasan a un box.

—Ryan, dime, ¿cómo te has lesionado? —pregunta el doctor Hanigan, que ya me conoce.

—Fui a lanzar una pelota y noté un crujido en mi hombro, el dolor fue muy intenso, ahora es más moderado.

—Está bien —dice intentando moverlo pese al dolor que siento—, vamos a hacer una resonancia, creo que será la mejor opción para ver si hay ligamentos o tendones dañados, pero no tiene buena pinta. La rigidez que muestra no me gusta nada.

—Doctor Hanigan, me conoce bien, sabe que nos estamos jugando una

plaza para la final del campeonato, tiene que ponerme algo inmediatamente.

—Ryan, no voy a dejar que te lesiones aún más... Lo siento, pero sabes que no soy de esos médicos que hacen la vista gorda con las lesiones, yo me preocupo por mis pacientes. No obstante, no vamos a precipitarnos, quizá solo sea una distensión. Ahora voy a pedirte una resonancia, pero tendrás que esperar.

—Hoy es el cumpleaños de mi hijita...

—Haré lo que pueda...

Salgo del box, veo a mis padres y a Jo. Mi hija viene a mi encuentro en cuanto salgo.

—Papi, ¿estás bien?

—Tienen que hacerme una prueba, pero seguro que mañana ya no me duele. Nenita, me temo que tendremos que pasar aquí bastante rato, pero te prometo que te lo compensaré y que haremos una gran fiesta de cumpleaños más adelante.

—Papá, no me importa la fiesta, solo quiero que te curen pronto y que ya no te duela —dice estrechándome entre sus brazos; me arrodillo y la cojo como puedo con el brazo que no tengo dolorido.

—Tesoro, te quiero. Eres la mejor...

—Papi, tú sí que eres el mejor papá del mundo. Te quiero.

Tras esperar casi hora y media, una enfermera viene a buscarme.

—El señor Ryan Halt.

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, vamos a hacerle una resonancia.

—Papi, ¿yo puedo ir?

—No cariño, tienes que quedarte con los abuelos.

Resignada, mi hija se sienta con mis padres mientras yo acompaño a la enfermera. Tras permanecer en la máquina de resonancias media hora,

regreso de nuevo a la sala de espera. El doctor Hanigan me hace entrar de inmediato al box.

—Ryan, seré sincero, tienes una rotura del tendón en el manguito rotador del hombro, es una lesión muy común en los lanzadores de béisbol. Existen varios tipos de lesiones, pero tengo que comunicarte que la tuya precisa de cirugía y de inmediato, además de una larga recuperación... Creo que no volverás a jugar este año. Pero no nos vamos a anticipar a los acontecimientos; necesitarás un buen fisioterapeuta para paliar la lesión.

—No es justo...—comento con la voz entrecortada.

No puedo creer que justo en esta fecha, vuelva a sucederme una desgracia.

—Te recuperarás, pero tenemos que operarte lo antes posible. Ahora tienes cinco minutos para avisar a la familia, tenemos que hacerte el preoperatorio.

Salgo del box sin saber qué decirles a mis padres y a mi hija. Mi cara de preocupación hace presagiar que algo no va bien.

—Hijo, ¿todo bien? —pregunta mi padre.

—No..., tienen que operarme, parece ser que tengo una rotura en un tendón del hombro.

—Seguro que no es nada... —comenta para animarme.

—Es posible que me pierda el resto del año.

—Quizás no sea para tanto, los médicos siempre se ponen en lo peor, lo importante es que la operación salga bien, buscaremos al mejor fisioterapeuta si es necesario.

—Gracias padre...

—Papi, te vas a recuperar, ¿verdad?

—Eso espero, cariño.

Nervioso, me despido de mis padres y de mi pequeña para regresar al box. Tras pasar las pertinentes pruebas para la operación, me colocan el suero y me dejan tumbado, con el hombro inmovilizado.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el doctor me indica que vamos a quirófano, pues me he sumido en un profundo sueño donde Jo estaba viva y a mi lado para superar este duro momento.

Capítulo 2

Después de la operación

Al llevarme al quirófano, todo pasa muy deprisa. Han decidido sedarme al verme tan alterado, y cuando despierto, no noto parte del cuerpo.

—Ryan, ¿cómo te encuentras? —me pregunta el doctor.

—Un poco adormilado y no siento el brazo.

—Es normal, aún está dormido. La operación ha sido un éxito; ahora viene lo peor, la recuperación. Tendrás que trabajar muy duro, es una lesión muy importante que en muchos casos no se consigue recuperar al cien por cien. Me gustaría recomendarte a una fisioterapeuta. Sé que en el equipo tenéis uno, pero déjame decirte que esta mujer es una eminencia en Boston. Coincidimos en un congreso y todo el mundo habla maravillas de ella, dicen que tiene unas manos prodigiosas. Ha conseguido recuperar a varios deportistas de élite rechazados por otros fisioterapeutas de todo el estado.

—Lo que usted diga, doctor. Yo solo quiero recuperarme cuanto antes.

—Tendrás que estar hospitalizado un par de días, después te daré los datos de su clínica, para que vayas a verla. Tienen que pasar seis semanas hasta que puedas empezar la recuperación, tendrás que llevar el brazo en cabestrillo e inmovilizado. Pero quiero que acudas a su clínica, puesto que tiene una gran lista de espera y además debes comenzar por hacer varios ejercicios para no perder los músculos del brazo. Ahora mismo te vamos a pasar a planta. Estoy seguro de que tus padres y tu hija querrán verte.

—Gracias, doctor.

Me instalan en una habitación y enseguida aparece mi familia.

—Papi, ¡qué ganas tenía de verte!—dice mi hija, y se me parte el alma al tener que pasar el día de su cumpleaños en un hospital.

—Jo, lo siento cariño, seguro que este es el peor cumpleaños de la historia...

—No digas eso papi, yo solo quiero que te recuperes, ese será mi deseo al soplar las velas. La tía Cath vendrá dentro de un rato. Ya he pedido mi tarta.

—Te quiero, cariño.

—Papi, yo también te quiero.

Le hago un sitio en la cama y se tumba conmigo. Está agotada y, sin quererlo, se queda dormida. Me reconforta tenerla a mi lado, sentir sus respiraciones agitadas cuando duerme y saber que se preocupa tanto por mí, como si fuera una adulta.

—Hijo, ¿cómo te encuentras? —sisea mi madre al llegar.

—No tengo dolores, si es lo que preguntas, aunque psicológicamente esto me ha destrozado. Es quizás mi última temporada en activo y justo me lesiono el día del cumpleaños de mi pequeña y del aniversario de la muerte de mi esposa. No es justo...

—La vida a veces no es justa, pero saldrás adelante, eres un gran luchador hijo, solo te has rendido una vez, y conociste a Helen para que ella te guiara por el camino adecuado.

Sus palabras me hacen echar la vista atrás, justo al primer aniversario de la muerte de Jo. No pude acudir al cementerio de la borrachera que tenía, quería olvidarme de todo y un incidente hizo que recobrar por completo la cordura.

Esa temporada estuve exiliado al banquillo durante casi todos los partidos por llegar bebido al campo. No pude evitarlo, era mi forma de combatir el dolor tras la pérdida de mi mujer. Aún no sé cómo el equipo siguió contando conmigo.

Pero un acontecimiento cambió mi vida por completo. Conducía ebrio por la carretera, era ya una costumbre. Pero gracias a lo que ese día sucedió, dejé la bebida.

Dos vehículos colisionaron delante de mí, frené el coche y sin pensarlo mucho estacioné en el arcén. No sé ni de dónde saqué las fuerzas necesarias, pero me lancé a ayudar a las personas que estaban atrapadas en uno de los vehículos. El conductor no daba señales de vida, sin embargo, el copiloto, una mujer, presentaba múltiples contusiones en la cabeza y brazos, por el

impacto. Tenía las piernas aprisionadas por la carrocería del vehículo. Durante todo el tiempo que permaneció atrapada, me mantuve a su lado dándole ánimos, intentando que no se durmiera. Los bomberos y las ambulancias tardaron más de media hora en llegar, debido al atasco provocado por el accidente. Me dieron las gracias por mi ayuda al mantenerla despierta.

El conductor, su marido, no sobrevivió, pero Helen, la mujer, consiguió recuperarse de las heridas. Ella me ayudó a dejar a un lado el alcohol y ver la vida de otra manera con su gran entereza. Ahora somos grandes amigos, la pena es que ella vive en Washington y apenas nos vemos, aunque nos une mucho más que ese tiempo que compartimos mientras ella estaba atrapada en el coche; ambos hemos pasado por la pérdida de nuestras parejas siendo muy jóvenes.

Sumido en un profundo sueño, tras recordar lo sucedido años atrás, me despierto y veo a Cath y Peter, su esposo. Varios de mis compañeros y amigos también han acudido a verme. La habitación parece una sala de fiestas. Mi hija está feliz, al menos tiene un cumpleaños con la gente que la quiere y doy gracias porque, de momento, mi hombro no me esté molestando demasiado para poder celebrar, como puedo, este día. Lo que más lamento es no poder llevarle a mi esposa su ramo de flores, como en casi todos los aniversarios tras su muerte.

Han pasado dos días desde mi operación. Tal y como el doctor indicó, acaban de darme el alta, tengo el hombro inmovilizado y llevo el brazo en cabestrillo. Cath ha cogido unos días de vacaciones para estar con nosotros. Su esposo ha regresado a su trabajo, pero vendrá el fin de semana.

—Ryan, creo que tu hija es igual de tozuda que su padre. No he podido dejarla en casa con sus abuelos, ha insistido en venir a recogerte.

—Tía Cath, solo tengo un padre. Tengo que cuidar de él.

Sonríó ante sus palabras, es muy madura para su corta edad. Así es mi hija, una niña cariñosa, estudiosa y de gran corazón. No puedo quejarme para nada de ella.

—Cath, tienes que llevarme a esta clínica —digo dándole la tarjeta que el doctor me ha entregado—, me han dicho que la fisioterapeuta es la mejor de todo Boston.

—Tranquilo, espero poder llegar, ya sabes que no conozco la ciudad tan bien como tú, pero vayamos ahora mismo. Todo por mi hermano menor —concluye con retintín.

Me ayuda a montar en el coche y ponemos en el navegador la dirección de la clínica. Quince minutos después, llegamos al lugar indicado.

—Si queréis, bajo yo solo—les digo.

—Está bien, te esperaremos en el coche.

Me ayuda a bajar y entro en la clínica. Es muy espaciosa, está llena de gente y me fijo en una mujer de unos treinta años, pelirroja y con una figura muy estilizada pese a llevar un atuendo de médico.

Tras esperar varios minutos a que alguien me atienda, me acerco a ella.

—Disculpe, señorita, buscaba a la doctora Cristal Montgomery.

—Buenos días, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle? —dice con desidia.

—Soy Ryan Halt, jugador de los Red Sox. Vengo recomendado por el doctor Hanigan.

—Lo siento, pero no puedo aceptar a más pacientes, tengo la clínica a tope —ni siquiera se digna a mirarme a la cara y eso me enerva.

—Señorita, me han dicho que usted es la mejor y la necesito, acaban de operarme de una rotura del tendón del manguito rotador derecho, me han comentado que hasta dentro de seis semanas no podría empezar a moverlo, no obstante el doctor me ha aconsejado que venga a verla—digo agarrándole del brazo antes de que se marche.

—Señor Halt, ya le he dicho que no puedo aceptar a más pacientes al menos en tres meses. Puedo recomendarle otro fisioterapeuta. Ahora perdóneme, pero mi tiempo es muy valioso—contesta malhumorada, prodigándome una mirada que me hiela la sangre con sus preciosos ojos verdes.

—Está bien, como usted quiera —concluyo derrotado.

—Papi, ¿esta es la doctora que te va a curar el hombro? —interviene mi hija que aparece de la nada—.Es muy guapa.

—Gracias, cariño —le dice ella arrodillándose para estar a su altura—, tú sí que eres guapa. Pero yo no puedo curar a tu papá. Estoy saturada de pacientes.

—Tienes que ayudarle, mi papi necesita recuperar su hombro para volver a jugar al béisbol.

—Lo siento, cielo.

—Por favor... —implora mi hija.

Ella duda por un momento, parece que se está ablandando y al final cede ante la cara de súplica de mi hija.

—Acompáñeme a mi consulta. Examinaré su caso, pero no le prometo nada.

—Gracias —le agradecemos los dos, mi hija abrazándole.

Nos dirigimos a una sala, le entrego el informe del doctor y, tras examinarlo, expone:

—Señor Halt, por lo que veo en el informe ha tenido una lesión bastante grave, una rotura del tendón en el manguito rotador. Siendo un deportista de élite no se puede permitir el lujo de estar seis semanas con el hombro inmovilizado, puesto que perdería parte de la musculatura y fuerza del brazo. Pero según consta en el informe, es el tiempo que debe tenerlo inmovilizado para que así cicatrice; yo le recomendaría una rehabilitación bastante sencilla, en su casa, con una pelota de espuma, ejercite la mano, al menos no perderemos la musculatura en el antebrazo. Es lo único en lo que puedo ayudarle. Tengo la consulta llena desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, como ya le he dicho, tengo una lista de espera de tres meses.

—Le pagaré el doble de lo que le pagan sus pacientes. Me gustaría que me ayudara con los pequeños progresos, pero necesitaría además que la rehabilitación fuera a domicilio, yo no tengo posibilidad de desplazarme hasta aquí.

—Lo siento, pero no hago ese tipo de rehabilitación.

Mi hija vuelve a entornar esa cara de pena y ella la mira con dulzura.

—Le pagaré el triple, pero necesito que sea usted quien haga la rehabilitación, el doctor Hanigan habla maravillas de sus manos.

—El doctor Hanigan es un gran médico, pero no lo veo muy factible. Lo siento de verdad. Déjeme su teléfono e intentaré conseguir que uno de mis colegas se encargue de su caso.

—Gracias.

Salgo de la consulta bastante contrariado, ni siquiera mi hija ha conseguido disuadirle. Jo mira a Cristal y le dice adiós con la manita.

—Adiós, cielo, no me has dicho tu nombre.

—Josephine, pero todo el mundo me llama Jo.

—Hasta luego, Jo.

Abandonamos la clínica, yo bastante malhumorado. Cath nos espera fumándose un cigarro apostada en el coche.

—Deberías dejar de fumar... —le regaño.

—Sabes que lo he intentado, pero no lo consigo. Además, la hermana mayor soy yo... Por lo que soy la única que puede darte la reprimenda. ¿Qué tal con la fisioterapeuta?

—No va a poder encargarse de mi rehabilitación, va a buscarme a alguien.

—Lo siento, Ryan.

Ya en casa, recibo la visita de varios compañeros y amigos. Entre risas y alguna que otra anécdota, paso la tarde en su compañía y sin pensar en todo lo que se me viene encima con esta lesión. A las ocho de la noche recibo una llamada de un número que no conozco.

—¿Dígame?

—Buenas noches, soy Cristal Montgomery, he estado hablando con el doctor Hanigan. Me ha pedido el favor de que le atienda yo personalmente.

Voy a aceptar su propuesta. ¿Dónde vive?

—En Pershing Road, 45

—Veamos... —hace una pausa, imagino que mirando la dirección, y al cabo de unos minutos continua—. Tengo unos veinte minutos en coche desde la clínica a su casa, y luego tengo quince hasta mi casa. ¿Le vendría bien a las ocho y media de la tarde? Mi tarifa son cien dólares la hora. Creo que con que me pague doscientos, podríamos llegar a un acuerdo.

—Perfecto, ¿cuándo podría empezar?

—Dentro de seis semanas. A no ser que su médico le indique que puede hacerlo antes.

—Me gustaría que siguiera toda la evolución. Dentro de dos semanas tengo que ir a la consulta del doctor Hanigan. Le preguntaré si puedo comenzar antes la rehabilitación, si le parece bien.

—Hablaré yo también con el doctor dentro de dos semanas y me pondré en contacto con usted.

—Perfecto entonces, gracias Cristal —digo tuteándola.

—De nada, señor Halt—concluye, y cuelga el teléfono.

Suspiro aliviado y después de contárselo a mi familia me dirijo al dormitorio a intentar dormir. Jo, que siempre duerme conmigo, me mira apenada.

—Papi, creo que es mejor que duermas solo, no quiero lastimarte. Sabes que me muevo mucho.

—Cariño, no quiero dormir solo, te necesito a mi lado.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

Jo se mete en la cama y se tapa casi hasta la cabeza, dibuja una bonita sonrisa al verme con el brazo en cabestrillo.

—Te quiero, papi. Que descanses —dice dándome un tierno beso en la

mejilla.

—Te quiero, nenita. Que descanses tú también.

Intento conciliar el sueño, pero soy incapaz de quedarme dormido, son tantas cosas las que he vivido en estos últimos siete años sin Jo, que a veces creo que si ella no velara por mí, no habría podido soportarlo.

Sin darme cuenta, el cansancio se va apoderando de mi cuerpo y consigo conciliar el sueño.

Me despierto sobresaltado, he tenido una pesadilla. Revivía el momento de la pérdida de Jo. Son muchas las ocasiones en las que sueño lo mismo, pero esta vez también perdía a mi pequeña. La observo y le acaricio la mejilla, para comprobar que es real. Suspiro aliviado al saber que es cierto, que mi hija sigue aquí, conmigo.

Intento volver a quedarme dormido, pero no lo consigo, siento un gran dolor en el hombro. Miro el reloj y son las dos de la madrugada. Decido levantarme a tomar un vaso de leche caliente y la medicación para el dolor. En la cocina, me encuentro a Cath.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—No podía dormir. Ryan, nuestros padres no lo saben aún, tú serás el primero en hacerlo—toma aire y por un momento la observo en silencio; está nerviosa y no sé qué es lo que sucede para que algo le quite el sueño a mi hermana—. Peter y yo vamos a divorciarnos.

—¿¿Qué?! ¿Cómo es posible? Si nos has dicho que vendría este fin de semana.

—Vendrá, para hablarlo todos juntos. Llevamos un par de años bastante malos, y lo mejor es poner distancia entre los dos, ya no sé si estoy enamorada de él.

—Lo siento, Cath... No sé qué más puedo decirte...—comento estrechándola entre mis brazos.

—Ryan, tranquilo... Es lo mejor... He pedido el traslado al hospital de Massachusetts, para estar cerca de vosotros.

—Cath, ¿estás segura?—pregunto un poco confundido por cómo se han precipitado las cosas.

—Lo estoy...

—Entonces, creo que, si tú piensas que es lo mejor, yo estoy de tu parte.

—Gracias, hermano, lo que me gustaría es que mientras encuentro una casa me dejes instalarme temporalmente aquí.

—Por supuesto, esta es tu casa. Ahora será mejor que te acuestes e intentes dormir.

—Sí, será lo mejor. Por cierto, ¿te duele el hombro?

—Bastante, he venido a tomar algo para paliar el dolor y de paso intentar conciliar el sueño.

—Te prepararé un vaso de leche bien calentita, para que te tomes un analgésico. Verás que ese brazo mejora del todo y vuelves al equipo en unos meses.

—Te quiero, Cath —le digo, superado por el momento.

—Y yo a ti, Ryan.

Compartimos un momento más, cada uno con un vaso de leche, y después nos dirigimos a nuestras habitaciones. Jo está atravesada en la cama y tengo que moverla como puedo para poder tumbarme.

Poco a poco, la medicación va haciendo efecto y de nuevo me quedo dormido.

Capítulo 3

La espera

Los días van pasando muy despacio, mi humor es muy variable; cuando estoy en casa en compañía de mis padres, estoy enervado. No pueden casi ni dirigirme la palabra, porque de inmediato les contesto con algún que otro impropio.

En el momento en el que Jo está en casa, intento ser el padre perfecto para ella, pese a mi incapacidad actual.

El fin de semana vino Peter, el marido de Cath. Fue una comida familiar bastante cargada de tensión, por parte de ambos; todos hemos entendido la decisión de darse un tiempo antes de formalizar los trámites del divorcio, por si fuera una mala decisión estar separados.

Cath está convencida de que no se va a echar atrás. Además, la próxima semana, comienza a trabajar en el hospital de Massachusetts, por lo que su decisión es casi irrevocable.

Vuelve a ser lunes y aún me queda toda una semana para acudir a la cita del traumatólogo.

No dejo de pensar en Cristal, he soñado varias noches con ella, sueños subidos de tono, aunque estoy seguro de que una mujer como ella ya tendrá pareja. Es muy atractiva a la vez que temperamental, pero creo que tiene un gran corazón. Aunque estoy seguro de que si no hubiera sido por el doctor Hanigan, ahora mismo no estaría pensando en ella de esa manera.

Debo admitir que durante los tres primeros años, tras la muerte de Jo, no he tenido contacto con ninguna mujer, pero después he tenido mis escarceos. No han sido muchos y simplemente alguna que otra noche, para aliviar de vez en cuando mis necesidades. Pero no consigo ver a esas mujeres como futuras esposas o madres para mi hija. No quiero remplazar el lugar de Jo, por nada del mundo. Creo que mi vida está destinada a seguir siendo como hasta ahora, aunque eso no me importa mucho.

Sentado en el salón, viendo la televisión, con la pelota en la mano, no dejo de estrujarla con furia, cuando mi teléfono suena. Lo cojo como puedo con la mano izquierda y contesto al número que no conozco.

—¿Dígame?

—Buenos días, señor Halt. Soy la doctora Cristal Montgomery. He hablado personalmente con el doctor Hanigan, me ha dicho que si no tiene mucho dolor, quizás podamos..., poco a poco, ir haciendo algún ejercicio para no perder la musculatura. No obstante, quiere verle antes. Imagino que le llamará o será en su próxima cita prevista, eso no me lo ha concretado. Le ruego que tome nota de este teléfono y con el resultado de su consulta, se ponga en contacto conmigo para iniciar la rehabilitación.

—Gracias, señorita Montgomery, así lo haré. Que tenga un buen día.

—Igualmente.

Suspiro aliviado, necesito tener alguna ocupación; en mi lamentable estado, los días son casi eternos y las noches, aún más. Pese a toda la medicación que me han dado, no consigo conciliar el sueño más de tres horas.

No suelo dormir mucho, pero estando en activo, al menos duermo entre cinco y seis horas. En muchas ocasiones miles de recuerdos vuelven a mi mente, apoderándose de mi cordura.

Cath se ha instalado en casa hasta que encuentre algún sitio para vivir. Mis padres están encantados, Jo también. Es como una madre para ella y yo debo admitir que sus charlas me ayudan a superar un poco mi penoso estado de ánimo.

—Ryan, tienes que intentar poner de tu parte, que sigas pensando que esto es una tragedia, no te ayuda—me recrimina mi hermana.

—Es que no es justo. ¿Conoces a alguien a quien le haya tratado la vida tan mal?

—No puedes decir que la vida te ha tratado tan mal, porque no es cierto. Tienes una hija preciosa, tienes un buen trabajo. ¿Cuánta gente daría todo lo que tiene por tener un buen trabajo o una situación económica tan buena

como la tuya? Sabes que hay mucha gente en peor posición. No digo con esto que tu vida haya sido fácil, perdiste a tu esposa, el amor de tu vida, y ahora has sufrido la desgracia de tener una lesión. Pero sigo pensando que tienes una buena vida, dentro de lo que cabe.

—No opino igual, sé que hay gente en peores circunstancias, pero yo cambiaría todo lo que tengo material ahora mismo, sin pensarlo, por tener a mi esposa a mi lado.

—Te entiendo, pero la vida no podemos elegirla, tenemos que aceptar lo que nos toca, nos guste o no. Seguro que el destino te tiene preparado algo estupendo. Ya lo verás...

—No estoy tan seguro, además todas las cosas malas ocurren en el aniversario de la muerte de Jo. No han sido todos los años y debo reconocer que el primer aniversario, tras el accidente, donde conocí a Helen, volví a ser yo mismo.

—Quizás es coincidencia, o quizás Jo te esté dando un escarmiento para que empieces a vivir de una vez por todas... Tienes que salir más, conocer a mujeres, ella no querría verte siempre soltero, sin alguien a tu lado.

—Tengo a mi hija.

—Tu hija crecerá, empezará a salir y a hacer su vida. En cambio tú estarás solo, ¿es lo que quieres, envejecer sin alguien a tu lado? Porque sinceramente, yo no.

—¿Entonces por qué te has divorciado de Peter? —pregunto sin entender nada.

—Porque no le amo, pero eso no implica que quiera pasar el resto de mi vida sola. Aunque estaré dispuesta a recibir lo que el destino me tenga preparado. Pero no rechazo la idea de conocer a un nuevo hombre y enamorarme. Yo siempre he pensado que el amor de tu vida es único y Peter no lo era. Ni siquiera quiso tener hijos y ahora es tarde para mí.

—No lo es Cath, tienes treinta y cinco años, aún puedes tenerlos.

—Primero tendría que encontrar a alguien...

—Es fácil, eres una mujer muy atractiva.

—Pero no me refiero a cualquiera, con el que compartir una noche; para tener hijos tienes que encontrar a alguien con quien compartir toda tu vida, quizás luego no resulte, pero al menos que en el primer momento lo pienses.

—También puedes tener hijos sin tener pareja. Es otra opción.

—Lo sé, pero veo lo duro que ha sido para Jo y para ti crecer sin una madre... Siendo sinceros, nuestros padres ya no están para criar a un bebé. Yo no podría dejar de trabajar...

—Cath, nos apañaríamos, créeme. Tú piénsalo, pero si quieres tener hijos no esperes a encontrar al amor de tu vida, tenlos... Si no quieres hacerlo con el primero que se te cruce, hay tratamientos...

—Sí, pero esos tratamientos son muy caros...

—Yo podría ayudarte, sabes que no tengo problemas económicos, lo que quiero es que seas feliz, Cath. Si tener un hijo es lo que te hace feliz, no esperes más...

—Lo pensaré...

—No tardes... —le digo sonriendo.

—Ryan, eres el mejor hermano del mundo.

—Gracias, pero no tienes otro...—bromeo.

—Tienes razón, pero me has hecho pensar y creo que voy a hacerte caso, voy a intentar ser madre soltera.

—Sabes que tienes mi apoyo.

—No sé lo que opinarán nuestros padres de esto.

—Seguro que estarán encantados.

—No lo creo, pero espero que lo entiendan.

—Cath, no tengas miedo, aunque nuestros padres parecen chapados a la antigua, ellos nos quieren.

—No creas que se han tomado muy bien la ruptura.

—Ya, porque les ha pillado desprevenidos, nadie se lo esperaba. Siempre habéis aparentado ser una pareja feliz.

—Ese fue el error, querer aparentar algo que no éramos —dice lamentándose.

—Lo importante es que habéis tomado la decisión adecuada. Ahora a continuar vuestros caminos por separado. Seguro que os irá mejor a los dos.

Mi hermana me estrecha entre sus brazos y yo me siento agradecido de tenerla a mi lado y poder compartir estos momentos de inquietudes con ella. Me gustaría poder hacerlo con Jo, ella era muy buena aconsejando y sobre todo sabía escuchar...

—¿En qué piensas? —me pregunta cuando deshacemos el abrazo.

—Pensaba en que me reconfortan estos momentos contigo, aunque sean a las tantas de la madrugada. Y que echo mucho de menos compartir mi vida con Jo. Ella era mi paño de lágrimas e inquietudes, me comprendía y me escuchaba...

—Encontrarás a una buena mujer que vuelva a hacerlo...

—No sé si yo estoy dispuesto, pero desde luego, saber que puedo compartir contigo estos momentos, al menos me consuela.

—Algo es algo... Ahora vayámonos a la cama, mañana tengo turno doble. Así es que tendremos que posponer nuestra cita, chato —expone tocándome con su dedo en el hombro izquierdo.

—Vaya..., te echaré de menos, hermanita.

—Desde luego, no más que yo a ti...

Nos despedimos, ambos en silencio, y nos dirigimos a nuestras habitaciones. Como siempre mi hija está atravesada en la cama y, sin forzar mi hombro, la muevo como me es posible. Ella, dormida, me ayuda y se coloca en su lado.

Me tumbo pensativo, creo que Cath tiene razón y no he tenido una mala vida. Si no fuera porque Jo no está a mi lado, sería perfecta.

Durante horas pienso en todos los buenos momentos que he compartido

con mi familia y mi hija. No puedo evitar que vengan a mi memoria muchos momentos vividos con mi esposa y sonrío al sentir que al menos en mi memoria sigue viva.

Poco a poco, mi cansancio, las horas de insomnio acumuladas, van haciendo mella en mi cuerpo y al final consigo sumirme en un profundo sueño.

He conseguido sobrellevar esta semana con mejor humor y sobre todo siendo más positivo.

Hoy toca consulta con el doctor Hanigan. Mi hermana me va a llevar de camino al trabajo, después he pensado tomar un taxi y hablar con Cristal. Debería llamarla como me indicó. No sabría explicar muy bien por qué, pero es de esas mujeres que te encandilan desde el primer momento en que las ves y aunque sé, desde mi lado racional, que no pretendo tener una aventura con ella, siento la necesidad al menos de volver a verla.

—Jo cariño, coge el almuerzo o llegaremos tarde —le digo para que se dé prisa.

—Papi, ya voy. ¿Quién me va a recoger hoy?

—Cariño, te llevamos la tía y yo, pero después debes coger el autobús de la escuela. Estoy deseando poder conducir para volver a llevarte y recogerte cada día.

—Yo también papi, aunque también me gusta ir en el autobús con mis compañeros.

—Me alegra saberlo, ahora démonos prisa, la tía nos espera.

Sin perder más tiempo, salimos a la calle, donde Cath nos espera estacionada en el garaje. Nos montamos, yo como siempre con su ayuda, y nos dirigimos primero al colegio de Jo.

—Tía Cath, ¿es verdad que quieres tener hijos? —le pregunta, y ambos la miramos sin saber muy bien cómo ha podido enterarse.

—Por supuesto mi vida, ¿pero a qué viene ahora esa pregunta?

—Os oí la otra noche... Aunque no entiendo cómo vas a tenerlos si ya no estás con el tío Peter.

—Jo, la tía quiere ser madre, no hace falta que esté con Peter para tener hijos. Es algo de mayores, ya lo entenderás cuando seas mayor...

—Si tú lo dices...—contesta, y ambos nos miramos resignados.

Al llegar al colegio de Jo, nos despedimos con un tierno beso y reanudamos la marcha en dirección al hospital.

—Hermanito, tienes una hija muy lista. No se le escapa una.

—Lo sé, es increíble que con lo pequeña que es, ya se dé cuenta de muchas cosas. Tendrás que hablar con nuestros padres antes de que ella sea la que lo suelte en cualquier momento. Sabes que tiene el don de la oportunidad.

—Tienes razón, en cuanto regrese del trabajo, hablaré con ellos. ¿Nervioso? —me pregunta.

—Un poco, necesito saber si la cosa va bien, quiero empezar la rehabilitación, aunque sea muy lenta y ahora no pueda apenas hacer nada, lo necesito.

—Y no tendrá que ver con que esa fisioterapeuta sea un bombón, ¿verdad?

—Por supuesto que no, además ¿cómo sabes tú eso?

—Jo —contestamos los dos a la vez a mi pregunta.

—Mi hija es increíble, pero está hecha una cotilla de mil demonios.

—Es una niña y vivir con su abuela, «la más cotilla», estando con ella todo el día, no ayuda.

Nos reímos ante el mote que le ha puesto a nuestra madre y continuamos la charla hasta llegar al hospital.

Me deja en la consulta y, antes de marcharse, como buena hermana, se preocupa por mí.

—Si necesitas algo, házmelo saber. Aquí casi todo el mundo me conoce. Soy famosa gracias a ti.

—No digas tonterías...

—Aunque no lo creas, en este hospital son bastante fanáticos del béisbol. Tu lesión está siendo muy sonada.

—Vaya..., bueno, de alguien tienen que hablar.

—Ryan, además mis compañeras no dejan de acosarme, quieren que les consiga una cita contigo...

—¡Eso sí que no! Nada de citas a ciegas...

—Tranquilo, no voy a aceptar. Te dejo, guapo. Luego te llamo y me cuentas.

—Por supuesto, que tengas buen turno.

Durante casi media hora estoy esperando en la consulta, tiene bastante gente y además parece que el doctor Hanigan está en quirófano, por lo que puede que esto se alargue más de la cuenta. Me centro en la revista de coches que me he llevado para esperar y sin darme cuenta, va pasando el tiempo.

La enfermera me hace pasar y, cuando entro, me sorprende al ver también a Cristal.

—Buenos días, Ryan, ¿cómo te encuentras? —me pregunta el doctor.

—Buenos días, doctor Hanigan, señorita Montgomery, no puedo quejarme, al menos el dolor va remitiendo.

—Buenos días, señor Halt —saluda Cristal.

—Eso está bien. Como puedes observar, hoy contamos con la presencia de la doctora Montgomery, ha tenido que venir a una urgencia y le he robado quince minutos de su tiempo para que me ayude a valorar si es posible o no comenzar con algo de rehabilitación.

—Gracias... —comento—. ¿Cuál es su veredicto?—inquiero deseoso de poder empezar.

—Vamos a examinar el brazo un momento y tomaremos una decisión.

Ayudado por Cristal, el doctor Hanigan comienza a deshacerse del

vendaje. Intentan mover mi hombro y una mueca de dolor se dibuja en mi cara. Cristal no deja de observarme y eso me desconcierta. Sé que es para valorar mi estado, pero aun así, no puedo dejar de pensar en mis sueños eróticos con ella y creo que mi cara se ruboriza al recordarlos.

—¿Te encuentras bien? —pregunta el doctor.

—Me duele bastante.

—Es normal, parece que la fractura va soldando bien, me quedaría más tranquilo haciéndote una resonancia. No es que sea necesaria, pero si queremos comenzar la rehabilitación será la manera de comprobar que la recuperación sigue su curso.

—Doctor, lo que usted estime oportuno.

—Señorita Montgomery, si todo está bien, creo que podría comenzar hoy mismo con la rehabilitación del brazo, como hemos comentado; el hombro, cuando pasen las cuatro semanas restantes, nunca antes. No quiero robarle más tiempo...

—Gracias, doctor Hanigan. Señor Halt, le ruego me llame cuando salga de la consulta —asiento y ella se despide—. Si me disculpan, tengo pacientes que atender, que tengan un buen día.

Se marcha y respiro aliviado; esta mujer me pone en tensión cuando clava su preciosa mirada en mí.

Espero a la resonancia, el doctor comprueba que todo transcurre correctamente y salgo de la consulta. Llamo a un taxi para que me lleve hasta casa. En cuanto llego, decido llamar a Cristal para informarle de mi progreso.

—Señorita Montgomery, soy Ryan Halt. La resonancia ha resultado ser positiva, de momento el tendón está soldando bien y el doctor me autoriza a comenzar la rehabilitación. No sé si hoy podría empezar...

—Lo siento, pero me ha surgido un imprevisto de última hora. Tendremos que empezar mañana.

—Sin problema. Entonces nos vemos mañana. ¿Hace falta que le recuerde mi dirección?

—No, la tengo apuntada. Hasta mañana señor Halt.

—Hasta mañana, señorita Montgomery.

Cuelgo el teléfono y mi mente solo ansía el momento de comenzar con la rehabilitación.

Capítulo 4

Comienza la rehabilitación

Estoy en el salón, sentado, esperando a que Cristal venga. Estoy nervioso y no sé por qué. En parte sí que lo sé, necesito que mi hombro se recupere cuanto antes; aunque he pasado por más lesiones en otras ocasiones, esta es la más importante y la que quizás decida mi futuro. Si no recupero el hombro, no seré útil para el equipo. Necesito estar al cien por cien. Esta seguramente sea mi última temporada en activo, quiero terminarla por la puerta grande.

A las ocho y media en punto el timbre suena. Jo, que está terminando sus deberes, se levanta como un resorte para abrir.

—Hola cielo, ¿está tu papá en casa? —le oigo decir, y mi cuerpo se tensa.

—Hola Cristal, por supuesto, sígueme.

Mis padres salen de la cocina y se reúnen con Jo y Cristal, que acaba de llegar al salón.

—Papá, mamá, ella es Cristal, mi fisioterapeuta. Cristal, estos son mis padres, Bruce y Aby.

—Un placer conocerte —dicen al unísono, saludándola cordialmente.

—El placer es mío. Señor Halt, necesitaremos una sala para comenzar...

—Acompáñeme.

La conduzco hasta la habitación de juegos de Jo, que ha sido vaciada recientemente para hacer de consulta improvisada.

—¿Aquí está bien? —le pregunto.

—Perfecto. Más adelante necesitaremos algunos aparatos para que vayas ejercitando el hombro. Pero de momento no es necesario. Además, tengo un amigo que quizás te los podría alquilar.

—Lo que necesites, Cristal. Yo solo quiero recuperarme.

—Empezaremos con unas corrientes, para estimular los músculos del brazo. Hoy las pondremos muy suaves. Día tras día incrementaremos un poco la intensidad. Después te enseñaré unos ejercicios que puedes hacer.

—Vale...

Durante diez minutos aguanto las corrientes; ella se sienta en una silla a observarme y eso me pone un poco nervioso. Es una mujer muy guapa, que apenas aparta la mirada de mí, y eso me trastoca.

—Papi, perdón por molestar...—aparece Jo silenciosa y ambos nos sobresaltamos—. La abuelita quería saber si Cristal se va a quedar a cenar.

—Por supuesto que no —dice un poco enfadada, y la cara de Jo cambia—. Cielo, yo he venido aquí a hacer mi trabajo, tu papá me paga por él. Pero gracias por la invitación.

—Papi, la abuela va a hacer tu plato favorito.

—Gracias, cariño. Ahora deja trabajar a Cristal.

Jo sale de la habitación y una vez finalizadas las corrientes, Cristal comienza a enseñarme los ejercicios. Son repeticiones, que voy haciendo ante su atenta mirada.

—Estupendo, señor Halt.

—Ryan, por favor...

—Ryan, ahora voy a darte un pequeño masaje para evitar el entumecimiento del brazo, y por hoy hemos concluido. Como solo llevamos media hora te cobraré la mitad. Mañana le diré a mi amigo que se pase por aquí para el tema de las máquinas que necesitas. Si no te molesta.

—Por supuesto que no pero, ¿no hacemos nada más?

—Créeme, por hoy es suficiente. Hay que ir despacio, ahora lo que pretendo es que recuperes la fuerza en la mano.

—Lo que tú me digas... —contesto molesto. Sé que tiene que ser así, pero es tan frustrante...

Finaliza con el masaje, recoge sus cosas y la acompaño hasta el salón.

—¿Ya te vas? —pregunta Jo.

—Sí, cariño. Tenemos que ir poco a poco. Es una gran lesión.

—Se va a recuperar, ¿verdad?

—Eso es lo que vamos a intentar.

Cojo mi cartera y le doy los cien dólares. Me despido y subo a mi cuarto. No estoy de humor. Mi madre no tarda en aparecer.

—Hijo, ¿qué te pasa? Creo que has sido muy descortés con Cristal.

—Mamá, llevo dos semanas esperando para comenzar la rehabilitación y creo que esto no va a funcionar. No sé si Cristal quiere tomarme el pelo, pero creo que son los cien pavos peor gastados de toda mi vida.

—Ryan, el doctor te ha dicho que hay que ir despacio. No puedes pretender empezar sin que tu hombro esté recuperado de la operación.

—Lo sé..., pero esperaba otra cosa.

—Tienes que ser paciente, todos te han dicho que esta recuperación será muy lenta y larga. No tienes que desesperarte.

—Mamá, no sé si voy a poder con todo esto...

—Hijo, has pasado por cosas peores. No te rindas ahora. Jo no lo querría.

—La necesito tanto... —digo con un nudo en la garganta.

—Lo sé, cariño. Todos la echamos de menos, pero tienes que ser fuerte...

—A veces me gustaría tirar todo por la borda...

—No se te ocurra decir eso jamás, tienes una hija preciosa que te necesita. Tienes que luchar por ella. Nosotros hemos sacrificado también muchas cosas por los dos, creo que nos lo debes.

—Lo siento, mamá. Tienes razón. Soy un egoísta, pero no sé hacer otra cosa que jugar al béisbol. Es mi vida...

—Lo sé, ahora bajemos a cenar. Jo está preocupada.

—Dame unos minutos.

Me estrecha entre sus brazos y sale de mi habitación en silencio. Suspiro profundamente un par de veces, armándome de valor, y bajo a la cocina.

—Papi, ¿estás bien?

—Claro cariño, tenía una cosa que hacer, nada más.

—¿Seguro?

—Totalmente, ahora señorita a cenar, que mañana tienes cole.

Mi hija me ayuda a cortar la carne con una bonita sonrisa, cosa que agradezco y que automáticamente hace que cambie mi humor. Es lo mejor de toda mi vida y tengo que ser valiente, luchar contra lo que tenga que venir para sacarla adelante.

Mi hermana hoy tiene turno de noche, por lo que echaré de menos nuestras charlas. Definitivamente, va a comenzar un tratamiento de inseminación *in vitro*. A mis padres no les ha gustado mucho la idea, pero al final han decidido apoyarla.

Finalizada la cena y con Jo en la cama, charlo un rato con mis padres y me retiro a dormir, no consigo conciliar el sueño y comienzo a recordar, necesito tener pensamientos positivos para paliar mi estado de ánimo.

Cuatro años atrás

Sentado en el porche de casa, Jo aparece con un juguete en la mano. Apenas le presto atención, pero ella se empeña en seguirme y en intentar robar un poco de mi tiempo.

Se parece tanto a su madre que me duele el alma cada vez que la miro.

—Papi, papi, mira...

Me enseña el juguete pero yo no le hago caso.

—Jo, papá está ocupado.

Sale a jugar al patio y se coloca en el columpio que mi padre le instaló, una rueda de camión atada a un árbol, e intenta mecerse, pero es tan pequeña que no consigue apenas moverse.

—Papi, ¿me empujas?

Resignado, me levanto y comienzo a empujarla despacio.

—Más rápido, más rápido.

Le hago caso, la impulso más deprisa y la niña se ríe cada vez que sube. Algo en mi interior se despierta, consiguiendo que, por primera vez desde que perdí a Jo, pueda disfrutar de mi hija y su felicidad sea la mía.

—¡Estoy volando! —exclama—. Más rápido, papi.

La impulso un poco más y ella no deja de reírse. Hasta que la paro y la cojo para hacerle volar como si fuera un avión.

—Esto sí que es volar, nenita.

—Sí, papi, ¡quiero volar! —estira sus brazos y simula a un avión. Yo la muevo de arriba abajo.

—El avión Jo va a aterrizar en el porche de casa. Señores pasajeros, vamos a tomar tierra, abróchense los cinturones —comento y la llevo hasta el porche, donde la dejo de pie.

—Gracias, papi. Me lo he pasado muy bien jugando contigo. ¿Te gustaría repetirlo más veces?

Mi corazón en esos momentos late acelerado, he disfrutado mucho este rato que he pasado con ella, quizás es lo que necesito en mi vida para poder recuperar la cordura.

—Claro que sí, lo repetiremos siempre que papá tenga un ratito libre, te lo prometo.

Se abraza a mi pierna y entonces la cojo, la subo a mis brazos y la beso en la mejilla. Me sorprende con un beso en los labios y sonrío.

—Es un beso solo para papi.

—Gracias, cariño, pero ya es hora de cenar y de acostarse.

En la actualidad

Recordando el primer día en que disfruté con mi hija y volví a recuperar la fe en que algún día sería feliz de nuevo, consigo conciliar el sueño, no sin antes dedicarle una mirada cargada de amor a Jo, que yace dormida en el lado de la cama de su madre.

El amigo de Cristal, Brian, ha llamado y hemos quedado en casa para vernos esta tarde.

Cath ha llegado agotada del turno de noche y se ha acostado directamente. La echo de menos. Es mi vía de escape cuando tengo problemas, pero esta semana está siendo muy dura para ella y he decidido no molestarla con mis problemas.

A las cinco de la tarde, Brian hace su aparición. Es un joven distinguido, vestido con traje, cosa que me llama la atención, y comenzamos a hablar.

—Señor Halt, Cristal me ha indicado que le asesore para alquilar unos aparatos que le ayuden con la recuperación de su hombro.

—En efecto, Brian, y llámeme Ryan, por favor.

—Ryan, debo indicarle que no necesitaremos muchos aparatos. Cristal suele llevar una camilla portátil, aunque si lo desea yo puedo dejarle una. Después necesitaremos un *peckdeck*, para ejercitar los hombros, y también un aparato de suspensión. Unas mancuernas. También podría estirar con una simple goma. Sería más económico, pero yo vengo a hacer mi trabajo. De usted depende. Lo que sí necesitará es un aparato de ultrasonidos. Le he traído un presupuesto de todo lo que requeriría.

Me lo entrega y reviso el precio. Reconozco que es una gran suma de dinero, el alquiler durante casi seis meses, pero todo sea por recuperar mi hombro. Si algo tengo claro es que soy un hombre que nunca ha despilfarrado el dinero en coches caros o en caprichos insignificantes. Tengo suficiente dinero ahorrado para poder sufragar estos gastos perfectamente y sin que a mi familia ni a mi hija les falte de nada en un futuro.

—Tengo que estudiarlo, te daré una respuesta mañana, si no te importa, Brian.

—Por supuesto, tómese su tiempo.

—Gracias por venir. Un placer conocerte.

—El placer ha sido mío, no siempre se puede conocer a una gran estrella del béisbol.

Le acompaño hasta la puerta y me despido de él. Mi padre se acerca al verme un poco contrariado.

—Ryan, ¿qué te pasa?

—Mira, este es el presupuesto de las máquinas que necesitaría para mi rehabilitación, quizás me saldría más barato alquilar un chofer para que me lleve a la clínica, aunque Cristal dice que la tiene llena.

—Hijo, tendrás que gastarte ese dinero; no tienes problemas económicos y es para tu salud. Si fuera para un capricho, yo mismo te disuadiría, pero piensa que lo haces para recuperar tu hombro.

—¿Y si no consigo recuperarlo nunca?

—Al menos que no sea porque no lo has intentando.

—Tienes razón, mañana llamaré a Brian para aceptar el presupuesto.

—Esa es una decisión acertada, hijo.

Jo llega a casa del colegio, todos comemos junto con Cath. Mi familia está con mi padre, creen que es una decisión acertada aceptar el presupuesto para alquilar las máquinas.

Por la tarde, de nuevo a las ocho y media en punto, aparece Cristal. Como ayer, Jo va a abrir la puerta y se saludan cordialmente; yo ya la espero en la habitación destinada para la rehabilitación y Jo la acompaña.

—Buenas tardes, Ryan, ¿qué tal estás hoy?

—Buenas tardes, Cristal—no sé ni qué contestar a esa pregunta. No tengo dolores, pero mi estado de ánimo no es muy bueno, por lo que decido no

hacerlo—. Estuvo tu amigo Brian por aquí. Me dejó el presupuesto.

—Déjame echarle un vistazo, te diré si ha ofertado lo que necesitamos y si el precio es justo.

—Como quieras...

Le entrego el presupuesto, lo mira y un gesto en su cara hace que la mire expectante.

—Quizás podamos conseguir un descuento. Déjame hablar mañana con él. Para mí es un trastorno tener que traer la camilla y demás aparatos, pero también lo entendería si no puedes permitirte alquilarlos.

—Es una gran cantidad, pero no es problema. Solo espero que el dinero invertido en la rehabilitación merezca la pena.

—Seguro que lo será. Ahora empecemos.

Como el día anterior, pone las corrientes diez minutos, hoy más fuertes que ayer. Después continúa con los ejercicios, esta vez en series de veinte repeticiones por ejercicio.

Una vez finalizados, empieza el masaje en el brazo.

—Ryan, quiero que repitas los ejercicios por la mañana. Las repeticiones que te he indicado hoy.

—Me vendrá bien estar distraído.

—Pero te voy a pedir un favor, no fuerces nunca. Si notas molestias, dolor o cualquier pinchazo, deja de hacerlo. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Bien, mi sesión ha terminado. Como hemos estado un poco más de media hora, págame como ayer.

—Cristal, te pagaré como una hora.

—No, tranquilo...

Le sujeto con la mano izquierda su brazo y ella se frena. Por un momento nuestras miradas se encuentran, aunque no sabría descifrar la suya. Sus

preciosos ojos verdes me atraviesan sin decirme nada.

—Cristal, dime que voy a recuperarme, lo necesito —imploro.

—No puedo darte falsas esperanzas, Ryan. Es una lesión muy complicada. No he tenido ningún paciente que la haya padecido, y aunque me he informado bien sobre la misma, la recuperación de una lesión no es una ciencia cierta. Cada paciente, cada lesión, es diferente. Me gustaría decirte que vas a recuperar la fuerza y la movilidad como antes de la lesión, pero no puedo. Lo siento...

—Gracias por tu sinceridad. Espera un momento aquí si quieres y te pago.

—Como quieras...

Voy a por la cartera a mi habitación y le entrego los cien dólares que me ha indicado.

—Ten, nos vemos mañana entonces. Si no te importa bajar sola, voy a darme una ducha.

—Tranquilo, conozco el camino. Hasta mañana.

Me dirijo al baño de mi habitación, resignado; no sé si esto funcionará, pero yo no veo progreso. Aunque claro, solo llevo dos días y es solo rehabilitación del brazo, para no dañar el hombro.

Me doy una ducha y bajo a la cocina, donde todos me esperan para cenar.

Capítulo 5

Haciendo pequeños progresos

Los días van pasando y, evidentemente, mi brazo va adquiriendo algo de fuerza, pero es un proceso lento que comienza a desesperarme.

En la consulta del doctor, la revisión de la cuarta semana me deja aún más preocupado.

—Ryan, te seré sincero, esperaba que con la recuperación, la rigidez de tu hombro fuera menor, pero no ha sido así. Aún te quedan dos semanas hasta que podamos quitar la inmovilización del brazo. No obstante, tendré que hablar con la doctora Montgomery para ver qué podemos hacer al respecto. Tengo miedo de que en el hombro se presente una rigidez tal que luego sea más difícil de movilizar.

—Entonces, ¿qué es lo que me propone?

—Tengo que pensarlo, quizás empezar con la rehabilitación ya del hombro, muy ligera, solo algún tipo de masaje para que la zona no presente esa rigidez. De todos modos, tengo que comprobar que el tendón va soldando bien. Te haremos otra resonancia.

—Lo que usted diga, doctor.

Tras pasar de nuevo por la máquina de resonancia, el doctor decide empezar con la terapia indicada. El tendón ha soldado casi en su totalidad y, sin forzar demasiado el hombro, podemos comenzar a ejercitarlo.

—Hablaré con Cristal para que empieces hoy, lo que sí te pido es que no se te ocurra hacer ningún movimiento o sobreesfuerzo. El tendón aún no está totalmente unido y podría volver a romperse. Debes llevar el cabestrillo siempre, con excepción de en la rehabilitación, puesto que ahora no está inmovilizado.

—Por supuesto. Gracias doctor.

Las noticias no son nada alentadoras, pero al menos empezaré la ansiada rehabilitación, pues los ejercicios que ahora hago son meramente repetitivos

y aburridos.

Al salir de la consulta, decido llamar a Cristal. Contesta al tercer tono un poco agobiada.

—Hola, Ryan, tengo dos minutos, estoy con un paciente.

—Hola, Cristal. El doctor hablará hoy contigo para cambiar la rehabilitación. Necesitaré que tu amigo traiga los aparatos cuanto antes. Al menos el de ultrasonidos.

—Tranquilo, puedo llevarme uno de la clínica hasta que los tengas en casa. No obstante hablaré con Brian. Tengo que colgarte, Ryan. Hasta luego.

—Hasta luego, Cristal.

Tomo un taxi de camino a casa y mi mente no deja de pensar en que quizás no vuelva a recuperar el hombro. La llamada de mi amigo Andrew me saca de mis pensamientos.

—Ryan, ¿qué tal te va?

—Hola, Andrew, ahora mismo necesitaría una copa, si no fuera porque hace años que no bebo y porque aún sigo tomando medicación. Me acaban de decir que el hombro no va muy bien.

—Tío, cuánto lo siento. Me preguntaba si os apetecería venir el fin de semana toda la familia a casa. Emily quiere dar una fiesta con los amigos más cercanos.

—Tendré que consultarlo con mis padres, pero me vendría bien desconectar un poco.

—Estupendo, entonces contamos con vosotros, estoy seguro de que a tus padres les hará mucha ilusión, ellos adoran a Em.

—Tienes razón...

—Además vendrá la prima de Em, se acaba de divorciar... Es muy guapa...

—Andrew, que nos conocemos, no quiero citas a ciegas, no las necesito, sabes que si quiero acostarme con una mujer, lo hago y se acabó. Pero ahora

mismo lo que menos me preocupa es el sexo. Tengo otras cosas en las que pensar...

—Como quieras, tío. Pero yo no desaprovecharía la ocasión. Además te aliviaría cuerpo y mente —comenta riéndose.

—Sinceramente, no sé si en mi estado debería acostarme con alguien. Quizás deba preguntárselo a mi fisioterapeuta.

—Seguro que él te dice que puedes hacerlo.

—Es una mujer.

—¿Está buena?

—Mucho, la verdad.

—¡Joder, tío! Pues aprovecha.

—No digas tonterías..., ella no es una mujer para mí —le respondo, negándomelo a mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no. Además, no quiero mezclar mi rehabilitación con el placer. Ella es muy buena; o eso dicen, porque yo de momento solo veo cómo se lleva mi dinero y no noto mejoría. De todas formas, no me gustaría perderla por echar un polvo con ella.

—En eso te doy la razón, pero entonces piénsate lo de Marilym. Te puedo asegurar que no te arrepentirás.

—Nos vemos el fin de semana, tío.

—Cuídate, Ryan.

Cuelgo el teléfono un tanto airado. No sé por qué motivo a todos mis amigos les da por querer emparejarme con amigas o familiares de sus mujeres. Yo no necesito a nadie y menos alguien impuesto. No creo que vuelva a encontrar el amor, pero lo que sí tengo claro es que si en algún momento de mi futuro llegara, no sabría cómo sobrellevarlo. No quiero olvidar a Jo, no creo que mi corazón tenga sitio para albergar el amor de dos mujeres.

Al llegar a casa, Cath sale por la puerta. Sé que está doblando en muchas ocasiones el turno, para ahorrar para el tratamiento, pero quizás si se castiga mucho, nunca consiga quedarse embarazada.

—Hola, Cath, ¿otra vez a trabajar?

—Sí, Ryan. Necesito el dinero.

—No lo necesitas..., no quiero que te mates a trabajar, así nunca tendrás un hijo.

—Ryan, por favor... No me regañes. No quiero que tú pagues el tratamiento.

—Ya lo hemos hablado, a mí no me importa. Pero no quiero que mi hermana pase su vida trabajando en el hospital. Además, sabes mejor que yo la cantidad de virus que se pueden coger.

—Por eso tengo que trabajar ahora mucho más, antes de quedarme embarazada. Después es posible que tenga que pedir la baja.

—Cath, por favor, no seas cabezota. Nunca te va a faltar comida y sabes que mi casa es tu hogar.

—Lo sé, pero pretendo independizarme cuando tenga al bebé, en el caso de que haya bebé algún día, claro. Ahora me voy a trabajar antes de que llegue tarde. Por cierto, ¿qué tal te fue con el médico?

—Esta conversación no ha terminado todavía. No muy bien... Dicen que el brazo está muy rígido. Quieren empezar la rehabilitación del hombro.

—Seguro que todo sale bien. Nos vemos esta noche y me cuentas. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Me da un beso en la mejilla y se marcha. Al entrar en casa, mis padres me atosigan con preguntas sobre la consulta. Les cuento lo que el médico me ha dicho y me retiro un rato a descansar.

A las dos y media, cuando Jo regresa de la escuela, me encuentra en la cama tumbado.

—Papi, ¿te encuentras bien?

—Sí, cariño. Estaba un poco cansado y me tumbé para descansar, nada más. Ahora mismo bajo a comer, dame cinco minutos.

Me besa en la mejilla y se marcha. Me levanto agarrotado. La falta de entrenamiento diario empieza a pasarle factura a mi cuerpo.

Después de desperezarme, bajo a la cocina, donde mis padres y mi hija me esperan para comer.

La tarde transcurre con total normalidad, deseoso de que lleguen las ocho y media de la tarde para comenzar con los nuevos ejercicios. Veo la televisión, ayudo a Jo con las tareas y después juego con ella hasta que llega la ansiada hora de la rehabilitación.

Pasadas las ocho y media aparece Cristal con cara de agobio y cargada con la camilla y un aparato de ultrasonidos.

—Buenas tardes, perdón por el retraso, pero entre cargar las cosas en el coche y que hoy no he podido aparcar como en otras ocasiones en la puerta...

—La próxima vez aparca en la puerta del garaje. Normalmente no tiene que venir nadie y mi coche está dentro al no poder usarlo. Así te será más fácil.

—Gracias. Empecemos entonces.

Ambos nos dirigimos a la habitación designada para la rehabilitación, Cristal dispone la camilla y encima de ella el aparato de ultrasonidos.

—Ryan, he hablado con el doctor Hanigan, empezaremos por los ultrasonidos y un masaje para el hombro. Para el brazo, los ejercicios que habitualmente estamos haciendo. Necesito que sigas al pie de la letra mis instrucciones. Imagino que el doctor ya te ha dicho que es imprescindible que no fuerces el brazo ni hagas movimientos bruscos. Es muy importante que en estas dos semanas, hasta que finalice la cicatrización del tendón, seas muy estricto con tus movimientos; un mal gesto y el tendón puede romperse, lo que nos llevaría de nuevo a una intervención y tendríamos que volver a empezar de nuevo. Como imagino que no te apetece volver a estar seis semanas igual que hasta ahora, espero que nos hagas caso.

—Por supuesto —digo molesto; parece que tenga diez años y me esté echando una reprimenda.

—Si estás preparado, ya podemos empezar.

Me ayuda a quitarme la camiseta, veo que su mirada se fija en mis pectorales y siento una punzada de orgullo recorriendo mi cuerpo.

«Al menos algo que le gusta de mí», pienso, pues nunca fija su mirada en la mía, cuando se encuentran, rápidamente la aparta.

Echa un gel en mi hombro y comienza a pasar el aparato de ultrasonidos. Sentirla tan cerca hace que mi cuerpo se active. Su olor afrutado trastoca mis sentidos. La música que siempre pone de relajación me deja en trance, imaginando que estamos en la cama. No suelo tener fantasías sexuales con nadie, pero desde que conozco a Cristal debo reconocer que tengo sueños tórridos con ella con bastante frecuencia. Quizás es mi falta de sexo o quizás simplemente sea que me parece una mujer muy atractiva con la que, para qué negarlo, tendría un escarceo.

Transcurre el tiempo establecido con el ultrasonido, que me ha parecido eterno, pues ambos hemos permanecido en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Ryan, ahora debes tumbarte boca abajo. Te daré un masaje. Necesito que me digas si sientes dolor o algún tipo de molestia. Es importante que me vayas diciendo todo lo que vas sintiendo cuando mis manos comiencen a masajear tu hombro.

—Ok —le contesto escuetamente. Al sentir sus manos, el solo contacto con mi hombro me provoca una gran excitación. Doy gracias a que estoy tumbado boca abajo y mi erección no puede apreciarse.

Aún no consigo saber por qué estoy tan excitado con una mujer que, dicho sea de paso, no me cae nada bien, y que aunque me atraiga sexualmente jamás podré tener nada más que una relación de fisioterapeuta-paciente.

Sus manos masajean mi hombro con delicadeza, haciéndome arder por el contacto. Debo serenarme, no es normal que este contacto me deje tan trastocado. Al paso que llevo, no podré levantarme.

Trato de pensar en algo que me relaje, pero no se me ocurre nada. Sintiendo sus suaves manos en mi hombro, empiezo a imaginármela sin nada de ropa encima, acariciando mi torso desnudo.

«Ryan, debes pensar en otra cosa o al final el dolor de huevos será tremendo», me recrimino mentalmente.

Suspiro profundamente y en ese momento me pregunta:

—¿Te duele?

—No, todo lo contrario, debo reconocer que estoy en la gloria —respondo.

Se ríe con una leve carcajada y yo la acompaño.

—El hombro está bastante agarrotado, pero no te preocupes, vamos a recuperarlo. Creo que hemos llegado a tiempo.

—Eso espero, el béisbol es mi vida.

—Veremos qué podemos hacer, no puedo prometerte que se va recuperar al cien por cien, pero al menos intentaremos que no pierdas la movilidad y que puedas llevar una vida normal.

—Gracias, Cristal. Sin duda, el doctor Hanigan no se equivocaba. Tienes unas manos prodigiosas.

—No es para tanto, pero gracias.

Charlar con ella me ha relajado, al menos parece que mi excitación ha disminuido y lo agradezco.

—Cristal, ¿eres tan callada con todos tus pacientes o solo conmigo? —inquiero.

—No soy muy habladora, lo siento. Pero escuchar se me da muy bien. Los pacientes suelen contarme su vida. Imagino que les relaja. Yo, en cambio, soy bastante reservada al respecto con la gente que no conozco. Pero si te apetece puedes hablarme de lo que quieras.

—Tampoco soy muy hablador, la verdad. Me pasa lo mismo que a ti, no me gusta contar mi vida privada a nadie.

El silencio vuelve a apoderarse de la situación mientras ella sigue haciendo su trabajo. Sin querer, me pierdo en la pasión de sus manos hasta que un suave gemido de placer sale de mi boca.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, discúlpame. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba de esa manera —suelto, y luego me doy cuenta de que le he dado a entender lo que realmente es, pero que no necesito que sepa.

—Quizás no te lo vas a creer, pero me lo dicen más veces de lo que desearía...

—Espero no haberte molestado...

—Por supuesto que no, ahora date la vuelta. Vamos a trabajar la parte de delante.

El pudor me puede, aún puedo notar que mi erección despunta, no tanto como hace unos minutos, pero no puedo hacer otra cosa que exhibírsela sin ningún miramiento.

Me ayuda a levantarme y me tumbo boca arriba, su mirada se fija en mi erección y creo que se compadece de mí, esbozando una leve sonrisa.

—Lo siento... —digo totalmente avergonzado por la situación.

—Tranquilo, también provooco eso en los hombres, pero siempre en los momentos más insospechados.

Siento que todo mi cuerpo va a estallarme del calor que lo recorre. Intento serenarme, pero no lo consigo, con sus manos tocando mi piel.

—Cristal, discúlpame, tengo que ir al baño.

Me levanto y rápidamente me dirijo al baño, necesito serenarme. Después de unos minutos, consigo recuperar un poco la compostura y, más calmado, regreso de nuevo a la habitación.

—De verdad que lo siento...

—Tranquilo. No quiero que te preocupes por lo sucedido. Ahora, si me permites terminar...

—Continúa, por favor.

Comienza de nuevo a masajear el hombro por la parte delantera. Esta vez más calmado intento no pensar en las sensaciones que me provoca, en su aroma, y al final pensando en el béisbol consigo relajarme del todo, quedándome en un estado de duermevela.

—Ryan, ya está...

—Perdón, hoy no doy una... —comento contrariado.

—Tranquilízate, no pasa nada, es normal... Te podría contar muchas anécdotas de mis pacientes.

Continuamos con los ejercicios hasta las nueve y media. Hemos permanecido en silencio el resto del tiempo.

Recoge las cosas, le pago y se despide de mí para bajar al salón. Me siento tan avergonzado que no la acompaño hasta abajo. Me voy directamente a la ducha, para borrar los rastros de sus manos en mi cuerpo y mi mente.

Más tranquilo, bajo a cenar con la familia y me siento a ver la tele mientras espero a que venga mi hermana. Necesito hablar con ella, es la única persona con la que puedo contar para hablar de mis problemas e inquietudes. En cuanto llega, la abordo sin apenas dejarle cenar.

—Cath, tengo que contarte algo.

—Cariño, déjame que me dé una ducha, ¿tan importante es?

—Bastante.

—Está bien, desembucha —expone sentándose en la cocina, comiendo un sándwich.

—Me da un poco de vergüenza...

—Ryan, por favor, que no somos unos niños.

—Me empalmé mientras Cristal me daba el masaje —expongo de golpe.

—¿En serio? —pregunta incrédula.

—Sí, lo peor de todo es que tuve que darme la vuelta y ella me vio. ¡Joder!

No voy a poder mirarla a la cara jamás—estoy muy nervioso, entrelazo los dedos por mi corto cabello.

—Tranquilízate. Es normal, hace mucho que no estás con una mujer.

—No tanto... Solo unos meses, ¿o crees que yo no tengo necesidades? Sigo amando a Jo como el primer día, pero soy un hombre...

—Me lo imagino, no hace falta que me des más explicaciones. Pero aun así, ella lo habrá entendido, sabiendo que no tienes pareja...

—No lo sabe. No es muy habladora y yo no me siento cómodo contándole mi vida a una persona que no me transmite confianza.

—Vaya... Bueno Ryan, no te martirices por lo ocurrido. Estoy segura de que no serás el primer hombre al que pone cachondo con sus masajes.

—Eso me ha dicho.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—Ella me atrae físicamente y no sé si se quedará en una sola vez o pueda volver a pasarme en más ocasiones.

—Lo primero que debes hacer es desfogarte de alguna manera, verás como no piensas en Cristal de esa forma. Lo segundo, cuando estés en la rehabilitación, trata de pensar en cosas que no te gustan, intentando así evitar que tu excitación aumente con su contacto.

—Ahora no puedo acostarme con nadie en mi estado... Sería una locura...

—Quizás podrían hacerte algún que otro trabajillo, sin que tengas que poner mucho de tu parte.

—¡Cath, por favor!

—A ver soy humana, me gusta el sexo, ¿qué hay de malo en que te hagan una mamada?

—¡Joder! No me puedo creer que esté hablando esto contigo.

—Ryan, has empezado tú. Ahora no me vengas con remilgos. ¿No me contaste que la prima de Em se acaba de divorciar y que nos veremos el

sábado en la fiesta? Pues pídeselo.

—¿Y qué gana ella a cambio?

—No me hagas explicar lo que puedes hacerle con la mano izquierda, hermanito; y sino que se agache, vamos, tú ya me entiendes... Ahora, si no quieres nada más, voy a darme una ducha y me voy a acostar, estoy agotada.

—Gracias, Cath. Por la charla y los consejos. Lo tendré en cuenta. Al menos no volveré a verla hasta el lunes. Quizás tengas razón con lo del sexo...

Ambos nos dirigimos a nuestras habitaciones, me tumbo observando a mi pequeña Jo y rápidamente me quedo dormido.

Capítulo 6

Una fiesta un tanto movida

Cath ha cogido el día libre para acudir, junto con mis padres, con Jo y conmigo, a la fiesta de nuestros amigos Andrew y Emily.

Al llegar, Andrew me espera y me estrecha entre sus brazos con cuidado de no hacerme daño. Es un gran amigo. Gracias a él, he podido olvidarme de lo sucedido con Jo y centrarme en jugar.

—Ven, te presentaré a Marilym, la prima de Em.

Estoy decidido a congeniar con ella y hacerle caso a mi hermana, necesito aliviarme un poco sexualmente para estar más relajado en la recuperación con Cristal.

Al verla, reconozco que se trata de una mujer muy atractiva, tiene un cierto parecido a Em, si no fuera porque ella es rubia y Marilym tiene el pelo castaño. Pero sus ojos verdes son muy penetrantes.

—Marilym, te presento a mi gran amigo Ryan. Ryan, ésta es mi prima postiza, Marilym.

—Un placer conocerte —le digo dándole dos besos.

—El placer es mío. Vaya, ¿tienes para mucho con la lesión?

—Aún me queda una semana y media con el cabestrillo y después hacer rehabilitación.

—Ha tenido que ser muy doloroso.

—Lo peor es la rabia y la impotencia que sientes cuando no puedes jugar.

—Amigo mío —interviene Andrew—, volverás pronto, ya lo verás. Ahora si me disculpáis...

De momento ninguno de los dos dice nada. Nos observamos de reojo, como dos jóvenes avergonzados de conocerse, hasta que soy yo el que decide romper el incómodo silencio.

—Marilyn, ¿te apetece dar un paseo?

—Por supuesto.

La finca de mi amigo Andrew linda con el río y salimos del cercado para ir en dirección a la orilla del mismo.

—Em me dijo que tu mujer falleció cuando nació tu pequeña. Lo siento...

—Gracias, sí, un desafortunado acontecimiento, la verdad.

—¿No has querido rehacer tu vida?

—La verdad es que soy feliz con mi hija.

—Quizás sea que no has encontrado a otra mujer que pueda sustituir el lugar de tu difunta esposa.

—Es posible... —digo un poco irritado— ¿Qué hay de tu vida? —le pregunto intentando cambiar de tema.

—Imagino que Andrew ya te ha informado de mi reciente separación... —asiento y continúa—.La verdad es que la cosa nunca fue como yo deseaba, era un hombre bastante egoísta y con ninguna pretensión de futuro como familia. Aún no sé cómo he aguantado con él tantos años.

—¿Cuánto tiempo llevabais casados?

—Seis años, pero juntos llevábamos ocho.

—Es bastante tiempo. Imagino que ahora no querrás ninguna atadura, por lo menos por el momento.

—¿Me estás insinuando algo? —me pregunta, y me deja un poco descolocado.

—Por supuesto que no, solamente lo decía porque después de una ruptura imagino que no querrás atarte de nuevo.

—Todo depende del hombre que aparezca en mi vida —comenta, y me dirige una bonita sonrisa.

Sin darnos cuenta, hemos caminado a un paso ligero y nos hemos alejado demasiado de la casa de Andrew.

—Creo que será mejor que demos la vuelta, no quiero que mi hija me eche de menos.

—Será lo mejor—me agarra del brazo y se acerca más a mí.

La verdad es que es una mujer muy guapa, con la que me podría plantear pasar un buen rato, pero no es el tipo de persona que me gustaría tener en mi vida, parece la típica mujer consentida que necesita que la estén alabando todo el tiempo.

Regresamos a la fiesta, nos sentamos a la mesa y Marilym se pone a mi lado. Jo la mira un poco contrariada y ella intenta congeniar con la niña, pero esta le evade la palabra.

—Jo, no seas maleducada—la reprendo—, Marilym es la prima de Em.

—Papi, no me gusta —me susurra al oído.

No hago nada más, evito el enfrentamiento, es lo mejor. La comida transcurre con total normalidad. Todos los asistentes agradecen la invitación y tras una larga sobremesa, todos pasamos de nuevo al patio, donde la música ambienta el lugar.

Marilym se ha mantenido alejada de mí, pero en cuanto mi hija se va a jugar con otros niños, se acerca más amistosamente.

—Quizás tú y yo podríamos ir a un lugar más alejado de la gente —dice acariciando mi pecho por encima de la camisa.

No lo pienso mucho. Me dejo llevar agarrado a su mano. Me conduce hasta el interior de la vivienda y subimos las escaleras deprisa. Nos introducimos en una habitación y Marilym cierra la puerta.

Me empuja ligeramente para que me sienta en la cama y se coloca encima de mí. Comienza a besarme y a desabrochar despacio los botones de mi camisa.

—Creo que lo mejor será no entretenernos demasiado con la camisa — comenta tocando mi pecho, para a continuación lanzarse a devorar mis pezones.

Estoy totalmente excitado y me dejo llevar. Desabrocha el botón del

pantalón y baja la cremallera con premura, introduce su mano y comienza a acariciar mi pene. Estoy rendido a sus caricias, a sus movimientos. Mi cuerpo está totalmente en tensión por lo que está sintiendo.

—Sé que no nos conocemos apenas, pero desde que te he visto, he deseado que fueras mío —comenta ladina.

Devoro su boca, introduciendo mi lengua con agilidad y poseyéndola sin ningún tipo de miramientos. Estoy excitado y lo único que deseo es terminar pronto.

—¿Tienes preservativos? —me pregunta.

—En la cartera —contesto jadeante.

Se deshace de sus bragas mientras yo me incorporo y cojo de la cartera uno.

—Tendrás que ayudarme —le indico.

Sin quitarme la ropa saca mi pene y me coloca el preservativo. Se sienta encima de mí y puedo notar su estrechez. Ella es la que lleva el ritmo y rezo para llegar cuanto antes al orgasmo. No entiendo por qué me comporto así con las mujeres con las que me acuesto, pero solo deseo obtener mi beneficio sin preocuparme de si ellas quedan satisfechas, aunque normalmente siempre lo he conseguido.

Sus jadeos se intensifican y la acallo con un beso. Ambos estamos totalmente excitados, perdidos por el momento, hasta que veo que la puerta se abre y aparece Jo.

—Papi, ¿qué hacéis?

Paralizado por el momento, me deshago como puedo de ella y subo la cremallera con premura.

—Solo nos estábamos besando —le digo.

—No me gustan los besos —espeta enfadada.

Ambos estamos avergonzados por la situación. Solo espero que Jo no haya visto nada más, me incomodaría mucho que descubra lo que en realidad estábamos haciendo.

Marilym se marcha malhumorada de la habitación y yo me siento a hablar con Jo.

—Cielo, ¿estás enfadada con papá?

—No, pero no me gusta Marilym.

—Jo, los adultos a veces se besan...

—Lo sé, pero eso solo cuando están casados y tú no lo estás...

—No cariño, no hace falta estar casados para besarse.

—No quiero que vuelvas a hacerlo con ella.

—Te lo prometo...

—¿Por qué estaba sentada encima de ti y tú tenías los pantalones bajados?

La pregunta me cae como un jarro de agua fría. Pienso rápido la respuesta, pero no se me ocurre nada.

Cath aparece para salvar la situación y se lo agradezco.

—Jo, te estaba buscando —dice poniendo cara de «lo siento».

—Estoy con papá y no voy a separarme de él hasta que volvamos a casa. Marilym no me gusta, quiere besar a papi.

—Cielo, a lo mejor a papá y a ella les gusta besarse.

—¡Buag! ¡Qué asco!

—Cath, tranquila, ahora mismo bajo, tengo que ir al aseo.

—¿Puedo ir contigo? —pregunta Jo.

—No, baja con Cath, no tardo nada —aún tengo que deshacerme del preservativo y serenarme un poco.

Me dirijo al baño mientras Jo y Cath regresan de nuevo a la fiesta. Me deshago del preservativo que guardo envuelto en un papel en el bolsillo, no quiero que nadie descubra lo que Marilym y yo hemos compartido hace un momento, que, si soy sincero, al final no ha sido nada y, después de serenarme un poco, regreso a la fiesta.

En cuanto Jo me ve, no me pierde de vista. Veo a Marilyn prodigarle unas miradas nada alentadoras y decido no prestar más atención a esa mujer que solo me quería para follar. Aunque, siendo realista, mi intención era la misma.

La tarde transcurre tranquila. Para cenar, Andrew está preparando una barbacoa. Los asistentes a la fiesta poco a poco han ido abandonando su casa y apenas quedamos diez personas. Me acerco a él mientras prepara la carne para ponerla en la parrilla.

—¿Qué hay, tío? —le pregunto.

—Cuéntamelo tú. He visto bajar a Marilyn bastante enfadada. ¿Acaso no eres un machote?

—No hay mucho que contar. Apareció Jo en la habitación, no llegamos a consumir el acto.

—¡Menuda putada!

—Lo sé, tu prima creo que está bastante molesta, no la culpo...

—Ya se le pasará, quizás podrías quedar con ella otro día.

—Si te soy sincero, no me apetece. Es una mujer muy atractiva, pero no es mi tipo.

—Como quieras, Ryan... Pero algún día tendrás que sentar la cabeza.

—Estoy muy bien así...

Lo ayudo como puedo mientras las mujeres se dedican a organizar la mesa del patio para la cena. Jo va y viene a mi lado. Imagino que no quiere que Marilyn vuelva a acercarse a mí y la situación me hace gracia, pues ella ha intentado volver a acercarse en dos ocasiones sin éxito.

La cena concluye sin ningún incidente, salvo porque Jo no ha dejado que Marilyn se sentara a mi lado y yo se lo he permitido. Quizás la mime demasiado, pero es la mujer de mi vida ahora mismo y por nada del mundo voy a dejar que una arpía intente alejarme de su vida.

En el coche, al regresar a casa, Jo se ha quedado dormida y la observo maravillado. El parecido con su madre es increíble.

Hace cuatro años

Hoy es el primer día de colegio de mi pequeña. Sé que su madre estaría orgullosa de haberla llevado en su primer día, pero como es imposible, hemos venido los dos solos, hablando con ella en el coche.

Jo está nerviosa, ha pasado sus primeros tres años de vida prácticamente en casa con mis padres y, cuando el tiempo me lo permite, conmigo. Pero ahora tiene que estar durante varias horas sola, sin la gente que la quiere y la arropa.

La coloco en la fila, pero ella se agarra a mi pierna y llora desconsolada. Esa acción me parte el alma. Me dan ganas de llevármela de vuelta a casa, pero la cordura prima e intento hacerle entender que estará muy bien con otros niños y la maestra.

La hora de entrar llega y al ver a la profesora, me sorprende. Es Gianna, una antigua compañera nuestra del instituto, con la que había perdido el contacto tras la muerte de mi esposa. Al verme, se lanza a mis brazos y nos fundimos en un tierno abrazo.

—Ryan, ¡qué alegría verte! Siento no haber estado a tu lado estos años, pero me dieron una plaza en San Francisco. Este es el primero año que estoy en Boston.

Por un momento mira a Jo y se queda asombrada.

—Tu hija es idéntica a su madre. ¿Cómo se llama?

—Jo, igual que su madre. Sí que lo es.

—Ryan, me encantaría verte un día y tomar un café, ¿crees que sería posible?

—Por supuesto, a mí también me encantaría.

—Perfecto, estamos en contacto. Ahora tengo que volver al trabajo. Tranquilo, cuidaré muy bien de Jo.

—Gracias, no lo dudo.

Agarra a mi hija de la mano y se marcha junto con el resto de niños. Jo me

regala una bonita sonrisa antes de entrar y yo le lanzo un beso.

En la actualidad

Al llegar a casa, mi padre la coge y la sube hasta mi habitación. Me hubiera gustado hacerlo a mí, pero con mi brazo aún no puedo coger peso y Jo ya pesa lo suyo.

Deposito un tierno beso en su mejilla mientras Cath la desviste y le coloca el pijama. Una vez ataviada con la ropa de cama, la tapamos y bajamos a la cocina.

Mis padres se despiden de nosotros y, como siempre que podemos, Cath y yo nos sentamos con una taza de café a charlar.

—¿Qué es lo que ha pasado hermanito? —dice con sorna.

—Ha pasado que a veces debería pensar más con la cabeza y menos con mi entrepierna.

—¿Jo ha visto algo?

—Solo que Marilym estaba encima de mí. Suerte que la postura no dejaba ver mucho, aunque la vergüenza que he pasado me ha hecho pensar que debo tener más cuidado con mis escarceos. Jo se va haciendo mayor...

—Tienes razón, ¿pero te alivió? —pregunta con retintín.

—Nada de nada, la verdad. Espero que el lunes con Cristal no me pase lo de ayer. No sabría ni qué decirle de nuevo.

—Debes relajarte, ese es mi consejo; ahora creo que va siendo hora de que nos vayamos a la cama.

—Tienes razón, gracias por la charla.

Me abrazo a ella, beso su frente y nos encaminamos una vez más a nuestras respectivas habitaciones, para de nuevo dejar que Morfeo se apodere de nuestros sueños.

Capítulo 7

Un adiós

El domingo deseo pasarlo en familia. Cath está un poco más cansada, imagino que se trata por el nivel de vida que lleva, unido a que está empezando con el tratamiento hormonal para tener un hijo, por lo que ha decidido quedarse en casa cambiando el turno con una compañera.

Por la mañana realizo los ejercicios que puedo hasta la hora de comer. Recibo la visita inesperada de Gianna, que me ha telefoneado, pero al tener el móvil en silencio, no lo he escuchado y ha decidido venir a casa. Ella ha sido la profesora de Jo durante sus tres primeros años de colegio. Mi hija la adora y debo admitir que me gusta la conexión que se ha creado entre ellas. Gianna y yo siempre hemos congeniado a la perfección, muchos de nuestros amigos han pensado que llegaríamos a ser pareja, pero solo me une a ella una gran amistad.

—Gianna, querida, ¡qué alegría verte! —saluda mi madre.

—El placer es mío. Venía a ver a qué tal estabais y de paso charlar con Ryan.

—Hola, Gianna. ¿Te apetece entonces que demos un paseo?

—¿Y te quedarás después a comer?. No acepto un «no» por respuesta —inquire mi madre.

—Por supuesto —contesta mirándonos a ambos.

Subo a cambiarme de ropa, al instante Jo sube corriendo, llorando.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Gianna se marcha a San Francisco.

No sé ni qué decirle, la estrecho entre mis brazos, la consuelo, la noticia me ha impactado a mí también. Desde que nos volvimos a encontrar se ha convertido en una buena amiga; no sé cuál es el motivo por el que se va, pero sé con toda seguridad que voy a echarla de menos.

—Jo, voy a hablar con ella, quizás podamos convencerla de que se quede. De momento, no quiero que llores, ¿me lo prometes?

—Sí, papi.

Bajamos los dos, mis padres están charlando amigablemente con ella y, al mirarme, sé que la decisión es irrevocable. La conozco bien.

—¿Preparada para un paseo? —digo tendiéndole mi brazo sano.

Se agarra sin pensar y me sonrío. Cuando nos hemos alejado lo suficiente para que nadie pueda oírnos, comienzo a hablar.

—¿Te vas a San Francisco? —pregunto directamente.

—Sí, es lo mejor.

—Lo mejor... ¿por qué?

—Ryan, no voy a andarme por las ramas. Desde que nos reencontramos he sentido algo por ti. Sé que no puedo tenerte, sigues enamorado de Jo y hasta que no pases página no serás feliz con nadie. Pero yo no puedo torturarme todos los días cuando te veo en el colegio o cuando quedamos. Lo siento, pero lo mejor es poner distancia de por medio.

—Gianna... no te vayas —imploro. Sé que quizás con el tiempo podamos llegar a ser algo más, pero no estoy preparado aún para dejar marchar a Jo de mi vida.

—Dime que lo intentarías por mí y no me iré.

—Ahora no es el momento, Gianna... La lesión no me deja ver mucho más allá. Necesito recuperarme.

—Lo entiendo, pero me han ofrecido una plaza fija en el colegio donde empecé, si la rechazo ahora quizás no vuelva a tener otra oportunidad. Si tú te comprometes a intentarlo puedo quedarme...

No puedo pedirle que se quede, no cuando está en juego su carrera, porque ni siquiera sé si podríamos llegar a ser una pareja después de recuperarme.

—Gianna, yo...

—Tranquilo, lo entiendo...

—Lo siento —digo apenado.

—No lo sientas, Ryan. Estoy segura de que si nuestro destino es estar juntos, volveremos a encontrarnos.

Nos fundimos en un abrazo, pero no puedo sentir amor ahora mismo por ella y me apena, es una gran mujer. Se merece a un hombre que le corresponda.

—¿Te apetece seguir caminando? —le digo.

—Sí, paseemos. ¿Qué tal va la rehabilitación? —me pregunta regalándome una bonita sonrisa.

—No va del todo mal, aunque yo me esperaba avanzar más rápido, estoy totalmente frustrado.

—Tienes que tener paciencia, es una lesión muy importante.

—Lo sé, pero está en juego mi carrera.

—Saldrá bien, ya lo verás.

La miro con ternura, no entiendo a mi corazón. Me gustaría poder estar enamorado de ella, estoy seguro que sería una esposa fantástica y una madre maravillosa para Jo, pero no puedo negar lo que siento, la quiero mucho, pero como amiga, no como una pareja con la que compartir el resto de mi vida.

—Lo siento, Gianna —le digo.

—¿Por qué?—me pregunta contrariada.

—Porque me encantaría amarte, las cosas serían muy fáciles a tu lado. Pero no puedo obligar a mi corazón a hacerlo, lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto Ryan, pero tampoco puedes obligarme a que yo no lo haga. Por eso creo que este traslado es lo mejor, al menos para mí, para aclarar mis ideas, para dejar de pensar en ti.

Suspiro de rabia, desde luego sé que estoy perdiendo una gran oportunidad de ser feliz, pero en estos momentos mi único objetivo en la vida es que mi

hombro se recupere. Quizás es una decisión egoísta por mi parte, pero lo necesito para ser feliz.

Regresamos a casa, mi madre ya tiene preparada la mesa y nos sentamos todos a degustar la comida.

—Gi —expone mi hija—, ¿has cambiado de opinión?

—No, cariño. Pero vendré a verte.

—No es justo —dice llorosa.

—Cariño, el trabajo es importante. En San Francisco le han ofrecido un buen puesto, no puede rechazarlo.

—Yo no quiero que se vaya—solloza.

—Ninguno queremos que se marche, pero no puede desperdiciar esta oportunidad —comento, tratando de suavizar el impacto.

—Jo, sabes que te quiero mucho y no te preocupes, no me voy a olvidar de ti. Has sido y siempre serás mi alumna favorita.

Jo se levanta de su sitio y se abraza a Gianna. El abrazo me enternece. Definitivamente soy un desgraciado por dejar escapar a una mujer tan estupenda como ella.

Gianna nos acompaña hasta bien entrada la tarde. Jo no ha parado de jugar con ella y yo he disfrutado mucho viéndolas. Cath se ha acostado un rato y mis padres han salido a pasear. Yo me centro en hacer algún que otro ejercicio. No quiero que cuando mañana venga Cristal, mi hombro esté peor.

El momento de la despedida es muy doloroso para Jo. Se abraza a Gianna y se niega a soltarla. Tengo que intervenir para que se aparte.

—Nena, tienes que dejarla ir —expongo nervioso.

—Jo, cariño, te prometo que vendré a verte muchos fines de semana y estaré todos ellos a tu lado.

—Te quiero, Gianna —llora desconsolada y se me parte el corazón en mil pedazos al ver a mi hija en ese estado.

—Yo también te quiero, cariño —dice con las lágrimas en los ojos.

Nos fundimos en un tierno abrazo que sabe a despedida y que hace que mi corazón se encoja por la decisión que he tomado.

Mis padres y Cath también se funden en un abrazo con Gianna y emocionada se marcha de casa, prometiéndonos que pronto volverá.

—Ryan, eres un capullo integral —expone mi hermana cuando estamos solos—, Gianna es una gran mujer y está enamorada de ti, no sé por qué la has dejado marchar. Jo la adora y ella la quiere mucho, solo hay que verlas juntas.

—Lo sé, pero no puedo obligarla a que se quede cuando no siento nada más que una gran amistad por ella. No sería justo. Sé que es difícil de entender, pero no sé si algún día llegue a encontrar a una mujer que supla a Jo.

—Estoy segura de que la encontrarás, pero tienes que estar dispuesto a ello y no cerrarte en banda.

—Lo intentaré, pero no es fácil.

—¿Quién te dijo que la vida fuera fácil? Nadie, pero piensa que estamos de paso en este mundo y todo lo que dejemos de vivir o de sentir, no regresará jamás. Ryan, tienes que vivir el momento, dejarte llevar y dejarte amar. Jo no querría esto para ti, créeme, ella querría que fueras feliz.

—Soy feliz, al menos lo era antes de la lesión.

—No lo creo, crees que eres feliz, te permites estar con alguna mujer de vez en cuando, pero la felicidad plena no se alcanza cuando estás solo.

—Gracias por tus consejos Cath, pero tú estás sola —contesto un tanto airado.

—Eso es un golpe bajo, Ryan —expone dolida.

—Lo siento, Cath. Perdóname.

—Te perdono, pero no creas que no siento no tener a nadie en mi vida; he preferido estar sola que tener a alguien que ni me valoraba ni me quería como yo necesitaba.

—Tienes razón, pero no puedo hacer que mi corazón cambie de opinión y se enamore de Gianna. Quizás perdiéndola me dé cuenta de que ella puede ser la mujer que necesito a mi lado, no lo sé.

—Espero que así sea, pero sino, deja abierto tu corazón para que alguna mujer se apodere de él. Preferiblemente evita lagartas como Marilym.

Ambos comenzamos a reírnos, mi hermana es una bromista y me alegra que se tome las cosas con buen humor.

Seguimos charlando un rato más, hasta que nuestra madre irrumpe en la cocina para hacer la cena.

Como cada noche, tras degustarla, acuesto a Jo, veo un rato la tele y converso con mi hermana hasta bien entrada la madrugada.

Capítulo 8

Comienzos difíciles

La semana ha pasado muy rápido. He seguido el consejo de mi hermana Cath y, gracias a ella, cuando Cristal me toca para darme un masaje, en un primer momento me tenso, pero pensando en algo relajante, como una puesta de sol en el mar, el agua chocando suavemente contra las rocas, he conseguido no excitarme como la primera vez que lo hizo.

Hoy es el día en el que el médico tiene que decirme si la rotura del tendón y la consiguiente operación han dado su fruto. Después de seis semanas solo ansío poder comenzar la recuperación al cien por cien, para dar lo mejor de mí y recuperarme lo antes posible.

Como en las anteriores veces que he acudido a la consulta, el doctor va con retraso; hoy mi padre ha querido acompañarme y se lo agradezco, al menos podemos charlar y la espera se hará más llevadera.

—Hijo, ¿estás preparado para lo que tenga que ser?

—Siendo sincero, no lo estoy. Si hoy el doctor me da malas noticias, la verdad no sé qué voy a hacer.

—Superarlo, como has superado todo lo malo en tu vida.

—Lo sé, padre. Pero me gustaría que por una vez el destino me ponga las cosas fáciles, estoy cansado de saltar los obstáculos que me pone.

—Hijo, la vida no es un camino fácil, está llena de obstáculos, de altibajos, pero con cada uno que superamos, nos hacemos más fuertes. Créeme, estoy seguro de que saldrás de esta, sea lo que sea.

—Gracias, padre.

La enfermera sale por la puerta para llamarme y suspiro aliviado. Tengo ganas de saber qué es lo que me deparan los siguientes meses.

—Ryan, señor Halt, buenos días. ¿Cómo te encuentras? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Bien, doctor. Deseoso de empezar la rehabilitación al cien por cien.

—Vamos a ver ese hombro.

Coge mi brazo y comienza a hacer unos giros con él. Durante toda la semana, los masajes que me ha dado Cristal han servido para que la rigidez que presentaba en la anterior consulta haya disminuido.

—Esto parece que marcha, Ryan, me alegro. Hablaré con la doctora Montgomery para que comience la rehabilitación al completo. Nos veremos en un mes, para ver qué tal va. Como ya te hice la vez anterior una resonancia y parecía casi soldado, no voy a someterte a otra, a no ser que hubiera algún problema con la rehabilitación estas semanas. No obstante, cualquier molestia, dolor o cambio en tu hombro, no dudes en llamarme. Espero que te vaya bien, Ryan.

—Gracias, doctor Hanigan.

—De nada, hasta la próxima consulta.

Mi padre me lleva hasta la clínica de Cristal, para comunicarle las noticias. Como siempre está a tope y me dedica un par de minutos.

—Hola Ryan. Te noto feliz. ¿Todo bien?

—Sí, el doctor Hanigan me ha comentado que podemos empezar con la rehabilitación al completo.

—Perfecto, hablaré con mi amigo para que esta misma tarde tengamos los aparatos. Ahora si me disculpas, Ryan, tengo trabajo.

—Por supuesto, hasta la noche.

—Hasta luego.

Mi padre se queda asombrado de la magnitud de la clínica de Cristal. En verdad es muy grande y alberga a muchos pacientes, tiene un par de ayudantes, pero en su totalidad la lleva ella.

Como la consulta era a media mañana, hacemos un poco de tiempo para ir a recoger a Jo al colegio, seguro que se alegrará de verme. Desde que he tenido la lesión no he venido a buscarla.

Las madres de sus compañeros, al verme, me atosigan a preguntas. Lo entiendo, pero me agobia mucho ser el centro de atención de una conversación. Cuando suena la campana de salida, respiro aliviado.

Jo, al vernos, sale corriendo, se abraza a mí y luego a mi padre. Debo reconocer que a mis padres les quiere mucho. Es normal que les tenga un cariño especial, la han criado, conviven con ella.

—Papi, ¿qué te dijo el doctor?

—Que todo parece ir bien, que esta tarde ya puedo comenzar los nuevos ejercicios para rehabilitar el hombro.

—Papi, ¡qué buena noticia! Verás como pronto te pones bueno.

—Gracias, cariño. Eso espero.

De camino a casa, paramos en el supermercado a comprar varias cosas que nos ha encargado mi madre. La casualidad hace que me encuentre con mi entrenador, el cual está en contacto conmigo casi todas las semanas.

—Ryan, ¡qué alegría verte! Tenía pensado hacerte una visita, pero sabes que soy un hombre ocupado. ¿Qué tal te va todo?

—Bien, acabo de venir del traumatólogo, parece que todo va sobre lo previsto. Ahora falta la rehabilitación.

—Seguro que irá de maravilla. Tenemos ganas de que te recuperes, el equipo sin ti está cojo.

—Gracias, Frank, yo también tengo ganas de recuperarme y volver al equipo. En cuanto esté mejor me pasaré a haceros una visita.

—Sabes que serás bien recibido. Ahora voy a ver si termino la compra, mi mujer me espera en el coche.

—¡Que te vaya bien! —le digo.

—A ti también.

El entrenador es una gran persona, pero a veces falla en el tema personal, no suele mostrar cariño o aprecio a ninguno del equipo. Cuentan las malas lenguas que tuvo un jugador, con el que entabló una gran amistad pero se

perdió por las drogas y el alcohol. Tuvo que expulsarle del equipo y al final falleció por una sobredosis. Desde entonces no fraterniza con casi ninguno, se limita a ser cordial y, aunque de vez en cuando haga chistes, nadie lo conoce como persona.

Después de hacer la compra, regresamos a casa, donde mi madre nos espera con la mesa puesta. Jo protesta por la comida de hoy, pero al final se la come bajo la atenta mirada de mis padres y también la mía.

Por la tarde, ayudo a Jo con los deberes y Brian, el amigo de Cristal, aparece con varios hombres que portan las máquinas necesarias para mi rehabilitación. Respiro aliviado, por fin voy a poder trabajar duro para recuperarme.

Cristal llega cuando están terminando de montar las máquinas, saluda a su amigo y, tras una breve charla, comenzamos con la explicación de todo lo que debo y no debo hacer.

—Ryan, empezaremos por enseñarte los ejercicios más sencillos hoy. No quiero que fuerces el hombro. Aunque el doctor te haya dicho que podemos trabajar con normalidad, vamos a ir despacio —hago una mueca de enfado y continúa—. Sé que es frustrante para ti y lo entiendo, pero tienes que fiarte de mi criterio. Prefiero que estés quince días más con la rehabilitación y que tu hombro quede perfectamente a que por intentar recuperar antes de tiempo, el tendón vuelva a romperse y todo lo que hemos hecho no sirva para nada.

No le contesto, esperaba que hoy comenzáramos en serio y ella quiere seguir haciendo lo que hemos hecho las dos semanas pasadas.

Durante toda la terapia estoy crispado, hemos empezado con algún que otro ejercicio con la máquina de suspensión y el *peckdeck*, pero nada en especial.

Masajea con más fuerza esta vez mi hombro, hasta sacarme una mueca de dolor que hace que pare al instante.

—Ryan, ¿estás bien?

—Un poco dolorido, pero no es nada.

—Creo que vamos a parar por hoy.

—Cristal, quiero que continúes, estoy bien. Puedo aguantar el dolor a la perfección, mi vida no ha sido un camino fácil, créeme, el dolor físico no es nada comparable con el dolor del alma.

—Ryan, deberíamos parar. Sé que toleras el dolor, pero por hoy ya has tenido bastante.

—¡No! —chillo y veo que su cara muestra una mezcla de furia y de odio en esos momentos, pero no me amilano—. Cristal, te pago para que hagas tu trabajo, hazlo.

Sin decir ni una palabra continua con el masaje, apretando incluso diría que a propósito para hacerme más daño. Intento que el dolor que estoy sintiendo no se refleje en mi cara, no quiero darle la satisfacción de ver que está ganando la partida. Cuando finaliza me explica un par de ejercicios más. Dejo el dinero encima de la camilla y se marcha sin decir nada.

Jo la intercepta en el pasillo. Escucho la conversación sin salir de la habitación.

—Cristal, te he hecho un dibujo —dice mi hija.

—Cielo, muchas gracias, no tenías por qué.

—Mira, estas somos tú y yo, este es papá. Parecemos una familia.

Me sorprendo al oír a mi hija, jamás me ha dicho nada así, ni siquiera con Gianna.

—Jo, cariño, tú ya tienes una mamá y un papá, yo solo ayudo a tu papá con la rehabilitación.

—Mi mamá está en el cielo.

El silencio se apodera de las dos, imagino que Cristal no se esperaba la sinceridad de mi hija y en ese momento salgo para vivir de cerca la situación.

—Lo siento, cielo, no lo sabía.

—Mi mamá murió cuando yo nací, no la conocí.

—Seguro que desde el cielo te cuida y te guarda todos los días. Además estará muy orgullosa de la niña tan maravillosa que eres.

—Eso dice mi papá, ¿quieres conocerla? Tengo una foto en mi cuarto.

La cara de Cristal me dice que está incómoda e intervengo.

—Jo, cariño, Cristal tiene que irse a su casa. Otro día se la enseñas.

—Solo será un segundo... —implora Jo y Cristal asiente.

Cuando Jo se dirige a su cuarto, la cara de ella es de lástima y yo no quiero que nadie la sienta por nosotros.

—Si algún día quieres hablar, ya te dije que sé escuchar.

—Gracias, Cristal, pero no hace falta, está superado.

Jo aparece con la foto de su madre y una herida se abre en mi corazón. Aún sigo queriéndola y recordándola todos los días, creo que será así por el resto de mi vida.

—Era muy guapa, tú te pareces mucho a ella.

—Eso dice mi papá y mis abuelos.

—Porque es la verdad. Cielo, gracias por el dibujo, pero debo irme, me esperan.

Esas últimas palabras hacen que sienta una punzada en el corazón. Tengo claro que no quiero nada con ella, pero saber que tiene pareja hace que mis pretensiones de pasar quizás una noche juntos, se esfumen.

Jo se abraza a ella. Cristal le da un beso en la frente y se despide de los dos.

—Hasta mañana, que descanséis. Ryan, no fuerces mucho mañana por la mañana, hazme ese favor —dice con un tono de voz dulce y suave.

—Hasta mañana.

Jo baja para acompañarla mientras yo me dirijo a la ducha sumido en mis pensamientos. Sé que a partir de ahora su trato hacia mí será diferente, todo porque mi hija le ha contado que soy viudo. Eso me enerva, no quiero un trato cordial por compasión, por eso no le he hablado de lo sucedido, por eso y porque no me da la confianza necesaria para contarle mis problemas como

puedo hacerlo con Cath o con Gianna.

Enjabono mi cuerpo con fuerza, borrando el rastro de sus manos con las mías; aún no sé qué es lo que quiero demostrar, pero Cristal me hace sentir débil y no entiendo muy bien el porqué.

Tras la ducha y una cena en familia, agotado por el primer día de rehabilitación más dura, subo con Jo a acostarme.

—Papi, Cristal es muy guapa, me gusta mucho. Casi tanto como Gianna.

—Jo, cariño, lo sé, pero Cristal no es una amiga como Gianna. Ella solo hace su trabajo.

—Es porque tú no eres amable con ella. Te he visto antes, deberías ser más cordial.

—Vaya, la señorita sabelotodo explicándole a su padre cómo debe tratar a una mujer —le digo haciéndole cosquillas.

—Papi, es muy guapa, seguro que sería una buena mamá y una buena esposa para ti.

—Jo, no es tan fácil, ya te lo expliqué con Gianna. Para que dos personas formen una familia tienen que gustarse y después tiene que surgir el amor entre ellos. Entre Gianna y yo no surgió.

—Ella te quería, no sé por qué tú a ella no.

—Yo la quiero, cariño, pero no de la manera como se quieren los papás. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. ¿Y a Cristal?

—No cariño, a Cristal no la quiero porque no la conozco.

—Seguro que cuando la conozcas la quieres. Yo la quiero.

Sonrío. Su visión de querer a una persona dista mucho de la realidad, pero ya lo irá comprobando según vaya creciendo.

—A lo mejor. Ahora es hora de acostarse. Mañana hay colegio.

—Buenas noches papi, te quiero.

—Buenas noches, Jo. Yo también te quiero, que descanses.

Se tumba encima de mi pecho desnudo y rápidamente se queda dormida. Yo tardo un tiempo, dándole vueltas a todo hasta que consigo conciliar el sueño.

Capítulo 9

El tratamiento de Cath

Por la mañana, al despertar Cath, acude a mi cuarto. Llevo días sin apenas hablar con ella, sus turnos son interminables.

—Ryan, ¡hoy es el día! —dice emocionada.

Lo había olvidado, hoy van a realizarle la inseminación. Si todo sale bien, en unas semanas sabremos si está embarazada.

—Vas a acompañarme, ¿verdad?

—Sí, tranquila, voy a ir contigo.

Me levanto como un resorte y bajo a la cocina. Jo ya está con mi madre desayunando mientras Cath se mueve de un lado a otro, nerviosa.

—Buenos días —digo de manera generalizada y doy un beso en la frente a mi hija.

—Papi, buenos días, ¿qué tal el hombro?

—Cariño, despacio, pero poco a poco seguro que se recupera. Cath, estate quieta —la regaño—, al final vas a conseguir ponernos nerviosos a todos.

—Tía Cath, ¿vas a tener un bebé?

—En ello estamos cielo, a ver si es posible.

—Pero ahora no tienes al tío Peter —expone sin medir sus palabras, y veo que una punzada de dolor se refleja en la cara de Cath.

—Cielo, para ser madre ahora no se necesita a un hombre. Ya lo entenderás cuando seas mayor. Además los abuelos y nosotros dos vamos a cuidar del bebé de Cath, que espero sea un hombrecito para que su tío Ryan pueda enseñarle a lanzar la pelota.

—Papi, a mí también puedes enseñarme —expone un poco molesta.

—Lo sé cariño, pero el béisbol es un juego más de chicos, aunque cuando

esté totalmente recuperado puedo enseñarte.

—Sí, papi. ¡Por favor!

Es la primera vez que Jo se preocupa por el béisbol, imagino que el hecho de que un niño aparezca en nuestras vidas y le robe todo su protagonismo conmigo, ha despertado un poco su curiosidad por este deporte.

—Cath, ¿a qué hora tienes la consulta? —le pregunto para cambiar de tema.

—A las diez. Será mejor que nos demos prisa, no quiero llegar tarde.

—Cath, son las ocho de la mañana, no vamos a llegar tarde. Haz el favor de sentarte y desayunar —le exijo.

Al final hace lo que le digo, se sienta y se toma la infusión que mi madre le ha preparado. Jo sube a cambiarse y mi madre se marcha a adecentar la casa. Mi padre hoy ha salido temprano a pasear y aún no ha vuelto, por lo que Cath y yo nos quedamos solos.

—Cath, ¿te encuentras bien? Te veo muy alterada.

—No sé si es buena idea... —expone nerviosa.

—Lo es, ya lo verás. Cuando tengas un bebé en tus brazos lo verás con otros ojos. Además, estoy deseando ser tío, no me vas a privar de ese regalo, ¿verdad?

Parece que mis palabras surten el efecto deseado, puesto que Cath me sonrío y me estrecha la mano.

—¿Crees que seré una buena madre por criar a mi hijo sin un padre?

—Lo serás, además nunca sabes cuándo vas a encontrar al amor de tu vida, lo mismo vas a la consulta y te toca un ginecólogo soltero, ambos os enamoráis y te hace él mismo el hijo.

Me golpea en el hombro que tengo bueno y ambos nos echamos a reír.

—¡Eh! Que al final me lesionas el otro hombro —le digo con retintín.

—Ya conozco al ginecólogo y créeme, es un hombre de casi sesenta años,

casado y con hijos.

—Pues otro médico. Además, si no encuentras al amor de tu vida por ahora, no importa. Serás una magnífica madre y todos estaremos a tu lado para ayudarte.

—Te quiero, Ryan —dice abrazándome, y yo como puedo la estrecho entre mis brazos.

—Y yo a ti, Cath. Ahora vamos a vestirnos, ¡no quiero que lleguemos tarde!—exclamo de manera exagerada imitándole.

—¿Sabes que a veces eres un capullo integral? —me pregunta mientras subimos las escaleras.

—Solo a veces, pero ya sabes, soy un hombre, no tenemos tanta sensibilidad como vosotras.

—¡Ja! Bobadas, los hombres a veces podéis ser muy sensibles y cariñosos, tú eres el mejor padre que conozco, adoras a tu hija y ella te adora a ti.

—Y pensar que mis comienzos no fueron muy ejemplares... Aún no sé cómo puede quererme tanto.

—Porque eres su padre, y porque pese a que la culpabas de la muerte de su madre, ella te ha enseñado a quererla. Jo es una niña espectacular, que estoy segura llegará muy lejos y su madre en el cielo estará muy orgullosa de ella, como todos nosotros lo estamos.

—Gracias, Cath. Ahora vistámonos antes de que mi lado sensiblero aparezca —expongo emocionado por sus palabras.

Jo aparece en ese momento, me da un beso y baja corriendo, el autobús del colegio está a punto de llegar. Me visto en silencio, pensando en lo dichosos que nos hará un nuevo miembro en la familia. Quizás somos una familia diferente, pero creo que somos una piña y que cuidamos los unos de los otros, y eso es lo más importante.

Tras ponerme una camisa con todo el cuidado del mundo y los pantalones, que ya puedo abrocharme yo solo, tras tantas semanas de práctica, me calzo unos deportivos y bajo al salón, donde Cath me espera. Está muy guapa, diría que más que a una inseminación va a una cita, pero no quiero importunarla

con mis ideas.

—¿Nos vamos? —me agarra por el brazo y nos despedimos de nuestra madre.

—¡Vamos a por ese bebé! —exclamo.

La clínica en la que va a someterse al tratamiento de inseminación se encuentra en el centro de la ciudad. Estaciona el coche en un aparcamiento público y damos un paseo hasta allí.

Me agarra del brazo y puedo notar su nerviosismo. Entiendo que es una decisión muy importante en su vida, y que cuando Peter se entere no sé cómo se lo va a tomar. Aún siguen siendo marido y mujer hasta que el juez dicte lo contrario dentro de unos meses. Pero ella ha decidido ser madre y yo la apoyo al cien por cien, porque mi hermana se merece ser feliz.

Al llegar a la clínica una guapa enfermera nos dirige a la sala de espera, yo diría que coquetea conmigo y eso me gusta. Aunque soy un treintañero debo reconocer que aún levanto mis pasiones entre el público femenino.

—Deben esperar aquí, el doctor Frenel ha tenido que ausentarse unos días por motivos personales, pero está al cargo de la consulta el doctor Randal, es el hijo de un colega suyo de la facultad. Ahora mismo les atenderá —expone la enfermera, y yo no puedo más que dar un codazo a mi hermana.

—Ves —le susurro—, seguro que es un doctor joven y guapo.

—No me digas eso que me pones más nerviosa. Lo que menos necesito es un hombre guapo, no podría concentrarme.

—Tonterías, relájate y disfruta.

Tras una breve espera, nos hacen pasar. Cath ha decidido que debo acompañarla, aunque me he negado al acto de la inseminación. Creo que eso es algo que no me corresponde.

Al entrar y ver al atractivo doctor Randal, le hago una mueca de expectación a mi hermana que se pone nerviosa al instante.

—Buenos días, Cath Halt y...

—Ryan Halt, su hermano —indico extendiendo mi mano izquierda para

saludarlo, no quiero que haya malos entendidos. Me parece el tipo de hombre que atraería a mi hermana sin ningún problema y puedo observar que no lleva alianza.

—Buenos días, doctor —dice mi hermana con la voz entrecortada.

—Como ya le ha indicado la enfermera Britney, el doctor Frenel va a estar ausente durante unos meses, ha sufrido un pequeño infarto. Nada grave, pero el médico le ha recomendado reposo. Yo soy el doctor Adam Randal. Un placer conocerla, Cath.

—Lo mismo digo —contesta mi hermana nerviosa.

—Si me permiten, no he tenido tiempo de leer todos los expedientes. Veamos...

Se pone a leer el expediente y enseguida nos explica.

—Usted viene por una inseminación. Según el doctor hoy era el día. Pues pasemos a la sala. Señor Halt, ¿nos acompaña? —pregunta y niego.

—Lo siento hermanita, pero creo que es algo muy íntimo que incluso un hermano no debe presenciar.

El doctor sonríe y con caballerosidad la deja pasar delante. Yo espero en la consulta ojeando algunos folletos de donación del cordón umbilical y sus beneficios.

Un rato después, veo aparecer a Cath con una sonrisa radiante, diría que coqueteando incluso con el doctor, y pienso que la espera, al menos, no se me ha hecho nada larga.

—Cath, ahora a seguir los pasos que te he indicado y en unas semanas veremos si estás embarazada. Puedes comprar un test de embarazo si lo deseas en la farmacia o acudir a la consulta, como mejor te parezca. Si decides hacerlo en casa y el test da positivo pide cita para que comencemos con los controles rutinarios.

—Gracias, doctor, estaremos en contacto.

—Espero que vaya bien, Cath. Ryan, un placer conocerle. Antes de irse, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, dígame.

—Es usted el lanzador de los Red Sox, ¿verdad?

—En efecto.

—Me sonaba mucho su cara, al principio no había caído, pero después el apellido y su hombro... Por cierto, ¿qué tal se encuentra?

—La rehabilitación es larga, pero espero recuperarme pronto.

—Tiene un gran seguidor en mí. Me encanta el béisbol. Espero volver a verlo jugar.

—Me alegro, eso espero... —le respondo y veo que a Cath se le ilumina la cara.

—Familia, estamos en contacto.

Apoya su brazo en la cintura de Cath y esta se estremece con su contacto. Yo sonrío sin quererlo, esta mañana se lo he comentado a ella y la verdad es que me parece que le gusta, aunque esperaré a nuestra charla.

Nos despedimos y cuando salimos no puedo aguantar más.

—¿Tenía o no tenía razón?

—No sé a qué te refieres —comenta evadiendo la respuesta.

—Cath, te he visto mirarlo, es muy guapo.

—Lo es, pero no tengo nada que hacer con él, es mi médico.

—Bueno, todo se andará. ¿Qué tal fue la inseminación?

—Me puse algo nerviosa, pero él se ocupó de que me tranquilizara y fuera todo como debía. Ahora a esperar. Estoy muy emocionada. Pensé que nunca daría el paso y aquí estoy, a la espera de unas semanas para saber si seré madre, por fin.

—Me alegro mucho, Cath, verás como todo sale bien.

—Eso espero.

Nos fundimos en un tierno abrazo y después nos montamos en el coche.

Durante todo el camino la incito para que me diga lo que piensa del médico, ha admitido que es guapo y que no tendría nada que hacer con él, pero conozco esa mirada y sé que se siente atraída por él. Además, he podido ver una conexión entre los dos, quizás me lo he imaginado pero me parece que al doctor también le gusta Cath. Espero que sea así y ambos se den una oportunidad. Ella se merece ser feliz, es mi hermana, y también una gran persona.

Regresamos a casa, mis padres no dejan de interrogarla nada más entrar por la puerta. Yo me retiro a realizar algunos ejercicios. Necesito fortalecer mi hombro cuanto antes y durante toda la mañana me esfuerzo, quizás más de lo que debiera, en trabajar duro.

Cath se marcha a trabajar antes de que Jo llegue del colegio. Al llegar pregunta por ella.

—¿La tía Cath ya va a ser mamá?

La miro sonriendo, aún es muy pronto para explicarle cómo funciona el tema, pero decido al menos aclararle algunas cosas.

—Cariño, cuando seas más mayor entenderás a la perfección todo, ahora solo tienes que saber que la tía Cath está a la espera de saber si está embarazada, le han implantado una semillita en su barriga y ahora tenemos que esperar a ver si esa semilla crece.

—¡Ah! —expone con cara de no entender—. ¿Cuándo sabremos si tendrá un bebé?

—En unas semanas.

—Papá... ¿seguiré siendo tu hija preferida?

—Claro, cariño, tú eres mi hija, siempre serás la preferida de papá. Aunque la tía Cath tenga un bebé yo te voy a querer siempre igual, infinito.

—Yo también te quiero infinito, papi.

Me abraza y veo que todas sus dudas se disipan. Creo que estaba nerviosa por las palabras, quizás no muy acertadas de esta mañana, aunque ahora puedo comprobar que está más tranquila.

—¿Se quedarán a vivir con nosotros? Mi amiga Brenda tiene un hermanito y dice que es un rollo.

—Cariño, los bebés no son un rollo, créeme, son muy tiernos, dan mucha felicidad —lo digo apenado, pues yo apenas le hice caso cuando era un bebé.

—Yo no quiero un bebé en casa.

—Jo, verás qué divertido es bañarle, cuidarle y cantarle para que se duerma. Además, cuando seas mayor, tú podrás ser su modelo a seguir. Por lo general los hermanos pequeños se fijan en los mayores para ser igual que ellos. Los ven como superiores.

—Pero no será mi hermano.

—Lo sé, pero será tu primo y es casi lo mismo. Jo, por favor, no pienses que tener un primo es una mala experiencia, verás qué divertido es que te haga pis cuando le estás cambiando.

—¡Buag! ¡Qué asco!

—Era una broma, ven aquí mi niña —digo agarrándola y dándole un abrazo—. Tenemos que esperar; ahora ve a lavarte las manos que vamos a comer.

Capítulo 10

Una recaída

Los días van pasando y mi rehabilitación va siendo más completa. Lo agradezco, necesito avanzar, aunque aún no noto mucha mejoría. Cristal ha suavizado un poco su carácter conmigo y yo intento ser lo más cordial con ella que puedo, aunque a veces mi frustración me hace ser peor persona.

Cath está contando los días para hacerse el test de embarazo, está trabajando menos, pero aun así sus turnos son insufribles.

Hoy he decidido esforzarme al máximo en la rehabilitación, imagino que si le dedico más horas, recuperaré antes la movilidad y la fuerza.

Son las cinco de la tarde, después de comer y ayudar a Jo con sus tareas me dirijo a la habitación designada como gimnasio y comienzo con los ejercicios que Cristal me ha enseñado.

Durante un par de horas me esfuerzo al máximo hasta que, haciendo un giro, tengo un gran dolor, casi igual al que sentí el día de la lesión.

Mi cuerpo se bloquea, espero que solo sea un mal gesto, pero decido acostarme y tomarme un analgésico para evitar que el dolor vaya a más.

—Jo, cariño, papá está cansado, voy a acostarme un poco. Si no te importa, cuando venga Cristal me avisas.

—Sí, papi, tranquilo.

Me tumbo en la cama, intentando relajarme y no pensar en nada, pero el dolor se apodera de mí y comienzo a dar vueltas a mi cabeza. ¿Y si he forzado demasiado el hombro y he vuelto a romper el tendón? Intento borrar de mi mente ese pensamiento, pero no lo consigo. Al final consigo conciliar un poco el sueño.

—Papi, despierta, Cristal está aquí —me dice mi hija.

La veo apostada en la puerta, con cara de expectación. Me he acostado con la ropa puesta. Al levantarme, el malestar comienza de nuevo.

—Ryan, ¿estás bien? —dice al ver que mi cara refleja un gran dolor.

—Cristal, yo... —no me salen las palabras. Creo que he metido la pata y lo que más me duele es haberle fallado a ella y a mi familia—. Me hice daño esta tarde.

—¡Santo cielo! ¿Cómo ha sido?—dice acercándose a mí para ayudarme.

—Haciendo los ejercicios de girar el hombro. Llevaba un par de horas.

—¡Mierda, Ryan! Te dije que me hicieras caso, que no forzaras la situación. Pero has hecho lo que te ha dado la gana. Ni siquiera sé por qué me preocupo por ti. Dame unos minutos, llamaré al doctor Hanigan, a ver si es posible que te atienda de urgencias para verte el hombro.

Sale de la habitación muy enfadada, no la culpo, yo mismo lo estoy por ser tan obstinado. En menos de cinco minutos regresa aún más ofuscada.

—Tienes suerte, el doctor está de guardia en el hospital. Yo misma te llevaré. Vístete, no hay tiempo que perder.

Me pongo una sudadera del equipo, me calzo y en silencio la acompaño. Mi padre nos intercepta por el camino.

—Hijo, ¿pasa algo?

Cristal me mira y soy yo el que le respondo.

—Me he hecho daño en el hombro esta tarde.

—¿Y cómo es posible que no hayas dicho nada?

—No quería preocuparos, pensé que se me pasaría.

—Vamos a ver al doctor —interviene Cristal.

—Ryan, eres un cabezota. ¿Queréis que os acompañe?

—No será necesario —indica ella enfadada.

Salimos de casa en silencio, en dirección a su coche, un todoterreno. Me ayuda a subir, cerrando la puerta de un portazo. Cuando se monta e iniciamos la marcha comienza a hablar.

—Ryan, voy a dejarte clara una cosa. Yo trabajo por dinero, por supuesto, pero me gusta que mis pacientes se recuperen, es mi trabajo. No me gusta que me desobedezcan. Diga lo que diga el doctor, mañana mismo te buscaré un colega que siga con tu rehabilitación, quizás si es un hombre le hagas más caso.

—Cristal, por favor... No sé qué decir, actué mal, pero no quiero otro fisioterapeuta. Te quiero a ti.

—Ryan, actúas como un niño malcriado. No percibo que me tengas ningún respeto, lo siento pero creo que lo mejor es dejarte. Te conseguiré a un buen fisioterapeuta. Te lo prometo.

—Te lo ruego, Cristal —digo poniendo mi mano izquierda encima de su pierna en un acto inconsciente y desesperado.

Al notar mi contacto, da un volantazo y casi chocamos con otro vehículo.

—Lo siento, Cristal. Todo lo hago mal —aún no entiendo su reacción, creo que ha sido desmesurada pero intento no empeorar más las cosas.

Ella no dice nada, continúa conduciendo hasta llegar al hospital, aparca en la zona de urgencias y se baja rápidamente para abrirme la puerta.

—Deprisa, el doctor Hanigan nos espera.

Intento seguirle el paso, pero es rápida. Llega a recepción, habla con la recepcionista y enseguida sale el doctor a recibirnos.

—Ryan, ¿qué es lo que ha pasado? —me pregunta contrariado.

—Meforcé demasiado —contesto resignado.

—Haremos de inmediato una resonancia, espero que solo haya sido un mal gesto. Ryan, si se ha vuelto a romper tendremos que comenzar de nuevo todo el proceso.

—Lo sé...

—Mientras esperamos la prueba, déjame verlo.

Ayudado por Cristal, me deshago de la sudadera y la camiseta. El doctor mueve mi brazo de manera circular, el dolor se atenúa cuando lo hace y

Cristal me mira con rabia.

—No parece que esté roto, quizás solo se haya lastimado como una distensión. Esperaremos al resultado de la resonancia.

Cristal y yo salimos del box y esperamos hasta que una amable enfermera me dirige a la sala de resonancias. Ella no se separa de mí, agradezco su preocupación, y tras pasar de nuevo por el trámite de la prueba, salgo y la veo preocupada.

—Cristal, ¿sabes algo que yo no sepa? —le pregunto mientras esperamos a que el doctor vuelva a atenderme.

—No, tranquilo. Es solo que estoy preocupada.

—Gracias... —le contesto.

—No debería hacerlo, no te lo mereces, Ryan. Debes prometerme que, en el futuro, vas a hacerme caso.

—¿Eso significa que vas a seguir ayudándome?

—Lo haré con condiciones; cuando regresemos a tu casa, te las expondré.

—Te lo agradezco. Haré lo que me pidas...

Me dirige una sonrisa maliciosa y sé que al menos con mis últimas palabras, que pueden interpretarse de otra manera, he conseguido que sonría.

El doctor nos hace pasar, observa la resonancia y me mira un poco nervioso.

—Ryan, el tendón no está roto, pero en la resonancia hemos detectado que comienzas a tener una pequeña descalcificación en los huesos que me preocupa. Aún eres joven. Tendremos que comenzar a tratarla. En lo que se refiere a tu lesión, es una distensión muscular. Durante una semana, dejarás los ejercicios y solamente recibirás las corrientes y los masajes de Cristal.

—Por supuesto, lo que usted diga.

—En lo referente a la descalcificación, debes tomar un suplemento de calcio que voy a recetarte y también un consumo diario de calcio en lácteos, yogures, quesos...

—Así lo haré. Gracias por atenderme.

—No hay problema, pero no fuerces de nuevo, al final no sé si no te das cuenta de que lo único que consigues es retroceder en la terapia.

—Lo sé. Gracias. Hasta la próxima consulta.

—Dentro de una semana, Ryan. No quiero verte antes.

Salgo de la consulta, Cristal se queda un momento hablando y yo la espero resoplando. Gracias a Dios no he tenido que lamentar que mi tozudez me haya llevado a una situación límite.

Ella sale con una bonita sonrisa que nunca antes había visto y me quedo embobado mirándola fijamente.

—Podemos irnos. Ahora me vas a escuchar —dice escudriñándome con la mirada y cambiando su sonrisa por una mueca de enfado.

No digo nada, sé que me espera una buena reprimenda, como un niño pequeño al que regañan cuando no ha hecho las cosas bien, pero me la merezco.

Me ayuda a montarme de nuevo en el coche, se sitúa ella en el asiento del conductor e inicia la marcha en dirección a mi casa.

—Ryan, voy a darte otra oportunidad, pero quiero que me hagas caso y me aseguraré de que lo cumplas. Si es necesario, les diré a tus padres que estén pendientes de ti. Pero mi trabajo consiste en que te recuperes o al menos intentarlo, pero si no me dejas, si no pones de tu parte, yo no puedo ayudarte. ¿Me entiendes?

—Lo siento, Cristal, en verdad he sido un cabezota. Tienes mi palabra de que no volverá a ocurrir. Yo soy el mayor interesado en recuperarme bien. No pensé las consecuencias de mis actos, pero esto me ha servido de lección. Voy a hacer lo que me digas.

—¡Perfecto! Pero voy a dejarte claro que, si vuelvo a enterarme de que trabajas más tiempo de lo establecido con la rehabilitación, lo dejo.

—Tienes mi palabra, no volverá a ocurrir.

Después de la reprimenda. Conduce en silencio hasta casa. Al llegar, mis

padres salen a nuestro encuentro.

—Hijo, ¿qué ha pasado?

—Está todo bien, una distensión. Durante esta semana tendré que bajar el ritmo.

—Señor Halt, quiero que se asegure de que su hijo sigue al pie de la letra mis indicaciones —me mira y yo hago un gesto de resignación—. Lo siento Ryan, no es que desconfíe de ti, pero necesito que hagas lo correcto. Hasta ahora no lo has hecho, debo asegurarme de que lo cumplas.

—Tranquila, lo entiendo.

—Cristal, su madre y yo haremos todo lo que nos diga, solo queremos que nuestro hijo se recupere.

—En cuanto tengamos mejoría en su hombro de nuevo, le pondré una rutina que deberá seguir y no forzarse nunca, el sobreesfuerzo no lleva nunca a nada bueno.

—Lo haremos.

Jo aparece y me abraza. Me siento avergonzado de que por mi culpa, toda la familia se encuentre en este estado de nervios.

—Lo siento cariño, estoy bien.

—Papi, te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

—Creo que hoy te dejaré descansar, espero que lo entiendas —comenta Cristal.

—Claro. Espera a que te pague la consulta de hoy.

—No es necesario, hoy no he hecho nada.

—Insisto, has hecho suficiente, me has llevado al hospital y te has preocupado por mí, por favor acepta el dinero.

—Está bien —comenta resignada.

Subo a mi habitación, cojo la cartera y al bajar veo a Cath que sale del baño con un test de embarazo. La miro con expectación y ella sonríe.

—¿Todo bien?

—Sí, hermanito.

—Ahora hablamos, tengo que pagar a Cristal.

Bajo deprisa, estoy deseando oír de su boca que va a ser madre. Al menos una buena noticia.

Le entrego a Cristal el dinero y todos nos despedimos de ella, yo regalándole una mirada de agradecimiento por todo lo que ha hecho hoy por mí.

Cuando ya se ha ido, todos nos centramos en Cath.

—¡Voy a ser madre! —exclama con una cara de felicidad que hace que todos los problemas del día de hoy se desvanezcan y me contagie de esa felicidad que desborda.

—¡Enhorabuena, Cath! —comento abrazándola.

—Mi niña, ¡lo has logrado! —comenta mi madre entre sollozos.

—Aún es demasiado pronto, de momento estoy embarazada, que era lo que intentaba, pero la estadística de que el embarazo no llegue a su término es aún alta.

—Lo que tienes que hacer es dejar de trabajar tanto —le regaño.

—Mañana hablaré con la jefa de enfermeras para que me asigne otro puesto y un turno fijo.

—Es lo más correcto —concluyo.

Jo no ha dicho nada y veo que su cara muestra enfado. Decido hablar con ella.

—Cariño, acompáñame un momento a la habitación.

—Vale —contesta desganada.

Subimos en silencio y cuando llegamos me siento en la cama y le insto a que lo haga encima de mí.

—Jo, cariño, ¿estás bien?

—Yo no quiero un bebé en casa.

—Mi vida, ya lo hemos hablado. Verás lo que disfrutas a su lado. Todos estamos muy felices, tienes que serlo por la tía Cath.

—Papi, pero es que no quiero...

—Jo, sabes que todos te queremos mucho y eso no va a cambiar para nada en nuestra actitud hacia ti, ¿qué más te preocupa?

—Que vas a enseñarle a batear y a lanzar sin que te lo pida y yo tuve que hacerlo.

—Tienes razón, eso es lo que dije, pero cariño, yo te enseñaré cuando esté mejor. Quizás ha sido un error mío no hacerlo hasta ahora, pero que vaya a enseñarle, no significa que vaya a quererle más que a ti, porque eso es imposible. Eres mi niñita, lo mejor de mi vida y eso no va a cambiar nunca.

—¿Me lo prometes? —pregunta nerviosa.

—Claro que te lo prometo, mi vida. Eso nunca va a cambiar, confía en mí. Ahora vas a bajar y le vas a dar un gran abrazo a tu tía Cath. Va a necesitar toda nuestra ayuda. ¿Te comprometes a ser una prima estupenda?

—Me comprometo —concluye y me abraza con fuerza.

—Cariño, no tan fuerte que me haces daño en el hombro.

—Lo siento, papi.

Le sonrío y la levanto conmigo, sujetándola con el brazo izquierdo. Ella se agarra a mi cuello y la bajo hasta la cocina en brazos, dándome miles de besos que hacen que mi corazón estalle de felicidad.

—Ryan, no hagas burradas —me regaña mi madre.

—Abuelita, es que tenía que darle muchos besos para que se ponga bueno.

Todos sonrían y, cuando la bajo, se dirige hasta Cath y la abraza.

—Pero bueno, ¿y esto a qué viene?

—Te quiero, tía Cath, y estoy muy feliz de tener un primo o prima conmigo.

Una lágrima de felicidad se derrama de los ojos de Cath y todos nos alegramos de que por fin Jo haya librado esa batalla que le impedía ver más allá de sus propios sentimientos.

Capítulo 11

La consulta

Tras mi semana de tranquilidad, en la que apenas he trabajado con mi hombro, Cristal solamente me ha dado masajes y me ha puesto el aparato de corriente y de ultrasonidos. He cumplido todo lo que me ha dicho y el dolor ha disminuido considerablemente.

Al despertarme, me doy cuenta de que es jueves, tengo que acudir a la consulta del traumatólogo para revisión y después acompañar a Cath a su primera consulta de ginecología como embarazada. Está entusiasmada, ni siquiera sabemos si le harán una ecografía, pues solo han pasado tres semanas desde la inseminación, pero al menos el médico le pondrá las pautas para que su embarazo transcurra con normalidad.

Esta semana se me ha hecho de nuevo eterna, sin apenas hacer nada ha sido insufrible, pero a partir de lo que me diga hoy el doctor, podremos retomar quizás de nuevo la actividad anterior a mi recaída.

Me levanto como un resorte cuando oigo la voz de mi hermana llamándome desde el pasillo.

—Ryan, despierta, tenemos un día ajetreado.

—Ya estoy despierto, ahora mismo bajo a desayunar.

Me he ido acostumbrando a valerme por mí mismo, incluso para la ducha. Los primeros días, mi padre tuvo que ayudarme, pero ahora mismo, con la poca movilidad que tengo, soy autosuficiente.

Normalmente duermo con la parte de abajo del pantalón, por lo que me pongo una camiseta y bajo a desayunar como todos los días con la familia.

Jo ya está terminando el desayuno, la beso en la frente y me siento a su lado. Mi madre se ocupa de servirme un café bien caliente y una tostada que unto con mantequilla de cacahuete.

Cath apenas prueba bocado, vuelve a estar nerviosa, aunque no sé si lo que le preocupa realmente es la consulta o el médico en cuestión. Estoy seguro de

que está deseando volver a verlo.

Tras desayunar, subo a vestirme y espero a que Cath termine de cambiarse. De nuevo se ha arreglado demasiado para una consulta normal. Esta vez, además, se ha aplicado unas gotas de su perfume favorito. Al verla sonrío.

—Deseando volver a ver al doctor Adam Randal, ¿verdad?

—No digas bobadas.

—¿Y por qué vas como si tuvieras una cita?

—Me gusta vestir bien, ¿qué hay de malo en que una mujer quiera ir guapa?

—Nada hermanita, pero no me negarás que ese doctor te gusta, al menos un poquito.

—Es muy guapo, no te lo niego, pero estás loco si piensas que saldría con mi ginecólogo. ¿No te das cuenta de que no tendría intimidad?

—Así os conocéis más íntimamente, ¿no crees? —digo con guasa.

—¡Ryan Halt! ¡Ya vale! Ni se te ocurra tomarme el pelo. Yo soy la hermana mayor —me dice aparentando estar enfadada.

Bajamos al salón, mis padres están esperando a que llegue el autobús de la escuela, que aún no ha llegado.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto al ver a Jo.

—Imagino que el autobús habrá tenido algún problema.

—Cath, ¿crees que nos daría tiempo a pasar por la escuela antes de ir al hospital?

Mira el reloj y asiente.

—Jo, la tía Cath y yo te llevamos hoy al cole, ¿te parece bien?

—¡Sí! —exclama entusiasmada.

—Pues no perdamos tiempo—salimos todos despidiéndonos de mis padres en dirección al coche de Cath, que siempre deja aparcado en la puerta del

garaje.

En ese momento aparece el autobús del cole. Jo me mira apenada.

—Me gustaría ir con vosotros. En el autobús hay un niño que se mete conmigo.

—Claro cielo, nosotros te llevamos —indica Cath.

—Cariño, debes decírselo a la maestra.

—Lo haré —concluye un poco apenada.

Últimamente la veo un poco apagada, quizás sea por todos los acontecimientos que están sucediendo en nuestra familia. Demasiados cambios en poco tiempo. Esta tarde hablaré con ella y llamaremos a Gianna para ver qué tal le va en su nuevo trabajo. Seguro que así consigo que se alegre.

Nos montamos los tres en el coche y Cath pone una canción que sé que le gusta mucho a Jo. Se trata de *Draw me down* de OneDirection. Sin darnos cuenta todos nos ponemos a tararear la canción hasta llegar al colegio.

La dejamos un poco apenada y nos marchamos en dirección al hospital.

—¿Crees que está bien? —le pregunto a Cath.

—Últimamente está un poco distraída, imagino que todo lo que está pasando le está afectando. Quizás tendrías que hablar con su maestra para que te indique si en clase está igual y así tomar una decisión.

—Lo haré. Quizás si tenemos tiempo pase hoy a recogerla, ¿te importa?

—No, tengo el día libre.

—Gracias, hermana.

Llegamos al hospital, esperamos como siempre en la sala de espera del doctor Hanigan hasta que es mi turno.

La enfermera, ya conocida, me dirige una bonita sonrisa y nos acompaña hasta la consulta.

—Buenos días, doctor Hanigan —digo con efusividad.

—Buenos días, Ryan. Señorita —expone estrechando la mano de Cath
—Siempre tan bien acompañado.

—Ella es mi hermana Cath.

—Un placer conocerla, Cath, me suena usted mucho, ¿ha venido algún día con su hermano?

—Soy enfermera de este hospital, estoy en urgencias.

—¡Exacto! Seguro que hemos coincidido en algún turno.

—Sí, hace unas semanas, lo recuerdo —comenta mi hermana, que tiene una memoria prodigiosa.

—Ryan, ¿qué tal esta semana? Te lo habrás tomado con más calma...

—Sí, creo que he sido un buen chico —digo con sorna.

—Así me gusta. Menudo susto nos diste el otro día. Tuve que tranquilizar a Cristal, estaba dispuesta a dejarte.

—Lo sé, fui un inconsciente, doctor.

—Un poco sí. Ahora vamos a ver qué tal va ese hombro. Descúbrete.

Me quito la ropa y comienza a mirar, a tocarme y a hacer giros con él. Aún me duele un poco, pero no es más que una molestia comparado con los dolores de la semana pasada.

—Parece que va mejor, hablaré con Cristal. Aún quiero dejarte una semana más sin forzarlo demasiado. Después puedes volver a la rutina de ejercicios anteriores. Si no hay ningún incidente, que espero que no lo haya —aclara—, nos vemos en un mes.

—Gracias, doctor Hanigan. Nos vemos...

Salimos del hospital en dirección a la clínica donde Cath tiene la consulta; aún es temprano, por lo que una vez aparcamos el coche, nos vamos a una cafetería a tomar algo.

Al entrar, nos damos cuenta de que el ginecólogo de Cath está tomando café con la enfermera. Parecen muy compenetrados, entre risas y alguna que

otra caricia por parte de ella.

La cara de Cath se torna triste, quizás le haya metido en la cabeza demasiadas ideas descabelladas y ella se ha hecho ilusiones.

—Cath, quizás solo son amigos —le indico.

—Ryan, gracias. La culpa es mía por pensar que un hombre tan atractivo pueda estar disponible y fijarse en mí.

—No, en eso te equivocas, yo fui el que te metió todas esas ideas en la cabeza, lo siento, Cath.

Cuando va a hablar, vemos que ambos se levantan para salir. El doctor se fija en nosotros y, cuando cruza la mirada con Cath, sonrío.

—Buenos días, Cath, Ryan. ¿Haciendo tiempo para la consulta?

—Buenos días, doctor. En efecto —comenta Cath un poco acobardada.

—Entonces nos vemos en un rato.

Regresa a la barra y habla con el camarero, luego vuelve a la mesa.

—Estáis invitados—indica.

—Gracias —contestamos al unísono.

—Ryan, me encantaría charlar un día largo y tendido contigo, pero tengo que ir ya a la consulta, mis pacientes me esperan.

—Será un placer —le contesto.

—Nos vemos dentro de un rato, buena mañana —se despide de nosotros y salen los dos, él muy caballeroso le cede el paso.

Los observamos con disimulo, no se cogen de la mano, solo charlan. Quizás solo sean amigos o son muy discretos, pero el humor de Cath ha cambiado e intento que vuelva a estar feliz.

—Hay muchos hombres esperándote, Cath. Si no es el doctor estoy seguro de que te espera otrohombre fantástico, te mereces ser feliz.

—No sé, en cuanto tenga al bebé ya no podré salir por ahí, ¿dónde voy a

encontrar a un buen hombre?

—No le des más vueltas, lo encontrarás aunque tenga que llevártelo yo a casa.

Sonríe y terminamos el café sin prisa, aún tenemos casi media hora hasta que sea su turno, charlando de cómo será su vida con el bebé, haciendo planes de futuro.

Diez minutos antes de que sea la hora de su consulta, nos vamos a la clínica. La enfermera nos hace pasar a la sala de espera y diría que coquetea conmigo.

—Señor Halt, ya me ha informado el doctor de que es lanzador de los Red Sox, me encantaría poder verlo jugar en alguna ocasión.

—En cuanto me recupere, veré lo que puedo hacer —comento ladino.

—Gracias, guapo —contesta y veo a Cath enervada. Imagino que odia a las mujeres que, teniendo un hombre, coquetean con otro. Es muy atractiva, un hombre cualquiera no declinaría sus insinuaciones, por lo que yo tampoco las rechazo.

Al sentarnos, Cath me mira ceñuda y yo le acaricio la mejilla para que se calme.

—¡Menuda fresca! —susurra.

—Creo que solo estaba siendo amable —le contesto, aun sabiendo que tiene razón, intentando romper el hielo.

—¡Ryan, por favor! En el bar coqueteando con el médico, ahora contigo. No desaprovecha ninguna ocasión.

—Es guapa.

—¡Vete a la mierda! —dice en tono bajo—. Ryan, no pienses solo con la entrepierna.

—Perdona..., quizás solo coqueteara con el doctor y no tengan nada...

—Me da igual, es una fresca. Hazme un favor y no seas tan superficial.

—Tienes toda la razón, lo siento.

Después permanecemos unos minutos en silencio hasta que llega el turno de Cath; está irritada y siento que parte de la culpa es mía. Últimamente no hago más que enfadar a las mujeres que me rodean, no sé cómo me las apaño.

Adam, el ginecólogo, nos saluda con efusividad y comienza a hacer preguntas a Cath. En un primer momento está tensa, pero a medida que va hablando con él, se va suavizando su carácter.

Cuando nos hace pasar, dudo si hacerlo o no, van a hacerle una ecografía vaginal, pero Cath me incita a que la acompañe.

—Tranquilo, Ryan, entiendo tu preocupación, pero taparemos a tu hermana de cintura para abajo y cuando esté lista te avisaremos, ¿te parece bien?

—Sí, mejor así.

Espero a que mi hermana se desnude, se tumbe en la camilla y, cuando está lista, el doctor me avisa.

—Ryan, ya está preparada.

Me acerco y observo el monitor.

—Aún es muy pronto para ver algo en concreto, pero al menos comprobaremos si es un embarazo intrauterino.

Va guiando la cámara por dentro de su útero y parándose de vez en cuando. Está callado y ambos lo miramos expectantes.

—Cath, de momento todo parece normal. Dentro de un mes, más o menos, podremos observar mejor el embrión. Pero me conformo con lo que veo. Puedes vestirte. Ryan, acompáñame mientras tu hermana se prepara.

Le acompaño y comienza a preguntarme por mi hombro.

—¿Cómo va la recuperación?

—Bastante dura, es un proceso largo y nadie me asegura que pueda volver a jugar, es frustrante, la verdad.

—Me imagino, pero estoy seguro de que muy pronto volveremos a tenerte en activo.

Ella aparece ya vestida y se sienta con nosotros.

—Cath, quiero que empieces a tomar este complemento con ácido fólico y hierro, entre otros. También necesito que empieces con una vida sana y tranquila. Me comentaste que eras enfermera, ¿verdad?

—Sí, soy enfermera de urgencias en el hospital general.

—Imagino que un trabajo un tanto estresante en algunos momentos.

—Normalmente el turno de noche es el peor, pero el resto de turnos tampoco son tranquilos.

—Pues debes intentar tomarte las cosas con calma, el estrés y una vida agitada pueden provocar abortos espontáneos. Te aconsejo que intentes cambiar de ubicación si es posible.

—Gracias, eso intentaré.

—Por lo demás, nos vemos en un mes; Britney te dará cita ahora en cuanto salgas. Cualquier duda o lo que necesites, Cath, estamos aquí para ayudarte.

—Lo tendré en cuenta.

Salimos de la consulta y pedimos la cita a la enfermera, que intenta de nuevo coquetear conmigo, aunque mi hermana la frena tomándome del brazo para irnos de inmediato, dejándola con la palabra en la boca.

—Hermanita, a veces eres una arpía, ¿lo sabías? —digo cuando ya hemos salido de la clínica.

—Y ella una fresca.

Ambos nos reímos y continuamos nuestro camino en silencio hasta el coche. Aún nos quedan un par de horas para ir a recoger a Jo y hemos decidido volver a casa y después ir al colegio.

Capítulo 12

La visita de Gianna

Al llegar al colegio en busca de Jo, me encuentro a Gianna. Mi cara se ilumina, está preciosa y debo admitir que la he echado mucho de menos.

—Ryan, ¡qué alegría verte! —nos fundimos en un tierno abrazo.

—Gianna, hoy he pensado en ti, íbamos a llamarte. Jo anda un poco apagada y pensé que llamándote se animaría. ¿Cómo tú por aquí?

—Tenía que tramitar la venta de mi casa y he decidido pasar a saludar.

Trago saliva; que venda su casa es la forma definitiva de romper los lazos con Boston y con nosotros. Una punzada de dolor atraviesa mi corazón, nunca pensé que llegara este momento y debo admitir que me duele perderla.

—Podrías comer con nosotros, a Jo le haría mucha ilusión verte.

—Estoy esperando a que salga para verla, pero me es imposible. Landon está en el coche.

La miro sorprendido, no sé quién es Landon pero imagino que será su pareja. ¿Hace solo unas semanas que se ha ido y ya tiene pareja? Entonces será que mucho no le importaba. Me siento herido y un poco traicionado. Pero fui yo quien la rechazó, es normal que ella rehaga su vida. Aunque no sé qué es lo que más me molesta, si el hecho de perderla definitivamente, porque venda su casa, o que tenga pareja. Al ver mi cara de circunstancias, sonrío y me aclara.

—Landon es mi ex, al regresar a San Francisco hemos decidido darnos una nueva oportunidad.

—Me alegro, Gianna, te mereces lo mejor. Puede venir también a casa, sabes que mi madre siempre cocina para mucha gente. Es que me gustaría que vieras a Jo y fueras tú quien le pregunte qué es lo que le pasa. Está triste y ella nunca ha sido así, estoy preocupado.

—No sé, Ryan...

—Te lo pido por favor...

—Hablaré con Landon, dame unos minutos.

Me deja solo, pues Cath está en el coche esperando. Antes de que salgan los niños de clase, aparece con un hombre moreno, más alto que yo, buen porte y vestido con un traje. Debo admitir que Gianna tiene buen gusto, es un hombre muy atractivo.

Justo ahora llega el momento que jamás pensé que llegaría después de la muerte de Jo: estoy celoso. Siento que he cometido un grave error, que debería haber dado una oportunidad a Gianna, haberle abierto mi corazón y compartir con ella mi vida. Estoy seguro de que Jo sería muy feliz a su lado.

—Ryan, te presento a Landon. Landon este es mi gran amigo Ryan.

—Encantado de conocerte —contesta estrechando mi mano.

—El placer es mío. Espero que aceptes mi invitación de comer con nuestra familia. Gianna siempre ha sido parte de ella, a mi hija le hará mucha ilusión volver a verla y pasar con ella un rato.

—Ya me ha dicho Gianna, por mí no hay ningún problema. Además estoy encantado de comer con una estrella del béisbol.

—No exageres... —le contesto halagado.

En el momento en el que Jo sale de clase y ve a Gianna, se lanza a sus brazos. Ambas se estrechan con fuerza. Los dos las observamos embobados aunque, por mi parte, dolido por haber dejado escapar a una mujer como ella.

—Jo, cariño, ¡qué alegría volver a verte! Te he echado mucho de menos.

—Gianna, yo también. ¿Vienes para quedarte?

—No, cielo, lo siento, solo vengo de visita. Te voy a presentar a Landon, mi novio.

La cara de Jo cambia por completo, de mostrar alegría vuelve a la tristeza que lleva apoderándose de ella durante estos últimos días.

—Papi, estoy cansada, será mejor que nos vayamos. Landon encantada —dice con educación.

—Cariño, Gianna y Landon vienen a casa a comer con nosotros.

No dice nada, pero su cara de disgusto me hace comprender que no le apetece nada.

—Landon, Gianna sabe el camino, no obstante si quieres puedes seguir a aquel coche —digo apuntando al de mi hermana.

Nos dirigimos en silencio hasta el coche, tengo que hablar con Jo, pero prefiero hacerlo dentro, no entiendo muy bien a qué se debe este comportamiento y tengo que intentar apaciguarlo como sea. Sé que está dolida por conocer a la pareja de Gianna, yo también lo estoy, además de arrepentido por perderla.

Se monta en el coche, coge los cascos y se pone a escuchar música. Le reprendo por su actuación.

—Jo, ¿qué te pasa?

Pero no me escucha; le hago un gesto a Cath para que frene el coche y salgo como una exhalación a la parte de atrás. Le quito los cascos y la miro ceñudo.

—Cath, me quedo atrás, por favor continua —mi hermana hace lo que le digo sin decir ni una palabra—. Jo, vamos a ver..., ¿quieres decirme qué es lo que te pasa últimamente?

—Nada... —contesta molesta.

—No me mientas, por favor...

—Papi, yo quiero tener una mamá —espeta malhumorada—. Todas mis amigas la tienen, no es justo.

Se me rompe el corazón con lo que acaba de decir, pensé que era feliz, pero parece ser que me he equivocado.

—Lo sé cariño, pero tú ya tienes una mamá, está en el cielo, ella te cuida y te guarda.

—Papi, pero yo quiero una mamá que pueda abrazar y contarle mis problemas.

—Me tienes a mí, para contarme cualquier cosa, siempre lo has hecho.

—Ya..., pero de cosas de chicas...

—Jo, mi niña. Tienes a la tía Cath o a la abuela para hablar de cosas de chicas si no quieres hacerlo conmigo —hago una pausa para pensar en cómo explicarle a una niña de siete años la situación y continúo—. Quiero que entiendas que para tener una nueva mamá, papi necesita estar enamorado de ella, sé que es difícil de entender, pero aún no he encontrado a una mujer de la que esté enamorado.

—Pero Gianna...

—Gianna es una buena amiga a la que todos queremos mucho, pero no es esa mujer, cariño —la interrumpo porque yo también quiero creer mis palabras. Verla con un hombre ha hecho que recapacite en mi decisión, pero ya es demasiado tarde para volver atrás. Ella ha rehecho su vida, va a vender su casa de Boston.

—Papi, por favor... quiero una mamá ya...

—Te prometo que voy a intentarlo —concluyo no muy convencido. Las mujeres que conozco, no dan el perfil para ser buenas madres; si tengo que sacrificarme por mi hija lo haré, siempre y cuando sea una mujer que adore a Jo y ella la quiera. Gianna era la indicada, ahora lo sé...

Llegamos a casa, mis padres saludan a Gianna y a Landon. Jo parece que está un poco más animada por mi promesa y coge a Gianna para que la acompañe a su cuarto.

Landon se queda charlando con mi padre, mientras yo subo a cambiarme. Sin poder evitarlo, las escucho hablar desde el pasillo.

—Gianna, ¿tú no quieres ser mi mamá? —le pregunta Jo.

—Cariño, sabes que te quiero muchísimo, pero eso es difícil, porque para ser tu mamá, tu papá y yo tendríamos que estar casados. Además, tú ya tienes a tu mamá en el cielo, nunca tendrás otra mamá tan fantástica, porque ella es la mejor mamá del mundo.

—¿Por qué todo el mundo decís lo mismo? Yo quiero una mamá y si tú no quieres serlo, entonces buscaré a otra.

Jo sale de su habitación enfadada y la intercepto en el pasillo.

—Señorita, tenemos que hablar muy seriamente de tu comportamiento —le recrimino.

—Papi, déjame en paz —contesta y me deja sin palabras, es la primera vez que me desobedece y me contesta de esa forma.

Gianna ha salido detrás y, tras escucharnos, se queda parada.

—Jo, ¡ya está bien! —comento enfadado—. No sabes cuánto siento que no tengas una mamá, pero la vida a veces nos pone muchos obstáculos, yo también desearía que tu madre no estuviera muerta. Pero no podemos cambiar el pasado, solo afrontar el presente, cariño —digo para suavizar mi tono de voz, que se ha endurecido por el dolor que me provoca toda esta situación.

—Cielo, seguro que papá encontrará a una mujer estupenda que pueda ser tu segunda mamá. Pero hasta entonces, puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Pero no estás en Boston... —expone apenada.

—Lo sé, aunque puedes llamarme a la hora que quieras, para lo que necesites, cielo. Ahora te voy a pedir un favor; mientras papá encuentra a tu nueva mami —expone y me dirige una bonita sonrisa—, tienes que intentar no estar triste, comprendo que todas tus amigas tienen una mamá en casa, pero tú eres más afortunada porque tienes a tus abuelos y a tu tía en la tuya. Seguro que muchos solo tienen a sus papás.

Jo sonrío, cuando imagino que lo piensa, y se abraza a ella. Admiro la facilidad de Gianna para convencerla. Será una madre estupenda.

—Ahora todos a comer —expongo.

Gianna y Jo bajan felices, yo me dirijo a la habitación a realizar lo que había subido a hacer. Rápidamente me cambio de ropa por una más cómoda y deportiva.

Al llegar a la cocina, todos están ya sentados. Me queda un sitio entre Jo y Cath. Me siento rápidamente, mi madre bendice la mesa y comenzamos a comer.

De vez en cuando Landon me pregunta cosas de béisbol y veo a Jo satisfecha por mis respuestas. Yo en cambio estoy incómodo con la situación, no me gusta mucho él, quizás porque está con Gianna o simplemente porque parece el típico hombre estirado que maneja a una mujer a su antojo. Es la sensación que me ha dado durante toda la comida cuando Gianna ha intervenido.

Concluida la comida, Jo insiste en que se queden un poco más.

—Gianna, ¿no puedes quedarte un poco más? Tengo dudas con los deberes —dice intentando camelarla.

—Gianna, puedes quedarte y mientras acudo yo a la visita de mis clientes, no obstante te ibas a aburrir a mi lado, con Jo estarás mejor.

—Me parece una buena idea —contesta ella.

Le miro con desprecio, sus palabras altaneras han salido de su boca casi obligándola a que se quede.

—¡Yupi! —exclama mi hija.

Se despiden con un beso en la mejilla y Landon se marcha dejando a Gianna en casa.

Durante toda la tarde están juntas, yo les dejo su espacio, sé que lo necesitan y estoy feliz al menos por mi hija, aunque no dejo de dar vueltas a la forma en que Landon trata a Gianna. No me puedo creer que una mujer como ella haya acabado con semejante mamarracho.

—¿Te apetece un café? —le pregunto para intentar averiguar más de ese tipo que tiene por novio.

Ella entiende al menos las intenciones de la pregunta y se dirige a Jo.

—Cielo, voy con papá a tomar un café, espéranos cinco minutos.

—Vale —contesta emocionada.

Me acompaña hasta la cocina y en voz baja, para que nadie pueda oír la conversación, le pregunto un poco enfadado.

—¿No crees que puedes aspirar a un hombre mejor que Landon?

—Ryan, no voy a permitir que te metas en mi vida, no cuando no has querido formar parte de ella. Si me has invitado a tomar café para recriminarme con quién salgo, me voy...

Hace la intención de salir por la puerta y la agarro por el brazo. Su contacto me quema, jamás en el tiempo que hemos sido amigos he sentido atracción por ella y ahora, que ya no está en mi vida, parece que mi mente ha procesado de una vez mis sentimientos.

Sin pensarlo me lanzo a sus labios y los devoro. Ella se deja llevar, como si en verdad lo necesitara. La estrecho como puedo entre mis brazos, deleitándome en ese beso que me está volviendo loco de deseo. Pero cuando acaricio sus nalgas, Cath aparece en la cocina sorprendida por lo que ve.

—Perdonad chicos, venía a por un poco de agua.

Gianna sale de inmediato de la cocina avergonzada por la situación y yo intento serenarme.

—Ya te vale... —me regaña Cath—, ¿ahora te das cuenta de que te gusta, cuando está con otro hombre? Ryan, no le pongas las cosas más difíciles, es una buena chica, que no se merece que jueguen con ella.

—Lo sé..., es solo que...

—Si te gusta, díselo ahora, antes de que sea demasiado tarde; si solo estás dolido porque ya tiene otra pareja, entonces deja las cosas como están. Será mejor para todos.

Mi cabeza da miles de vueltas, sé que me gusta, he sentido algo especial con ese beso, pero justo ahora que ha cambiado toda su vida, ¿vengo yo a desbaratársela?

Al llegar al salón, está de nuevo ayudando a Jo con las tareas, me mira nerviosa y enseguida aparta la vista de mí.

Tengo que hablar con ella, pero en ese momento llega Landon y con él, todas mis intenciones de hablar se van al traste.

—Gianna, tenemos que irnos ya. Familia, ha sido un placer conoceros.

—¿Tienes que marcharte ya? ¿Tan pronto? —pregunta Jo apenada.

—Sí, cielo. Pero prometo venir en un par de semanas a verte. ¿Te parece bien?

—¡Sí! —la abraza con dulzura y yo no hago más que observarlas, quiero grabar en mi mente lo que podía haber sido real y no lo es por mi tozudez a dejar marchar a mi esposa de mi cabeza.

Todos se despiden y, cuando es mi turno, la agarro de la mano cuando me da dos tiernos besos y me mira resignada. Sé que tenemos que hablar, pero no es el momento.

Capítulo 13

Sincerarme

Cristal llega al poco rato de que Gianna y Landon se hayan marchado, estoy totalmente enfadado conmigo mismo por no haber tomado la decisión correcta cuando ella me dijo lo que sentía.

—Buenas tardes, Ryan. ¿Qué tal te encuentras?

—Buenas tardes, Cristal. Podría estar mejor, la verdad, pero tengo que afrontar mis errores.

Me mira extrañada, pero no dice nada, sabe que no soy una persona muy abierta con ella, pero necesito pedirle consejo.

—Cristal, ¿alguna vez te has dado cuenta de que una decisión que has tomado no era la correcta, pero ya no hay vuelta atrás?

Asiente, pero no dice nada y me doy cuenta de que no va contarme nada de su vida, ya lo dijo en su día.

—Creo que he cometido uno de los mayores errores de mi vida y ahora no sé qué hacer...

—Se trata de una mujer —me sorprende cómo lo ha adivinado tan rápidamente. ¿Tan predecible soy?

—Sí, una gran amiga a la que he besado hoy de manera desesperada intentando..., ni siquiera sé qué es lo que intentaba. La he visto con otro hombre y por primera vez desde que mi mujer murió, me he puesto celoso. Hace unas semanas, me dio un ultimátum, le habían ofrecido una plaza como maestra en San Francisco y me dijo que si yo sentía lo mismo que ella por mí, se quedaría sin pensarlo, pero yo le dije que no —las palabras salen de mi boca sin pensar, creo que necesitaba hablar con alguien, no sé si ella es la más indicada para hacerlo, pero ya está dicho.

—Ryan, solo tú sabes lo que pasa por tu cabeza, pero te diré que las segundas oportunidades no suelen ser buenas, por propia experiencia. Aunque soy de las que piensan que, si se quiere algo, hay que luchar por ello.

—Gran verdad, pero creo que es demasiado tarde. Además, si te soy sincero, no sé lo que siento por ella.

—Entonces, lo primero que tienes que hacer es aclarar tus sentimientos, sino los dos saldréis heridos.

—Tienes razón, gracias.

—Te dije que se me da muy bien escuchar...

—Y dar consejos también.

—Es parte de la terapia, escuchar y dar consejos —comenta, y dibuja una bonita sonrisa que solo he visto en otra ocasión, cuando salimos de la consulta del doctor cuando me lastimé el brazo.

—Sabes..., nunca he querido rehacer mi vida con otra mujer. Hace más de siete años que perdí a mi esposa y creo que no he conocido a ninguna mujer con la que quiera formar una familia, no sé si tengo miedo de olvidarla o simplemente no estoy preparado para sustituirla.

—Perder a alguien querido es algo irremplazable —dice susurrando más bien para ella que para mí.

—Cristal, ¿perdiste a alguien?

—Lo siento, Ryan, pero no quiero hablar de mí. Si no quieres seguir charlando del tema, lo entiendo perfectamente.

—Necesito el punto de vista de alguien ajeno a mi familia.

—Seré lo más objetiva que pueda y te advierto que soy de las que da consejos de todo tipo, no suavizo las cosas, por muy difíciles que puedan ser. Me gusta ser transparente y sincera.

—Precisamente es lo que yo necesito.

—Entonces vamos allá. Creo que tienes miedo a olvidarte de tu mujer, de sustituirla y querer más a esa otra persona, pero también creo que si no tienes pareja, es porque realmente no has encontrado a esa mujer que necesitas. Esas cosas se saben casi desde el primer momento —expone y me mira nerviosa.

—No estoy de acuerdo en eso último, cuando conocí a Jo, solo éramos

amigos, después surgió el amor. A veces cuesta conocer a una persona. No soy de los que cree en el amor a primera vista, al menos la experiencia me lo ha confirmado.

—Créeme, conozco a gente que se ha conocido por un flechazo y son muy felices.

—¿Y tú? —le pregunto, sé que no va a decirme nada, pero quiero ver su reacción, me intriga, es muy hermética y hoy me he dado cuenta de que me gustaría conocerla mejor.

—No entiendo la pregunta.

—Que si te has enamorado algún vez a primera vista.

—Sabes que no voy a contestar —responde con media sonrisa.

—Tenía que intentarlo —comento ladino.

—Me lo imaginaba.

Durante el resto de la sesión, intento hablarle de mí. Quiero que al menos me conozca, la mayoría de la gente tiene una idea equivocada de los jugadores de béisbol.

—Lo que ves es lo que soy... —expongo.

—Eres un buen tipo, aunque a veces un poco cabezota. Imagino que desquiciarías a tu mujer en muchas ocasiones.

—Bastantes, la verdad. Ni siquiera sé cómo me aguantó tantas veces. Tenía un gran corazón —es la primera vez que cuando hablo de Jo, no me duele recordar nuestro pasado. No sé si ha sido gracias al beso con Gianna o a abrirle mi corazón a Cristal, pero me doy cuenta de que estoy avanzando y me siento feliz por ello—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Es posible que no te responda, pero prueba si quieres.

—¿Has estado o estás enamorada de alguien de tal forma que necesitas a esa persona para respirar?

—Sí, conozco esa sensación.

—Pues a mí me pasaba eso con Jo, cuando la perdí mi corazón se partió en dos. Durante los primeros años de vida de mi hija, me desentendí de ella. No hay día que no me arrepienta. Pensaba que tenía la culpa de la muerte de mi esposa. Pero solo fue una desgracia. Ahora la quiero con todo mi corazón y estoy dispuesto a hacer lo que sea porque sea feliz. Hoy me ha pedido una mamá... Lo peor de todo es que si yo hubiera sido más valiente con Gianna, la mujer en cuestión de la que antes hablábamos, ella sería feliz, ambas se tienen un gran cariño. Pero yo... no sé si lo que siento por ella es amor o simplemente un gran aprecio. Hoy he sentido celos, pero no sé si realmente ella es esa persona.

Suspira, imagino que buscando las palabras apropiadas. Durante unos instantes no dice nada. Me mira y su cara es indescifrable.

—Ryan, imagino que complacer a tu hijita es lo más importante ahora, pero también tienes que pensar en ti. ¿Quieres que te dé mi opinión?

—Por supuesto, necesito que alguien me ayude a salir de mis dudas.

—Creo que si de verdad fuera la mujer de tu vida, no la habrías rechazado la primera vez. Tu hija quiere una mamá y ver a Gianna con otro hombre ha despertado en ti un sentimiento que quizás tenías escondido, sí han podido ser celos, pero quizás solo haya sido el deseo de que tu hija sea feliz el que ha desatado esos celos. Esa es mi opinión.

—Cristal, gracias por tus consejos. Normalmente suelo hablar con mi hermana, ella es la que me ayuda cuando estoy indeciso, pero justo ha sido quien ha interrumpido nuestro beso y ya me ha dado la charla.

—Normal, a las mujeres no nos gusta que jueguen con nosotras —comenta un poco molesta.

—A los hombres tampoco, pero a veces es verdad que nosotros pensamos de otra manera.

—Ryan, te voy a decir algo de mí, sin que sirva de precedente. Odio a los hombres que juegan con las mujeres. Ante todo creo que toda relación se basa en la sinceridad entre las dos personas, cuando una de ellas no lo es, se pierde el respeto, la confianza y la base de la relación.

—Entonces creo que a mí tienes que odiarme, porque desde que falleció mi

esposa, las mujeres solo me han servido de escape para saciar mis necesidades más carnales.

—No tengo por qué odiarte, siempre que esas mujeres supieran que no les engañaban —la miro sin entender muy bien a lo que se refiere—. Me explico, siempre que sea sexo consentido y solo eso, no me parece mal, todo el mundo tiene necesidades, es normal satisfacerlas.

—Todas mis relaciones sexuales han sido simplemente eso y yo no he prometido a ninguna amor eterno.

—Pues no tengo por qué juzgarte ni odiarte. Te entiendo, Ryan, más de lo que crees.

—Cristal..., puedes contármelo, te juro que no saldrá nada de mi boca.

—Lo siento, Ryan, pero es algo muy doloroso de mi pasado que me niego a volver a revivir, pero te agradezco de corazón tu interés. Te juro que si algún día tengo la necesidad de hablar con alguien tú serás de las primeras personas, por tu sinceridad y sobre todo por la confianza que has mostrado hoy en mí. Sé que no es fácil hablar de una mujer con otra mujer, pero tú lo has hecho con total claridad, y eso me halaga.

—Creo que nadie mejor que una mujer para entender a otra mujer, yo soy muy básico y reconozco que las mujeres nos dais mil vueltas en muchas cosas. En el tema del amor, el primero.

Después de la fructífera charla, me doy cuenta de que ya es la hora de terminar, se me ha pasado esta hora muy rápido, me he sentido muy a gusto con Cristal y me ha venido bien sincerarme con ella. Me ha hecho ver que en realidad mis sentimientos hacia Gianna son y siempre lo serán, de amistad. Quizás he querido engañarme a mí mismo intentando creer que ella podía ser la mujer que sustituyera a Jo. Desde luego es una gran candidata, pero no puedo luchar con mi corazón y sé que no podría hacerla realmente feliz. No quiero eso para ella, aunque me duele verla con ese hombre, ella se merece lo mejor y él no lo es, y creo que por eso la he besado.

Tendré que hablar con ella, pero hoy no es el día, estará confundida y no quiero ser yo quién la trastoque más.

—Ya es la hora, ha sido un placer charlar contigo, Ryan. Si te soy sincera,

me gusta conocer más a mis pacientes, sobre todo con los que voy a pasar varios meses.

—El placer ha sido mío. Muchas gracias por tu ayuda, creo que ya he tomado una decisión. Ahora, si me disculpas, voy a darme una ducha.

Le entrego los doscientos pavos, me regala de nuevo esa bonita sonrisa y nos despedimos en el pasillo de la planta de arriba.

Me meto en la ducha y dejo que el agua corra por todo mi cuerpo, borrando todos los malos recuerdos que a veces vienen sin querer a mi mente.

Al bajar a cenar, veo la cara de enfado de Cath y sé que tengo que hablar con ella después.

Jo está feliz y su felicidad me embarga, haciendo que yo también lo sea. Necesito pensar que algún día, que espero no sea muy lejano, pueda regalarle a mi hija lo que ahora más ansía, una mamá.

Tras la cena, como siempre que mi hermana se encuentra en casa, ayudamos a mi madre a recoger y nos sentamos los dos en la mesa de la cocina con un café. Ella ahora lo está dejando y toma infusiones para ayudarla a dormir.

—Ryan, lo de hoy ha estado mal —explota.

—Lo sé, no debí besarla, creía que tenía que comprobar si realmente sentía por ella amor y me había equivocado.

—¿Y qué sentiste?

—No voy a negar que ese beso fue especial, pero me he dado cuenta de que quizás era una forma desesperada de complacer a Jo con su deseo de encontrar a una mamá. Ellas dos son tan felices juntas que pensé que quizás...

—Que quizás deberías estar con Gianna —me interrumpe.

—Sí, pero estoy confundido, aunque creo que no siento lo mismo que ella siente por mí. Sé que quizás, si lo intentáramos podría ser feliz a su lado, pero no sé si llegaría a amarla como ella se merece, no me parece justo para ninguno de los dos. Aunque también te diré que ese tipo que tiene por novio

no me gusta nada.

—A mí tampoco, la verdad. Ryan, sabes que tienes que hablar con ella, ¿verdad?

—Lo sé, aunque ni siquiera sé por dónde empezar.

—Dile la verdad, tus inquietudes. Es una mujer estupenda, me apena que no puedas compartir tu vida junto a ella. Todos la adoramos, pero es tu decisión, no la nuestra.

—Gracias, Cath, por entenderme. Cristal piensa lo mismo.

—¿Has hablado con Cristal? ¿No me dijiste que ella no habla de su vida privada?

—Y así es, pero necesitaba otro punto de vista, además tú estabas enfadada conmigo, pensé que me regañarías y no me escucharías.

—Ryan, tú eres mi único hermano, te quiero muchísimo, sabes que si te equivocas me gusta hacértelo ver, por eso me enfadé y porque estaba segura de que tú nunca podrías estar con Gianna. Conozco tus sentimientos y esos no se pueden cambiar de la noche a la mañana.

—Gracias, Cath, eres la mejor hermana que he podido tener, yo también te quiero mucho. Tu bebé va a ser muy feliz con la mamá que tiene —digo acariciando su barriga. Sé que voy a disfrutar al máximo de este embarazo como lo hice con el de mi hija. Pero no cometeré los mismos errores que con ella. Voy a querer a mi sobrino o sobrina con todo mi corazón y voy a ayudar a mi hermana a que sea feliz.

—Es hora de irse a dormir, Ryan. Mañana madrugo, voy a empezar con el turno de mañana, aunque la enfermera jefe me ha dicho que de vez en cuando tendré que hacer algún turno de noche.

—Dentro de lo malo, no está mal.

—Pues sí, ha comprendido mi estado y me ha derivado a la zona de urgencias con menos pacientes, ha sido muy generosa teniendo en cuenta que he sido la última en llegar.

—Te lo has ganado a pulso, hermanita. A descansar se ha dicho.

Subimos a nuestras habitaciones, me despido con un tierno beso en su mejilla y me voy a la cama, donde mi hija, como siempre, está cruzada en medio y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para echarla a un lado y tumbarme a descansar.

Capítulo 14

Una urgencia

Los días van pasando más rápido ahora que he vuelto a la normalidad con mis ejercicios de rehabilitación. Hoy es viernes y, aunque mi plan es más de lo mismo, televisión, cena familiar, quizás una charla con mi hermana y dormirme al lado de mi hija, no sé por qué hoy presiento que va a ser un día diferente.

Hace una semana hablé con Gianna, pensé que no iba a ser capaz de contarle la verdad. Estuve demorando la llamada hasta que mi hermana se enfadó conmigo, pero ella me entendió a la perfección. Al besarla se había dado cuenta de que Landon no era el hombre de su vida y, aunque según me confesó, se había hecho ilusiones de que quizás nosotros dos pudiéramos llegar a ser algo más, me agradeció el haberle abierto los ojos con ese mamarracho de novio que tenía; lo había dejado hacía unos días.

La jornada transcurre con total normalidad y, cuando llega Cristal, me sorprende verla con un bonito peinado y maquillada. Viene con una mochila y una bolsa transporta-trajes.

—Buenas tardes, Ryan. Hoy tengo que pedirte un favor.

—Buenas tardes, Cristal. Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Tengo una cena con mis compañeros de facultad. No quería anular tu cita de hoy, por lo que he pensado que quizás podría darme una ducha y cambiarme en tu casa, si no es mucha molestia. Es que si no, no llego a la cena.

—Sin ningún problema —digo algo molesto. No sé por qué, pero de nuevo he vuelto a sentir una punzada de dolor ante la posibilidad de que ella esta noche se divierta con algún hombre. Porque no sé qué me hace pensar que no tiene pareja, es algo que deduzco por su tipo de vida.

—Gracias, hoy te haré una rebaja en la sesión.

—No hace falta, Cristal, mi casa es tu casa.

Sonríe y me indica que entremos a la habitación donde cada día hago los ejercicios de rehabilitación.

Durante toda la sesión estoy callado, me gustaría preguntarle por la cena, pero estoy seguro de que no me va a decir nada, por lo que no me molesto en absoluto en preguntar.

Terminamos cinco minutos antes de la hora, me mira y la acompaño hasta el baño que hay en el pasillo.

—Puedes ducharte aquí, si necesitas toallas, están a tu disposición en ese mueble. Cualquier cosa que necesites, me lo dices.

—Imagino que no, traigo todo lo necesario, no obstante gracias.

Se mete en el baño, yo me dirijo a la ducha de mi habitación y, cuando me desnudo, mi mente fantasea con la idea de estar los dos juntos y explorar todos los rincones de su cuerpo. Mi organismo reacciona ante esas ideas y de inmediato cambio la temperatura del agua por otra más fría. Necesito calmar mi excitación, pero no puedo y al final decido complacerme a mí mismo sintiendo que es Cristal quien toca mi erección y se apodera de ella, con tanta dulzura, que una oleada de placer me recorre de inmediato, derramándome en mis manos con solo pensar que su boca recorre mi miembro.

Después de borrar los rastros de mi orgasmo y serenarme, salgo a la habitación envuelto tan solo con una toalla y la encuentro apostada en la puerta esperándome. Está preciosa con un vestido negro de pedrería y unos zapatos de un tacón tan alto que casi diría que es más alta que yo, haciendo que sus piernas se vean más largas y apetecibles. Suspiro pensando que al final voy a tener que darme una nueva ducha.

Ella me mira nerviosa. Quizás no se esperaba verme así.

—Lo siento, Ryan. Pero necesito que alguien me suba la cremallera del vestido, creo que se ha enganchado y soy incapaz de hacerlo sola.

Me acerco despacio, observando todo su cuerpo, que en estos momentos está en tensión, ella se da la vuelta y se recoge unos mechones de pelo suelto.

Suspiro al notar su embriagador perfume, me acerco despacio y subo la cremallera lentamente, acariciando su espalda desnuda con mis dedos. Sé que

no estoy siendo demasiado justo, pero tengo la sensación de que ambos necesitábamos este momento.

Cuando concluyo, nerviosa, se da la vuelta y nuestras miradas se enfrentan. Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada, solo nos miramos, yo hambriento de deseo por ella, Cristal confundida, diría yo.

—Ryan, creo que será mejor que me vaya y tú deberías vestirte, vas a resfriarte. Gracias por todo.

Tendría que haberla besado pero una fuerza superior a mí me lo ha impedido y aún no sé por qué lo ha hecho.

—Disfruta de tu noche, Cristal.

Observo cómo se marcha, sus caderas se contonean al compás del sonido de sus tacones en el suelo y siento que voy a morir de deseo.

Me tumbo en la cama agitado, esperando que mi excitación baje, y al final lo consigo cuando mi hija aparece para buscarme.

—Papi, ¿no bajas a cenar?

—Cielo, dame dos minutos para que me vista.

—¿Estás bien? —pregunta extrañada.

—Sí, cariño, estaba descansando un poco.

—Cristal iba muy guapa, ¿a que sí?

—Mucho, cariño, tenía una cena de compañeros de trabajo.

—Papi, ¿ya te gusta más Cristal?

—Jo, ya sé por dónde vas. Te prometo que buscaré a una mujer que sea buena para ser tu mamá, pero dame un poco de tiempo.

—Vale... —comenta resignada.

Al salir de la habitación, me levanto ya más calmado, me pongo un pantalón de chándal y una camiseta del equipo y bajo a cenar.

Esta noche Cath tiene guardia, por lo que no podré hablar con ella.

Cenamos, como cada viernes, un plato de pasta a la boloñesa. Jo y yo nos sentamos a ver una película que ha elegido y, sin querer, el cansancio se apodera de mí y el sueño me vence.

—Papi, la peli ya ha acabado, ¿nos vamos a la cama?

—Claro cariño; lo siento, me quedé dormido.

—Lo sé, has roncado mucho —expone riéndose.

—Vaya, pues sí que estoy ruidoso —contesto y la agarro para subirla en brazos. Ella rodea sus bracitos en mi cuello y los dos nos dirigimos a la cama.

Nos tumbamos, ella me regala su preciosa sonrisa y un beso en los labios. Es una manía que tenemos desde siempre.

—Buenas noches, papi. Que descanses.

—Buenas noches, corazón. Descansa tú también.

Se tumba de lado y enseguida se queda dormida. Yo en cambio me he desvelado. Intento conciliar el sueño, pero me es imposible.

El sonido de mi móvil me pone en alerta. Se trata de Cath y contesto nervioso.

—Cath, buenas noches, ¿te ha pasado algo?

—Ryan, buenas noches. No, tranquilo, estoy bien. Se trata de Cristal, ha venido al hospital con más de cien personas por una intoxicación en un restaurante.

—¿Ella está bien?

—Está en observación, la pobre está regular. Pero te llamo para que le hagas compañía.

—¿Y eso? —pregunto sin entender nada.

—Cuando le he dicho que si avisábamos a alguien de la familia, me ha dicho que no tiene a nadie en la ciudad. No sabía qué hacer, pero es una buena chica, no se merece estar sola estando mal. Yo no puedo estar con ella, hoy es un día de locos. Ryan, podrías venir en taxi y al menos acompañarla

hasta que le den el alta.

—Está bien, ahora mismo voy.

—Hermanito, te quiero. Seguro que agradecerá estar con alguien conocido.

—No lo habrás hecho para intentar liarme con ella, ¿no? —pregunto porque creo que esa es la respuesta.

—Ni mucho menos, pero no quería que estuviera sola, ella te acompañó al doctor cuando te hiciste daño, creo que es lo mínimo que debes hacer.

—Tienes razón, me visto y ahora mismo voy para allá.

Me levanto como un resorte sin hacer ruido para que Jo no se despierte, me pongo ropa cómoda y me dirijo a la habitación de mis padres. Son las doce y media, sé que no son horas, pero no quiero asustarles si al final tengo que quedarme toda la noche con Cristal en el hospital.

—Mamá, papá —susurro—, tengo que ir al hospital. Cath me ha avisado de que Cristal está ingresada por una intoxicación, no tiene familia aquí, quiero estar a su lado.

—Hijo, ve tranquilo —contesta mi padre. Mi madre se limita a sonreír y se vuelve a tumbar en la cama.

Bajo al salón, llamo a un taxi que no tarda ni diez minutos en llegar y me dirijo al hospital. Al llegar, todo es un caos, gente por medio de los pasillos, la recepción está a tope y decido llamar a Cath, que me lo coge al quinto tono.

—Cath, ya estoy aquí, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Dame cinco minutos, espérame en admisión.

Me quedo esperando hasta que llega mi hermana. Le indica a la señorita de admisión que voy a ver a una paciente y me dirige al box donde está Cristal.

Entro con Cath y, al verla, se me cae el mundo encima. Está totalmente pálida, con el maquillaje corrido por toda su cara y con los ojos vidriosos. Al verme se incorpora un poco en la cama.

—Cristal, te traigo compañía —expone mi hermana—, ¿qué tal te

encuentras?

—Estoy bien, gracias. No tenías que haberlo avisado. Yo creo que en unas horas estaré como nueva —justo en ese instante veo como coge una palangana y vomita con gran esfuerzo.

Cath la ayuda a limpiarse, coge una toalla mojada y la pasa por su cara. Posa su mano en su frente y expone.

—Cristal, creo que vamos a tenerte un tiempo más en observación, hablaré con el doctor, pero al menos hasta que toleres el suero y disminuya la fiebre; no podemos dejar que te deshidrates.

—Gracias, Cath —contesta desganada.

Mi hermana se marcha no sin antes advertirme que la cuide.

—Ryan, procura que vaya bebiendo a sorbitos pequeños el suero que le hemos dado. Avísame si empeora.

—Así lo haré.

Cuando mi hermana abandona la habitación, Cristal me mira un poco apenada y sin apenas voz, se dirige a mí.

—Ryan, gracias por venir, pero no tenías por qué.

—Quería hacerlo, tú me acompañaste el día que me hice daño en el hombro. Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Además, Cath me ha dicho que no tienes familia aquí.

—En efecto —contesta sin apenas fuerzas.

Se tumba en la cama, cierra los ojos y la observo. Está demacrada, pero imagino que es lo más normal después de haber estado un tiempo vomitando.

Durante más de media hora, permanece en un estado de duermevela, pero cuando menos espero le viene la arcada y se levanta como un resorte para vomitar. Le sujeto el pelo para que no le vaya a la boca y ella, con una suave mueca, a modo de sonrisa me lo agradece.

El doctor pasa a las dos y media de la madrugada con Cath. Le pregunta por su estado y, debido a que el hospital está masificado y también por deseo

de Cristal, le da el alta.

—Cristal, te acompaño a casa.

—No es necesario, estaré bien.

—Insisto, no voy a dejarte en este estado sola.

—Soy autosuficiente —expone molesta y con desgana.

—No lo dudo, pero hoy necesitas que alguien cuide de ti, haz el favor de guardarte tu orgullo y dejar que por una vez en la vida alguien se preocupe un poco por ti, ¿no crees?

No contesta, la dejo que se vista en la habitación y salgo al pasillo; cuando concluye, me llama.

—Ryan, necesito ayuda con el vestido, si no te importa.

—Por supuesto.

Esta vez no me deleito como en mi casa, solo deseo salir de allí y llevarla a casa para intentar descansar.

Cogemos un taxi de la parada cercana al hospital y Cristal le indica la dirección al taxista. No tardamos más de veinte minutos en llegar a su casa. Se trata de un edificio de apartamentos. Intenta pagar el taxi pero se lo impido.

La ayudo a bajar, la veo muy débil desde que hemos salido del hospital, por eso le ofrezco mi brazo para que se apoye y no rechaza mi ofrecimiento.

Subimos en el ascensor hasta la planta catorce, saca como puede las llaves y abre con mi ayuda la puerta.

Al dar la luz puedo ver por encima su apartamento. Un minúsculo salón con la cocina anexa. Y solo dos puertas más, imagino que una es una habitación y la otra el cuarto de baño. Cristal me mira, averiguando mis pensamientos y expone ceñuda.

—No todos podemos permitirnos una casa individual con muchas habitaciones y un amplio salón. Yo aún tengo que pagar mi carrera, la clínica y, con lo que me sobra, pagar este diminuto apartamento.

—Lo siento, Cristal... —expongo avergonzado de mi actitud—, será mejor que te acuestes.

—Gracias por todo, Ryan. Ahora si no te importa, quiero estar sola.

—Como ya te he dicho antes, no voy a dejarte sola. Al menos esta noche. Si no te importa darme algo para tumbarme en el sofá...

Resignada se dirige a la que entiendo que es una habitación y la sigo. Levanta el canapé de la cama con mi ayuda y saca una manta de debajo.

—Ten... —expone—. Ahora si no es mucha molestia, ¿puedes bajarme la cremallera?

—Claro —digo nervioso.

Estar en la misma habitación, en su casa, me ha vuelto a alterar como cuando ha venido a mi habitación por la tarde. Bajo despacio la cremallera y mis dedos acarician de nuevo su espalda, sintiendo cómo su cuerpo se estremece. Nos quedamos los dos un tiempo sin reaccionar hasta que es ella la que se separa de mi contacto.

—Gracias Ryan, necesito descansar —estoy paralizado pero al final reacciono y me dirijo al salón. Doy gracias a que me he puesto ropa cómoda. Me descalzo y me tumbo en el sofá. Intento conciliar el sueño, pero entre lo incómodo que estoy y que oigo ruido en la habitación de Cristal, no lo consigo.

Pasan las horas y mi mente no deja de procesar que estoy en la casa de Cristal, que me gustaría que la situación fuera distinta y que me encantaría tenerla en mi cama.

El sonido de sus pasos rápidos me alerta de que va al baño y me levanto rápido para ayudarla. Se pone de rodillas, agarrada a la taza, y le sujeto su melena mientras su cuerpo sigue sacando líquido, porque es lo único que vomita.

Comienzo a preocuparme, si sigue así tendremos que volver al hospital, no digiere nada de lo que bebe.

—¿Cómo estás? ¿Quieres que volvamos al hospital?

—Sigo igual, pero prefiero quedarme en casa. Voy a intentar conciliar el sueño aunque me duele mucho la cabeza.

Le toco la frente y compruebo que tiene fiebre.

—Cristal, te dejaré hasta las ocho de la mañana, si no mejoras y sigues teniendo fiebre, volveremos al hospital. No quiero que empeores.

—De acuerdo.

Vuelve a la cama y yo empiezo a inquietarme, no mejora, por lo que mando un mensaje a Cath.

Cath, Cristal sigue igual, no sé qué hacer. Le he dicho que si a las ocho de la mañana sigue vomitando y con fiebre volveremos al hospital.

La respuesta tarda apenas unos minutos.

No te preocupes, es normal, el proceso de la intoxicación es así. Tardará unos días en recuperarse, lo importante es que no se deshidrate, procura que beba el suero. A ver si es posible que lo vaya tolerando. No obstante, si a las ocho no ha mejorado, tráela y le pondremos una vía para el suero, para que no se deshidrate. Un beso.

Me quedo más tranquilo, me tumbo de nuevo y al final el cansancio me vence y consigo quedarme un rato dormido.

Capítulo 15

La mejoría

Cristal me despierta a las ocho de la mañana. Su aspecto parece haber mejorado y, a no ser que no me haya dado cuenta, no ha vomitado en estas últimas horas.

—Ryan, buenos días. Creo que deberías irte a casa, estoy mejor.

—Buenos días, ¿estás segura? No quiero dejarte sola y que empeores.

—No he vomitado desde la última vez que estuviste a mi lado y me encuentro mejor. Creo que ya no tengo fiebre o al menos solo serán unas décimas. Voy a tirarme todo el sábado en la cama para intentar recuperarme.

Poso mi mano en su frente y, efectivamente, tiene menos calor. La miro resignado, no quiero dejarla sola, pero si está mejor debo marcharme a casa.

—Está bien, me iré, pero quiero que me avises si estás peor, ¿de acuerdo? No obstante te llamaré a mediodía para ver qué tal estás.

—Gracias por todo, Ryan.

Nos despedimos y salgo de su apartamento, suspiro para poner en orden mis pensamientos y según bajo, recibo la llamada de Cath.

—Buenos días, Ryan. ¿Qué tal está Cristal?

—Está mejor, me ha dicho que quiere quedarse sola. No ha vomitado y creo que le ha bajado la fiebre, ¿qué podía hacer?

—No mucho, al menos ha estado acompañada cuando peor estaba. Eso es lo importante.

—Creo que esta tarde pasaré a verla.

—Me parece una buena idea. Si quieres puedo acompañarte, ahora voy a coger el coche e irme a casa a dormir, ha sido un día agotador.

—¿Podrías venir a buscarme?

—Por supuesto, mándame la dirección para que pueda ponerla en el GPS. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora.

Cuelgo el teléfono, tengo que mirar el nombre de la calle y el portal para mandárselo a Cath, puesto que ayer por la noche no me quedé con él cuando Cristal se lo indicó al taxista.

La suave brisa me despeja un poco de la agotadora noche; pero la espera solo hace que mi cabeza de vueltas. Debo aceptar que me gusta Cristal, quizás más de lo que hasta el momento he querido admitir.

Cath tarda menos de media hora en aparecer y yo se lo agradezco, he comenzado a desesperarme con mis pensamientos. Creo que estoy un poco obsesionado con ella y me temo que se debe a mi falta de sexo.

Llegamos a casa en veinte minutos; mis padres y Jo ya están despiertos.

—¿Qué tal está Cristal? —me pregunta Jo. Imagino que mis padres ya le han puesto al día.

—Está mejor, cielo. Voy a desayunar y a acostarme un rato, apenas he dormido.

Desayunamos todos juntos en la cocina, después Cath y yo nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones.

Me tumbo e intento conciliar el sueño, aunque tardo varios minutos hasta que consigo quedarme dormido.

El sonido del teléfono me despierta de mi estado, lo miro y se trata de Cristal. Contesto de inmediato.

—Hola Cristal, ¿estás bien?

—Hola, Ryan, estoy bien, es solo que te has dejado la cartera en mi casa, te la acercaría yo misma, pero dejé el coche aparcado al lado del restaurante.

—Tranquila, esta tarde pasaré a por ella. Ya de paso compruebo tu estado.

—Como quieras, pero me encuentro mucho mejor... —sé que no le hace mucha ilusión que la cuiden, pero yo quiero hacerlo.

—Nos vemos luego, ahora descansa y gracias por avisarme.

—Hasta luego.

Cuelgo y miro la hora, son casi las dos de la tarde, por lo que decido darme una ducha y levantarme de la cama.

Bajo al salón, Jo está jugando con mi madre mientras que mi padre está viendo la televisión. No hay ni rastro de Cath. Imagino que aún duerme.

—Hola a todos, ¿en esta casa no se come? —pregunto con sorna.

—Por supuesto, hijo —contesta mi madre—. Estábamos esperando a que bajarais. Creo que es hora de despertar a Cath, luego podrá acostarse si quiere.

Jo sube como una exhalación y tarda unos minutos en bajar.

—La tía Cath dice que ahora mismo baja.

Disponemos la mesa y Cath aparece con cara de cansada.

—Hola a todos, creo que hoy estoy un poco indispuesta. Mamá, si no te importa prepararme un caldo de esos tan ricos que haces tú —expone melosa.

—Claro, hija, ahora me pongo y haré un poco más para que luego le llevéis a Cristal, seguro que le vendrá bien.

—Cath, ¿no te habrás contagiado con algún virus? —le pregunto.

—Imagino que no. Serán síntomas del embarazo.

—Deberíamos ir al hospital —comento preocupado.

—Se me pasará. Este bebé es muy importante para mí; tranquilo Ryan, si veo que sigo mal esta tarde te prometo que iremos.

—Más te vale —le digo enfadado.

Mi madre comienza a hacer el caldo mientras nos echa la comida en nuestros platos. Cath mira el arroz con verduras, que es nuestra comida,

desganada.

—Cath, deberías intentar comer al menos algo. Un caldo no es alimento para una mujer embarazada —le regaña.

—Ryan, te he dicho que no tengo el estómago muy bien. Tranquilo, los primeros meses son así. En cuanto se pase comeré como una vaca. ¿O acaso no te acuerdas ya del embarazo de Jo?

Sonrío, mi hermana tiene razón, los tres primeros meses de embarazo, Jo estuvo vomitando todos los días. Pero después se le pasaron las náuseas y comía como una lima. Engordó casi quince kilos.

—Está bien, pero no hagas tonterías.

—Sí, señor —expone graciosa.

Todos nos reímos y continuamos con la comida. En cuanto el caldo está preparado mi madre se lo sirve a Cath y se une a nosotros en la mesa. Concluida la comida, se retira a descansar.

—Cath, a las seis quiero ir a casa de Cristal, ¿te encuentras con ganas?

—Creo que será mejor que descanse, si no te importa...

—Tranquila, será lo mejor.

—Yo quiero ir, papi —expone mi hija.

—Claro, cariño —no puedo negarle nada.

Hasta las cinco de la tarde, mis padres, Jo y yo, nos sentamos en el sofá a ver una película infantil. Mis padres se han quedado dormidos, pero de vez en cuando mi hija se encarga de despertarlos haciéndoles cosquillas.

—Mira que eres bicho, deja a la abuela que eche una cabezada —dice mi padre una de las veces.

—Abuela si tienes sueño, ¡a la cama! —esa es una de mis frases cuando algún día nos quedamos por la noche viendo la tele y ella se queda dormida.

A las cinco y media, Jo y yo nos subimos a la habitación a prepararnos para ir a ver a Cristal, ella está emocionada, sé que le profesa un cariño

especial.

Una vez preparados, con una cazuela de caldo que mi madre ha preparado para ella, salimos de casa en dirección a la parada de taxis más cercana.

—Papi, ¿ya te gusta más Cristal?

—Cielo, solo la estoy ayudando, nada más. Es muy guapa pero dudo que a ella le guste yo.

—¿Por qué no se lo preguntas? —inquire de buenas a primeras.

—Porque las cosas no se hacen así, cariño. Cuando seas mayor lo entenderás.

—Siempre cuando sea mayor... —expone resignada—. Yo quiero entender ya las cosas.

—Poco a poco, no quieras crecer tan rápido, Jo, te lo digo porque tienes que disfrutar tu vida de niña. La vida de los mayores a veces es muy aburrida.

—Sí, eso es verdad... —expone con una sonrisa pícaro—, los abuelos son un poco muermos.

Suelto una carcajada y la contagio. A veces tiene unas ideas que no son normales para una niña de su edad.

Tomamos un taxi que nos lleva a casa de Cristal. Al llegar Jo mira la zona asombrada, se trata de una zona nada elegante, no es un barrio marginal pero no es céntrico.

—Papi, ¿aquí vive Cristal? —pregunta asombrada.

—Sí, cariño, ¿qué tiene de malo?

—Que no es una casa.

—Claro cielo, no todo el mundo tiene la suerte de poder comprarse una. Cristal vive en un apartamento, pero como ella vive sola, con lo que tiene le basta.

—A mí me gustan las casas grandes —explica.

—Ya cariño, quiero que me hagas un favor. No hagas ningún comentario

del tamaño del apartamento de Cristal, ¿vale?

—De acuerdo.

Llamamos al telefonillo y, después de varios minutos, nos contesta adormilada.

—¿Sí?

—Cristal soy Ryan.

—Y Jo —interviene mi hija.

—¿Te importaría abrirnos?

No contesta y abre la puerta. Nos montamos en el ascensor hasta la planta catorce y cuando salimos, la puerta está abierta. Aun así llamo y entramos.

—Cristal, ¿qué tal estas? —dice Jo tirándose a sus brazos. Yo las observo. Ella lleva un pijama de franela, el pelo enmarañado como si se acabara de levantar; imagino que por su voz y su aspecto, así es.

—¿Te hemos despertado? —pregunto.

—Sí, pero tranquilo, llevo todo el día durmiendo.

—¿Dónde te pongo este caldo? Cath está también un poco indispuesta, imagino que por su embarazo, y mi madre ha aprovechado para hacer más y nos dijo que te trajéramos un poco.

—Da las gracias a tu madre. ¿Cath está embarazada? Cuánto me alegro.

—Sí, por inseminación —le indico.

Jo está inspeccionando la casa y viene un poco extrañada.

—Cristal, ¿dónde están el resto de habitaciones? Solo he visto una.

Mi cara de enfado se refleja cuando me mira, ella entiende la advertencia pero ya es demasiado tarde.

—Cielo, desgraciadamente no tengo la suerte de tener una casa como la vuestra. Mi casa es pequeña, pero muy acogedora —expone con una media sonrisa.

—¿Qué quiere decir acogedora?

—Que se vive muy bien —le respondo.

—¿Me invitarás un día a quedarme? Podría dormir contigo como hago con papi.

Cristal me mira sin saber muy bien qué decir y salgo en su defensa.

—Jo, cariño, uno no pregunta si le invitan, eso tiene que salir de la otra persona. Cuando Cristal pueda y quiera, te invitará, ¿verdad?

—Claro, cielo. Más adelante, ahora estoy un poco malita.

—Papá y yo podemos cuidarte, o quizás podrías venir a nuestra casa.

—No, ya estoy mejor y me gusta mi casa.

—A mí no mucho —vuelvo a mirar a mi hija con esos ojos que parecen que van a lanzarle un rayo y desintegrarla. Ella me entiende a la perfección —. Aunque es muy acogedora —concluye.

Cristal se ríe y nos contagia a los dos. Jo se abraza a ella y Cristal intenta levantarle pero no puede, imagino que por su debilidad.

—Jo, cielo, no puedo contigo, quería darte un beso, porque me gusta mucho tu sinceridad, pese a que estoy segura de que tu padre te dijo que no hicieras comentarios sobre mi casa, creo que no has podido resistirte.

—Papi, elévame —la cojo y la pongo al lado de la mejilla de Cristal, la besa y se abraza a ella. Sigo sujetándola para que no se caiga—. Tienes razón —le susurra—, papá me dijo que no hiciera comentarios de tu casa. Pero es que es muy pequeña. Podrías venir a vivir a la nuestra, aún tenemos una habitación libre.

—Eso no es posible, además a mí me gusta mi casa.

—¿Y mi papi te gusta? Porque así podrías venirte a vivir a mi casa y ser mi mamá —los dos la miramos como si fuéramos a estrangularla. Esta niña solo dice lo que piensa, no digo que sea malo, pero en muchas ocasiones es indiscreto y embarazoso, y esta es una de ellas.

—Tu papá es un hombre muy guapo —mi ego en estos momentos está

crecidísimo—, además es un jugador de béisbol famoso, pero cielo, las cosas son muy distintas a como las ves tú. Sé que deseas una mamá, pero quiero que entiendas que es muy difícil remplazar a tu verdadera mamá. Por eso a tu papá le está costando mucho encontrar a esa mamá. Además tiene que ser una mujer muy buena...

—¿Tú no eres buena? Yo creo que sí —vuelve a inquirir y yo no sé ya ni qué decir de la vergüenza que siento.

—Jo, cariño. Claro que Cristal es buena, pero las cosas son más complicadas.

—Son cosas de mayores, ya lo sé... —concluye enfadada.

—Creo que lo mejor será que nos vayamos ya y te dejemos descansar —estoy molesto, no sé si por su forma de evadir las preguntas o porque realmente sé, desde el fondo de mi corazón, que es una mujer inalcanzable para mí y eso me indigna aún más.

—¿No quieres un café? No tardo nada en hacerlo, yo te acompañaría pero sigo con el suero.

—Quizás en otro momento, es mejor que descanses.

—Yo no quiero irme, papi. Quiero quedarme un rato más con Cristal.

—Jo, tenemos que dejar a Cristal descansar, aún está un poco malita.

—Yo la veo bien —expone mi hija que como siempre tiene respuestas para todo.

—Cariño, nos vamos. Que tengas un buen día, Cristal.

—Gracias por la visita, igual te deseo.

Cristal y Jo se funden de nuevo en un tierno abrazo y yo las miro embobado. Jo tiene casi la misma conexión con Cristal que con Gianna.

Cuando estamos a punto de marcharnos, Cristal se dirige al armario del salón, lo abre y saca mi cartera.

—Casi se me olvida, ¡qué desastre!

—Tranquilo, es lo normal. Tantas cosas en tan poco tiempo...

—Tienes razón. Descansa, Cristal, te llamaré para ver qué tal pasas la tarde.

—Gracias —nos despedimos con dos besos y nos marchamos.

Capítulo 16

Conociendo al bebé de Cath

El domingo transcurre con total normalidad, llamo a Cristal en dos ocasiones para comprobar su estado. Ella dice que se encuentra mejor, por lo que evito ir a verla, sé que no le hace mucha ilusión y tampoco quiero atosigarla.

Al llegar el lunes, Cath y yo llevamos a Jo al colegio para después acudir a la clínica para la nueva ecografía y las pruebas que tengan que realizarle. Sigue estando revuelta, ella dice que es normal pero aun así toda la familia nos estamos volcando en que coma un poco más.

En la clínica, la enfermera, como las otras veces muy servicial, nos hace pasar a la sala de espera. Cath le dedica una mirada de odio mientras ella vuelve a coquetear conmigo. La verdad es que la escena es digna de ver.

No tardamos mucho en entrar. Adam, como siempre muy atento, se interesa por su estado.

—¿Cómo estás, Cath?

—Se encuentra bastante indispuesta desde el sábado —le indico antes de dejarle hablar a ella.

—Es normal, a todas las mujeres no les sienta igual el embarazo. Lo que tienes que hacer es intentar ingerir comidas poco copiosas. En el caso de vomitar varias veces, estar al menos hidratada.

—Gracias, Adam, es lo que estoy haciendo, pero ya sabes, la familia... — contesta mi hermana sin darse cuenta de que lo ha tuteado. Él le sonrío, como si le gustara ese trato, y nos hace pasar a la sala de al lado, donde tiene el ecógrafo.

De nuevo yo me espero al ser una ecografía transvaginal, y cuando ya está lista, entro en la sala.

—Cath, vamos a ver a ese bebé. Después te pesaré para llevar el control.

En un primer momento, se mantiene en silencio, dejándonos expectantes. Transcurridos unos minutos, mira a Cath y le dirige una bonita sonrisa.

—Cath, ya podemos ver a tu bebé, tendrá el tamaño de una habichuela, pero ya podemos distinguirlo. Puedes verlo aquí. El latido aún es poco perceptible, pero para la siguiente ecografía podréis escucharlo.

Para la imagen en la pantalla y nos lo enseña. Ambos miramos con admiración.

—¡Es increíble! —exclama Cath emocionada.

Sin querer mi mente vuelve al pasado, a cuando Jo estaba embarazada; la primera ecografía se la hicieron a las ocho semanas y pudimos escuchar el latido del corazón, fue una sensación emocionante. Aunque en un primer momento nos asustamos al oírlo tan acelerado, el ginecólogo nos explicó que era normal.

Agarro con fuerza la mano de mi hermana, sé que está totalmente emocionada por lo que ve y yo me alegro por ella, se merece ser feliz.

—Perfecto, tomamos las medidas del embrión para el control y ya puedes vestirme.

Salgo de la sala para esperar a Cath, me siento y les oigo reírse; sonrío al pensar que quizás ambos lleguen a congeniar de una manera muy diferente. Me parece que harían una buena pareja.

Cath sale la primera y se sienta a mi lado, dibuja una bonita sonrisa que me regala solo a mí y yo la miro con expectación. Tendré que interrogarle cuando salgamos para que me diga por qué tiene esa cara.

El ginecólogo le manda hacer unos análisis y, después de un cruce de miradas, salimos de su consulta.

Ya en la calle, de camino al coche, no puedo esperar más y al fin pregunto.

—Cath, ¿qué es lo que pasa entre Adam y tú?

—Nada... —contesta y sé que miente.

—No me mientas, sé cuando lo haces porque arqueas las cejas.

—Hace unos días vino por el hospital por una paciente, nos encontramos y tomamos un café, nada más.

—Nada más, ¿segura? Desde que has entrado he visto una complicidad diferente entre los dos, luego cuando estabais ahí dentro os habéis reído.

—Ryan, ¿vas a controlar cada cosa que haga con Adam?

—No, pero yo te cuento todo, podrías al menos decirme qué es lo que hay entre vosotros.

—De momento nada, aunque hoy me ha invitado a cenar.

—¿¿Qué?! ¿Y qué le has contestado? —pregunto agitado.

—Que tengo que pedirte permiso, por eso nos reíamos.

—¿Serás idiota! —contesto enfadado.

—Me ha salido sin pensar, pero le he dicho que me llame el fin de semana.

—¿Ves como tenías posibilidades con él?

—No quiero hacerme ilusiones, pero es un paso. Aunque es un poco raro, salir con alguien que ya conoce tus intimidades... —expone graciosa.

—Bueno, así sabe lo que hay —contesto con sorna.

—La verdad es que tengo miedo, Ryan. Es mi primera cita en años y no sé qué es lo que busca un hombre como él exactamente.

—Quizás le gustes tal como eres, además la sorpresa ya la sabe —sigo con la guasa.

—¿Qué gracioso!

—Es verdad, sabe que estás embarazada. Aun así te ha pedido una cita, eso es bueno, ¿no te parece?

—Eso creo, aunque quizás solo quiera pasar el rato.

—Bueno, sal con él y descúbrelo.

—Tienes razón, además la vida solo se vive una vez.

—Claro, vamos a vivirla.

Nos dirigimos a casa, todavía queda un buen rato para la hora de la comida, por lo que me centro en hacer unos ejercicios, aunque de manera suave, sin forzarme demasiado. Voy notando que poco a poco mi hombro va mejorando, aunque aún tengo un largo camino por recorrer. Aunque siendo sincero conmigo mismo, solo quiero que el hombro quede bien, ya no me importa el tiempo que tarde en conseguirlo.

Después de comer, me tumbo un rato en la cama, estoy agotado y siento que últimamente ya no tengo la misma vitalidad que antes, no sé si se debe a mi falta de actividad, pero tengo que pensar en algo para ocupar mi tiempo.

Jo me despierta a media tarde, con muchos besos y haciéndome cosquillas, como suele hacer a mis padres cuando están viendo la tele.

—Papi, quiero que juguemos un rato, ¿te apetece?

—Después, ahora creo que lo mejor es bajar y merendar algo, ¿qué te parece?

—¿Puedo elegir la merienda?

—Hoy sí —le contesto.

—¡Yupi! —exclama emocionada.

Me levanto de la cama, ella tira de mi brazo para que la acompañe hasta la cocina, elige un batido de chocolate y unas galletas. Sé que la estoy malcriando, pero es que a veces solo intento compensarla por todo lo sucedido en el pasado.

Después de tomar un café con una tostada, me dirijo con Jo al salón, mis padres han salido a pasear aprovechando que ya estoy despierto. Mi hija y yo jugamos a un juego de mesa, tiene muy mal perder y cuando lo hace se enfada bastante, por eso muchas veces la dejo ganar.

A las ocho y media en punto, Cristal aparece, aún tiene cara de cansada y su aspecto no es mucho mejor que el del sábado.

—Buenas tardes, Ryan —dice casi sin voz.

—Buenas tardes, Cristal. ¿Te encuentras bien? Pareces cansada.

—Tú lo has dicho. El día ha sido agotador, como de momento solo estoy a dieta blanda y aún sigo vomitando en alguna ocasión, mi cuerpo está débil.

—Deberías haberte quedado en casa, yo habría trabajado solo.

—Ya estoy aquí —expone pesarosa.

—Pero puedes irte si no te encuentras bien, Cristal.

—No, estoy bien —comenta resignada.

Comenzamos con el ultrasonido, para después ponerme las corrientes. Después hago los ejercicios oportunos mientras ella se sienta en el pequeño sofá que hay en la habitación. Sin darse cuenta, se queda dormida y la admiro con devoción. Es simplemente preciosa, con un cuerpo delgado, no excesivo, sus pechos aunque pequeños, son muy apetecibles. Mi cuerpo comienza a excitarse solo con pensar en ella y durante un momento tengo que serenarme sin mirarla. Después, tengo que decidir si despertarla o hacer lo que me muero por hacer desde hace días, besarla.

Al final la cordura se apodera de mí y decido despertarla para que me dé el masaje.

—Cristal, ya he terminado.

—Lo siento, me quedé traspuesta —se incorpora, me tumbo en la camilla y comienza a masajearme la zona del hombro.

Sus manos no danzan enérgicas como el resto de días, sino que son suaves toques, sin apenas forzar la zona. Debo reconocer que me gusta cómo lo hace.

—Cristal, será mejor que te vayas a casa. Puedo notar que estás cansada. Si mañana estás igual, no hace falta que vengas. Quiero que te recuperes y que estés al cien por cien para trabajar bien el hombro.

—Lo siento, Ryan. El día ha sido agotador, y teniendo en cuenta que apenas he comido y que aún no me he recuperado, no tengo casi fuerzas.

—Pues ahora mismo le voy a decir a mi madre que te prepare algo para cenar, no voy a aceptar un no por respuesta, ¿me has oído? Necesitas reponerte para coger fuerzas.

No dice nada, se limita a asentir y la miro extrañado. La Cristal que yo conozco, incluso enferma, no se rendiría tan fácilmente.

—Cristal, ¿de verdad que estás bien?

—No mucho, creo que me ha subido la fiebre, además estoy mareada. Estoy a punto de... —no concluye la frase, se desmaya y, gracias a mi rapidez, consigo sujetarla como puedo entre mis brazos.

—¡Papá! ¡Cath! Subid a ayudarme por favor —grito todo lo que puedo, pues con mi hombro lesionado no consigo tener las fuerzas suficientes para sujetarla.

Cath sube la primera y mi padre a continuación.

—Ayudadme a llevarla a mi cuarto. Se ha desmayado, creo que lleva todo el fin de semana sin probar apenas bocado. Cath, llama al médico.

—Ahora mismo, le tomaré de todas formas la temperatura y la tensión.

—Como quieras...

Entre mi padre y yo la llevamos a mi habitación y la tumbamos en mi cama. Cath intenta que reaccione, pero ella no se despierta hasta pasados unos minutos. Lo hace totalmente desorientada.

—¿Dónde estoy?

—Tranquila, Cristal. Te has desmayado, enseguida vendrá el médico para examinarte.

—Ryan, estoy bien, de verdad. Solo ha sido una bajada de azúcar.

—Sea lo que fuese, hasta que el doctor no te examine, no voy a dejar que te levantes de la cama, ¿entendido?

Resignada asiente y se recuesta. Mi madre y Jo suben también, imagino que alertadas por Cath que está haciendo las gestiones necesarias para que venga un médico. De inmediato la atosigan a preguntas.

—Mamá, Jo. Hasta que el doctor no venga, será mejor que dejemos a Cristal descansar.

—Pero papi, yo quiero quedarme con ella... —expone con cara de niña buena.

—Cielo, es mejor que ella descanse, pero si quieres puedes estar en el pasillo hasta que venga el doctor a examinarla.

—Me parece bien —contesta.

—Cristal, hasta que el médico venga, tendrás que quedarte tumbada.

—Vale... —contesta encogiéndose de hombros.

Casi veinte minutos después, un médico compañero de Cath del hospital aparece. Imagino que ni siquiera estaba trabajando.

—Hola, Cath. ¿Dónde está la paciente? —pregunta.

—Acompáñeme —le contesto—, soy Ryan Halt.

—Un placer conocerte, he oído maravillas de ti. Lo siento, pero el béisbol no me gusta, por eso no te conozco apenas.

Sonrío, la verdad es que la gente sincera me ayuda mucho. Nervioso, lo acompaño hasta mi habitación. Cristal está dormida.

—Lleva unos días con una intoxicación alimenticia. Creo que apenas ha probado la comida y me temo que sigue aún vomitando.

—Vaya, seguramente esté deshidratada. No obstante voy a levantarla y ver cómo anda de fuerzas.

La ausculta, la mira de arriba abajo y cuando termina, empieza a hablar.

—Efectivamente está deshidratada, debería ir al hospital.

—No puedo... —expone con un hilo de voz apenas imperceptible.

—Está bien; Cath, debéis procurarle muchas sales minerales, una bebida para deportistas de limón puede servir. Tenedla vigilada durante veinticuatro horas, si no mejora, habrá que ingresarla.

—Gracias, Gavin.

—Ya has oído al doctor —le recrimino a Cristal—. Hoy no vas a moverte

de mi casa. Lo siento, pero no voy a dejar que te desentiendas de tu estado de salud. Creo que mañana no deberías ir a trabajar.

—Ryan, no puedo dejar a mis pacientes sin consulta.

—Seguro que tus compañeras se apañan bien sin ti. Además, lo importante es que te mejores.

—Gracias, de verdad. Pero no quiero molestar, me iré a casa en taxi.

—No voy a dejarte ir en tu estado, Cristal. Te quedas hoy en casa y no se hable más.

—No tengo ropa de cambio —expone nerviosa.

—Cath te dejará lo que necesites y si es necesario iré a tu apartamento, pero tú no te mueves de mi casa, ¿entendido?—digo con tono autoritario.

—Está bien, tú ganas —responde.

—Descansa, nosotros vamos a cenar, en unos minutos te subiré la bebida.

—Gracias, Ryan, por todo, y perdona las molestias.

—No hay nada que perdonar.

Salgo de la habitación en dirección a la de Jo. Creo que hoy tendremos que dormir los dos allí, en las dos camas que tiene.

—Jo, cariño, hoy dormiremos en tu cuarto. ¿Me dejarás dormir en la otra cama?

—Papi, yo quiero dormir con Cristal.

—No cielo, ella está enferma y tiene que descansar.

Me mira enfadada y sin decir nada, baja a la parte de abajo. Reviso que las camas estén hechas y a continuación yo también bajo a cenar algo rápido para acostar a Jo y cuidar de Cristal.

Capítulo 17

Cristal

Después de cenar, antes de acostar a Jo en su habitación, pasamos a ver a Cristal; está dormida plácidamente y, como no queremos molestarla, acompaño a mi hija a su cuarto; le doy las buenas noches y me dirijo de nuevo a mi habitación, para quedarme sentado en uno de los sillones que en su día mi esposa compró para decorar nuestra acogedora habitación. Ella siempre decía que eran su lugar de esparcimiento.

Intento ponerme cómodo como puedo, me espera una dura noche, solo espero que al menos Cristal pueda descansar.

Después de dar varias vueltas consigo encontrar la postura adecuada para poder descansar, aunque cuando estoy quedándome dormido, Cristal se remueve inquieta, parece que tiene una pesadilla.

—Kavin, no me dejes... —murmura—. No quiero que te vayas... No te mueras... —se lamenta en sueños.

La escucho en silencio. Ahora puedo lograr entender su forma de ser. Agudizo mis sentidos, me gustaría preguntarle quién es. De forma desesperada, decido hacerlo. He oído que a veces la gente dormida te contesta y la verdad, no tengo nada que perder.

—Cristal, ¿quién es Kavin?

Pero no contesta, vuelvo a insistir y en ese momento se despierta. Me encuentra arrodillado en la cama, cerca de ella.

—Ryan, ¿qué haces?

—Estaba comprobando que estabas bien, estabas hablando en sueños.

—¿Hablando en sueños?

—Sí, has mencionado a Kavin —digo intentado por una parte que me crea y por otra parte averiguar quién es.

Su semblante se endurece, como si reprendiera mentalmente su actitud.

—Lo siento... —contesta.

—¿Por qué?

—Por todas las molestias que te estoy dando, debería irme a casa.

—Cristal, no molestas, tranquila.

—¿Si estás intentando dormir en un sillón!

—He podido dormir en la habitación con Jo, pero he preferido quedarme contigo, no quería que te pusieras peor.

—¿Por qué lo haces, Ryan? —me pregunta, y me quedo pensando qué responderle.

—Eres mi fisioterapeuta y no tienes a nadie aquí.

—¿Lo haces solo con mujeres o también con hombres desamparados?

La pregunta me cae como un jarro de agua helada. Trago saliva y le respondo duramente.

—Lo haría también por un hombre si no tuviera a nadie que le cuidase;no sé qué estás insinuando...

—Lo siento, Ryan. No ha estado nada acertada.

No le respondo, me ha dolido mucho su insinuación. Es verdad que ella me gusta, pero sin duda lo haría por cualquiera.

—Ryan, por favor, no te enfades. Lo siento, de verdad, no quería ofenderte. He sido una estúpida. Estoy enervada conmigo misma y lo pago contigo.

—Está bien, pero en el futuro, antes de decir las cosas es mejor que las pienses. Por cierto, ¿por qué estás enfadada contigo misma?

—Por soñar, por hablar...

—No puedes evitar que tu subconsciente a veces te juegue malas pasadas. Quizás necesites hablar con alguien sobre él. Se me da bien escuchar... —le indico como ella hizo en su día.

—Te lo agradezco, Ryan. Pero es una herida del pasado que no estoy dispuesta a reabrir.

—Como quieras... Intenta descansar... Será lo mejor.

—Gracias, Ryan. Tú también.

Se tumba de nuevo en la cama y yo me siento en el sofá, recostándome encima de una almohada que he cogido de la otra cama de la habitación de Jo.

La postura sigue siendo incómoda, no consigo conciliar el sueño y, sin querer, empiezo a divagar pensando en acostarme a su lado. Me encantaría compartir al menos la cama con ella. No sé qué es lo que me hace sentirme tan atraído por ella, es muy guapa, pero tiene un carácter que no va con mi forma de ser. No obstante, sigo pensando que por una mujer como ella podría sacrificar un poco mi orgullo.

Me regaño mentalmente por tener esos pensamientos, me da miedo empezar a sentir algo más por Cristal y dejar de amar a mi esposa.

Cristal se incorpora de repente y se dirige al baño de la habitación. Imagino que de nuevo a vomitar. Me preocupa mucho su estado. No es normal que después de tres días aún siga encontrándose mal. Me levanto como un resorte y me arrodillo a su lado, para sujetar su melena y darle todo mi apoyo. Tiene que ser muy duro no tener a nadie que te ayude en momentos así.

Al finalizar, me dedica una mirada de agradecimiento y la ayudo a incorporarse. Está muy débil, por lo que rodeo su cintura con mi brazo sano para ayudarla a llegar a la cama y que, despacio, se tumbe de nuevo.

—Cristal, deberías ir de nuevo al médico, apenas estás probando bocado, solo caldo y el suero y, aun así, sigues vomitando.

—No, se pasará... —veo en sus ojos una mirada de desesperación, imagino que la situación la está desbordando y quizás yo sea un poco agobiante, pero solo pretendo que se ponga bien.

Vuelve a tumbarse, intento que beba un poco, pero se niega, y poco a poco se va quedando dormida. El cansancio también se apodera de mí y consigo

conciliar un poco el sueño.

Al despertar, Cristal no está en la cama, la busco en el cuarto de baño pero no está. Me dirijo rápido a la cocina y la veo con Jo y mi madre. Por un momento suspiro aliviado, pensé que se habría marchado.

—Buenos días —digo de manera generalizada y, como siempre, beso a mi hija—. Cristal, ¿estás mejor?

—Sí, voy a ir a trabajar.

—Creo que deberías tomarte el día libre...

—No me lo puedo permitir Ryan, además estoy mejor.

—Como quieras...—no quiero ser yo quien se entrometa en su vida.

Cath aparece con mala cara, creo que también ha pasado mala noche; saluda y se toma una manzanilla junto con Cristal.

—Vaya dos muchachas, tenéis los mismos síntomas—dice mi madre, y veo que la cara de Cristal cambia por completo, tragando saliva, y mira a Cath cómplice.

—Mamá, Cristal solo tiene una intoxicación... —digo un poco confundido.

Cristal se retira y busco a mi hermana con la mirada, estoy seguro de que ella sabe algo que yo no sé. Pero mi hermana no dice nada. Se toma su manzanilla y se retira también. Me quedo desayunando con mi hija y mi madre.

Al subir a mi habitación, las oigo hablar.

—Cristal, ¿has decidido qué vas a hacer?

—Aún no, Cath. Ni siquiera sé cómo ha pasado, hace poco más de un mes que salí de fiesta con mis dos compañeras de la clínica. La cosa se desmadró y bebí demasiado. Me desperté al lado de un tipo que no recuerdo, desnuda. Me imaginé el resto, pero pensé que habría tomado precauciones...

Trago saliva, ahora entiendo algunas cosas, pero sigo escuchando nervioso por lo que me temo que estoy descubriendo.

—Te entiendo, Cristal, pero el tiempo apremia. Si decides poner fin al embarazo... —mi mente en ese momento procesa toda la información y respiro agitado—, tendrá que ser cuanto antes.

—Cath, yo... no sé qué voy a hacer yo con un bebé, sola. No creo que pueda, tengo muchas deudas, no tengo a nadie, mis padres viven en San Luis y no tengo relación con ellos...

Como una exhalación entro en la habitación sin importarme ser descubierto.

—Cristal, nosotros podemos ayudarte...

Ambas me miran nerviosas y Cristal rompe a llorar. Quiero consolarla, pero tengo miedo a que me rechace. Cath es la que se dirige a ella y la estrecha entre sus brazos, dándole apoyo.

—Cristal, todo va a salir bien, decidas lo que decidas nosotros vamos a apoyarte en todo. Creo que es mejor que hoy descanses.

—No puedo... —solloza.

—Deberías llamar a la clínica, estoy seguro de que entenderán que, si estás mal, alguna de tus compañeras te tenga que suplir—le digo.

—Soy la única fisioterapeuta, tengo a dos chicas, pero son auxiliares.

—Quizás alguien pueda hacerte el favor.

—No con tan poco tiempo. Debo irme.

—Cristal, te llevaré, hoy no trabajo—se ofrece Cath.

Asiente y me limito a observar a las dos mujeres. No comprendo cuándo han llegado a tener esa complicidad que tienen y, si soy sincero, siento ciertos celos de mi hermana, pero imagino que el día del hospital, cuando se enteró de la noticia, fue Cath la que estuvo a su lado y por eso me llamó. Lo que no entiendo es por qué Cath no me lo ha contado, estoy un poco molesto, pero no digo nada.

Cath se lleva a Cristal a la clínica, está demacrada, pero entiendo su postura; la clínica es suya, tiene mucho que pagar, no puede hacer otra cosa que acudir.

Durante el tiempo que Cath tarde en volver comienzo a ponerme más nervioso y malhumorado, quizás porque en el fondo de mi corazón siempre he ansiado tener algo más con Cristal y ahora lo veo totalmente imposible.

Al aparecer Cath la miro enfadado y le hago una seña para ir a la cocina.

—Ryan, antes de que digas algo, lo del embarazo de Cristal es un secreto profesional, no podía decirte nada.

—No digas tonterías, a veces me hablas de tus pacientes.

—Sí, pero no les conoces, en este caso sí. Además ella me lo pidió y yo decidí guardarle el secreto.

—No lo entiendo, Cath.

—¿Qué no entiendes?

—Todo... —le respondo un poco desanimado.

—Estoy segura de que has escuchado la conversación. Pero en resumen, ella se emborrachó, se acostó con un tío y el muy desgraciado, por lo que se ve, no tomó precaución. Nos hemos asegurado de que no tuviera ninguna enfermedad de transmisión sexual, al menos en eso el cabrón estaba limpio. Ahora ella tiene que decidir, tiene un gran dilema, porque como ha dicho, una mujer sola, con un negocio y con los créditos de la universidad y de la clínica... Es una gran decisión..., aunque creo que al final tendrá el bebé.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque nosotros nos vamos a encargar de ello.

—¿Nosotros? —pregunto un poco confundido.

—Vamos a ayudarlo en todo, tú lo has dicho.

—¿Y por eso crees que lo tendrá?

—Sí, hace unos días que lo sabe, una mujer que se entera de que está

embarazada y no quiere el bebé lo tendría claro, ya hubiera abortado.

—Cath, me gusta, pero ahora...

—¡No fastidies, Ryan! ¿Qué te impide ayudarla? ¿El bebé? No lo creo, sé que realmente te gustaría intentar algo con ella.

Asiento, no estoy preparado para esto, no cuando perdí a mi esposa en un parto.

—Ryan, te lo diré una vez, creo que ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones, pero si realmente Cristal te gusta tanto como presiento, por cómo te has preocupado por ella y las miradas que le profesas, deberías intentarlo.

—No estoy preparado...

—No seas cobarde...

—Lo siento, la ayudaré en lo que necesite, pero no puedo tener una relación con una mujer embarazada.

—¡Serás capullo! —grita mi hermana y sale de la cocina maldiciendo.

Mi madre se acerca para ver qué es lo que pasa, pero la evito. No necesito más charlas ni reprimendas sobre mis actos.

Me dirijo a la sala de ejercicio y durante el resto de mañana me encierro en ella, intentando no pensar en nada más que en recuperar mi hombro.

Capítulo 18

Cristal se abre a mí

Durante todo el día intento evitar a mi hermana, sé que está enfadada y es mejor dejar que su enojo se disipe antes de hablar de nuevo con ella.

Cuando Cristal llega, un poco más repuesta que el día anterior, ni siquiera me mira a la cara, sé que está avergonzada y tengo que hablar con ella.

—Buenas tardes, Ryan.

—Buenas tardes, Cristal, ¿cómo te encuentras?

—Estoy mejor, quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí estos días. Sé que no he estado acertada contigo, pero a veces mi humor me pierde.

—Tranquila, es normal, ¿quieres hablar del tema?

—No, gracias Ryan.

—Sé que quizás no sea la persona adecuada para hablarlo, pero puedes confiar en mí, igual que lo has hecho con Cath.

Veo duda en sus ojos, como si tuviera una lucha interna, pero no dice nada y comienza con las corrientes.

Durante la mitad de la hora ambos permanecemos en silencio, solo se escucha el sonido de la música relajante que siempre pone, acompañada del incienso de aromas que trae y los sonidos que mi cuerpo emite con cada ejercicio.

Necesito hacerle ver que voy a estar para lo que necesite, que puede contar con mi total ayuda.

—Cristal, sabes que me tienes para lo que quieras. Creo que hemos traspasado la barrera de médico-paciente, ahora puedes contar conmigo como amigo.

—No sé Ryan, no me gusta confraternizar con mis pacientes.

—Ya lo has hecho, ¿no crees?

—Tienes toda la razón, pero es que nunca he tenido amigos verdaderos que fueran hombres...

—Siempre hay un comienzo para todo...

—Ryan, es que estoy muy confundida y enfadada conmigo misma por lo que ha sucedido, ¿quién en su sano juicio se acuesta con un hombre sin saber si ha usado protección?

—Le dijiste a Cath que estabas muy borracha.

—Lo sé, aun así, no debí hacerlo.

—La culpa es de ese malnacido que debería haber usado protección, no tuya.

—Gracias, Ryan, pero la culpa es mía.

—Al menos tendrás su número...

—No, en cuanto me desperté en la habitación de un hotel me marché. No suelo hacerlo, nada, ni acostarme con desconocidos ni marcharme después de ello, pero sucedió y ahora no puedo cambiar lo que ha pasado.

—Cristal, tienes varias opciones, Cath y yo te apoyaremos en lo que decidas.

—No sé, Ryan, estoy hecha un lío. Si decido tener el bebé me cambiará la vida por completo. Una madre soltera, con un montón de deudas... No creo que pueda con todo...

—Quizás puedas encontrar un hombre que quiera conocerte y...

—No, Ryan, no quiero conocer a ningún hombre más y menos hacer lo que estás pensando.

—¿Y el aborto?

—No lo sé, cada vez que pienso en ello, la cara de un bebé viene a mi mente y no puedo hacerlo.

—Cristal, aún tienes tiempo. También puedes entregarlo en adopción. Hay

muchas familias que no pueden tener hijos y estarían encantados...

—No sé... —se toca la barriga y suspira confundida. Es una gran responsabilidad la que tiene, pero quiero que sepa que cuenta con todo mi apoyo.

—Cristal, me tienes para lo que necesites, si decides tenerlo, te ayudaré en todo lo que pueda. Incluso si necesitas dinero, puedo prestártelo.

—No podría aceptar tu dinero, pero te lo agradezco. Son tantos inconvenientes los que veo en tener un bebé a estas alturas de mi vida, que no sé qué hacer.

Sus lágrimas brotan de sus ojos de manera acelerada, la estrecho entre mis brazos, sé que tengo que ayudarla, cada vez lo tengo más claro y quiero consolarla.

—Cristal, tranquilízate.

Me mira con sus preciosos ojos verdes fijamente y por un momento mi corazón deja de latir y el deseo de besarla se forma en mi mente, aunque enseguida lo borro. No quiero confundirla más de lo que ya lo está.

—Ryan, si al final decido tener el bebé, ¿me acompañarías en alguna ocasión a la consulta del ginecólogo?

—Por supuesto, cuenta conmigo —sonrío, será la segunda mujer a la que acompañe durante el embarazo—, será un placer ver a tu bebé.

—No es seguro y tengo miles de dudas, pero no sé si voy a ser capaz de finalizar esto sin lamentarlo después.

—Te entiendo. Cuando Jo se quedó embarazada sabía que no era el momento, comenzaba mi carrera en los Red Sox y por un momento pensé que la mejor opción era finalizarlo, pero mi esposa se negó y dijo que lo tendría sola si era necesario. En ese momento me di cuenta de que tenía razón y de que quería ese bebé tanto como ella. Sé que no es la misma situación. Pero créeme, se puede salir adelante siendo padre soltero. No es mi caso, pues yo tuve siempre la ayuda de mis padres, pero estoy seguro de que los tuyos también tomarán una decisión parecida a la que tomaron los míos en caso de que los necesites.

—Me temo que no. Hace años que no me hablo con ellos. No fueron lo que se dice unos padres ejemplares, y en un momento de mi vida en que estaba hundida por la pérdida de ...—hace una pausa y cambia de tema—, no viene al caso, pero no me ayudaron a salir del bache.

—Lo siento, no obstante ahora tienes una familia. Estoy seguro de que a Jo le hará mucha ilusión saber que vas a ser mamá. Le encantan los niños. Aunque no esté muy decidida con su tía, ya que piensa que su futura prima o primo le robará todo el protagonismo. Pero por los hijos de mis amigos se desvive.

—Ryan, no sé cómo voy a poder pagarte todo lo que has hecho por mí.

Se moja los labios de una manera que imagino no sabe que resulta muy sensual y me mira con ternura.

—Ya te lo dije, me gusta ayudar, porque a mí me han ayudado y apoyado mucho en la vida, mi familia y mis amigos. Sin ellos estoy seguro de que ahora no sería lo que soy. Siento que debo hacer lo mismo con la gente que me rodea y si es una amiga, con más razón.

—Eres un gran hombre, estoy segura de que el día que encuentres a una mujer adecuada para ti, sabrá valorarte como te mereces.

Sus palabras hacen mella en mí. Quizás porque Cristal me gusta demasiado y no me atrevo a admitirlo, por eso estoy haciendo todo esto por ella, aunque si soy sincero conmigo mismo, ni siquiera yo lo sé.

Después de un rato sintiendo su cuerpo pegado al mío, nos separamos.

—Ryan, será mejor que continuemos con la rehabilitación.

Finalizamos la terapia y la invito a cenar, pero ella rechaza el ofrecimiento.

—Ryan, eres muy amable, pero debo ir a casa, aún no la he pisado desde ayer. Mi vida debe continuar...

—Aquí tienes tu casa, para cuando la necesites.

—Gracias, Ryan.

Una vez se marcha, comenzamos a cenar. Cath y yo intercambiamos miradas pero no decimos nada, sé que le debo una explicación. Además no

quiero estar enfadado con mi hermana, es mi gran apoyo y yo el suyo, por lo que una vez finalizamos la cena y tras acostar a Jo en mi habitación, me dirijo hacia la cocina, donde se encuentra recogiendo con mi madre y, cuando esta se va, comienzo a hablar.

—Cath, no quiero que te enfades conmigo.

—Ryan, deberías admitir que Cristal te gusta, pero ahora no te atreves a dar un paso más porque está embarazada.

—Tienes razón, porque además sería complicado.

—¿Puedo preguntarte algo?—inquire aún malhumorada.

—Tú dirás.

—Si no estuviera embarazada, ¿te habrías lanzado?

—No lo sé, ella me gusta y creo que más de lo que en un principio quería admitir, pero ahora todo se ha complicado.

—¿Por qué?

—Es evidente —le comento.

—Eres un cobarde, porque creo que, si de verdad te gusta como a mí me lo parece, el bebé es lo de menos. Te has ofrecido a ayudarla, ¿por qué no empezar con ella una relación y ver hacia dónde os lleva? Sé que estás dispuesto a hacer que a ese bebé no le falte de nada, te conozco. Quizás tengáis tantas cosas en común que resulta ser la mujer de tu vida y entonces ese bebé pueda formar parte de tu familia porque, aunque no lo hayas procreado tú, no significa que no puedas ser su padre, como pretendes hacer con el mío.

—Es diferente, Cath, tú eres mi hermana y por tu hijo haré lo que haga falta. Ella es solo mi fisioterapeuta. Me gusta, pero es más complicado que eso. Ni siquiera sé si yo le gusto.

—Créeme, estoy segura de eso.

—¿Te ha dicho algo?

—No, pero he visto cómo te mira, con qué delicadeza te trata y la

adoración que tiene por Jo. Estoy completamente segura de que le gustas.

—No lo sabes, solo lo intuyes; pero además, Cath, todo es muy complicado. Jo no sé si estaría dispuesta a aceptar a un bebé que no sea su hermano de sangre. Mira lo que he tenido que batallar para que acepte al tuyo.

—Solo está celosa, es una niña. Estoy segura de que si decides dar ese paso, ella lo entenderá.

—No sé Cath, no quiero precipitarme. Cristal me gusta, pero ahora todo es más complicado.

—Te voy a dar un último consejo y me voy a ir a dormir. Aprovecha las oportunidades que te brinda la vida; quizás cuando te decidas, sea tarde.

—Gracias hermana, lo tendré en cuenta. Buenas noches, descansa.

—Buenas noches, Ryan. Que descanses tú también.

Cath se sube a su cuarto y yo, después de terminar mi café, también lo hago. Me tumbo en la cama, pensativo y con miles de ideas recorriendo mi cabeza. Debo admitir que la charla con Cath me ha dejado claro que tengo que luchar por lo que quiero pero, ¿realmente Cristal es la mujer por la que debo luchar?

Totalmente confundido con mis pensamientos y con lo que realmente siento por Cristal intento conciliar el sueño, pero no lo consigo.

Me levanto un par de veces y doy vueltas por la casa. Estoy totalmente desesperado, no sé qué debo hacer y al final decido vestirme y, pese a que son las dos de la madrugada, decido ir a casa de Cristal.

Cojo un taxi en la parada más cercana a mi casa y le doy la dirección; apenas hay tráfico, por lo que no tardamos ni veinte minutos.

Cuando llego a la puerta, el portal está abierto, entro en el ascensor y marco la planta catorce. Por el camino solo he tenido una cosa en mente y es lo que pretendo hacer.

A la altura de su piso, respiro hondo, tomo aire un par de veces, dudo por un momento pero al final me armo de valor, cuento hasta diez y llamo al

timbre.

Espero unos minutos que parecen horas y, cuando oigo ruido, ya no puedo dar marcha atrás.

Abre la puerta adormilada y con cara un poco enfadada.

—Ryan, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Pero no contesto, entro en su casa y cuando cierra la puerta, la acorralo y la beso. La he pillado desprevenida y en un primer momento nuestros labios solo se rozan, intento hacerme paso con la lengua y enseguida lo consigo, fundiéndonos en un beso tan desgarrador y necesitado que todo mi cuerpo tiembla de deseo. Cuando consigo separarme de ella, aún confundida, abro la puerta.

—Necesitaba hacerlo; que descanses Cristal, mañana nos vemos —le digo antes de marcharme.

Y sin más, me voy con una mezcla de sensaciones y emociones que hasta ahora solo había conocido con Jo.

Capítulo 19

¿Y ahora qué?

De camino a casa el corazón me late acelerado, no pensé que jamás volvería a sentir de nuevo algo tan intenso como lo que siento por Cristal; ese beso me ha servido para darme cuenta de ello, aunque ahora todo es más complicado, porque tengo que saber si realmente quiero luchar por mis sentimientos. Cuando besé a Gianna sentí algo, pero nada comparado con lo que he sentido hace unos minutos. Me niego a pensar en nada más que en lo que he experimentado.

Al llegar a casa me acuesto con la ropa que he llevado puesta, la cabeza me da más vueltas aún que cuando he ido a su casa, pero tenía que comprobarlo por mí mismo. Necesitaba saber si lo que siento por Cristal es una simple atracción o algo más.

Después de varias horas decidiendo qué voy a hacer ahora que sé lo que siento por ella, el cansancio me vence y me quedo dormido.

Mi teléfono suena a las ocho de la mañana y, al mirarlo, compruebo que se trata de Cristal. Sé que tengo que hablar con ella, pero ahora no sé si es lo correcto. Al cuarto tono, decido cogerlo.

—Cristal, buenos días.

—Ryan, buenos días, te llamo para comunicarte que a partir de hoy dejaré de ser tu fisioterapeuta; a lo largo del día de hoy voy a buscarte a alguien apropiado. No te preocupes, lo encontraré.

—Cristal, no me hagas esto, sé que lo de ayer estuvo mal.

—No, Ryan, lo mejor es poner distancia entre los dos, ayer lo vi claro cuando me besaste.

—¿Qué es lo que viste claro?

—Que no quiero que me ayudes, solo pretendías enrollarte conmigo.

—Eso no es cierto, pero no puedo obviar lo que siento por ti, me he dado

cuenta ahora. Cristal, vamos a hablarlo como personas civilizadas, por favor.

—Lo siento, Ryan. Espero que todo te vaya bien. Hasta siempre.

Cuelga el teléfono, intento llamarla, pero no me lo coge. Tengo que hacer algo, pero ahora no es el momento ni el lugar.

Ofuscado, me levanto de la cama, busco a Cath pero ya se ido a trabajar; la mañana no podía haber empezado peor.

Desayuno en silencio delante de mis padres y de mi hija, acompaño a Jo cuando llega el autobús y decido irme a dar un paseo para aclarar un poco mis ideas. No sé qué es lo que le ha pasado a Cristal, pero debo averiguarlo.

No voy a acudir a su clínica, no me parece razonable acosarla en su trabajo, por lo que voy a esperar y después iré a su casa, a la hora que habitualmente tenemos la consulta, y no voy a moverme de allí hasta que hable conmigo.

Decido llamar a mi amigo Steve, me apetece verlo y conversar un poco. Contesta al tercer tono.

—Steve, hola, ¿estás ocupado? Había pensado que nos viéramos y tomar algo.

—Tengo una hora, después tengo una reunión.

—¿Te viene bien cerca de tu casa? Llego en diez minutos. Voy andando.

—Sí, estoy en casa, perfecto entonces.

Cuelgo el teléfono y lo pongo en silencio; acelero el paso y me dirijo a su casa sin ningún pensamiento, tengo claro que no voy a darle detalles del problema de Cristal, pero necesito consejo.

Al llegar, Em me recibe cordialmente, nos fundimos en un tierno abrazo y después Steve me da un fuerte apretón de manos.

—Mi amigo tiene problemas. ¿En qué puedo ayudarte? Em, por favor, dos cafés.

—¿Cómo sabes que tengo problemas?

—Porque si no fuera así, no me llamarías a estas horas.

—Tienes razón.

—Y si concreto más, con una mujer.

—¡Has dado en el clavo!

—¿Qué puedo hacer yo por ti? ¿La conozco?

—No la conoces. Es mi fisio. Verás..., ayer fui a su apartamento y la besé. Han sucedido una serie de acontecimientos, que ya te contaré más detenidamente, y supe que era lo que tenía que hacer.

—¿Y qué es lo que ha pasado?

—Que ha decidido dejarme como fisioterapeuta.

—Quizás porque piense que no es profesional tener una relación contigo y ser tu fisio.

—No quiere verme más.

—¡Tío! La has cagado.

—Solo la besé y me fui de su apartamento.

—¡No me jodas! La dejaste caliente con ese beso y ha decidido vengarse.

—No creo que sea eso. Pero aun así, no sé qué debo hacer. He pensado presentarme en su casa de nuevo, para hablar con ella. No quiero hacerlo en su trabajo, no lo veo ético.

—Creo que deberías aclararlo cuanto antes; ve a su trabajo, no tienes nada que perder —expone Steve.

—Pienso que deberías dejarle un poco de espacio —interviene Em, que viene con los cafés—, quizás esté confundida y si la agobias lo único que vas a hacer es que no quiera verte. Sigue mi consejo, soy una mujer, no le hagas caso a mi marido.

—Creo que tienes razón, pero necesito que sepa que me importa y creo que mi actuación de ayer solo lo ha empeorado; si no hablo con ella hoy, voy a volverme loco.

—Pues entonces lo mejor que puedes hacer es dejarle todo el día para que piense y, como mucho, seguir tu idea inicial de acudir esta tarde a su casa. Pero amigo —dice Em con la voz muy dura—, no te rebajes; si una mujer te quiere en su vida, volverá.

—Creo que puede ser la mujer de mi vida. Después de perder a Jo, nunca antes me lo había planteado.

—Entonces házselo ver, sé sincero, muéstrale tus sentimientos desde el principio. Lo que hiciste ayer no fue lo correcto.

—Lo sé, pero necesitaba saber si sentía algo por ella, estaba hecho un lío —digo apenado.

—Em cariño, ¿no tienes nada que hacer? Esos consejos que das no son los apropiados, tú hazme caso a mí.

—Lo que tú digas, amor —le contesta enervada y se marcha a la cocina.

Sé que tiene razón y lo que no voy a hacer es hacerle caso a Steve, porque estoy seguro de que si voy a su trabajo puede agobiarse y no quiero eso.

—Tú hazme caso, vete a verla, no pierdas tiempo. Ahora, amigo, tomemos ese café y si quieres puedo acercarte, aún tengo tiempo. Me gustaría echarle un vistazo a esa pelirroja que te tiene atontado.

—Tranquilo, primero tengo que pasar por casa, he salido a pasear y no he cogido la cartera, en otra ocasión será.

No voy a hacerle caso, pero tampoco quiero que piense que le pido consejo y luego hago lo que su mujer me ha indicado. Finalizamos el café, charlamos un rato más del trabajo y me acerca a casa en coche. Mis padres, al verme, se abrazan a mí.

—Creíamos que te había pasado algo, como no contestabas al móvil.

—Perdonad por salir sin avisar, necesitaba que me diera un poco el aire.

—¿Y te has ido hasta casa de Steve? —pregunta mi padre incrédulo, sabe que no soy de los que suelo andar mucho.

—Me apetecía tomar un café con él, desde la fiesta en su casa no nos habíamos visto, además ahora que no puedo conducir, no me queda otro

remedio que ir andando o en taxi a todos los sitios y olvidé la cartera.

—Como quieras hijo, pero si quieres ir a algún sitio, solo tienes que decírmelo, puedo llevarte.

—Gracias papá, no hace falta. Ahora voy a hacer unos ejercicios, esta tarde Cristal no va a poder venir y creo que tendré que hacerlo yo solo.

—Vaya, ¿pero está bien? —pregunta mi madre un poco preocupada.

—Aún sigue un poco enferma —le contesto sin dar detalles.

—La pobre niña, ya decía yo que últimamente tenía mala cara. Normal, trabaja tanto que no le da tiempo a recuperarse.

—Claro mamá. Voy a hacer mis ejercicios, bajaré para comer.

Me encierro en la habitación y me pongo a hacer todos los ejercicios una y otra vez. Un mensaje me despista de mi rutina. Es de Cristal y lo leo de inmediato.

Ryan, esta tarde acudirá un amigo mío para continuar mi trabajo, se llama Mark, espero que le trates como se merece.

Enfadado por sus palabras, decido contestarle.

Lo siento, voy a estar ocupado, no podré recibirlo. No obstante dale mi número.

Le doy a enviar y suspiro nervioso. Creo que lo que voy a hacer es lo correcto, lo primero disculparme por mi comportamiento; lo segundo, abrirle mi corazón.

Durante toda la mañana preparo las palabras que le voy a decir, necesito serenarme y pensarlo fríamente; no obstante esta tarde podré hablar con Cath para pedirle su opinión.

Cuando Cath llega a casa, está cansada y con malestar. Decide acostarse y yo maldigo mi suerte, hoy parece ser el día más negativo desde hace muchos años.

La tarde se me antoja eterna, ayudo a Jo con los deberes, jugamos un poco y de vez en cuando subo a ver a cómo se encuentra Cath; está indispuesta y

no le apetece comer nada. No quiero agobiarla más con mis problemas, por lo que decido dejarla descansar.

A las siete de la tarde me cambio y, cuando voy a salir, mi padre me pregunta.

—Hijo, ¿adónde vas?

—Se me había olvidado que iba a ir con Steve a ayudarlo a probar un coche nuevo, está pensando en cambiarlo.

—Ese amigo tuyo... —niega mi padre—, siempre cambiando de coche. Lo que tenía que hacer era tener un hijo y dejarse de tonterías.

—Lo sé, papá. No me esperéis para cenar, lo mismo llego tarde.

—Como quieras, hijo —expone mi madre un poco molesta.

Cojo un taxi hasta casa de Cristal, sé que llego con demasiado tiempo, pero no me importa, prefiero esperar y encontrármela a la llegada a su casa, que no esté dentro y no quiera abrirme.

La puerta del portal está cerrada y espero a que algún vecino entre o salga para poder esperarla en la puerta de su apartamento, pero no tengo la suerte de que nadie venga y tengo que aguardar en la calle. Doy gracias a que las temperaturas no son aún muy bajas.

A las ocho y veinte, veo el coche de Cristal entrar al garaje y maldigo en silencio, no había caído en ese detalle y llamo desesperado a un piso en busca de que alguien caritativo me abra. Pero unos no contestan y otros no quieren abrirme.

Mi humor comienza a cambiar, necesito hablar con ella y estoy seguro de que no va a abrirme la puerta. Cuando parece que todo está perdido, un vecino sale del portal y con rapidez me adentro en él y llamo al ascensor; al abrirse en la planta baja, Cristal aparece dentro.

—Ryan, vete por favor, no quiero verte.

—Cristal, escúchame al menos y después decide, por favor.

—Quiero que te vayas, no me lo pongas más difícil...

Sin pensar, decido besarla, es lo único que se me ha ocurrido para acallarla. Al principio forcejea pero al final se rinde a mis labios. Nuestras lenguas danzan a un ritmo frenético, ambos queriendo manejar la situación, la sujeto por la cintura para intensificar más el beso. Ninguno de los dos se separa hasta que el sonido del ascensor nos indica que hemos llegado a su planta.

—Ryan, no compliquemos más las cosas.

—Necesito hablar contigo, quiero que entiendas mis motivos por lo de ayer, sé que no estuve acertado, pero necesitaba saber si lo que mi corazón me dictaba era lo que verdaderamente sentía.

—Solo diez minutos, después tendrás que irte.

—Dame la oportunidad de sincerarme contigo y después decides si quieres que me vaya o me quede.

—Está bien. Pasa. Voy a ponerme cómoda, solo serán unos minutos.

Me adentro en su casa, la espero mientras se cambia, repasando mentalmente el discurso que he pensado darle y, cuando sale, me quedo admirando su precioso cuerpo. Sé que en unos meses, si decide tener el bebé, su cuerpo va a transformarse, pero de momento es preciosa.

—Tú dirás... —dice sentándose en frente de mí.

—Cristal, yo... ayer estaba confundido, mi hermana me dijo que veía en tu mirada que te gustaba —pone los ojos en blanco y denoto cierto nerviosismo por su parte—, necesitaba saber si lo que siento por ti era solo atracción física o podía haber algo más.

—¿Y decidiste venir a mi casa a altas horas de la madrugada a comprobarlo?

—Lo siento, de verdad... No podía dormir.

—Ryan, creo que estás loco, nadie en su sano juicio va a casa de una mujer a casi las tres de la mañana, la besa y se marcha.

—Tienes razón, pero me asusté... Sabes, por lo que te he contado, que he sufrido mucho tras la pérdida de mi esposa. Pero estos días que has estado

enferma ha crecido la atracción que sentí por ti desde el primer día que te conocí. Comenzó siendo una atracción puramente sexual, pero poco a poco te he ido conociendo y sé que hay algo más... Aunque me he negado a sentirlo, por miedo a que me rechazaras. Luego me enteré de que estabas embarazada y todas mis expectativas cambiaron. Fui egoísta pensando en que ya no teníamos futuro, pero Cath me hizo ver que si realmente una persona te gusta, tienes que luchar por ella. Cristal, me gustaría que me dieras una oportunidad, te prometo que no voy a hacerte daño.

—Ryan, ahora es tarde, estoy embarazada y he decidido tener este bebé.

—Pero te estoy pidiendo una oportunidad, no me importa que estés embarazada.

—Pero a mí sí.

—Eso no es justo...

—Lo sé, quizás no es justo para ninguno de los dos, pero ahora ya es tarde para empezar algo.

—¿Por qué? —le pregunto desesperado.

—Porque no quiero que nadie cargue con este problema que solo yo he generado.

—Cristal, por favor, recapacítalo.

—Ayer, gracias a que viniste a mi casa y después no pude conciliar el sueño, he tenido mucho tiempo de pensar y me he dado cuenta de que tengo que enfrentarme a mis errores y debo seguir yo sola este camino.

—Por favor...

—Lo siento, Ryan.

—Entonces no me dejes como fisioterapeuta, te necesito...

—Lo pensaré, pero no te prometo nada. Ahora necesito descansar, buenas noches Ryan.

Vacilo si acercarme a besarla, pero veo duda en sus ojos. Decido levantarme e irme.

—Buenas noches, Cristal, descansa.

Capítulo 20

Una prueba de amor

Salgo de su apartamento derrotado, ya no sé qué más puedo hacer para convencerla, al menos espero que recapacite y siga con la rehabilitación.

Decido dar un paseo para apaciguar mi estado de ánimo, no me apetece llegar muy temprano a casa, sé que lo único que voy a hacer es darle más vueltas a la cabeza, a todo, por lo que al menos iré hasta el centro y después tomaré un taxi hasta casa.

Después de deambular sin ningún destino específico, mi teléfono suena. Lo saco del bolso para comprobar que se trata de Cath. Contesto de inmediato.

—Ryan, no te alarmes pero vamos al hospital; Jo se ha tropezado y se ha caído por las escaleras, aparentemente solo tiene una brecha en la cabeza, pero prefiero que la vea un especialista.

—¿Ella está bien?—pregunto exaltado.

—Un poco asustada, pero bien. He dicho a nuestros padres que se queden en casa pero han insistido en venir, espero que no te moleste.

—No tranquila, ahora mismo voy para el hospital, nos vemos allí.

Me he quedado sin palabras, era lo que menos me esperaba. Busco desesperado un taxi y tras varios minutos paro a uno que pasa por allí. Le indico la dirección y nervioso comienzo a pensar que no podía ser más desastroso el día, necesito que Jo esté bien, ella es lo más importante de mi vida.

Dudo por un momento y al final decido mandarle un mensaje a Cristal, quiero que sepa lo que ha ocurrido, entre ambas ha nacido un gran cariño.

Cristal, Jo ha tenido un accidente, voy para el hospital. Solo quería que lo supieras. Te informaré de su estado en cuanto sepa algo.

Lo envío y espero la respuesta que no se hace esperar.

Ahora mismo voy para allá. ¿Está bien?

Por no seguir con los mensajes, decido llamarla. Contesta al segundo tono.

—Ryan, ¿cómo estás?

—Nervioso. Se ha hecho una brecha, pero Cath ha preferido llevarla al hospital.

—¿Cómo ha sido?

—Se ha caído por las escaleras, es lo único que sé. Cristal, no hace falta que vengas, solo quería que lo supieras. Sé que le tienes mucho aprecio.

—Quiero ir, si no te importa...

—Por supuesto, yo estoy de camino. Nos vemos allí.

—Hasta ahora.

Más tranquilo por contar con su presencia, ruego a Dios que no haya sido nada, solo el golpe.

Al llegar al hospital, pregunto en recepción y me indican la sala donde Cath se encuentra con Jo. Como es el hospital donde ella trabaja, estoy seguro de que la habrán atendido rápidamente.

Mis padres están en la sala de espera, los saludo y voy al box en el que se encuentran. Dudo por un momento, doy un golpe pidiendo permiso y al final entro.

—Buenas noches, soy el padre de Jo.

—Sí, lo esperábamos. Su hermana me ha dicho que se ha tropezado y golpeado por las escaleras, vemos que solo tiene el golpe, pero al ser una caída hacia atrás y la niña se queja de dolor en la cabeza, vamos a asegurarnos para que no haya ningún hematoma interno. Tendremos que hacerle un escáner. Me gustaría que se mantuviera con nosotros en la cabina para darle ánimos.

—Papi, yo no quiero meterme en un tubo —lloriquea Jo.

—Cariño, tienen que comprobar que no te has hecho nada más que el golpe.

—Tengo miedo — manifiesta con lágrimas en los ojos.

Si ella está asustada, yo estoy aterrado por lo que pueda pasar. Mi estado de nervios empeora por momentos.

Al salir del box en dirección a la sala de escáner, aparece Cristal algo nerviosa. Jo, al verla, alarga su mano y ella se la agarra.

—Cielo, ¿estás bien?

—Estaba jugando, tropecé y me he caído, van a hacerme una prueba que no sé cómo se llama, pero tengo miedo.

—Van a hacerle un escáner —aclarar.

—Tranquila cielo, papá y yo estaremos al otro lado mirándote todo el tiempo. Todo va a salir bien.

Imagino que al ser médico conoce el protocolo, pero no sé si será muy sano para su estado de salud.

—¿Tú puedes estar en tu estado? —le susurro.

—En la cabina donde estaremos, no hay ningún peligro.

—Gracias, Cristal, esto significa mucho para mí y sé que para Jo más aún.

—Tu hija se hizo querer desde el primer momento en que la conocí, no obstante, haría cualquier cosa por toda la familia, me habéis ayudado mucho cuando he estado enferma.

—Cristal, yo... —me hace un gesto como indicando que no es el momento y me agarra de la mano.

—Ryan, voy a continuar con la rehabilitación, pero no me pidas nada más.

—Gracias...

Suspiro aliviado, al menos algo que se ha puesto a mi favor; no es que sea lo mejor que podía haber sucedido, pero al menos es un comienzo. Ahora me conformaría con que todo esté bien con mi hija para finalizar el día.

Llegamos a la sala, después de intentar tranquilizarla en vano es Cristal la que habla con ella.

—Cielo, va a ser un ratito, vas a oír un zumbido, pero todo va a salir bien, ya lo verás. Además, vamos a hacer una cosa; si tú te portas bien hoy, te estás quietecita y aguantas como una campeona dentro de la máquina, te prometo que el sábado vendré a buscarte y pasaremos el día juntas. ¿Qué te parece?

Jo asiente y se abraza a ella mientras suspiro porque la haya convencido. La preparan y cuando entra en el escáner, Cath, Cristal y yo entramos en la sala con el operario.

—Cielo, ahora tienes que estarte muy quieta —le dice Cristal—, todo va a salir bien, recuerda que tenemos una cita tú y yo, solas —recalca.

Cath no deja de observar la situación, yo miro a Cristal de reojo porque continúa hablándole, está contándole un cuento y yo no puedo estar más orgullo de la mujer que tengo a mi lado; si tenía dudas de si será una buena madre, ya no las tengo, estoy seguro de que lo será.

El tiempo en el que permanece Jo en el escáner se me antoja eterno. Cristal me mira de vez en cuando, estoy desesperado, nadie dice nada. Ella me dedica una mirada que interpreto como de calma y suspiro soltando todo el aire por la nariz, resignado.

Al finalizar la prueba, me dejan entrar. Cath y Cristal permanecen fuera. Abrazo a mi hija y la beso con todo el cariño del mundo.

—¡Eres una campeona! ¡Lo has hecho fenomenal!

—Gracias papi, ¿podré estar todo el sábado con Cristal?

—Por supuesto, cariño.

—Gracias.

Regresamos a la sala de espera todos juntos, Cath se adentra en el box junto con Cristal y mi hija me mira nerviosa.

—Papi, ¿hay algo malo en mi cabeza?

—No lo creo cariño, pero ahora nos lo dirá el doctor.

De inmediato nos llaman por los altavoces y, junto con Jo, entramos al box donde la han atendido con anterioridad.

Al ver las caras de alegría de Cath y Cristal, puedo soltar todo el aire que sin darme cuenta había contenido en mis pulmones.

—Señor Halt, todo está bien. Que se tome un analgésico si tiene dolores y obsérvenla un par de días por si acaso.

—Gracias, doctora —le respondo.

Le entrega una piruleta a Jo, que sale muy contenta de la consulta. En cuanto ve a sus abuelos, se abraza a ellos.

—Abuelitos, mi cabeza está bien y el sábado voy a pasar el día entero con Cristal.

—¡Qué alegría! —expone mi madre con lágrimas en los ojos de la tensión contenida.

—Mi niña, el abuelo se alegra mucho por ti, dame un abrazo —ambos se funden en ese bonito abrazo y yo estrecho a mi madre con fuerza, sé que en estos momentos de tensión que ha vivido lo necesita más que nunca.

—Gracias, hijo. No sabes los nervios que he pasado.

—Me puedo hacer una idea, casi tantos como yo.

—Seguro, hijo, lo bueno es que todo ha salido bien. Es hora de que nos vayamos a casa. Cristal, cariño, gracias por venir con la familia y por ofrecerte a pasar con Jo el sábado. Eres un cielo.

—Es un placer acompañarles, además, nos lo vamos a pasar genial, ¿a que sí? —le pregunta y Jo da pequeños saltos de alegría—. Bueno, yo me marcho ya; Jo, mañana te veo, descansa cielo y cuidado con las escaleras. Familia, hasta mañana.

—Te acompaño —digo acelerando el paso para ir a su ritmo. Cuando estamos a una distancia prudencial de la familia, comienzo a hablar—. Cristal, quiero agradecerte todo lo que has hecho por Jo, por mi familia. Gracias por estar hoy aquí. Para mí ha sido un gran gesto, pese a lo que hemos vivido esta tarde.

—Ryan, que no vayamos a tener una relación no significa que no me importéis ni tu familia ni tú. Os he cogido mucho cariño a todos, sois lo más

parecido a una familia que tengo aquí, en Boston. Yo soy la que debe estar agradecida.

Dibujo una bonita sonrisa que le regalo y ella me la devuelve, con esa mirada tan tierna que hace que mi corazón se encoja.

Llegamos hasta donde ha aparcado su coche. No quiero despedirme de ella y me encantaría besarla, pero sé que no es el momento, por lo que reprimo mis ganas.

—Buenas noches, Cristal. De nuevo, gracias. Hasta mañana.

—Buenas noches, Ryan. No hay por qué darlas. Hasta mañana.

Se monta en su coche y observo obnubilado cómo se marcha. Busco a mi familia con la mirada, están a escasos metros de donde estoy yo. Se acercan y nos dirigimos todos al coche familiar. Nos montamos y nos marchamos en dirección a nuestra casa.

El tráfico es fluido, por lo que no tardamos ni media hora en llegar. Estoy hambriento, ninguno ha cenado, pero decidimos tomar algo ligero e irnos a descansar.

Esta vez no me quedo a hablar con Cath después de cenar, acompaño a mi hija y me tumbo a su lado, la estrecho entre mis brazos, suspirando aliviado porque no le haya pasado nada malo.

El cansancio acumulado, todo lo vivido en el día de hoy, hacen mella en mi cuerpo y, sintiendo el dulce olor de mi hija, que duerme ya a mi lado, consigo conciliar el sueño con rapidez.

Capítulo 21

Llegó el día

La semana transcurre bastante deprisa, Jo no ha vuelto a quejarse de la cabeza y yo agradezco que solo fuera el susto.

Cristal ha regresado para hacerme la rehabilitación. El ambiente entre los dos está enrarecido, ninguno quiere hacer o decir nada por miedo a herir al otro. Sigue bastante indispuesta; en dos ocasiones ha vomitado en mi habitación sin que nadie de la familia lo sepa, a excepción de Cath. Esta, una vez que supo que iba a tener el bebé, se ha volcado más con ella y le ha recomendado a su ginecólogo. Cristal tiene consulta la próxima semana, me he ofrecido a acompañarla, pero se ha negado, será Cath quien vaya con ella en su primera consulta.

Cath aún no ha quedado con Adam, dice que tiene que pensarlo, es su médico y no quiere que deje de serlo, y cree que si sale con él puede complicarse todo. Por más que yo le he instado a que lo haga.

Al llegar el viernes, tras la rehabilitación, mis padres deciden invitar a Cristal a cenar; ella se niega en un principio pero al final, convencida por Jo, decide quedarse.

—Cristal, podrías quedarte a dormir y después llevarte a Jo, ¿qué te parece? —le propongo.

—¡Sí! —exclama Jo.

Me mira contrariada, pero al ver a mi hija tan emocionada, imagino que no quiere desilusionarla.

—Está bien, mañana pasaremos primero por mi casa, vamos a pasar el día fuera. No te molesta que la lleve a un lugar especial, ¿verdad?

—No, podéis hacer lo que queráis.

La verdad es que me gustaría mucho acompañarlas, pero sé que no es el momento ni el lugar.

—¿Dónde vas a llevarme, Cristal? —pregunta Jo emocionada.

—¿Qué te parece ir al acuario, después ver las vistas de Boston desde el observatorio Skywalk, para finalizar viendo el museo de la ciencia?

—Gracias Cristal, estoy deseando que llegue mañana —se abraza a ella y al final tengo que reñirla para que le deje espacio.

—Jo, deja cenar a Cristal...

Después de una cena que me parece de lo más agradable, pues Cristal ha estado muy simpática con toda la familia, Jo se acuesta en mi cama. Mi hija ha insistido en dormir con Cristal y no se lo he podido negar, por lo que hoy, el que duerme en la habitación de Jo, soy yo.

Me aseguro de que todo esté preparado y, al final, Jo me echa de la habitación. En verdad he sido un poco pesado, no quería irme. Además, podría acostumbrarme a esto. Cristal es tan cariñosa con Jo y tan atenta con mis padres y hermana, que estoy seguro de que sería una gran compañera si ella quisiera.

Me tumbo en la cama de Jo, es tan pequeña que mis pies sobresalen por el final. Un poco enfadado por tener que dormir encogido, intento conciliar el sueño, pero mis fantasías con Cristal hacen que me quede en un estado de duermevela hasta que oigo a alguien vomitar en el cuarto de baño del pasillo. Imagino que será Cath, porque Cristal puede hacerlo en el de mi habitación. Me acerco despacio, no quiero despertar a nadie, y veo a Cristal vomitando, arrodillada en el suelo. Imagino que todo lo que ha cenado le ha sentado mal a su delicado estómago. En silencio, me arrodillo a su lado y la sujeto el pelo para que no se lo manche. Me mira con ternura durante el tiempo que hace esfuerzos para sacar de su cuerpo todo lo que ha comido.

—Cristal, creo que deberías descansar, voy a hacerte una manzanilla, mañana será un día movido.

—Creo que esto es lo peor de un embarazo, las náuseas. Espero que se pasen pronto.

—El ginecólogo de Cath le dijo que lo más probable es que desaparezcan a los tres meses más o menos.

—¡Es un suplicio! —exclama enfadada.

—Me imagino lo mal que lo pasáis las mujeres con tanto cambio hormonal y todo el proceso del embarazo, pero creo que luego todo lo compensa cuando podéis ver a vuestro bebé, bueno si lográis hacerlo... —digo con tristeza pensando en mi esposa, que murió antes de poder estrechar a nuestra hija entre sus brazos.

Cristal entiende a lo que me refiero y posa su mano en mi hombro, intentando darme ánimos.

—Gracias, es solo que me he puesto melancólico, habríamos sido tan felices los tres juntos...

Una punzada de dolor se refleja en los ojos de Cristal, sé que no es justo decirle esas palabras después de haberme declarado hace unas noches, pero es lo que siento.

—Lo lamento, Cristal..., no debí haberte contado mis sentimientos.

—Tranquilo, lo entiendo, aún sigues amando a tu esposa. Es normal, lo que no logro entender es por qué si aún la amas, quisiste comenzar algo conmigo, porque entonces creo que no estarías siendo honesto con ninguno de los dos.

—Cristal, no voy a negar que aún amo a mi mujer, pero tú me gustas, quizás más de lo que pensaba. Solo quería probar si entre nosotros dos podría llegar a darse el mismo amor que hubo entre mi mujer y yo.

No dice nada, permanece pensativa, imagino que eligiendo las palabras adecuadas.

—Ryan, no funcionaría, porque cuando yo me entrego a una persona, lo hago en cuerpo y alma. Yo también he perdido a alguien en mi vida, cosa que no viene al tema, pero sé que si no estuviera embarazada, vamos... que la situación fuera distinta, esperaría de un hombre todo su amor y su cariño, no solo una parte.

Una punzada de dolor me atraviesa el corazón, aunque sé que tiene razón. Tengo que empezar a dejar de pensar en mi esposa si quiero formar de nuevo una familia, aunque es muy difícil.

—Lo siento..., no volverá a ocurrir.

—¿El qué? —me pregunta contrariada.

—Hablar de mi esposa, ha estado fuera de lugar después de lo que hemos compartido.

—Ryan, entiendo que aún la ames, era la mujer de tu vida, pero así no puedes conquistar a otra mujer.

—Tienes toda la razón, lo lamento, no he estado acertado, pero mis sentimientos hacia ti siguen siendo los mismos, Cristal. Me gustaría... — pone un dedo en mis labios para acallarme y yo suspiro resignado.

—Lo mejor será que nos vayamos a dormir, no hace falta que me prepares la manzanilla. Mi estómago está mucho mejor ahora que se ha vaciado.

—Como quieras. Descansa, Cristal.

—Tú también, Ryan.

Espero en el pasillo hasta que Cristal entra en mi habitación y suspiro con resignación. Sé que he metido la pata.

Me tumbo en la cama de Jo y, después de una hora dando vueltas, consigo quedarme dormido.

A las ocho de la mañana, como casi todos los sábados, Jo está despierta y viene a recibirme con mucha alegría.

—Papi, ¡hoy es el día!

—Sí, cariño. Buenos días, ¿has dormido bien?

—¡De maravilla! ¿Por qué no se queda a vivir Cristal con nosotros?

—Cariño, ya te lo he explicado, es muy complicado.

—Vale... —contesta resignada aunque con su cara de felicidad aún latente.

Sale de la habitación dando saltitos de alegría y espera a Cristal para bajar con ella. Me la encuentro en el pasillo, tiene mejor aspecto que esta noche.

—Buenos días, ¿qué tal te encuentras? —le pregunto.

—Buenos días, Ryan. Mejor, gracias.

Bajamos detrás de Jo sin decir nada más. Desayunamos con toda la familia y, antes de que se marchen, decido hablar con Cristal.

—Si has cambiado de opinión con respecto a pasar el día con Jo, no hay problema.

—¿Por qué preguntas eso? Claro que no he cambiado de idea. Quiero hacer algo diferente. Además sabes el cariño que le tengo a Jo, y ella a mí. Lo pasaremos bien.

—No quiero que te sientas obligada a nada.

—Lo hago encantada. De verdad.

—Si queréis que os acompañe...

—Es un día de chicas..., pero prometo que en otra ocasión podemos hacer algo todos juntos.

—Cristal, gracias por todo. Aún sigo queriendo tener una oportunidad contigo. Piénsalo, ¿vale?

—Lo mejor para todos es que siga siendo tu fisioterapeuta y tu amiga. No compliquemos más las cosas.

—Como quieras. No insisto.

Salgo de la habitación malhumorado, no consigo que me dé una oportunidad pese a que es lo que más deseo en este momento.

Enseguida se cambian y se marchan. Yo decido llamar a Steve y pasar el día con él. No quiero pensar mucho más.

Nos vamos a un club donde de vez en cuando solemos ir, comemos y jugamos al póker. Estoy tentado en llamarlas en alguna ocasión, pero declino la idea. Necesitan espacio y conocerse mejor.

Después de pasar el día con mi amigo Steve, sin dejar de pensar ni por un momento en Cristal y Jo, regreso a casa. Son casi las ocho de la tarde. Ellas

aún no han llegado. Me doy una ducha rápida y bajo al salón a esperarlas.

Llegan a las nueve y media de la noche entre risas. Al ver lo felices que son, no puedo más que contagiarme.

—Papi, ¡lo hemos pasado genial!

—Me alegro, cariño. Cristal, ¿te quedas a cenar?

—Gracias, pero estoy totalmente agotada. El día ha sido muy intenso y no hemos parado de hacer cosas. Además estoy segura de que Jo querrá contáros las todas.

—Mujer, quédate —indica mi madre.

—Sí, porfi, Cristal, así me ayudas a contar todo lo que hemos visto.

Todos la miramos y al final, pese a su cara de cansancio, decide quedarse.

Jo nos relata todo lo que ha visto en el acuario, que han comido dentro de las instalaciones. Cristal va aclarando algunos aspectos de la explicación de Jo, que pese a sus siete años, nos cuenta con todo detalle.

Por la tarde, tras subir al observatorio Skywalk y divisar todo Boston desde las alturas, han acudido al museo de la ciencia.

Jo nos cuenta que había una parte dedicada a las mariposas, estaba encantada cuando ha podido tener en su mano a una especie.

Me siento muy feliz de que mi hija haya disfrutado tanto en compañía de Cristal, porque estoy totalmente decidido a luchar por ella y tiene que ser mía, me cueste lo que me cueste.

Capítulo 22

Y por fin lo conseguí

La nueva semana transcurre con total normalidad. Para mí los días son todos prácticamente iguales. La recuperación sigue siendo lenta, pero creo que voy haciendo pequeños avances y teniendo un poco de fuerza.

El miércoles, Cristal ha acudido al ginecólogo con Cath para la primera consulta. Ha sido mi hermana quien me ha informado de que el embarazo transcurre con normalidad y que apenas se llevan dos semanas de diferencia. Adam ha insistido en cenar con ella y han quedado el viernes por la noche, el día del aniversario de boda de nuestros padres.

Cath y yo les hemos regalado un fin de semana romántico en Nueva York; ambos sabíamos que les hacía mucha ilusión regresar y visitar a algunos amigos.

Jo también va a quedarse con una amiga del colegio, tienen fiesta de pijamas, así es que voy a estar totalmente solo. Creo que será de las primeras veces que lo esté y la verdad, no tengo ninguna expectativa para el viernes.

Cath se encarga de dejar a Jo en casa de su amiga Lucy y se marcha a su cita antes de que Cristal finalice su sesión. Ambos la hemos intentado relajar, pues está muy nerviosa.

Cristal está bastante más comunicativa esta semana; aunque sigue sin contarme a quién perdió, me ha contado más aspectos de su vida y reconozco que me gusta hablar con ella.

—Bueno, pues ya me voy —expone al finalizar la sesión.

—¿Te apetece cenar conmigo? Estoy solo.

—No creo que sea lo más apropiado.

—¿Por qué no? ¿De qué tienes miedo?

—No es eso, pero es mejor que me vaya a casa.

Mis ganas de tenerla me hacen reaccionar de manera desesperada. Me

lanzo a devorar su boca. Ella se sobresalta, pero no rechaza mi beso, que se va haciendo cada vez más intenso. La agarro por la cintura y la acerco más a mi cuerpo que clama su contacto. Acaricio sus nalgas y ella gime en mi boca. Sé por cuando Jo estaba embarazada que sus hormonas se revolucionan y que cualquier sentimiento se magnifica.

—¡Esto es una locura! —consigue decir separando sus labios de los míos.

—Cristal, yo te deseo como jamás he deseado a nadie después de Jo.

—¿Podemos olvidar por un momento a Jo? Me hace sentir rota, porque estoy segura de que aunque tú y yo comenzáramos una relación, todo lo compararía con ella y yo no quiero eso. Quiero ser la única.

—No puedo obviar mi pasado, pero te prometo que no voy a compararte con mi esposa. Voy a intentar que tú seas la única mujer importante en mi vida después de mi hija.

Ahora es ella la que se lanza a besar mis labios con pasión y yo me dejo llevar encantado de que haya dado este paso. La cojo en brazos, rodea sus piernas en mi cintura y nos vamos a mi habitación.

La dejo en la cama, veo duda en su mirada y me tumbo a su lado, acariciando sus mejillas.

—Eres preciosa.

—Gracias —susurra cuando todo su cuerpo comienza a temblar.

Vuelvo a besarla, recorriendo su cuerpo con mis manos, luchando con su lengua y notando cómo su cuerpo se estremece solo con mi suave contacto.

Los besos se hacen más voraces con el paso del tiempo, calentando nuestros cuerpos. Ella tira de mi camiseta para quitármela y yo voy deshaciéndome de la suya. Lleva un top deportivo. Acaricio sus pequeños pechos por encima del mismo y su cuerpo tiembla con mi contacto. Intento quitarle el top, pero se niega.

—No tengo lo que se dice unos pechos de infarto.

—Eso deja que lo juzgue yo —me deshago del top y los masajeo, agasajándolos a mi antojo. Poso mi boca en ellos y comienzo a besarlos,

lamiendo sus pezones con mi lengua audaz.

Su cuerpo sigue temblando y le acaricio la cintura, teniendo muy presente que pronto comenzará a tomar forma, aunque sin querer pensar mucho en ese tema. Desciendo mi mano y la introduzco por debajo de sus pantalones y su ropa interior, llegando a su húmedo clítoris.

Mi lengua desciende despacio, lamiendo su barriga, mientras mis manos bajan sus pantalones y sus braguitas hasta dejarlos en los tobillos. Ella se deshace de toda su ropa y yo la observo embobado por la sensación que me produce tenerla desnuda en mi cama.

—¡Eres hermosa!

—No exageres, aunque gracias. Tú también eres un hombre muy atractivo.

—¿Solo atractivo? —pregunto ladino.

—Ryan, eres muy guapo, pero no quiero aumentar tu ego demasiado.

Ambos sonreímos y continuamos prodigándonos miles de caricias. Mi boca se posa en su pubis y comienzo a lamerlo, viendo como echa la cabeza hacia atrás jadeando y sujetando sus manos a las sábanas de la cama cada vez que mi lengua se adentra en su hendidura. Su sabor me está volviendo loco y mis movimientos a ella también. En estos momentos la deseo más que a nadie en el mundo. Continúo lamiendo y devorando su sexo hasta que un jadeo me hace acelerar mis embestidas, lamiendo hasta la última gota de su orgasmo.

Me deshago de mis pantalones y me dirijo a por mi cartera para buscar un preservativo.

—Ryan, no es necesario, estoy limpia y estoy segura de que tú también.

Mi cuerpo se estremece al saber que desde que estuve con mi mujer, ella va a ser la primera a la que posea sin protección. Me tumbo encima suyo y, despacio, la penetro. Sentir aún su vagina humedecida me hace estremecer de deseo, necesito acelerar los movimientos, estoy tan excitado que no sé ni cuánto tiempo aguantaré. Me muevo cada vez más deprisa, en busca de mi placer y también el suyo. Beso sus labios, devorándolos. Sintiendo de nuevo cómo el deseo se centra en ella. Mi lengua recorre su cuello hasta llegar a sus

senos. Los lamo y acaricio a mi antojo. Tiene razón, no son muy grandes, pero son muy apetecibles.

Acelero aún más mis embestidas hasta que mi cuerpo comienza a notar una corriente eléctrica que altera todos mis sentidos, descargándome dentro de ella y trasportándome al mejor orgasmo de toda mi vida. Ella jadea mientras yo me derramo dentro y sigo con el ritmo de las acometidas. De nuevo gime y sé que ha llegado otra vez su momento; por ello, haciendo acopio de todas mis fuerzas, acelero un poco más el ritmo hasta que estalla de pasión.

Me tumbo despacio encima suyo, estoy agotado, pero a la vez satisfecho de haber compartido esta maravillosa experiencia.

—Ha sido el mejor orgasmo de toda mi vida —le digo sincerándome.

—Seguro que se lo dirás a todas las mujeres con las que te acuestas —en ese momento, toda la magia ha desaparecido.

Me levanto de la cama, me siento en ella y comienzo a vestirme deprisa, necesito serenarme.

—Ryan, lo siento —dice acariciándome la espalda—. He sido una estúpida. Estoy segura de que con tu mujer eran especiales y no has querido decirlo, por eso he contestado así.

Me doy la vuelta, la observo, su cuerpo aún está rojo del calor que lo recorre.

—Cristal, te juro que ha sido el mejor de toda mi vida y eso incluye también a Jo.

Suspira nerviosa y traga saliva. Creo que la he dejado sin palabras y simplemente me sonrío y acaricia mi torso aún desnudo.

—Será mejor que cenemos algo, seguro que estás exhausta.

—La verdad es que tengo un poco de hambre.

—Mi madre me ha dejado la cena en la nevera, pero seguro que hay suficiente para los dos.

—Tranquilo, yo no suelo comer mucho, después casi todo lo vomito, así es que me conformaré con un poco.

Coge mi camiseta y se la pone. No lleva nada debajo, se levanta y baja descalza hacia la cocina. Yo la sigo solo con los pantalones del pijama puestos. Está tremendamente sexy con sus esbeltas y largas piernas desnudas.

Se sienta en la encimera y cruza las piernas, me mira expectante para ver qué es lo que voy a sacar de la nevera. La abro y saco un plato con carne guisada y patatas. Como yo había predicho, es más que suficiente para los dos.

Meto el bol en el microondas y espero a que esté caliente. Tengo ganas de besarla, me acerco a ella y me acaricia el pecho despacio.

—¿Sabes que me ponen mucho los jugadores de béisbol, con sus pantalones ajustados y sus chaquetas?

—¡Mmm! Puedo ponerme la equipación cuando quieras —contesto lascivo.

Me lanzo a por sus labios, devorando su boca, y ella abre las piernas para que me acerque más y pueda acariciar de nuevo su clítoris.

Un jadeo se escapa de su boca mientras continúo acariciando con mis manos sus labios inferiores.

El sonido del microondas nos saca de nuestra burbuja. Se baja despacio de la encimera, coge dos platos y se sienta en una silla. Yo lo hago enfrente suyo. La miro embobado y le sirvo un poco de comida.

—Está bien así —dice frenándose con su mano.

—¿Solo eso? Cristal, tienes que comer más.

—Lo sé, pero no tengo apetito; además, solo de pensar que en unas horas estaré vomitando, se me quita el hambre.

—Está bien, no voy a reñirte, pero en lo sucesivo, voy a cuidar mejor de ti.

Ella no dice nada y comienza a comerse la carne con las patatas que le he servido. Yo deposito el resto en mi plato y empiezo también a comer.

El silencio se apodera de la cocina durante todo el tiempo que permanecemos comiendo.

Sé que hay mucho de lo que hablar, pero no quiero asustarla, ahora solo quiero disfrutar de nuevo de su precioso cuerpo.

Se levanta a recoger y cuando va a fregar los platos, la rodeo con mis brazos y comienzo a besar su cuello despacio. Pequeños jadeos salen de su boca mientras mis manos acarician sus pechos por encima de la camiseta. Sus pezones están enhiestos, marcándose visiblemente.

Mi erección comienza de nuevo a ser latente en sus nalgas, necesito volver a adentrarme dentro de ella. La giro y la beso con pasión. Sus manos rodean mi cuello y las mías acarician sus nalgas por debajo de la camiseta.

—Creo que deberíamos subir de nuevo a mi habitación.

—Será lo mejor —expone tirando de mi mano.

En ese momento el sonido de las llaves nos pone alerta, pero a la vez nos quedamos inmobilizados en el salón, como si fuéramos unos ladrones a los que han pillado infraganti robando.

Se trata de Cath, que viene con un aspecto horrible. Al vernos, se sobresalta y los tres nos quedamos mirándonos en silencio.

—¡Chicos! Seguid a lo vuestro. No me encontraba muy bien y he tenido que regresar antes a casa.

Pero Cristal sube rápidamente las escaleras y una sonrisa maliciosa se dibuja en la cara de mi hermana.

—Me alegro mucho, hermano. Os merecéis una oportunidad. Siento haberos fastidiado, pero de verdad es que me encuentro fatal.

—Descansa, Cath. Gracias por todo. Si necesitas algo, avísanos.

—Daré tres toques en la puerta —dice con sorna.

Sube rápidamente a su habitación y después lo hago yo. Pero al llegar a la mía, Cristal se está vistiendo. Todo mi plan se desmorona en un segundo.

—¿Qué haces?

—Creo que lo mejor es que me vaya a casa.

—¿Por qué no te quedas conmigo? —le pregunto un poco nervioso.

—Ryan, esto no tendría que haber pasado, lo siento, me dejé llevar. Pero no es lo correcto, los dos lo sabemos. Tú tienes una familia y yo tendré un bebé dentro de ocho meses, no necesitas complicarte la vida conmigo. Ha estado muy bien, pero es lo mejor para los dos.

—Deja que yo decida por mí, Cristal. Yo quiero algo más que lo que ha pasado esta noche, quiero todas tus noches, quiero estar a tu lado en el momento en el que ese bebé nazca, quiero compartir contigo todo.

—Ryan, te estás precipitando.

—No, yo estoy seguro de lo que quiero, ¿y tú?

—Yo no lo estoy, lo siento. Será mejor que me vaya a casa. Buenas noches, Ryan.

Termina de vestirse, me da un beso en los labios, sale de la habitación y yo me quedo sentado, en silencio y sin saber qué hacer o qué decir.

Capítulo 23

El día después

Intento tumbarme en la cama, conciliar el sueño, pero no lo consigo hasta altas horas de la madrugada, con el corazón aún acelerado por lo que acabo de compartir con Cristal; para mí ha sido especial, espero que para ella también.

Al despertarme, con la sensación aún del olor de Cristal en nuestra cama, bajo a la cocina y allí esta Cath.

—Buenos días, Ryan, ¿has dormido bien después de lo que compartiste ayer con Cristal?

—Buenos días, podría haber dormido mejor si no nos hubieras interrumpido.

—¡Perdón! La próxima vez mándame un mensaje diciéndome que estás con alguien o pon un letrero en la puerta de «ocupado» —comenta con ironía—. Ryan, te recuerdo que me dijiste que esta también es mi casa, me encontraba indispuesta, no sabía que tú y ella estabais tan melosos; créeme, me hubiera gustado ahorrarme la escena.

—Tienes, razón. Lo siento, Cath.

—Al menos pude comprobar que habéis resuelto vuestra tensión sexual. ¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé, se marchó tan rápido que casi no pudimos hablar, le dije que quería compartir con ella todas las noches, pero parece que se asustó, por eso se fue.

—Tranquilo, es normal, no la presiones, es una persona con bastantes dudas en su vida. Por lo poco que me ha explicado, perdió a alguien, como tú. No cree en el amor.

—Sé que perdió a alguien, aunque a mí tampoco me lo ha contado. Le daré tiempo, aunque solo te puedo decir que, después de Jo, es la primera mujer que me ha hecho querer volver a vivir.

—Cariño, eso es estupendo. Espero sinceramente que salga bien, creo que os lo merecéis los dos.

—Yo también lo creo. Por cierto, ¿qué tal tu cita con Adam?

—Bien, la verdad es que es un hombre muy atento, divertido y sobre todo tuvo un detalle que me gustó muchísimo.

—¿Cuál fue?

—Cuando le dije que me encontraba mal, no se molestó, todo lo contrario, me acompañó a casa y me besó en los labios. Ryan, igual que tú me has dicho que con Cristal es la primera mujer que te hace sentir, después de Jo, Adam despierta en mí esas mariposas de las que todo el mundo habla cuando estás enamorada. Pero tengo miedo, sabe que estoy embarazada y no le ha impedido salir conmigo, pero no sé lo que pretende.

—Me alegro mucho de que sientas esas mariposas, hermanita. Desde luego, no creo que sea solo acostarse contigo, ¿te ha preguntado para volver a salir?

—Me dijo que lo había pasado bien y que le gustaría repetirlo. Además, esta mañana temprano me ha mandado un wasap preguntándome cómo estaba.

—Cath, le gustas, así es que podemos decir que somos afortunados. Los dos, porque pase lo que pase, queremos dar una oportunidad a nuestras vidas, con nuevas parejas.

—Tienes razón, solo espero que en los dos casos salga bien.

—Yo también.

Terminamos de desayunar, nos vestimos y vamos en busca de Jo. Ayer le prometí que comeríamos los tres juntos, en uno de sus restaurantes favoritos.

Tras recogerla en casa de su amiga, damos una vuelta por Boston, haciendo tiempo para ir a comer.

La comida en *Italian Express pizzeria* transcurre con normalidad, aunque no puedo evitar tener la mente en otro sitio. No sé nada de Cristal desde ayer y no sé qué debo hacer, si llamarla o esperarme a que ella diga o haga algo.

Una vez terminamos, regresamos a casa, a esperar la vuelta de nuestros padres, que cuando llegan, traen regalos para toda la familia.

Jo está encantada, le apasionan los peluches, los colecciona y mis padres esta vez se han decantado por un dinosaurio. También le han traído lápices de colores y un par de libros para colorear. A Cath, ropa en blanco de bebé y unos deportivos blancos, de un tamaño tan pequeño, que dudo que le puedan servir a alguien.

—¿No son demasiado pequeños? —pregunto.

—Ryan, un bebé cuando nace tiene los pies más que pequeños, diminutos. Papá, mamá, gracias por los regalos.

Por último, me toca el turno a mí; mis padres me sorprenden con una camiseta de los Nicks, saben que es mi equipo favorito y se lo agradezco.

Tras charlar de lo bien que lo han pasado y sin tener noticias de Cristal, decido mandarle un mensaje.

Hola Cristal, me gustaría verte, si es posible. Al menos saber cómo estás. Por favor dale una oportunidad a lo nuestro...

Se lo envió y espero más de media hora una respuesta que no llega. Enfadado, decido salir a darme una vuelta, para que se disipe mi mal humor.

Por el camino mi teléfono suena, lo saco del bolsillo rápidamente deseando que sea Cristal, pero es mi hermana.

—Ryan, me acaban de avisar del hospital, Cristal ha tenido una hemorragia y está ingresada por riesgo de que tenga un aborto.

—Voy para allá, nos vemos allí.

—Sí, yo ya estoy saliendo de casa, si me dices dónde estás voy a buscarte.

—Déjalo, será mejor que vayas con ella, yo cogeré un taxi.

—Como quieras. Ahora nos vemos, Ryan.

Cuelgo el teléfono y me dirijo a la parada de taxis más cercana, nervioso. No sé por qué no me ha avisado, creo que después de lo que hemos compartido me lo merezco.

No tardo más de veinte minutos en llegar al hospital, pregunto en recepción por Cristal pero me indican que debo esperar.

Llamo a Cath que enseguida sale y me acompaña a la sala donde está Cristal. Por el camino me indica su estado.

—Tranquilo, de momento todo está bien, ha tenido unas pequeñas hemorragias y está bastante débil debido a los vómitos y náuseas diarias, están poniéndole suero y tendrá que hacer reposo durante al menos unos días hasta que deje de sangrar, pero el embarazo sigue su curso—. Suspiro aliviado al saber que el bebé, aunque no es mío, está bien, al igual que Cristal.

Al entrar, ella me mira nerviosa, no sé si es por no haberme contestado al mensaje o simplemente por no haberme avisado.

—Cristal, ¿cómo estás? —le pregunto.

—Ahora mejor. Cath, ¿te importaría dejarnos un momento a solas?

—Por supuesto, estaré fuera...

Mi hermana abandona la habitación y Cristal hace una pausa antes de comenzar a hablar, como si intentara pensar las palabras exactas que va a decir.

—Ryan, antes de que digas nada, no te he llamado porque no quería molestarte, esto es un problema mío, no tuyo.

—Cristal, no digas eso... Ayer te dije lo que sentía y lo que quería...

—Lo sé, pero yo tengo muchas dudas y no estoy segura de querer empezar nada ahora mismo, en mi situación.

Me acerco a ella, necesito tocarla, está alterada y lo noto en su voz, le tiembla cuando habla. Le acaricio la mejilla y con ese contacto se estremece.

—Ryan, por favor, no lo pongas más difícil.

—¿Por qué te niegas a empezar algo conmigo? ¿A volver a experimentar lo que ambos sabemos que ha sido maravilloso?

—No quiero volver a equivocarme y sé que a la larga los dos podríamos

reprocharnos cosas, como por ejemplo en la educación de nuestros hijos, porque quizás a mí no me guste cómo estás criando a tu hija.

—¿Qué es lo que hago mal?—pregunto extrañado.

—¿Quieres que sea sincera?

—Por supuesto.

—Creo que la estás malcriando, dejas que a veces ella decida por ti, como lo de querer tener a una mamá en su vida. Quizás solo quieras estar conmigo para que cumpla ese papel que ella necesita.

—¿Cómo puedes pensar eso, Cristal? —pregunto enojado.

—Porque creo que quizás lo que hubo ayer entre nosotros solo fue la necesidad de un hombre desesperado por encontrar una madre para su hija.

—No me conoces, Cristal, pero no se me pasaría por la cabeza porque sabes que aunque Jo lo ha intentado, yo me he negado, como con Gianna; además no suelo decir las cosas que dije ayer, si no las sintiera. Ahora, si me disculpas, creo que será mejor que me vaya, parece que no me necesitas realmente. Le diré a Cath que se quede a tu lado.

Salgo de la habitación sin esperar su respuesta, estoy dolido. Que piense que solo quiero estar con ella para tener una madre para Jo es lo más doloroso que podría haberme dicho.

—¿Adónde vas? —me intercepta Cath.

—Me voy a casa, ella no me ha llamado y verdaderamente no sé ni por qué estoy aquí cuando parece que no le importo. Cuida de ella, por favor.

—Ryan, no sé lo que ha pasado, pero no te marches así, enfadado.

—No puedo hacer otra cosa, me ha dicho que solo quiero estar con ella para que Jo tenga una madre. Tú sabes que no es verdad.

—Lo sé, pero dale tiempo, está nerviosa, con las hormonas alteradas.

—Es lo que estoy haciendo, dándole tiempo y de paso espacio. Cath, no puedo luchar por alguien que no apuesta por un nosotros, por mucho que me duela.

—Hablaré con ella.

—Prefiero que no, dejemos las cosas como están, será lo mejor. Nos vemos luego.

—Si no te importa, prefiero quedarme con ella esta noche, bien en el hospital o bien en su casa si al final le dan el alta.

—Como quieras, pero tú también debes descansar.

—Estoy bien, Ryan. Descansa. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me despido de mi hermana aún más enfadado si cabe. No entiendo a las mujeres, creo que están de acuerdo para ponerse en contra de los hombres siempre.

A la salida, tomo un taxi que me lleva hasta casa. Son casi las once de la noche. Al llegar, Jo ya está acostada y solo está mi madre en el salón; creo que ella no se ha retirado aún para esperarnos a Cath y a mí.

—Hijo, ¿qué tal está Cristal? —me pregunta.

—Está mejor, Cath se ha quedado con ella —contesto desganado.

—¿Tú estás bien? Te noto decaído.

—Estoy bien, mamá. Un poco cansado. Voy a tomar algo rápido y me acostaré.

—Como quieras. Jo se ha acostado como siempre en tu cama.

—Gracias, mamá.

Me dirijo a la cocina, me preparo un sándwich y tomo un vaso de leche, ante la atenta mirada de mi madre. Al concluir recojo y ambos subimos a nuestras respectivas habitaciones para intentar conciliar el sueño. En mi caso lo dudo, llevo todo el día pensando en Cristal y cuando por fin consigo verla, no ha sido tal y como me lo había imaginado.

Me cambio de ropa y me acuesto al lado de mi hija, intentando que mi mal humor se disipe, pero su presencia no logra contrarrestar mi enfado.

Doy vueltas y más vueltas en la cama, hasta que parece que empiezo a sentir cómo el cansancio y el mal humor se apoderan de mí para vencerme y sumirme en un profundo sueño.

A las tres de la mañana, el sonido de un wasap me despierta. Se trata de Cath, para decirme que le han dado el alta, pero que Cristal, al avisar a la ambulancia, no se ha percatado de coger las llaves, con lo que vienen a casa y ya mañana llamarán a un cerrajero.

No sé ni qué hacer, me apetece verla, estar a su lado, pero sus duras palabras me han hecho mucho daño. Me levanto intentando no hacer mucho ruido y espero en el salón hasta que llegan.

La cara de Cristal es de cansancio, lo mismo que la de Cath.

—Será mejor que os acostéis. Cristal, te dejo mi cama, ahora mismo me llevo a Jo a su cama y yo dormiré en su habitación, en la otra cama, para que estés más cómoda.

—Ryan, no es necesario, de verdad. Puedo dormir yo en la cama de Jo.

—Es mi casa, yo pongo las normas —digo irritado, y mi hermana me fulmina con la mirada.

Ninguna de las dos dice nada, me acompañan a la habitación, cojo a Jo en brazos, se agarra de mi cuello y murmura algo ininteligible.

—Espera y te cambio en un momento las sábanas —le digo.

—No me hace falta, gracias.

—Descansa.

—Buenas noches, Cath —digo cuando ambos hemos salido de mi habitación.

—Buenas noches, Ryan. Ya hablaremos... —comenta con tono hosco.

Llevo a Jo a su habitación y por un momento abre los ojos. La acuno un poco antes de acostarla y se vuelve a dormir.

Me tumbo en la otra cama, me acomodo como puedo y doy miles de vueltas, pensando en que de nuevo está en mi habitación, en mi cama, y que

me encantaría dormir a su lado.

Decidido a cumplir mi propósito, me levanto, salgo de la habitación en silencio y me adentro en la mía, también en el más absoluto mutismo. La observo dormir y, sin pensar en nada más, me meto en la cama y la estrecho entre mis brazos. En un primer momento se mueve inquieta, pero la beso en la mejilla y parece que surte el efecto deseado.

Espero unos minutos antes de quedarme dormido, por si se despierta, pero no lo hace y yo, satisfecho por conseguir lo que realmente ansío, me relajo y al final consigo sumirme en un profundo y placentero sueño.

Capítulo 24

Despertar a su lado

Jo viene a despertarnos y, al vernos juntos, en un primer momento no dice nada, pero se hace un sitio entre los dos.

—Cristal, ahora que has dormido con mi papi, ¿serás mi mamá?

—No, cariño, Cristal tenía frío y vine a darle calor, nada más. Ella es solo nuestra amiga —le digo, pues la cara de Cristal denota enfado.

—Cielo, las cosas no son tan fáciles, además tengo que contarte algo: dentro de mi barriga, hay un bebé como..., igual que el de tu tía Cath.

—¡Tú también! ¡Qué rollo! —dice Jo y sale de la cama malhumorada, abandonando después la habitación.

Cristal me mira fijamente pero no dice nada, durante unos minutos solo nos miramos, nos retamos pero sin pronunciar palabra alguna. Al final decido ser yo quien dé el primer paso.

—Cristal, lo siento, pero no podía conciliar el sueño, sé que no ha sido muy acertado, pero te necesitaba a mi lado.

—Ryan, no puedes seguir haciendo lo que quieras. No digo que esté mal, pero creo que deberías haberme preguntado si podías dormir conmigo.

—Ya sabía la respuesta...

Ella no dice nada, se levanta despacio, pero se tambalea un poco y la sujeto para que no se caiga.

—Aún estás muy débil, deberías quedarte hoy en la cama, Cath y yo podemos cuidarte.

—Te lo agradezco, pero tengo que ir a trabajar.

—Cristal, si no te cuidas no conseguirás que ese bebé salga sano y salvo. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! Por supuesto que no, pero no sé qué más hacer, Ryan. Necesito trabajar, sabes que no me sobra el dinero y este bebé se empeña en darme náuseas y hacer que vomite todo lo que como, ya no sé qué más debo hacer... —comenta desesperada.

—Déjame ayudarte —expongo acariciando lentamente su espalda y notando cómo todo su cuerpo se rinde a mis caricias.

—No puedo, no quiero volver a confiar en alguien, Ryan... Lo siento, no es por ti, pero mi única experiencia me ha marcado para siempre. Tengo miedo...

—Cuéntamelo, quizás pueda ayudarte. ¿Crees que a mí no me da miedo comenzar algo contigo? Encima estás embarazada —me mira ceñuda y aclaro —.No lo digo porque no sea mío, sino porque podría volver a perderte, como a Jo...

El silencio se apodera por un momento de nuestra conversación, haciendo que ella comience a sollozar. No sé qué es lo que realmente le pasa, pero hasta que no me lo cuente no podré ayudarla. Lo único que hago es estrecharla entre mis brazos y consolarla.

—Ryan, yo... perdí a mi novio hace un par de años... Me prometió que nunca me dejaría y murió —hace una pausa y, cuando parece que no va a seguir contándome la historia, continúa—. Era mi primer año como fisioterapeuta. Dylan acudía a la clínica donde yo comencé a hacer prácticas. Tenía esclerosis múltiple, pero en un estado aún no muy avanzado. Acudía a rehabilitación para intentar no quedarse en una silla de ruedas. Era divertido y su enfermedad no le impedía ser un hombre que disfrutara de la vida. Tontee conmigo hasta que un día decidí darle una oportunidad, no por pena sino porque realmente me gustaba. Comenzamos a salir más en serio, nos veíamos en la clínica y después en su casa. Vivía en un pequeño apartamento donde trabajaba como informático. Tenía una mente privilegiada. El caso es que parecía irnos bien, tomaba la medicación y acudía a rehabilitación para paliar los efectos de su enfermedad. Pasó el tiempo y su enfermedad seguía avanzando, hasta que lo dejó postrado en una silla de ruedas. Su carácter cambió, pese a que yo no había cambiado mi manera de quererlo y de tratarlo. Poco a poco se fue distanciando de mí, ponía excusas para no vernos, dejó la rehabilitación y un día que acudí a su casa tras llevar un tiempo de no

saber nada de él, se había quitado la vida. En su nota de despedida decía que no quería ser una molestia para mí, que era joven y que tenía que vivir la vida, que estaba cansado de luchar contra algo inevitable. Me abandonó..., dejó de luchar por él y por nosotros...

Sus lágrimas comienzan a brotar sin poder parar. Necesito calmarla, pero no sé ni qué decirle; no puedo ni imaginarme lo que habrá sufrido. La estrecho entre mis brazos, acariciando lentamente su espalda, consolándola.

—Cristal, no sé qué puedo decirte para aliviar tu pena, imagino que tuvo que ser muy duro. Ambos hemos pasado por la pérdida de nuestra pareja, pero el destino nos está ofreciendo otra oportunidad de ser felices...

—Ryan, no puedo, he ido a terapia durante estos dos años y ahora estoy bien, aunque recordarlo es muy doloroso. Pensar en tener una relación de nuevo con alguien, abre esa herida.

—Puedo hacerme una idea, perder a la persona que amas duele casi tanto que a veces te cuesta respirar. En mi caso han pasado siete años, pero a veces lo siento como si fuera ayer. Cristal, solo puedo decirte que estoy aquí para lo que necesites. Si no estás preparada, lo entiendo. Pero no voy a dejarte sola, voy a ayudarte. Por eso, hoy no vas a ir a trabajar, yo me encargaré de pagar a alguien que te pueda sustituir durante tus ausencias, hasta que estés mejor.

—Ryan, de verdad, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué? Déjate ayudar por una vez, Cristal. No seas orgullosa y acepta mi ayuda. Solo quiero que estés bien, me gustaría estar a tu lado, no niego que me encantaría ser tu pareja, pero no voy a obligarte a sentir o hacer algo que no estés completamente segura de ello. Pero debes descansar, tu cuerpo te está dando señales, si realmente estás decidida a tener el bebé, tienes que cuidarte.

—Lo sé...

—Entonces, no se hable más, llama a alguien para que te sustituya, al menos durante una semana. Yo cargaré con los gastos. Si te sientes más tranquila, podrás devolvérmelo cuando hayas saldado el resto de deudas.

Parece que surte el efecto deseado, se relaja y marca una pequeña sonrisa, que hace que mi corazón lata desbocado.

—Gracias, Ryan, eres un gran hombre. Siento todo lo que te dije ayer, no era mi intención hacerte daño y sé que lo hice, aun así estás aquí a mi lado. No sé si algún día podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—Tranquila, seguro que sí. Ahora descansa. Yo me ocuparé del cerrajero para que pronto puedas volver a tu piso, pero quiero que estés en casa unos días. Hasta que mejores. Mi madre te procurará el alimento que necesitas y Cath te cuidará como la magnífica enfermera que es. Su embarazo además es parecido al tuyo, aunque ella al menos consigue que su estómago retenga parte de la comida.

—Ryan, no quiero molestar...

—No molestas, eres parte de esta familia, una amiga, y nuestra familia trata por igual a los amigos que a sus miembros.

—Gracias... —dice con suavidad y sonriendo levemente.

—Aprovechando que iré a tu apartamento, cogeré algo de ropa cómoda para que puedas estar a gusto. ¿Te parece bien?

—Sí, gracias.

Bajamos a desayunar, mi madre ha preparado un rico caldo para Cath y para ella. Jo aún sigue un poco molesta, pero rápidamente su enfado se disipa cuando se entera de que Cristal se va a quedar unos días en nuestra casa.

—Cristal, ¿podrás ayudarme algún día con los deberes?

—Cielo, claro. Será un placer.

—Jo, cariño, tienes que dejar a Cristal descansar, está aún un poco malita y necesita reponer fuerzas, por eso se queda en nuestra casa.

—¿Volveréis a dormir juntos? Porque a mí me gustaría dormir con vosotros.

Mi madre me mira un poco asombrada y Cath me lanza una mirada furtiva.

—Mi niña, ve a vestirte que se te hace tarde —interviene mi madre al ver que ninguno de los dos sabe qué decir.

Después de que Jo se marche al colegio, decido ir con Cath al apartamento

de Cristal. Mi hermana se ha ofrecido a acompañarme, pero sé que ha sido para hablar conmigo sobre Cristal.

—Ryan, ayer cuando llegamos a casa fuiste un capullo —me dice al montar en el coche—. No quise discutir contigo delante de Cristal porque no me parecía el momento, pero creo que después te comportaste como un niño malcriado, metiéndote en su cama. ¿Qué esperabas con ese gesto?

—No podía dormir, solo hice lo que mi corazón me dictaba.

—Deberías haber pensado un poco en las consecuencias de tus actos. No vives solo, te recuerdo que tienes una hija, que está deseando tener una madre; que Cristal esté en casa solo hace que esté más confundida.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que debería dejar a Cristal sola en su estado en su apartamento?

—Sería lo mejor, yo podría venir a verla después del trabajo. Ella no quiere una relación, por lo menos ahora. Tú estás intentando imponérsela, invitándola a quedarse en nuestra casa.

—Cath, te quiero, eres mi hermana. Pero no voy a dejar que influyas en mis decisiones ni en mi relación con Cristal. Me gustaría que dejaras de ver todo lo que hago con esa lupa de perfección.

—Lo único que quiero es que no te hagas ilusiones para que luego no te rompa el corazón. Estás intentando que ella te quiera estando a tu lado, el cariño no se gana así, créeme, te lo digo por experiencia.

—Solo quiero ayudarla...

—Sé que quieres ayudarla, pero creo que te estás equivocando. Dicho esto, como me has indicado que no quieres que me inmiscuya, no lo haré.

El silencio se apodera del resto del viaje hasta el apartamento de Cristal, donde el cerrajero ya nos espera. Realiza su trabajo cambiando la cerradura y entregándonos las nuevas llaves y, mientras yo abono la cuenta, Cath entra en casa y comienza a hacer una pequeña maleta con las cosas que Cristal pueda necesitar. Reviso la estancia, está todo muy ordenado y limpio. Observo una foto de Cristal con un hombre, imagino que es Dylan. Se los ve muy felices y, sin poder evitarlo, los celos se apoderan de mí, poniéndome de mal humor.

—Ya podemos irnos, solo he cogido ropa para unos tres o cuatro días.

—Como quieras —contesto ofuscado.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contesto mirando la foto y Cath gira su cabeza buscando el motivo de mi enfado.

—Ryan, es normal que tenga la foto de su ex.

—Se suicidó, ¿lo sabías?

—Me lo contó ayer, después de discutir contigo. Me dijo el motivo por el que no quería tener una relación contigo. Tiene miedo, dice que no podría perder a otra persona, ni soportaría que le hicieran daño.

—Yo no pretendo hacérselo.

—Lo sé, Ryan, tú eres un gran hombre, pero a veces no solo depende de ti, la gente puede llegar a ser incompatible. Cuando me casé con Peter pensé que era el hombre de mi vida, pero me equivoqué. Siempre esperé más de lo que él estaba dispuesto a darme y he sido muy infeliz a su lado durante los últimos años de nuestra vida juntos.

—Lo siento, Cath, pero sabes que yo soy diferente a tu ex.

—Yo lo sé, pero deja que ella lo compruebe por sí sola. Intenta ser la persona que eres, pero no la obligues ni le impongas nada, deja que haga las cosas por sí misma y estoy segura de que se dará cuenta del gran hombre que eres y terminará de enamorarse de ti. Porque si algo sé es que le gustas, y apostaría que bastante, pero tiene miedo, por eso no da el paso.

—Gracias, Cath. Siento haberte dicho que no te inmiscuyeras en mis asuntos. Te necesito para que me des estos grandes consejos.

—Sé que estabas molesto, pero te guste o no voy a seguir regañándote cuando te lo merezcas y apoyándote cuando lo necesites. Eso es lo que hacemos las hermanas mayores.

—Te quiero, Cath —digo estrechándole entre mis brazos.

—Y yo a ti, Ryan. Ahora, vayamos a casa.

—Será lo mejor, tengo que hacer algo de ejercicio.

—Sabes que tienes que tomártelo con calma.

—Sí, pero han pasado ya casi cuatro meses y sigo sin tener apenas fuerza en el hombro. A veces pienso que no volveré a jugar nunca más.

—No digas eso. Estoy segura de que volverás a hacerlo, solo tienes que tener paciencia y fe en ti mismo.

—Gracias, eso espero. Vayamos para casa.

Regresamos en su coche a casa. Cuando llegamos, Cristal está acostada. Mi madre dice que ha vomitado y no se encontraba bien.

Entro despacio en la habitación, está llorando. Me acerco despacio.

—Cristal, ¿te encuentras bien?

—No, quiero dejar de vomitar, necesito sentirme mejor, me siento una inútil sin poder hacer nada.

—Tranquilízate —le digo sentándome a su lado y agarrando despacio su mano—. Tienes que tener paciencia, estoy seguro de que en unos meses las náuseas cesarán y te olvidarás de ello. Ahora descansa, voy a traerte un poco de agua de suero para que no te deshidrates. Si necesitas alguna cosa más, estaré aquí al lado, haciendo unos ejercicios.

—Gracias. Pero no quiero ser una molestia.

—No lo eres, ya lo hemos hablado. Eres nuestra invitada; lo que necesites, pídeselo a mis padres, a mi hermana o a mí.

—Hay algo que me gustaría que hicieras...

—Lo que sea...

—La próxima semana tengo consulta con el ginecólogo y me ha dicho Cath que ella tiene turno en el hospital..., ¿te importaría acompañarme? No me gustaría ir sola...

—Por supuesto, Cristal, cuenta con ello. Ahora descansa. Si me necesitas, estaré aquí al lado.

Se tumba en la cama más tranquila, y antes de cerrar la puerta la observo. Está nerviosa, pero al menos no está llorando. Cath me pilla observándola desde la puerta.

—Ryan —susurra.

—Quiero comprobar que se duerme. Cuando he llegado estaba llorando...

—Serás un gran esposo, no me cabe duda.

—No corras hermanita, aún no me he ganado su corazón.

—Estoy segura de que pronto lo tendrás, pero paso a paso.

—Gracias, Cath. Voy a hacer un poco de ejercicio. Cualquier cosa, estoy aquí al lado.

—Tranquilo, no trabajo hasta las dos; si Cristal necesita algo, la atenderé yo. Tú céntrate en recuperar tu hombro.

—Así lo haré.

Durante un par de horas realizo los ejercicios que Cristal me ha indicado sin ninguna interrupción y cuando salgo a ducharme, Cath y ella están charlando tranquilamente. Parece más serena, como la Cristal que conozco.

—¿Qué tal te encuentras? —le pregunto.

—Estoy mejor, he descansado un poco y con el suero al menos no tengo tantas náuseas.

—Me alegro. Si me disculpáis, voy a ducharme —digo entrando en la habitación y dirigiéndome al cuarto de baño.

Me doy una ducha rápida para quitar el sudor de mi cuerpo y, como siempre, salgo envuelto en la toalla, sin darme cuenta de que ambas siguen en la habitación. Mi hermana me mira admirada y veo que Cristal se queda mirándome fijamente, como si fuera la primera vez que me ve.

—Chicas, sé que tengo un buen cuerpo —digo ladino—, pero me gustaría vestirme sin tener público, si no es mucho pedir.

—Hermanito, es que las hormonas nos han revolucionado; vamos, que

porque eres mi hermano, sino yo misma te hacía un favor.

Cristal se ríe del comentario de mi hermana y yo sonrío. Desde luego Cath es única. Salen de la habitación, no sin antes volver a mirarme las dos y me visto en silencio, pensando que me gusta que mi hermana y Cristal se lleven bien. Quizás no sea bueno, pues estoy seguro de que se confabularán en mi contra si es necesario, pero al menos ella tiene una amiga aquí, en Boston.

Salgo ya vestido de sport y ambas se ríen al verme. Me gustaría saber cuál es el motivo, pero prefiero no preguntar, no sea que me lleve otra frase lasciva de mi hermana.

Bajamos a la cocina y compartimos, junto con mis padres y Jo, que acaba de llegar del colegio, una rica comida en muy buena compañía.

Capítulo 25

La consulta de Cristal

Durante toda la semana, Cristal ha permanecido en nuestra casa, sigue con bastantes náuseas pero su estómago comienza a retener al menos algo de comida, por lo que está un poco más repuesta. Hoy tiene consulta con el ginecólogo y estoy nervioso. No sé por qué, pero me siento como la primera vez que vi a Jo.

Al llegar a la consulta, la enfermera me sonríe, esta vez un poco confundida. Le devuelvo la sonrisa y noto cómo Cristal se tensa. Eso me hace sentir mejor, al menos parece que le ha molestado su actitud.

La enfermera nos hace pasar y cuando Adam me ve, se sorprende.

—¡Hombre, Ryan! No sabía que eras el padre del bebé de Cristal. ¡Enhorabuena! Por eso Cath la acompañó a la anterior consulta, imagino que tú no podrías venir.

Voy a intentar desmentirlo, pero Cristal se adelanta un poco cortante.

—Buenos días, Adam. Si no te importa, nuestra vida privada no es asunto tuyo.

Me quedo petrificado y no contesto; Adam se ha llevado una contestación tan brusca que le ha dejado sin palabras.

—Perdón, tienes razón. ¿Cómo te encuentras?

—Mal, este bebé va a acabar conmigo —expone molesta.

—Ha estado toda la semana con bastantes náuseas, ahora son menos, pero la semana pasada tuvo que ir al hospital por una hemorragia —aclaro al ver la poca información que le da ella.

—Lo sé, tengo aquí el informe. Afortunadamente no fue nada, y con reposo imagino que se habrá pasado.

—Así es... —contesta con un tono que no llego a entender. Adam me parece un buen médico, pero no sé por qué motivo Cristal es tan maleducada

y borde con él.

—Pues pasemos a la sala.

Trago saliva, no quiero hacer nada que a Cristal le parezca mal, pero estoy en la tesitura de que si no entro parecerá que no es mi pareja, pero si entro ella podría molestarse. Me quedo retrasado, intentando decidir qué hacer.

—Ryan, ¿no pasas?

—Id entrando, perdonadme pero tengo que ir al baño... —digo a modo de excusa.

Acudo al baño acompañado por la enfermera pero no tardo mucho. Solo quiero disimular hasta que ella esté tumbada en la camilla.

Salgo y la enfermera me acompaña hasta la sala de nuevo, entro y al menos ya está tumbada.

—Bien, pues como papá ya está, podemos comenzar con la ecografía. Ryan, vas a tener partida doble, ¿no?

—Eso parece —contesto.

—A la décima semana, que es en la que te encuentras, dejamos de llamar embrión a tu bebé para denominarlo feto; tu bebé mide aproximadamente cuatro centímetros y pesa entorno a cinco gramos. Insignificante, ¿verdad? —nos pregunta.

—¡Es increíble! —le digo emocionado cuando enfoca al bebé de Cristal.

—Ya tiene formados algunos de sus órganos, irán creciendo y desarrollándose continuamente hasta el nacimiento, veámoslos.

Nos los va indicando y veo a Cristal emocionada; sin darme cuenta, la cojo de la mano y ella me mira con ternura.

—Papás, escuchemos ahora el corazón. Cristal, no te asustes, va a latir de una manera muy rápida, pero es normal.

Escuchamos su corazón que, como bien nos ha indicado Adam, lleva un ritmo frenético y una lágrima resbala por la cara de Cristal. Se la limpio de inmediato. Sé que es de felicidad, está emocionada, es normal, yo mismo

también lo estoy y no es mi bebé, ni siquiera sé si algún día podrá formar parte de mi familia, pero es inevitable no emocionarse al ver crecer una vida.

—¿Qué te parece Cristal? Has estado muy callada.

—Aún estoy asimilando todo, demasiada información... —contesta.

—Te dejamos vestirme —expone Adam.

Los dos salimos de la consulta mientras ella se viste y Adam me susurra.

—No sé qué le pasa a tu... —duda por un momento, pues imagino que no sabe cómo definirnos—, ¿pareja? —pregunta y asiento—, pero desde el primer día parece que no le he caído bien. ¿He hecho algo mal?

—No se lo tengas en cuenta, ella es muy reservada. Le cuesta abrirse a la gente.

—Imagino que te alegrarías cuando te enteraste de que ibas a ser tío y padre casi al mismo tiempo.

—¡No sabes cuánto! —contesto irónico.

—Me alegro, ahora tienes que recuperarte también y el triplete —comenta gracioso.

—En eso estamos.

Cristal sale de la sala y nos mira a ambos, imagino que intuye que estamos hablando de ella. Adam y yo nos miramos y él se dirige a Cristal cuando habla.

—Te voy a recetar unas vitaminas prenatales como complemento alimenticio, debido a que, como me indicáis, los vómitos son constantes. Lo que sí es necesario es que tomes mucho calcio, puesto que este complemento tiene un bajo contenido en el mismo; cuando te encuentres mejor, retomaremos el hierro. De momento vamos a suprimirlo, porque irrita el tracto digestivo. Te recomiendo que hagas cinco comidas en lugar de tres, siempre come en pequeñas cantidades, y un remedio casero para las náuseas es el pan tostado o las nueces, dicen que son buenas para combatir las, pero sobre todo bebe mucho líquido, necesito que tu cuerpo esté bien hidratado.

—Gracias, lo intentaré.

—Cualquier duda o consulta que queráis hacerme, Cath tiene mi número particular, no dudéis en llamarme. Nos vemos dentro de un mes aproximadamente. Imagino que a ti, Ryan, te veré antes, cuando Cath tenga la consulta.

—Si no hay ningún contratiempo, así será.

—Que os vaya bien, pareja.

—Hasta luego —contestamos al unísono.

Al salir de la consulta miro a Cristal, necesito preguntarle por qué no ha desmentido lo nuestro, pero me da un poco de reparo.

—Ryan, siento haberte metido en este lío, pero a Adam lo conozco del hospital, no quiero que se corra la voz de que estoy embarazada y no tengo padre para este bebé. Sé que debería habértelo dicho, lo siento.

—Tranquila, lo entiendo. No hay problema. Sabes que es un placer acompañarte y fingir que somos..., pareja.

—Gracias por todo.

—No tienes que dárme las, ahora vayamos a casa.

—Creo que va siendo hora de que regrese a mi apartamento.

—¿Estás segura? Todos disfrutamos de tu compañía.

—Y yo de la vuestra, pero tengo que regresar a la realidad.

—No voy a insistir, Cristal, me gustaría que te quedaras, pero aceptaré tu decisión, no quiero presionarte.

—Gracias, de verdad. Te llevo a casa y recojo mis cosas. Mañana regresaré al trabajo. En cuanto pueda, saldaremos cuentas.

—Cristal, no te preocupes por eso. Pero hazme un favor...

—Por supuesto.

—Si te encuentras mal, si algo no va bien o simplemente quieres regresar a casa, no tienes más que llamarme. Pero por favor, no me mantengas al margen de tu vida...

—Tranquilo, no lo haré.

Nos montamos en su coche, estaciona en el garaje al llegar a casa y se baja conmigo. Al entrar, mi cara de decepción lo dice todo.

—Cristal, ¿ya nos abandonas? —le pregunta mi madre.

—Estoy mejor y no quiero molestarles. Gracias por todo.

—Cielo, tú no molestas nunca, eres un encanto de mujer. Sé que esta no es mi casa, pero puedes volver cuando quieras. No hace falta que cuentes con la aprobación de mi hijo. Ha sido un placer tenerte con nosotros.

—Gracias, Aby, el placer ha sido mío.

La acompaño hasta el piso de arriba y, mientras recoge sus cosas, la observo. Es muy minuciosa, casi diría que perfeccionista doblando la ropa.

—¿Qué pasa? —me pregunta al ver que no le quito ojo.

—Eres una perfeccionista.

—Lo soy, no tengo remedio, lo sé. Pero es que no me gusta que la ropa se arrugue y luego perder el tiempo con la plancha. ¿Te supone un problema?

—Por supuesto que no, Cristal. Pero cuando tengas a tu bebé, créeme que te olvidarás de si has doblado la ropa o si te has cambiado. Los primeros años son frenéticos y yo no los he vivido intensamente como el resto de padres, pero lo sé.

—Gracias por el consejo. Ahora tengo que irme. De nuevo, te agradezco lo que has hecho por mí. Mañana regresaré para tu rehabilitación, aunque he podido comprobar que te manejas muy bien sin mí.

—No digas tonterías, te necesito... —le digo con doble sentido.

—Mañana me tendrás aquí a la misma hora. Que tengas un buen día, Ryan —dice besándome en la mejilla. Yo aspiro su dulce olor, impregnando mis fosas nasales de su perfume e intentando grabarlo a fuego en mi memoria.

—Hasta mañana. Cualquier cosa, llámame.

—Tranquilo, serás el primero si pasa algo.

Se marcha y me siento desvalido, como si me faltara mi otra mitad. Esta semana ha sido intensa y hemos compartido, junto con Jo, todas las tardes. Me ha gustado disfrutar de su compañía y de su visión de las cosas. Ahora de nuevo tengo que regresar a mi realidad, una en la que ella no está, y sé que va a ser duro acostumbrarme de nuevo a la soledad.

Capítulo 26

Regresar a la rutina

La marcha de Cristal deja un vacío en la casa que solo se llena con la alegría que desborda mi hija, aunque ella también esté apenada por su partida.

Durante toda la tarde he jugado con Jo después de hacer los deberes, intentando paliar mi humor, que ha cambiado por completo.

A la hora de la cena, Cath viene agotada. Tengo que hablar seriamente con ella. Dijo que iba a bajar el ritmo pero últimamente vuelve a trabajar mucho. Cenamos en familia y después de un café, que tomo con mi hermana intentando buscar conversación, al ver que ella no está por la labor, decido acostarme.

Al llegar a la cama me sorprendo de que Jo aún no esté dormida.

—Cariño, ¿no puedes dormir?

—Papi, ¿por qué Cristal no se queda a vivir con nosotros? Me gusta casi tanto como Gianna.

—Tesoro, Cristal tiene su casa y su vida.

—Pero no tiene novio, quizás tú podrías serlo. Así ella viviría con nosotros.

—Jo, las cosas no son tan fáciles, ya lo entenderás cuando seas mayor.

—Siempre me dices lo mismo, papi. A mí me gusta un chico del cole y el otro día le di un beso.

Me quedo sin palabras, mi hija besándose con chicos. No me lo esperaba. Aún no pensaba que tuviera que pasar por esto, es una niña, no estoy preparado para pasar por temas de chicos aún. Como puedo le contesto.

—Cariño, no hay que besar a los chicos. Aún eres pequeña.

—Me preguntó si le daba un beso y lo hice.

—La próxima vez, dile que no.

—Pero a mí me gusta. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque eres muy pequeña y porque lo digo yo —comento enfadado.

—Papá, ¿a ti te gusta Cristal? Porque yo creo que tú a ella sí le gustas, se lo he oído decir a la abuela y a Cath.

—Cariño, a mí me gusta Cristal, es una buena amiga. Pero como te he dicho, las cosas no son tan fáciles. Ahora vamos a dormir, sino mañana no habrá quien te levante de la cama. Buenas noches tesoro —digo dándole un tierno beso en la frente. Ella me lo devuelve en la mejilla y se da media vuelta para intentar conciliar el sueño, que no tarda en apoderarse de su cuerpo. Mientras, yo doy vueltas y más vueltas en la cama. No puedo dejar de pensar en Cristal, en todo lo que ha pasado y en que me gustaría que su corazón me perteneciera.

Cansado de intentar conciliar el sueño en vano, me dirijo a la cocina en busca de un vaso de leche caliente.

Me encuentro a mi madre tomándose otro vaso de leche, imagino que como yo, no puede dormir.

—Hijo, ¿no consigues dormir?

—La verdad es que no.

—Me gusta verte así... —expone con una sonrisa que me llena de alegría.

—¿Así cómo, mamá?

—Enamorado de nuevo...

—Yo..., no... —digo, pero ella me interrumpe.

—Cariño, sé que estás enamorado de Cristal, solo hay que ver cómo la tratas y lo que te preocupas por ella. Espero que algún día llegue el momento en el que ella te acepte, porque tienes un gran corazón hijo mío.

—Mamá, ella me gusta, pero no estoy enamorado... —digo negándomelo a mí mismo—, no niego que me gustaría compartir con ella algo más y comprobar si realmente lo que siento es amor o simplemente un capricho.

—Tú podrás decir lo que quieras, Ryan. Pero jamás te he visto así, ni siquiera con Jo, que en paz descansa.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, hijo; cada vez que la miras se te ilumina la cara, tus preciosos ojos azules intensifican su color e incluso diría que te sonrojas cuando ella habla.

—¿De verdad? Que observadora eres, madre.

—Solo quiero que mi hijo sea feliz, y cuando te veo así, me alegro de que por fin otra mujer ocupe tu corazón. Jo fue una fantástica compañera de viaje, sabes que para mí era como una hija, pero Dios decidió llevársela muy pronto y la vida te brinda otra oportunidad de ser feliz, hijo. Aprovéchala.

—Mamá, me encantaría estar con Cristal como pareja, pero es ella la que se niega a comenzar nada.

—Cath me lo ha comentado, pero sigue insistiendo, cariño. Seguro que al final se rinde a tus encantos.

—Eso espero, madre, porque empiezo a desesperarme y, aunque el bebé que lleva en su vientre no es mío, no me importaría ser su padre.

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo. Así es como habla un gran hombre. Estoy segura de que pronto cambiará de opinión. Veo cómo te mira, también le gustas, pero por lo que Cath me ha dicho, tiene miedo de comenzar una relación. Si me dejas darte un consejo, conquístala con tus encantos, no la atosigues, pero no dejes que se aleje demasiado, no sé si me explico.

—Perfectamente, madre, gracias por el consejo. Ahora será mejor que vayas a dormir.

Nos dirigimos a nuestras habitaciones y no dejo de dar vueltas a lo que mi madre me ha dicho, debo conquistarla, ¿pero cómo? Durante al menos una hora más continuo pensando hasta que, en algún momento, el cansancio me vence y me sumo en un sueño perturbador que hace que mi noche sea agitada y poco productiva en horas de sueño y descanso.

Al despertar por un beso de mi hija, mi cuerpo aún nota las pocas horas que he dormido, me levanto y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarme en la cama, pero tengo que regresar a la rutina.

Después de desayunar y acompañar a Jo al autobús, decido dar un paseo para despejar un poco el cansancio que siento. Deambulo por las calles hasta que, sin saber cómo he llegado, me encuentro frente a la casa de Cristal. Decido llamar a su casa, pero evidentemente, por la hora que es, nadie contesta, así que regreso de nuevo a casa un tanto airado. No sé qué es lo que realmente esperaba, pero evidentemente no era su ausencia. Sé que ella dijo que volvería a trabajar, pero pensé que quizás hubiera cambiado de opinión.

Regreso lentamente a casa con mil cosas dando vueltas en mi cabeza, hasta que una llamada de teléfono me devuelve de golpe a la realidad. Se trata del entrenador, quiere verme y, la verdad, no sé exactamente para qué. Llamo a mis padres para indicarles que voy a estar toda la mañana fuera y tomo un taxi que me lleva directamente al estadio.

Todos mis compañeros, en cuanto me ven llegar, se acercan para saludarme, con las típicas preguntas de «¿cómo estoy? ¿cuándo vuelvo?». Después de saludarlos uno a uno, veo al entrenador que me mira con una gran sonrisa.

—Bueno, chicos, ahora que estáis todos reunidos, quiero que os enteréis por mí antes de que la prensa filtre la noticia. La temporada que viene no estaré con vosotros, me han ofrecido entrenar a los Toronto Blue Jays y he decidido que un cambio de aires me vendrá bien. Siento dejaros, pero quedáis en buenas manos.

Aparece un hombre casi de mi edad, que nadie conoce, y comienza a hablar.

—Buenos días, soy Arthur Brown, ex jugador de los Yankees de Nueva York. Voy a estar con el entrenador durante el resto de la temporada. Espero estar a la altura de la situación y de este gran equipo. Ahora chicos, me gustaría entrevistaros a todos, tener una noción detallada de cada uno, quiero conocerlos.

Arthur, acompañado de Frank, nos va llamando uno a uno a su pequeño despacho y, cuando es mi turno, ambos se callan.

—Ryan, lo primero de todo es saber cómo te encuentras y decirte que la temporada que viene contamos contigo.

—Me encuentro mejor, pero aún queda trabajo hasta que recupere la fuerza. No pierdo la esperanza de volver a jugar...

—Esa es la actitud—contesta Arthur—, no sé si sabes que yo me retiré por una lesión, pero no tuve esa gran fuerza que veo en ti. Sé que vas a poder con esto.

—Eso espero; es duro, pero creo que tenemos que luchar contra todos los impedimentos que la vida nos pone en el camino —digo más por lo que está sucediendo que por el béisbol en sí.

—Por supuesto —contesta el entrenador—. Nos gustaría que hoy nos acompañaras en el entrenamiento, si no es mucho pedir.

—Sí, la verdad es que lo echo de menos, seguro que me viene bien.

Permanezco en el banquillo viendo a los chicos entrenar y es en ese momento cuando me doy cuenta de cuánto lo he añorado y las ganas que tengo de volver a estar con el equipo, somos como una familia.

Una vez finalizado, decido quedarme a almorzar con alguno de mis compañeros, para recordar los tiempos en los que era habitual juntarnos al menos un día por semana.

Pasar con los chicos la mañana me ha venido bien para despejarme un poco de mis pensamientos, y más concretamente de Cristal, que cada vez más ocupan toda mi mente; no entiendo cómo se ha colado tan dentro de mi corazón, haciendo que de nuevo vuelva a latir de manera desenfrenada.

Por la tarde, a la hora de la rehabilitación, Cristal aparece más recompuesta que estos días y mi corazón da un vuelco al verla tan sonriente.

—Hola Cristal, ¿qué tal te encuentras?

—Mejor, gracias; la verdad es que hoy me siento muy bien, no sé si es por volver a trabajar o las vitaminas que Adam me recetó, pero hoy apenas he

tenido náuseas.

—Me alegro.

—Empecemos con la tarea de hoy, ¿qué tal tu día sin tener que cuidarme?

—Estuve con mis compañeros. El entrenador se marcha y ya tienen a un sustituto. Después comí con ellos.

—Qué bien, entonces no me habrás echado de menos.

—Si te soy sincero, no mucho —hace una mueca como de dolor y continúo—; pero estás siempre en mi mente, eso no lo dudes. Cristal, no quiero presionarte, pero... ¿te apetecería salir a cenar conmigo el sábado?

—Ryan, me halagas, pero tirarás el dinero de la cena, estoy segura de que después lo vomitaré.

—No importa, solo quiero pasar una velada contigo, a solas.

—Acepto, pero invito yo, creo que es lo mínimo.

—Entonces, eliges también el sitio, ¿te parece bien?

—Perfecto.

Durante toda la rehabilitación charlamos amigablemente, es la primera vez desde que nos conocemos que la siento desinhibida, incluso bromea en alguna ocasión.

—¿Crees que si tengo un niño podrás enseñarle a lanzar o a batear?

—Por supuesto, pero que no te oiga Jo; cuando se lo dije a Cath, se enfadó y tuvo celos. Tuve que ofrecerme a hacerlo con ella y eso que nunca se había interesado por el béisbol.

—El bebé será para ella un miembro más en la familia.

—No lo creo, está claro que está acostumbrada a ser el centro de la casa, pero se irá adaptando y además, creo que lo querrá mucho.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque Jo tiene un gran corazón y, aunque a veces parezca caprichosa y

consentida, siempre acaba aceptando lo que sus abuelos, su tía o yo le decimos.

—El otro día no quise ofenderte cuando dije que malcriabas a Jo. Es solo que pienso que a veces antepones sus deseos a todo lo demás, incluso a las decisiones a tomar con respecto a tu propia vida y la manera de vivirla.

—Lo sé y no te quito la razón, pero es que ella ha sido mi vida desde que tenía tres años, la única mujer de mi vida, ¿lo entiendes?

—Te comprendo... Estoy segura que yo seré peor madre. Aún no sé ni cómo voy a salir de todo esto.

—Cuentas con nuestra ayuda. Aunque tú y yo no lleguemos a ser nada más que amigos, siempre nos tendrás... ¿Lo sabes?

—Lo sé, Ryan, y te lo agradezco. Aunque pronto te cansarás de mí. Soy una mujer con mucho pronto, creo que ya lo has podido comprobar, aunque después, cuando lo pienso, soy de las que ve sus errores e intenta rectificar.

—Eso es bueno; tranquila, no creo que me canse de ti ni en un millón de años.

Me mira sonriendo abiertamente y ese gesto hace que mi corazón se acelere al máximo.

—¿Tantos años vas a aguantarme? Eres un héroe.

—Los que hagan falta.

La sesión termina y con ella la mejor tarde en mucho tiempo. Me da un beso en la mejilla y sale después de recoger el dinero que yo mismo le he puesto en las manos.

—Que tengas buena noche, Ryan.

—Igualmente.

Sale por la puerta, mi madre intenta invitarla a cenar, pero ella rechaza la invitación y se marcha.

Yo soy feliz, y por primera vez desde hace mucho tiempo, consigo conciliar el sueño cuando me acuesto al lado de mi hija, sin despertarme en

toda la noche.

Capítulo 27

Una nueva oportunidad

La semana transcurre demasiado despacio para mi gusto. Cristal elige el sitio y la hora para nuestra cita. Se trata de un restaurante céntrico, al que no he tenido el gusto de acudir, pero que estoy seguro de que disfrutaré en su compañía.

Durante todo el sábado estoy nervioso, ni siquiera sé qué ponerme. Gracias a que Cath es, además de una buena hermana, una mujer con un gusto exquisito, decide que vaya de manera formal, pero no con americana, sino solamente con los pantalones de un traje que utilizo en los eventos deportivos que nuestro equipo organiza, una camisa y unos zapatos negros. Me dice que me aplique un poco de perfume, no suelo hacerlo a diario, simplemente con la loción de afeitado o con el gel que utilizo tras las dos duchas que me doy cada día, es suficiente.

Una vez terminado, bajo al salón donde toda la familia me espera. Jo es la primera en felicitarme.

—Papi, estás muy guapo. Estoy segura de que Cristal caerá rendida a tus pies.

Todos la miramos extrañados, creo que pasa demasiado tiempo viendo telenovelas con mi madre. Aun así, nos reímos por sus ocurrencias.

—Hijo, estás arrebatador, tu cita será todo un éxito.

—Gracias a todos. Ya va siendo hora de irme, no me gustaría llegar tarde.

—¿Quieres que te lleve? —se ofrece Cath.

—No, cogeré un taxi. Gracias. No me esperéis despierto, espero que la noche se alargue y vayamos a tomar algo. Hace mucho que no salgo.

—Seguro que sí —expone mi hermana besándome en la mejilla.

Me despido de todos y me dirijo a la parada de taxis más cercana. No tarda en llegar uno y llego al restaurante con veinte minutos de antelación. Decido

esperar en la puerta, no quiero estar sentado en una mesa, solo y desesperado, esperando a Cristal.

Antes de que sea la hora, aparece con un precioso vestido ceñido color rojo, el pelo totalmente suelto y ligeramente maquillada. Está impresionante. Trago despacio el nudo que se ha formado en mi garganta tras la primera impresión.

—Estás preciosa, Cristal —le digo agarrándole de la cintura, atrayéndola hacia mí y dándole dos sonoros besos en sus mejillas, al tiempo que aspiro su dulce olor a perfume.

—Gracias, tú también estás muy guapo —contesta con una bonita sonrisa.

—¿Tenías reserva?

—No hace falta, el dueño es cliente mío, le llamé para indicarle que vendríamos.

—Perfecto, entonces entremos ya, si te parece bien.

—Por supuesto.

Cristal habla con el camarero y enseguida nos dirige a una mesa bastante apartada del resto de la gente, casi íntima, y respiro nervioso. Es la primera cita que tengo desde que murió Jo, el resto de mujeres con las que he salido solamente han sido encuentros sexuales que generalmente no implicaban una cena tan íntima, e intento que el nerviosismo no se apodere de mí, no quiero estropearlo. Ahora que ella me ha dado una oportunidad, quiero que lo nuestro funcione.

—Ryan, ¿estás bien? —me pregunta después de un rato en el que ella ha estado hablando y no le he prestado atención.

—Para serte sincero, estoy nervioso...

—Soy solamente yo, Cristal. Nos conocemos, creo que hemos compartido muchas cosas para que te pongas nervioso.

—Lo sé, pero no quiero estropearlo, Cristal... Sabes que me gustas muchísimo.

—¡Shhh! —dice agarrando mi mano, intentando darme un poco de

tranquilidad—, no vas a estropear nada. Ahora centrémonos en la carta, estoy hambrienta y aunque cabe la posibilidad de que luego todo lo que ingiera salga de nuevo de mi estómago, quiero cenar uno de mis platos favoritos.

—¿De cuál se trata? —le pregunto marcando una sonrisa de intriga.

—De un plato de *clamchowder*¹ y de segundo *crabcakes*².

—¡Mmmm! Buena elección. Creo que tomaré lo mismo.

El camarero hace su aparición y le indicamos los platos elegidos. Sonríe a Cristal y ella le devuelve amablemente su trato. Una punzada de celos se apodera de mí.

—¿De qué os conocéis? —le pregunto. Sé que el dueño ha sido paciente de la clínica de Cristal, pero entre el camarero y ella parece haber una especie de complicidad que hace que mi cuerpo se tense por completo.

—Ryan, no voy a mentirte, entre Colton y yo hubo un encuentro hace unos meses, él quería más pero yo no quise que la relación fuera más allá de eso.

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta e intento dibujar una sonrisa, al menos conmigo ha dado un paso más, pero no puedo evitar sentirme incómodo. Ella lo nota y vuelve a agarrar mi mano.

—Ryan, él no me interesa...

—¿Significa que yo sí? —pregunto emocionado.

—Es posible... —dice dibujando una sonrisa lasciva que hace que me encienda, teniendo que beber un poco de vino para intentar bajar mi nivel de excitación—, ¿tú qué crees?

—Nunca he sabido interpretar las señales que me mandas.

—Ryan, tú me gustas mucho, además eres atento y has cuidado de mí cuando más te necesitaba. ¿Te vale eso?

—Sí, pero necesito que estés segura de que quieres dar ese paso, yo no me conformo con un solo encuentro... Lo quiero todo.

—Poco a poco —interviene.

El camarero nos trae el primer plato, vuelve a intentar coquetear con Cristal, pero ella, mirando mi cara de fastidio, ni siquiera le devuelve la sonrisa.

—¿Estás celoso? —me pregunta antes de empezar a comer.

—Sí, ese tipo no deja de tontear contigo aun viéndote conmigo.

Sonríe y se levanta de la mesa, se acerca a mí, acallándome con un dulce beso que hace que mi cuerpo se tranquilice y disfrute del momento, agarrándola por la cintura y notando que su cuerpo se tensa cuando nota mis dedos acariciar su espalda desnuda.

—¿Satisfecho?

—No sabes cuánto.

Vuelve a sentarse y comenzamos a cenar. Cristal come despacio, imagino que intentando que la comida le siente bien. Yo intento no hacerlo demasiado deprisa, para no agobiarla. Concluido el primer plato por ambas partes, el camarero, mucho más serio, nos trae los *crabcakes*; su cara denota algo de molestia y ahora soy yo el que sonrío, sintiéndome triunfador de esta batalla.

—Sois como niños —indica al verme sonreír.

—No puedo evitar sentir que he ganado el mejor de todos los premios —digo acercando mi mano y acariciando la suya despacio, intentando no asustarla con mi contacto.

—Ryan, los hombres sois a veces muy primitivos y, perdona el término, pero cuando se trata de mujeres, parece que os volvéis cavernícolas, retándoos con las miradas como si fueran rayos laser fulminándoos.

—Tienes razón, pero yo sé que he encontrado a la mujer que puede cambiar mi vida por completo y voy a luchar por ella.

Su sonrisa se borra de repente y aparta su mano de la mía.

—Discúlpame, tengo que ir al baño —expone levantándose de la silla.

—Cristal, espera —digo agarrándola de la mano suavemente—, ¿he dicho algo malo?

—No, todo lo contrario, es solo que yo...

La atraigo hacia mí tirando suavemente de su brazo y queda sentada en mi regazo.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño —susurro acariciando sus labios con los míos.

Ella los devora, como queriendo convencerse de que mis palabras son ciertas, y la agarro fuertemente de la cintura, intentando transmitirle tranquilidad.

Un carraspeo nos hace salir de nuestra burbuja. Nos separamos rápidamente y Cristal se levanta como un resorte. Al ver a la persona que nos ha interrumpido, sonrío. Se trata de un hombre de unos cincuenta años, pero con un porte de elegancia y sofisticación que realmente me confunde.

—Jayden, hola —dice dándole dos besos.

—Cristal, un placer tenerte en mi casa; veo que estás muy bien acompañada. Nada más y nada menos que Ryan Halt, el lanzador estrella de los Red Sox.

—Sí, una grata compañía, sin duda —responde ella un poco avergonzada.

—¿No vas a presentarme a esta eminencia?

—Perdón, Jayden. Como bien has dicho, él es Ryan, Ryan este es mi amigo Jayden, el dueño de este restaurante.

—Un placer conocerle, Jayden.

—Sin duda, el placer es mío. Cuando Cristal me llamó no me dijo que vendría acompañada y que fuera algo más íntimo y, por supuesto, no contaba con que fuera con una eminencia en el béisbol. ¿Te importaría hacerte una foto conmigo? Me gustaría tener un recuerdo de que estuviste aquí. Eso da caché al restaurante.

—Por supuesto, es un placer.

Cristal coge su móvil y, sonriendo, nos hace un par de fotos. Jayden me sonrío y después de charlar un rato con Cristal, nos abandona.

—Lo siento, espero que no te moleste que te haya pedido una foto. Es un buen hombre, no le dije nada porque sé que es aficionado al béisbol, me apetecía darle una sorpresa.

—Tranquila, no me molesta, Cristal; además, yo solo quiero complacerte —digo mirándola fijamente.

—Gracias, eres estupendo. Creo que tendremos que comernos el segundo plato frío.

—No importa, ahora mismo solo me interesa lo que pienses de nosotros.

Suspira un poco nerviosa, tragando saliva y tocándose el pelo de forma exagerada.

—Ryan, tengo miedo... Te juro que me gustas mucho, pero mi anterior relación ya sabes cómo terminó...

—Lo sé, y tú también sabes cómo terminó también la mía. Desgraciadamente, los dos hemos pasado por la pérdida de la persona a la que amábamos, pero el destino ha cruzado nuestros caminos y creo que no en vano. Por favor, dame una oportunidad... No voy a defraudarte, créeme.

Se queda pensativa, nerviosa, sin decir nada.

—Quiero ir despacio, no pretendo mudarme a tu casa...

—Iremos todo lo despacio que necesites, te lo prometo. No voy a presionarte.

—De acuerdo; ahora cenemos, mi estómago se está quejando y no sé si es de hambre o simplemente porque no pretende retener mucho más tiempo la comida.

—Si no estás bien, podemos irnos.

—No, tienes que invitarme a una copa—la miro ceñudo, espero que no pretenda beber alcohol en su estado. Como si leyera mi pensamiento, me lo aclara—. Algo sin alcohol. Tranquilo Ryan, no voy a cometer ninguna imprudencia en mi estado.

—¿En tu estado? —pregunta Jayden, que acaba de aparecer de la nada, sorprendiéndonos con un pastel de crema. Baja la voz y expone—. Cristal,

¿estás embarazada? Veo que tu copa de vino está intacta y ahora esto.

—Lo estoy —le indica—, pero aún es demasiado pronto para anunciarlo, espero que sepas guardarnos el secreto —le dice mirándome fijamente.

—Por supuesto, Jayden, no queremos que la prensa se entere aún de la noticia, llevamos poco tiempo juntos... Espero que lo entienda.

—Claro, de mi boca no saldrá nada. Me alegro, pareja. Por cierto, Ryan, ¿cómo está tu brazo? Todos tus aficionados estamos deseando volver a verte en acción.

—La recuperación es lenta, pero está mejor. Gracias.

—Bueno, que os aproveche. Os dejo, tenéis mucho que celebrar.

—Gracias —comenta Cristal.

Terminamos el segundo plato con rapidez y ella, tímidamente, coge la cuchara para degustar su postre.

—¿No te gusta? —le pregunto.

—Me encanta, por eso quiero saborearlo. Jayden lo sabe y por eso lo ha traído sin pedirlo.

—Me alegro, está muy bueno.

—Está delicioso.

Sonrío y ambos degustamos el postre despacio. Al concluir, pido la cuenta. El camarero que tonteaba con Cristal viene con mal humor y, al traerla, casi tira la bandeja con ella. Le entrego mi tarjeta y se la lleva, trayéndola al instante para que firme la boleta. Le dejo diez dólares de propina y agarro a Cristal de la mano, sintiéndome victorioso.

Nos dirigimos a un bar cercano; hace mucho que no salgo, desde mucho antes de la lesión, pero me da igual el lugar, solo me importa la compañía. Pedimos dos cervezas sin alcohol y nos colocamos en mitad de la pista abarrotada.

—¿Te apetece bailar? —le digo agarrándola de la cintura.

—Sí.

Se agarra a mi cuello; como puedo, pues en el brazo bueno tengo la cerveza y en el otro apenas tengo fuerza, la acerco a mi cuerpo y, al son de la música, nos movemos mirándonos fijamente, dejándonos llevar y que nuestras miradas hablen.

No sé cuánto tiempo permanecemos mirándonos, pues la canción ha terminado y nosotros seguimos moviéndonos despacio, como si solo estuviéramos nosotros en la pista de baile.

Es ella la que rompe el silencio de nuestros labios porque nuestras miradas no han dejado de decirse lo mucho que nos deseamos en ese momento.

—¿Nos vamos a mi casa? —pregunta con mirada pícaro.

—Ahora mismo iría contigo al fin del mundo —respondo, y ella me dedica una preciosa sonrisa, tirando de mí.

Dejamos las cervezas que apenas hemos tocado y nos marchamos en busca de su coche, que ha dejado aparcado no muy lejos del restaurante. Nos montamos con rapidez y nos dirigimos a su piso. Estoy excitado y nervioso a la vez.

En cuanto deja el coche en el garaje, salimos y nuestros cuerpos se reclaman. En el ascensor nos prodigamos miles de besos apasionados que van elevando el tono de nuestra excitación. Entramos en su apartamento y entonces es ella la que desabrocha deprisa los botones de mi camisa, mientras no dejamos de besarnos y acariciarnos en dirección al dormitorio. Se deshace de la camisa y continúa desabrochando el cinturón, para a continuación hacer lo mismo con mis pantalones, que caen a mis pies. Me detengo para quitarme los zapatos y deshacerme así del pantalón. Estoy solamente vestido con el bóxer y los calcetines, pero rápidamente me deshago de los últimos. Ella, en cambio, está totalmente vestida. Me agacho y voy subiendo lentamente su vestido, acariciando sus muslos y después las nalgas, sintiendo cómo su cuerpo se estremece con mi contacto. Sigo ascendiendo con el vestido entre mis manos hasta quitárselo por la cabeza. Vestida solo con una ropa interior de lo más sexy, me agarra de la mano y me tumba en la cama. Me dejo hacer, la deseo y no me importa que sea ella quien lleve la iniciativa.

Se tumba encima de mí y besa mi pecho, deleitándose en mis pezones, que de inmediato se endurecen, estremeciéndome y haciendo que mi entrepierna aumente considerablemente de tamaño y que roce con su sexo, consiguiendo que jadee con el contacto.

Estoy perdido entre sus pechos, que masajeo por encima del sujetador para desabrocharlo a continuación, dejándome vía libre a sus pezones.

Todo está sucediendo tan rápido que no proceso la idea de que ella está embarazada, hasta que en un momento de lucidez, me freno.

—Cristal, no sé si debemos en tu estado.

—¿No sabes que las embarazadas tenemos la libido aún más alta?

—No lo digo por eso —jadeo cuando sus dientes se clavan en mi pecho—, después de acostarnos la primera vez, comenzaste a manchar...

—No creo que estuviera relacionado, además Adam no ha dicho nada de que no pueda tener sexo. Sin haberle desmentido nuestra relación, él tendría que habernos avisado. No tengas miedo, Ryan, y continúa, por favor —me ruega—, no puedes dejarme así...

Sus palabras parecen órdenes y mi mano se cuela por debajo de sus braguitas, introduciéndose en su sexo húmedo y deseoso de mi contacto. Sus jadeos y su lengua, lamiendo todo mi pecho, me llevan al borde de la locura. Me deshago de su ropa interior y me quito con pericia el bóxer, pues ya no puedo aguantar mucho más este loco juego, hundiéndome dentro de ella que se mueve despacio, llevando el ritmo; la dejo hacer, no quiero hacerle daño y que ocurra algo con su embarazo.

Sus movimientos me vuelven loco, es la primera vez que dejo que una mujer me posea y tengo que decir que la experiencia es gratificante. Después de acelerar aún más los movimientos, se tumba encima de mí y devora mi boca. Su lengua me indica que está al borde del precipicio y la incito para que aumente todavía más el ritmo, hasta trasladarnos a los dos a uno de los mejores orgasmos de toda mi vida.

Jadeante, exhausta por lo acontecido, se tumba encima de mi corazón, escuchando cómo late acelerado. Le retiro el pelo de la cara y la observo con admiración. Sus preciosos ojos verdes tienen un brillo tan maravilloso que

me pierdo por un momento en ellos. Sus manos acarician mi pecho, despacio, haciéndome de nuevo estremecer.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En que soy feliz, por primera vez desde hace mucho tiempo siento que estoy en paz.

—Me alegro de que sea yo quien te de esa felicidad.

—Eres tú, Cristal, no lo olvides nunca —comento acariciando su espalda desnuda—. Será mejor que nos vistamos y durmamos algo.

—¿Dormir? —me pregunta lasciva—. Pensé que este solo había sido el primer golpe. ¿Los lanzadores no tenéis tres oportunidades?

Me río por su lujuria y muerdo su labio inferior para, a continuación, apoderarme de su boca. Nuestros cuerpos de nuevo se reclaman y, una vez más, la hago mía.

Después de volver a compartir con ella un momento especial, tumbada en la cama, bostezo.

—¿Qué me dices del tercero? —pregunto con retintín.

—Creo que tendrá que ser mañana. Estoy agotada. Espero que no te moleste.

—Para nada, ahora solo quiero dormir a tu lado.

Se pone un pijama ante mi atenta mirada y yo me pongo el bóxer. No quiero dormir desnudo, sé que podría provocarme un dolor inmenso en mis partes que prefiero evitar.

Nos tumbamos en la cama, ella me besa tiernamente los labios y me mira con devoción.

—Gracias, Ryan, por no rendirte conmigo.

—Cuando quiero algo, lo persigo hasta el final. Gracias a ti por darme una oportunidad de entrar en tu corazón.

—Durmamos un poco.

—¿Mañana quieres comer con mi familia? —le pregunto.

—No lo sé, mañana será otro día; ahora solo quiero que tus brazos me estrechen y poder conciliar el sueño. Mi estómago está haciendo de las suyas y no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar con la cena.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, quiero intentar dormir a tu lado. Cuando lo hice la otra vez, fue estupendo. Ahora solamente necesito eso. ¿Vale?

—Claro, descansa.

Le rodeo la cintura con mi brazo izquierdo y ella recuesta su cabeza en mi pecho. Apenas tarda unos minutos en quedarse dormida. Yo en cambio tardo al menos una hora en asimilar todo lo sucedido. Feliz y tremendamente cansado, me sumo en un profundo sueño.

Capítulo 28

La noticia

Me despierto con la luz de la mañana. Observo a Cristal, que aún está dormida encima de mi pecho, y suspiro feliz. Tal y como le dije ayer, por primera vez desde que perdí a Jo soy feliz, y ella es la causante de mi estado.

Rozo mi nariz con su mejilla y ella abre los ojos despacio, me mira con ternura y siento que me estoy enamorando de ella a pasos agigantados, cosa que creí imposible.

—Buenos días —me dice con la voz tomada.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Sí, he descansado y al final mi estómago no hizo de las suyas. ¿Y tú?

—Me alegro. Yo también he dormido de maravilla. Gracias, Cristal.

Sonríe y comienza a acariciar mi pecho desnudo, que se hincha al sentir sus caricias, excitándome con solo su contacto.

—¡Mmmm! ¿El tercer golpe? —le pregunto.

—Es posible...

—Por mí encantado —le digo notando cómo mi entrepierna despierta de su letargo.

—Ya lo noto —contesta al sentirla cerca de sus nalgas.

Comenzamos a besarnos lentamente, sin prisa, haciendo que nuestros cuerpos se exciten solo con ese contacto, pero mi teléfono suena y yo maldigo en silencio.

—Debería contestar —digo separando mis labios de los suyos.

—¡Ajá! —contesta.

Me incorporo y cojo el teléfono; es de mi casa e imagino que será mi hija.

—¿Dígame?

—Ryan, ¿has visto la prensa? —me pregunta mi padre.

—Por supuesto que no, papá. Estoy..., estamos... aún en la cama.

—Deberías ver las noticias...

—¿Qué es lo que pasa?

—Prefiero que lo veas tú mismo. Cath te manda ahora por wasap el enlace de la noticia.

—Me estáis asustando...

—Ahora hablamos.

Cuelga el teléfono y de inmediato me llega un mensaje de mi hermana.

—¿Qué pasa? —me pregunta Cristal.

—No sé, mi padre dice que vea las noticias. Es lo único que me ha dicho, y Cath me acaba de mandar un mensaje.

Pincho el link que me lleva a una página de noticias y veo el titular.

«Ryan Halt, el bateador estrella de los Red Sox, será padre de nuevo, ¿quién es su misteriosa compañera?»

—¡Joder! —exclamo—, ¿cómo es posible?

Cristal me mira asombrada y expectante ante mi reacción, ya que aún no sé ni qué decir ni hacer.

—Jayden —susurro.

—No ha podido ser él, me lo prometió.

—Pues nadie más lo sabe, porque Adam no creo que vaya a filtrar la noticia, puedo hundirle.

—¡Mierda! Colton, el camarero. Quizás nos oyera o Jayden se lo haya comentado.

—Voy a matarle, Cristal. Mi vida privada es solo mía.

—Puedes desmentir la noticia, al fin y al cabo este bebé no es hijo tuyo — dice acariciando su barriga.

Poso mis manos en las suyas y la miro aún un poco alterado por lo acontecido.

—No seré el padre, pero voy a quererlo como tal, te lo dije una vez y es lo que pretendo hacer. Pero no quería que todo el mundo se enterara así.

—Lo entiendo, lo siento, la culpa es mía por decírselo a Jayden —sus ojos comienzan a vidriarse por las lágrimas y yo levanto su barbilla para que me mire.

—No es culpa tuya, solo de ese malnacido. Tranquila, hablaré con el entrenador, yo no suelo ser noticia más que por los eventos deportivos, no estoy acostumbrado a esto, pero seguro que él sabe qué hacer. No obstante, no quiero que nadie sepa que este bebé no es mío. ¿Lo entiendes? Ahora que voy a admitirlo, no quiero que nadie se entere de lo contrario. Ahora deberíamos hablar con mi familia, si no te importa.

—Claro, voy a ducharme y enseguida estoy contigo.

—Me gustaría darme también una ducha, si no es mucha molestia.

—Por supuesto, esta es tu casa también.

—Gracias.

La dejo que se meta ella primero en la ducha, mientras llamo a mi padre.

—Padre, ya lo he visto, ahora vamos para casa.

—Hijo, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Hablaré con el entrenador, pero Cristal es ahora mi pareja y aunque ese hijo no sea mío, voy a tratarlo como tal.

—Está bien, lo que decidas nos parecerá bien.

—Gracias, padre. Estaremos allí en una hora.

Cuelgo el teléfono y de inmediato llamo a Frank.

—Frank, buenos días, siento llamarte tan temprano, no sé si has visto la

noticia.

—Sí, todos los periódicos se han hecho eco, ¿cuándo pensabas contarnos que ibas a ser padre?

—Verás, Cristal no está llevando bien el embarazo y ha tenido complicaciones, no queríamos decir nada hasta que no fuera definitivo, ya me entiendes —le explico.

—Claro, ¿y cómo se ha enterado la prensa?

—Ayer fuimos a cenar a un restaurante de un amigo suyo; ella tuvo un *affaire* hace tiempo con el camarero y me temo que ha sido este el que ha filtrado la noticia a la prensa. ¿Qué es lo que debo hacer?

—De momento no pronunciarte, creo que así no le daremos más carnaza a la prensa. Además, si la cosa aún no está segura, es mejor no dar de qué hablar. Pero piensa que vais a ser el centro de atención de todos los *paparazzis*. Aún no saben quién es la afortunada mujer que ha robado tu corazón y será madre de tu próximo hijo; hasta que no lo averigüen no van a parar.

—¿Y qué hago? No voy a esconderme.

—¿Ella está dispuesta dejar de estar en el anonimato?

—No lo sé, aún no lo hemos hablado, acabo de enterarme.

—Pues es lo primero que debes hacer. Estoy seguro de que ya tienes decenas de periodistas apostados en tu casa.

—¡Es increíble! Nadie se ha preocupado de cómo estoy después de mi lesión, pero sí soy noticia para una relación. No puedo creérmelo.

—Así es la prensa. O parte de ella. Solo quieren carnaza. Ten paciencia, todo pasa, recuérdalo. Pero no quiero que te pronuncies. Nunca lo has hecho, creo que ahora menos.

—Perfecto. Gracias, Frank.

—De nada, por cierto, ¿me presentarás a tu afortunada pareja?

—Por supuesto, un día de estos... Hasta luego, Frank.

—Adiós, Ryan.

Cuelgo el teléfono y veo salir a Cristal envuelta en una toalla; está muy sexy, pero ahora solo puedo pensar en la noticia y mi mente no procesa nada más allá. Estoy enfadado, nunca he vendido ninguna exclusiva y mi vida privada ha pasado siempre a un segundo plano, no sé por qué ahora la prensa se centra en mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Cristal acariciando mi pecho.

—Sí, ¿y tú?

—Si te soy sincera, un poco nerviosa.

—Te das cuenta de que ahora vamos a ser el centro de atención durante días de la prensa, ¿verdad?

—Sí y eso me aterra, por varios motivos. Porque no me gustaría arruinar tu carrera y porque no quiero que mis padres se enteren de que estoy embarazada. Nuestra relación murió cuando ni siquiera me apoyaron con la muerte de Dylan. Por eso me mudé a Boston. No he vuelto a hablar con ellos en estos dos años. Sé que quizás no entiendas mi decisión, pero no quiero volver a tener nada que ver con ellos, y que se enteren de que estoy embarazada por la prensa...

—¿Por qué no quieres que se enteren? ¿Crees que querrán volver a tener contacto contigo?

—Es solo que...

—¿Qué pasa, Cristal? ¿Qué no me has contado?

—Verás... Dylan me dejó todo lo que tenía, no era mucho, pero renuncié a la herencia. Mis padres no se encontraban en una buena situación económica y me reprocharon el que no hubiera aceptado su legado. Dijeron que si yo no lo quería podían haberlo disfrutado ellos. Pero yo no quería nada, Ryan... Además, mis padres no se interesaron por él nunca. ¿Cómo iba a dejarles su herencia?

—Creo que hiciste lo que tu corazón te dictó; si ellos tenían una mala situación, imagino que nadie más que ellos se lo habría buscado.

—Mi padre es jugador compulsivo...

—Lo siento... Pero a mí no me importa tu familia, solo tú.

—Sabes cómo es la prensa, estoy segura de que indagarán hasta descubrir mi pasado, no quiero que esto afecte a nuestra relación, Ryan. No quiero hacerte daño...

—No me importa tu pasado, solo tu presente y tu futuro, Cristal.

—Creo que lo que debemos hacer es intentar que no se nos vea juntos.

—¿Estás diciendo que quieres que ocultemos nuestra relación?

—Por lo menos durante un tiempo, no quiero que rebusquen en mi pasado. Entiéndelo.

—Como quieras, Cristal. Voy a ducharme para irme a casa. Luego hablamos.

Me meto en la ducha, enfadado. A mí no me importa nada el pasado de Cristal, solo quiero estar con ella. Pero es cierto que la prensa es bastante predecible y, si se enteran de su pasado, puede salir a la luz.

Salgo con una toalla que me ha dejado y comienzo a vestirme ante su atenta mirada. Ninguno de los dos dice nada. Termino de vestirme y me acerco a ella.

—Me voy, si te apetece pasar por casa esta tarde, te estaré esperando.

—No te prometo nada...

—Como quieras —contesto malhumorado.

Le doy un beso en los labios y salgo dando un portazo. Estoy enfadado por todo lo acontecido. Parece que cuando todo parece ir bien algo se tuerce, creando dudas en nuestra relación.

Tomo un taxi y llego a casa. Como era de esperar, la prensa está apostada en la puerta. No hago caso y entro aún más enfadado.

—Hola Ryan, ¿cómo estás?

—Cabreado —contesto a Cath.

—Lo entiendo. Pensábamos que vendríaís los dos.

—Cristal no quiere que se la relacione conmigo, por algo de su pasado.

—¿Y eso?

—Son sus padres, no quiere que se enteren de que está embarazada y que encima sale conmigo. Dice que su padre tiene problemas con el juego y no quiere que quizás aprovechen la noticia para sacar dinero por alguna exclusiva.

—Lo entiendo —expone Cath dándome ánimos—, deja que el tiempo pase, todo esto se olvidará, ya verás. Lo que aún no sabemos es cómo se ha podido filtrar a la prensa; he llamado a Adam y está seguro de que su ayudante no ha sido, por supuesto, él tampoco.

—Ayer, en el restaurante donde cenamos, el dueño, que es amigo suyo, nos escuchó y Cristal se lo confirmó. El caso es que nos aseguró que la noticia no trascendería, pero creemos que pudo ser el camarero con el que ella tuvo un encuentro hace un tiempo.

—¡Será cabrón! —salta mi padre que hasta ese momento se ha mantenido en silencio—. Ha sido por venganza.

—Estoy seguro de ello; cuando comenzamos la velada empezó coqueteando con ella, pero cuando nos besamos —miro a mi madre que sonrío feliz—, cambió su manera de tratarnos, casi me tira la cuenta a la cara.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—De momento, continuar como antes, haciendo parecer que nuestra relación es puramente profesional, hasta que las aguas se calmen. Tampoco lo hemos hablado mucho, porque cuando me ha dicho que quería permanecer en el anonimato me he ido de su casa.

—Ryan, siempre tan temperamental —me regaña mi madre—, tienes que respetar su decisión, si ella no quiere que se la relacione contigo, está en su derecho.

—Pero mamá, aquí el único perjudicado soy yo, que soy el que está en el punto de mira de la prensa.

—No te equivoques —aclaró Cath—, ella también puede salir mal parada si tiene un pasado algo turbio.

—No sé si es turbio, pero por lo que me ha contado, no tiene una familia ejemplar. Pero yo quiero estar con ella, eso es lo que importa.

—Lo sé, pero a la prensa no. Solo quieren la noticia. Creo que lo mejor es que dejéis pasar un poco de tiempo.

—¿Cuánto? —pregunto desesperado.

—Papi, ¡ya estás en casa! ¿Por qué hay tanta gente fuera?

—Hola, tesoro. Son periodistas, parece que papi es noticia.

—¿Sí? ¿Qué has ganado?

—Nada, mi vida, pero ellos son así, no quiero que hables con nadie ni hagas caso de lo que digan, ¿entendido?

—Sí, papi.

—Ahora ve a jugar otro rato, en un momento estoy contigo.

—Vale, y me cuentas tu cita con Cristal.

—Prometido —le digo, sabiendo que ahorraré los momentos intensos.

—Hijo, lo mejor es que no digas ni hagas nada que pueda poner en peligro vuestra relación, y respetar a Cristal.

—Eso haré. Ahora voy a jugar con mi hija a ver si mi mal humor se disipa.

Salgo de la cocina y me dirijo al salón, le cuento un poco mi cita con Cristal y ella emocionada escucha atentamente.

—¿Será mi mamá?

—Todo se verá, no quiero que te hagas ilusiones, cariño. Las cosas son difíciles, además sabes que ella tendrá pronto un bebé. ¿Te gustaría tener un hermanito o hermanita?

—Bueno..., si tuviera una mamá, quizás podría compartirla con un bebé.

La miro asombrado de cómo ha cambiado de opinión en tan solo unos días,

pues cuando se enteró de la noticia, no le hizo mucha ilusión.

—Me alegra saberlo.

—¿Eso significa que Cristal será mi mamá?

—Cariño, aún no lo sé, pero quizás más adelante sí.

—¡Yupi!

Mi madre nos avisa de que la comida está lista y abandonamos el tema para ir a comer junto a toda la familia.

Capítulo 29

Todo se complica

Durante todo el domingo espero a que Cristal aparezca por casa, pese a que los periodistas no dejan de agolparse en nuestra casa intentando sacar algo de información, pero no aparece ni llama por teléfono. Desesperado por saber algo de ella, a las seis de la tarde, decido llamarla.

—Hola Cristal, ¿cómo estás? —digo para romper el hielo.

—Hola Ryan, siento no haberte llamado, pero estoy un poco agobiada con todo esto de la prensa. Hablé con Jayden; efectivamente, Colton fue quien filtró la noticia a la prensa, e inmediatamente lo ha despedido. Pero el daño está hecho y yo me siento culpable por todo lo que está pasando.

—No eres culpable, pero me gustaría que lo habláramos en persona. ¿Por qué no vienes a casa? Si voy a tu casa estoy seguro de que la prensa me perseguirá.

—También se preguntarán por qué una fisioterapeuta acude a tu casa un domingo.

—¡Joder! Es mi vida —expongo muy enfadado.

—No te enfades, Ryan, pero creo que es lo mejor, mantener las distancias, al menos los fines de semana. Así nadie sospechará.

—¿Solo vamos a vernos en mi sesión?

—De momento, creo que es lo mejor...

—Por favor, Cristal... Te necesito y, en mi sesión, mi familia está en casa, ¿cómo voy a poder besarte libremente?

—Guardaremos las distancias hasta que todo pase.

—Como quieras... Cristal —digo derrotado por lo que está pasando. Parece que el destino me la ha vuelto a jugar de nuevo.

—Mañana nos vemos. Un beso.

—Un beso. Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono de peor humor si cabe que antes de llamarla y me centro en pasar la tarde con mi hija, cuando mi teléfono suena. Al mirar de quién se trata trago saliva viendo que es Gianna, imagino que ya se ha enterado por la prensa, evidentemente, y me hubiera gustado explicárselo.

—Hola Gianna.

—Hola Ryan, ¿cómo estás?

—No muy bien, la verdad, siento que te hayas enterado por la prensa, todo ha sido muy rápido y no he tenido tiempo ni de hablar contigo.

—Estoy en Boston, ¿te apetece que nos veamos?

—No sé si es buena idea, aún nadie conoce la identidad de Cristal, quizás te relacionen conmigo y sea peor para ti.

—No te preocupes por mí, Ryan, que digan lo que quieran. Por cierto, vuelvo a Boston, vuelvo a casa.

—¿Cuándo?

—Pues realmente ya estoy aquí, gracias a que al final los compradores de mi casa no obtuvieron el préstamo para la compra. Vuelvo al colegio y a mi casa, no tendría que haberme ido nunca... —comenta apenada.

—¿De verdad? Jo estará muy contenta.

—Gracias, ¿y tú?, ¿cómo te va?

—Sabes que te quiero mucho, pero lo nuestro no pudo ser...

—Pensé que, después de ese beso que me diste en tu casa, tenía alguna posibilidad... Ahora veo que no.

—Lo siento, Gianna. Es complicado, me gustaría verte y hablarlo en persona, pero creo que hoy no es el mejor momento; si vienes a casa, la prensa te perseguirá.

—Imagino que ella no quiere que sepan quién es, ¿me equivoco?

—Es complicado...

—Bueno, pues a mí no me importa que me relacionen contigo. Ahora voy a tu casa o vente a la mía si quieres.

—Creo que será mejor que nos veamos en un bar, en zona neutral.

—Perfecto, dime cuándo y dónde y allí estaré.

—En el lugar de siempre, en una hora.

—Ok, allí nos vemos.

Cuelgo el teléfono y suspiro. Necesito contarle la verdad a Gianna, se lo merece, es mi amiga y además necesito salir de esta casa, me estoy volviendo loco pensando en Cristal.

Aviso a la familia de que voy a salir y, a pesar de su mirada de estupefacción, ninguno me lo impide. Nada más salir, los periodistas se agolpan sobre mí y no dejan de hacerme preguntas a las que no respondo. Me monto en el taxi que he avisado previamente y me dirijo al lugar donde he quedado con Gianna. Los periodistas no tardan en seguirme y se agolpan a la puerta del lugar. Hablo con el camarero, gran seguidor de mi equipo, y le indico que me deje entrar al reservado para poder hablar tranquilamente con Gianna. Ella ya está esperando en la barra y, disimuladamente, después de unos minutos de haber entrado yo, aparece. Me da dos tiernos besos y se sienta enfrente de mí.

—Hola, Ryan. Ya veo que la prensa te persigue.

—Ya lo has visto. Imagino que serán solo unos días, ya sabes que yo nunca he sido amigo de entrevistas, ni siquiera por el equipo. Esto me está agobiando; además Cristal no quiere tener contacto conmigo hasta que las cosas se calmen.

—¿Quién es ella?—pregunta directa al grano.

—Mi fisioterapeuta. Pero es complicado, Gianna.

—Tengo mucho tiempo, Ryan.

Dudo por un momento si contarle la verdad o no, es mi amiga pero no quiero más filtraciones a la prensa, aunque estoy segura de que me guardará el secreto.

—Me gusta mucho, Gianna. Hasta que no he conseguido que fuera mía no he desistido en mi empeño. Además —digo acercándome a su oído para susurrarle—, el bebé no es mío, pero quiero hacerme cargo de él como si lo fuera.

—Eso te honra, pero no lo entiendo —expone molesta.

—Me gusta mucho, además cuando estoy con ella no pienso en Jo. Sé que te duele oír esas palabras, te juro que me hubiera gustado que fueras tú, pero no he podido sentir eso por ti. Ahora solo quiero cuidar de ella y que lleguemos a ser una familia.

—Yo también lo siento. Eres el amor de mi vida, lo sé desde que me besaste, no he podido dejar de pensar ni un solo momento en ese beso.

—Lo hice sin pensar en las consecuencias, lo siento de verdad.

—Yo no lo siento, pero ahora sé que te he perdido para siempre. Veo como hablas de ella, de tus sentimientos, de lo que estás dispuesto a hacer y sé que debo olvidarte. Quizás volver a Boston no ha sido la mejor opción, pensé que tenía alguna posibilidad contigo... —dice agarrando mi mano.

En ese momento vemos un *flash* y me levanto como un resorte para ver dónde está el fotógrafo. Salgo del reservado y le veo saliendo del bar, le intercepto y le acorralo en la puerta.

—Vas a darme esa foto y vas a olvidar que esto ha pasado. ¿Cuánto dinero quieres? —le pregunto muy enfadado.

—Por esta exclusiva me darán al menos diez de los grandes, ¿puedes igualarla?

—Sí, mañana los tendrás, pero no se te ocurra publicar nada de lo que hayas oído o visto.

—Lo siento, pero es mi trabajo.

—Te doblo el precio, pero nada de lo que has oído o visto saldrá a la luz, ¿aceptas el trato?

—Sí. Llámame, tienes veinticuatro horas para entregarme la pasta, sino, la noticia saldrá en la prensa del corazón —me da una tarjeta y se suelta de mí

agarre.

—Mañana lo tendrás.

Regreso al reservado y Gianna ha finalizado su consumición y ya está levantándose de su asiento.

—Creo que es mejor que me vaya. Gracias por la charla, espero que seas feliz con ella.

—Gracias Gianna, por tu comprensión —digo dándole un beso en la mejilla y acompañándola hasta la puerta.

Después de salir, espero unos segundos y de nuevo tomo un taxi que me espera en la puerta, ante la avalancha de periodistas que me persiguen. Al llegar a casa, la situación es parecida. Doy un portazo al entrar y entro directamente a la cocina, donde se encuentra mi familia.

—Hijo, ¿estás bien? —pregunta mi padre.

—No, todo esto va a acabar conmigo: la prensa, Cristal que no quiere acercarse a mí y, para colmo, Gianna aparece de nuevo declarándome su amor.

Todos se quedan asombrados por la facilidad con la que he dicho las cosas, pero es que no aguanto más la situación.

—Creo que me voy a la cama —expongo enervado.

—Cariño, cena algo —interviene mi madre.

—No tengo hambre.

Salgo de la cocina y me dirijo a mi habitación donde está Jo, ajena a todo lo sucedido; al ver mi cara, se acerca a mí y me da un tierno beso.

—Papi, seguro que pronto puedes estar con Cristal. La tía Cath me ha dicho que los señores que están en la puerta son periodistas que solo quieren saber de tu vida. Eso no está bien, no me gusta.

—Ni a mí, cariño. Pero la gente a veces disfruta metiéndose en la vida de los demás. Ahora vamos a dormir un poco, será lo mejor.

—Seguro que mañana será un día fantástico.

—Eso espero, nenita. Durmamos.

Nos tumbamos abrazados y ella de inmediato se queda dormida, yo en cambio no hago más que dar vueltas a todo lo sucedido. Estoy enfadado por cómo ha sucedido todo y un poco con Cristal por no querer dar la cara.

Un mensaje me distrae de mis pensamientos negativos. Es de Cristal y sonrío al ver que al menos se ha acordado. Pero al leerlo todo mi mundo se viene abajo.

¿Quién es ella? ¿Estás jugando conmigo?

Viene con una foto anexa y es la que nos han hecho en el bar. La mano de Gianna agarrando la mía y mirándole con admiración. Lo que aún no sé es cómo es posible que se haya filtrado tan rápido la noticia a los medios.

—¡Joder!—mascullo entre dientes.

Me levanto, miro en internet y, efectivamente, la noticia ya está en las páginas de sociedad en poco más de dos horas. Me sorprendo de cómo los medios de comunicación dan eco algunas veces a cosas que no tienen sentido ni están contrastadas.

Cojo de nuevo el teléfono y la llamo, pero no me contesta y decido insistir hasta que me salta el buzón de voz. Pero no quiero dejar las cosas así, no quiero que piense que la estoy engañando. Por lo que me levanto, me visto con un chándal y aviso por mensaje a Cath de mi partida.

Doy gracias de que no hay periodistas apostados en el patio trasero. Salgo por la puerta que comunica con un pasillo central que nos lleva a una calle que parece no tener salida, pero que sí la tiene, solo los vecinos conocemos de su existencia. Paro al primer taxi que me encuentro y me dirijo a la casa de Cristal, observando continuamente si alguien me sigue.

Al bajarme del taxi, compruebo que en efecto nadie me ha seguido, dando un par de vueltas alrededor de varios edificios, y llamo al vídeo portero.

—¿Quién es? —pregunta Cristal.

—Soy Ryan, tenemos que hablar.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí?

—Nadie me ha seguido y tenía que hablar contigo. Por favor, ábreme la puerta.

Tarda un rato pero al final cede y subo deprisa a su apartamento. Cuando llego me está esperando en la puerta.

—Dime lo que tengas que decirme aquí.

—Cristal... —digo intentando acariciarla, pero se zafa de mi agarre—, vamos a hablar como personas civilizadas. Ella es solo una amiga.

—¿Una amiga a la que te tiras cuando yo no estoy disponible?

La empujo lentamente porque no quiero tener esta conversación en la puerta de su casa y al final consigo adentrarme en ella. La sujeto contra la puerta y mi primer impulso es besarla. La he echado mucho de menos. Pero ella vuelve a esquivarme y se sienta en el sofá con rapidez.

—Nada de juegos, Ryan.

—Ella es Gianna, la mujer de la que te hablé aquel día, a la que besé.

—¿Aún sientes algo por ella?

—Nunca he sentido nada, a mí solo me gustas tú.

—Pero es evidente que ella aún siente algo por ti, ¿me equivoco?

—No, pero le he dejado claro que yo quiero estar contigo, me agarró la mano y justo hicieron esa foto, pero no pasó nada más.

—¿Cómo voy a creerte?

—Porque no es una foto comprometida, solamente me está agarrando la mano, no es un beso ni nada por el estilo. Piensa que al menos la prensa no reparará mañana en ti.

—Ryan, estoy confundida y cansada...—dice bajando la mirada al suelo.

Me acerco lentamente, me arrodillo y la agarro de su barbilla para que me mire.

—Cristal, no tienes nada que temer, yo solo estoy enamorado de ti.

Me mira con ternura y me doy cuenta de que he pronunciado la palabra enamorado, pero realmente creo que es lo que siento, aunque estoy un poco confundido.

—¿Estás enamorado de mí?

—Sí... —susurro.

Se acerca despacio y me besa con dulzura, pero enseguida ese beso se carga de deseo y comenzamos a besarnos con pasión. La ayudo a levantarse y la cojo en brazos para llevarla hasta la cama, la tumbo y, sin mediar palabra, comienzo a desnudarla.

—Aún estoy enfadada —expone melosa.

—Espero que lo que voy a hacerte haga que tu enfado se disipe.

Sonríe y comienzo a quitarle la ropa, despacio y acariciando todo su suave cuerpo mientras lo hago.

Una vez que está desnuda, me deshago de mis ropas y la poseo con tantas ganas que creo que casi voy a correrme con la primera embestida, hasta que nuestros cuerpos se tensan para recibir un éxtasis de placer que nos traslada a la gloria en décimas de segundo.

Capítulo 30

Problemas en el paraíso

Una vez que nuestros cuerpos han recuperado el ritmo cardíaco normal, salgo de ella y me tumbo a su lado, observándola. Me sonríe y acaricia la barbilla con ternura.

—¿Sabes que eres terriblemente irresistible cuando te enfadas?

—¿De verdad? —le pregunto asombrado por su declaración—. Entonces cada vez que quiera hacerte mía tendré que enfadarme.

—¡Mmmm! Debería haberme callado, ahora sabes cuál es mi punto débil.

—¿Sigues enfadada?—inquiero.

—No, pero me puse celosa al verte con otra mujer.

—Eso es un paso más para afianzar nuestra relación, si te molesta verme con otra es porque te importo.

—Creo que más de lo que quiero admitir... —contesta con una risa tímida.

—¿Por qué te cuesta tanto expresar tus sentimientos?

—Quizás porque creo que no diciéndolos no son reales; estoy aterrada Ryan. No quiero enamorarme de ti, pero no me lo estás poniendo nada fácil con tu forma de ser.

—¿Por qué no quieres enamorarte de mí? —le pregunto un poco molesto.

—Porque sé que si lo hago, estaré totalmente perdida si no te tengo a mi lado, y sé que estoy luchando contra una pared, porque cuanto más intento alejarme de ti, tú más te acercas.

—No te cierres al amor, Cristal, esto es real, lo que sentimos el uno por el otro lo es y no vas a poder luchar contra eso.

—Lo sé...

—¿Quieres que me quede esta noche?

—Sí, me encanta dormir contigo.

—Entonces me quedo, solo quiero que descanses. Por cierto, ¿qué tal tu estómago?

—La verdad es que llevo unos días bastante buenos, creo que las vitaminas prenatales y el remedio que me dijo Adam están dando sus frutos, solo tengo náuseas a la hora de comer.

—Me alegro, porque nuestro bebé tiene que crecer sano y fuerte —digo acariciando su vientre.

—Ryan, ¿estás seguro de que quieres seguir adelante con ello?

—Por supuesto, yo no he sido el creador de ese bebé pero voy a quererlo igual que si lo fuera, no dudes ni por un momento que no vaya a ser así, solo quiero que tú estés convencida de ello. No quiero que te arrepientas; cuando entres en nuestra familia, Jo va a tratarte como a una madre y no podría soportar que luego...

—¡Shhh! Aún es pronto para hacer conjeturas, pero tranquilo, cuando me comprometo a algo, siempre lo cumplo, nunca antes he faltado a mi palabra.

—Me alegra saberlo. Ahora durmamos un poco, necesitas descansar en tu estado.

—Tampoco estoy inválida.

—Lo sé, pero no quiero que este bebé te dé más quebraderos de cabeza, quiero que tu embarazo sea estupendo para que lo disfrutes y quizás después...

—¡Shhh! No quiero pensar tan a largo plazo, Ryan.

—¿Por qué?

—Porque la vida me ha enseñado a vivir el día a día.

—Tienes que empezar a tener planes de futuro. Cuando se tienen hijos, uno se imagina viéndolos crecer, en su graduación y después en su boda, incluso siendo abuelos. Es lo más bonito de ser padre, imaginarte su futuro.

—Creo que ya lo comprobaré...

—Sí, más adelante —sonrío y la acaricio la mejilla—, ahora tienes que descansar.

—Tú también.

—No soy de los que duerme mucho tiempo, pero a tu lado consigo conciliar el sueño más profundo, solo me pasaba con...

Pone su mano en mi boca, para que no la compare con mi esposa, y me besa con ternura. Tengo que empezar a dejar de compararla con Jo, ella siempre permanecerá en mi memoria hasta que me muera, pero desgraciadamente es mi pasado y Cristal es mi presente y espero que mi futuro.

No tarda mucho tiempo en sumirse en un profundo sueño. Observando cómo su pecho sube y baja, me quedo en un estado duermevela hasta que al final, consigo quedarme dormido.

El despertador de Cristal nos alerta de que son las seis y media de la mañana. Miro el reloj y maldigo mi suerte, me encantaría poder dormir hasta las doce a su lado.

—Buenos días, dormilón —me susurra levantándose a continuación.

—Buenos días, la verdad es que no me apetecía nada salir de la cama. Estaba muy a gusto a tu lado.

—Yo también, pero tengo que trabajar para pagar todas mis deudas y creo que tú deberías ir a tu casa.

—Tienes razón, pero quiero desayunar a tu lado, después tomaré un taxi y me marcharé.

Ella prepara café y unas tostadas mientras yo dispongo la pequeña mesa de la cocina. Apenas tardamos diez minutos en desayunar y bajamos juntos hasta el garaje.

—Te acercaré a la parada de taxis más cercana, así no tienes que llamarlo.

—Gracias.

Nos montamos en su coche y en menos de cinco minutos ya tengo que apearme para dejar que se vaya a trabajar. Le doy un beso en los labios y me despido de ella.

—Nos vemos esta tarde... —dice.

—Estaré ansioso de verte, que tengas un buen día —le contesto.

—Lo mismo digo.

Me monto en un taxi rumbo a casa con esa sensación de felicidad que vuelve a inundar todo mi cuerpo. Debo admitir que Cristal hace que todos los problemas se vean más insignificantes. Aunque al llegar a casa, vuelvo a la realidad que es ahora mi vida. Un montón de periodistas acampados en mi jardín.

—Perdonen, pero esto es una propiedad privada y no pueden estar aquí —les recrimino, pero ellos solo me preguntan por mi relación y la misteriosa mujer. Eso me recuerda que debo llamar al fotógrafo para recriminarle por su acción.

Suena seis veces pero no lo coge y tampoco insisto, imagino que le ofrecerían más dinero para venderme de esa manera, pero el mundo del cotilleo es así.

Mis padres, cuando me ven aparecer por la puerta, con cara de felicidad, sonrían. Es evidente que al no dormir en casa solo hay un lugar para hacerlo y no voy a darles detalles de mi vida privada, pero no voy a ocultarles que soy feliz.

—Ryan, te veo muy alegre —comenta Cath.

—Lo estoy, pero será mejor que luego lo hablemos —digo dirigiendo una mirada a mi hija, que no pierde detalle de nada.

—Tomando un café.

—Papi, ¿Cristal y tú ya sois novios?

—Aún no lo sé, pero estamos intentándolo.

—Si sois novios, ¿el bebé que tiene en la tripa será mi hermanita?

—Por supuesto, pero ¿por qué hermanita?

—Porque la tía Cath va a tener un primito y yo quiero que Cristal tenga una hermanita con la que poder jugar; además, si es un niño le enseñarás a lanzar y a batear antes que a mí.

—Eso no es cierto, en cuanto me recupere del hombro, señorita, tú y yo tenemos una cita para ir a la pista para que aprendas todo lo que tu padre sabe.

—Te quiero, papi —dice abrazándome, y yo la estrecho fuerte entre mis brazos, elevándola del suelo.

—Ryan, no entretengas a la niña que al final llega tarde —me reprocha mi madre.

—Ya sube a lavarse los dientes y derecha al autobús. ¿Verdad cariño?

Jo sale corriendo de la cocina y en menos de cinco minutos ya está de vuelta, su abuela la reprende por ir corriendo pero ella pone su cara de niña buena y la regañina es menor.

La acompaño al autobús ante la cantidad de periodistas y fotógrafos que lanzan fotos y no dejan de preguntar. Espero hasta que se marcha para evitar que los periodistas se acerquen a ella y regreso a casa.

Andrew también me llama por la mañana para preguntarme por la repentina noticia y prometo que esta semana pasaré un día por su casa.

El día se me antoja eterno, por la mañana me centro en realizar mis ejercicios, después Cath y yo vamos a buscar a Jo al colegio y comemos toda la familia juntos. No sé nada de Cristal y solo ansío que lleguen las ocho y media de la noche para poder verla.

A las siete de la tarde, alguien llama al timbre. Jo se dirige a abrir, pero la freno, puede que se trate de los periodistas.

Cath, que hoy libra, es la encargada de abrir. Mi corazón me da un vuelco cuando veo a Gianna, no me esperaba su visita y solo está consiguiendo que mi relación con Cristal empeore, por lo que antes de que se entere por la prensa, decido llamarla. Contesta al quinto tono.

—Ryan, estoy ocupada.

—Cristal, quiero que te enteres por mí, Gianna ha venido a casa a ver a la familia, estoy seguro de que saldrá en la prensa.

—Dame media hora y estoy allí —dice exaltada.

—Nena —le digo sin saber si a ella le parece bien el apelativo—, confía en mí. No va a pasar nada. Imagino que ha venido a ver a Jo.

El silencio se cierne entre los dos, mi mente procesa mis palabras, creo que han sido las correctas.

—Ryan, ella está intentando ganarse a tu familia de nuevo, ¿no te das cuenta? Está desesperada...

—Yo sé lo que siento por ti y, aunque venga a casa, no va a cambiar mis sentimientos ni los de mi familia, créeme. Si quieres venir, estaré encantado de verte antes, pero no tengas miedo...

—Intentaré que el último paciente lo vea Lucy, mi compañera —aclara—, quiero conocer a esa mujer y saber qué es lo que pretende.

—Como quieras... Nos vemos en un rato.

Cuelga el teléfono y sé que está molesta, aunque no la culpo, no entiendo el comportamiento de Gianna.

Cuando regreso al salón, Jo está jugando con ella y mis padres las admiran.

—Hola, Ryan. Espero que no te moleste que haya venido a ver a Jo, bueno y al resto de la familia. Además, ya me han catalogado como la misteriosa mujer que ha robado tu corazón y espera un hijo tuyo. Verdaderamente me importa bien poco lo que diga la prensa de mí —expone con retintín.

—Gracias, Gianna, por venir a vernos. Ahora si me disculpas, creo que será mejor que suba a hacer unos ejercicios.

Nervioso por su actitud y convencido de que las palabras de Cristal son ciertas, subo a la habitación de ejercicios y durante unos minutos me centro en mi tarea, hasta que sorprende a Gianna apostada en la puerta y me freno de golpe.

—Continúa... Perdóname, solo quería hablar contigo un momento. Pareces molesto...

—Gianna, ayer hicieron pública nuestra foto, como bien sabes, y Cristal se molestó, estoy comenzando una relación con ella, no quiero malos entendidos; si vienes a esta casa con la prensa en mi puerta, volverás a ser noticia y ella no sabrá qué pensar.

—Pero somos amigos, ¿o ya no quieres saber nada de mí? —dice acercándose lentamente.

—No es eso, somos y siempre seremos amigos, pero ella me importa mucho, no quiero hacerle daño, y todo lo que la prensa pueda decir al final sé que le afectará. Está embarazada y precisamente su embarazo no es bueno, no quiero que por mi culpa sea peor.

—Lo siento, quizás debí avisar, pero tenía muchas ganas de ver a Jo. Sabes lo mucho que nos queremos.

—Lo sé, pero la próxima vez te ruego que me avises...

Ella se acerca lentamente, es la primera vez que veo esa mirada lasciva en sus ojos y siento un nudo en la garganta.

—Gianna, no lo intentes —le digo al ver sus intenciones.

Pero ella sigue acercándose como una gata en celo y yo retrocediendo hasta que choco con la pared.

—Por favor, Gianna —le ruego al sentirme acorralado. Sé que podría apartarle de un golpe, pero no quiero hacerle daño.

Cuando va a posar sus labios en los míos, la esquivo y me da un beso en la mejilla, pero es suficiente para Cristal, que está en la puerta observando.

—¿Interrumpo algo? —pregunta enfadada.

—Cariño, ven que te presento a mi amiga Gianna.

Las dos mujeres cruzan sus miradas, fulminándose, y por un momento siento realmente miedo de lo que ambas puedan hacer.

—Un placer conocer a la mujer que ha robado el corazón de mi Ryan.

—Disculpa, pero creo que Ryan no ha sido ni será de tu propiedad.

—Es una manera de hablar —contesta enfadada Gianna.

—Ahora está conmigo y quiero dejarte una cosa clara, no me gustan las arpías que intentan seducir a mi chico con sus artimañas o intentando comprar a su hija. Reconoce que has perdido y retírate con dignidad.

Ambas se miran con odio y yo no hago ni digo nada, simplemente me limito a observar la batalla entre las dos mujeres.

—Al menos a mí no me importa que la prensa hable de mí —contesta Gianna.

—Eso es muy personal. Mi vida privada es mía y de nadie más.

—Imagino que tendrás mucho que esconder y por eso no quieres que investiguen tu pasado. Desde luego me pareces una arpía que ha engañado a mi Ryan para que se haga cargo de ese vástago.

—Lo que Ryan haya decidido no es asunto tuyo; ahora, si me disculpas, quiero hacer mi trabajo, que para eso me pagan.

—Gianna, me gustaría que cuando termine la rehabilitación no estés aquí. Hablaremos más adelante, pero te rogaría que en unas semanas no aparezcas por mi casa —expongo nervioso por lo acontecido.

—Te tiene comido el cerebro. Tú mismo, pero solo quiere que ese bebé tenga un padre.

—Lo que haga con mi vida es asunto mío, Gianna. ¡Ah! Espero que la prensa no se entere de la noticia del bebé, porque te juro que entonces no me temblará la mano para que dejes de ver a mi hija y a toda la familia.

Gianna sale de la habitación dando un portazo y yo solo tengo ojos para Cristal, que en esos momentos se derrumba y comienza a llorar.

—Nena, ¿qué te pasa?

—Siento haberme comportado así, pero estoy celosa, no quiero estarlo, no quiero ser así, pero... —la acallo con un beso y parece que va surtiendo su efecto, calmando sus sollozos.

—Tranquilízate, imagino que las hormonas no ayudan, pero has defendido lo que es tuyo —digo recalcando la última palabra.

Sonríe y me mira con admiración al darse cuenta de lo que implica.

—Eres mío y antes de que digas nada, espero que esta conversación no se te suba a la cabeza, Ryan Halt.

—Por supuesto que no, pero soy feliz sabiendo que soy tuyo. Además, tú ya eres mía.

Sellamos nuestras palabras con un tierno beso y, después de unos minutos abrazados, comenzamos con la sesión de rehabilitación, olvidando por un momento lo que ha acontecido.

Capítulo 31

Después de la tempestad viene la calma

Concluida la sesión de rehabilitación, ambos salimos felices de habernos sincerado, pero la cara de Cath no presagia nada bueno.

—Hola Cath, ¿pasa algo?

—Gianna se ha ido bastante alterada de casa, no sé qué es lo que ha pasado, pero le ha dicho a Jo que no va a volver y ella está llorando desconsoladamente.

Cristal y yo nos dirigimos a la cocina a consolar a mi hija que, cuando me ve, no deja ni que la toque. Sale corriendo a las escaleras, imagino que en dirección a su cuarto.

—Déjame a mí —expone Cristal.

Ella sube detrás de Jo y yo la sigo despacio, quiero escuchar lo que hablan, aunque me quedo en el pasillo esperando.

—Cielo, ¿puedo entrar?

—Sí —contesta Jo sollozando.

—¿Qué es lo que te pasa, cariño?

—Gianna me ha dicho que nunca será mi mamá por culpa de mi papi y que no volverá a venir a verme. Yo la quiero mucho.

—Lo sé cielo, pero solo está enfadada, seguro que volverá...

—No lo creo... —expone llorando.

—¿Quieres que yo sea tu mamá?

El llanto de Jo cesa y me acerco despacio a la puerta para ver la reacción de ambas.

—¿Tú quieres ser mi mamá? —pregunta con una sonrisa iluminando su cara.

—Solo si tú quieres que lo sea...

—¡Sí! —expone dando un salto y abrazándose a ella.

—Pues no se hable más, a partir de hoy seré tu mamá.

—¿Vendrás a vivir con nosotros?

—Tengo que hablarlo con tu padre, pero seguro que pronto lo organizamos; pero no quiero que vuelvas a llorar. No me gustan las niñas que lloran, además tú y yo vamos a preparar otra escapada, solo de chicas...

—¡Me encanta!

—Si quieres podemos ir con tu tía Cath, ¿te parece bien?

—¡Síiiiiii! —contesta risueña mi hija.

—Pronto tendremos que ir a comprar ropa de bebé, ¿te gustaría acompañarnos?

—Claro, voy a ser hermana y prima al mismo tiempo, ¡qué suerte!

—Entonces, ¿te hace feliz tener un hermanito o hermanita?

—Será hermanita y sí, me hace muy feliz ser la hermana mayor, porque así puedo regañarla cuando se porte mal, como hace tía Cath con papi.

Ambas ríen libremente y decido entrar, me miran y Jo se acerca despacio hacia mí.

—Papi, Cristal quiere ser mi mamá, ¿te importa?

—Por supuesto que no...

—Dice que pronto se vendrá a casa a vivir, ¿no es genial?

—Claro cielo, es estupendo. ¿Estás mejor?

—Sí, papi, lo siento... —dice apenada.

—Ya está todo olvidado, pero tienes que saber que no siempre se consigue lo que uno quiere, y menos llorando...

—Lo sé, perdóname —me agarra por la cintura y se abraza a mí.

—Estás perdonada, ahora vamos a cenar. Cristal, ¿te quedas?

—Sí, estaré encantada de acompañaros.

Los tres bajamos, aunque Jo se anticipa. Agarro a Cristal por el hombro y la acerco a mi cuerpo.

—Gracias, nena.

—¿Nena?

—¿No te gusta? —pregunto, porque es la tercera vez que le dedico ese apelativo y no parece muy conforme.

—No mucho...

—Entonces como quieres que te llame.

—Cariño, cielo, tesoro, preciosa... Hay apelativos más bonitos que «nena».

—Está bien, me gusta cariño.

—A mí también.

—Cariño, ¿preparada para el bombazo informativo?

—¿A qué te refieres? —inquire.

—A que Jo ya les habrá puesto al día a Cath y a mis padres.

Entramos en la cocina y todos sonríen. Mi madre se acerca despacio y abraza a Cristal.

—Bienvenida a la familia, Cristal...

—Gracias, es un placer...

A continuación mi padre la abraza sin decirle nada, solo prodigándole una suave sonrisa y por último es Cath quien, tras estrecharla entre sus brazos, le susurra algo solo audible para Cristal.

—¿En esta casa no se cena? —digo para romper esa complicidad entre ambas mujeres.

—Mi hermanito siempre fastidiando los momentos especiales...

—Ya tendréis tiempo de criticarme cuando Cristal se mude a casa. Creo que lo mejor es dejar que la prensa se canse de estar apostada en casa, ¿os parece bien?

—¿Por qué Cristal no puede quedarse ahora? —pregunta Jo un poco desilusionada.

—Nenita, es pronto, Cristal tiene que recoger sus cosas de su piso y hacer la mudanza, pero verás que en unos días estará con nosotros.

—Vale —contesta resignada.

Cenamos hablando sobre cómo y cuándo hacer la mudanza; Cristal apenas prueba bocado; sé que está nerviosa, puedo verlo en sus ojos. Le acaricio el muslo para tranquilizarla y ella me regala una bonita sonrisa. Concluida la cena, todo el mundo se marcha y Cristal y yo nos quedamos solos.

—¿Quieres quedarte en casa?

—Será mejor que me vaya, ¿no te importa?

—La verdad es que me encantaría que durmieras conmigo, pero lo entiendo. Además, aún no tienes ropa aquí...

—Mañana traeré algo y así podré quedarme de vez en cuando hasta que me instale definitivamente. ¿Te parece bien?

La estrecho entre mis brazos, acercándome lentamente hasta sus labios, que acaricio despacio con los míos para después besarla pausadamente.

—Me parece estupendo, cariño. Descansa.

—Tú también, guapo —expone Cristal besándome de nuevo y separándose de mí—, debo irme.

—Lo sé, pero te voy a echar de menos.

—Yo también...

Sale por la puerta trasera, evitando a los periodistas, y la acompaño hasta su coche. Cuando se marcha, me deja con una sensación de soledad. Pero en

cuanto llega a su casa, me escribe un mensaje de buenas noches y consigo al menos respirar tranquilo.

Tardo más de una hora en quedarme dormido plácidamente.

Ha pasado una semana y parece que los periodistas se han cansado de esperar a que alguien de la familia se pronuncie y han decidido abandonar mi jardín, para mi descanso.

Tras la sesión de rehabilitación, y puesto que no hay moros en la costa, Cristal ha decidido quedarse a dormir.

En cuanto Jo conoce la noticia, salta de alegría y se abraza a ella.

—Dormiremos los tres juntos —expone.

—Cielo, tienes que empezar a dormir en tu cama. Algún día sí puedes dormir con nosotros, pero los papás no duermen con los hijos —comenta Cristal y Jo pone cara enfadada.

—¿Pero hoy puedo quedarme?

—Solo hoy, mañana tendrás que dormir en tu cama.

—¿Algún día dormirás solo conmigo? —vuelve a inquirir.

—Por supuesto, cielo. Ahora ve a ponerte el pijama y a lavarte los dientes, papi y yo subimos en unos minutos.

—¡Yupi!

Nos despedimos de toda la familia y subimos a la habitación. Jo está en el medio de la cama, cosa que me sorprende, nunca antes me ha esperado ahí.

—Dormiré entre mamá y papi, ¿vale?

Miro a Cristal resignado, sé que tenemos que obligar a Jo a que duerma en su cama, pero después de tanto tiempo haciéndolo en la mía, será difícil quitarle la costumbre.

Jo se queda dormida plácidamente y Cristal acaricia su pelo.

—Es tan preciosa, pero se las sabe todas. Al final me ha camelado y aquí la tenemos.

—Lo siento, me apetecía mucho pasar la noche contigo.

—A mí también, pero ya habrá más noches...

—¿Vas a mudarte ya?

—Deja que durante unas semanas duerma unos días en tu casa y después me mudaré definitivamente. Puedes dar una fiesta si quieres.

—Estaría bien, así te presentaría a mis amigos.

—Me parece una idea estupenda. Ahora intentemos descansar.

—Tienes razón, pero me encantaría abrazarte.

—Lo veo complicado con Jo en medio, pero se puede intentar —afirma Cristal, que se sitúa muy cerca de mí, desplazando un poco a Jo.

Al final las estrecho a las dos entre mis brazos, ambas están felices. Cristal cierra los ojos inevitablemente y se sume en un profundo sueño. Yo, en cambio, no dejo de pensar en lo afortunado que ahora mismo soy. Solo sería completamente feliz si mi hombro se recuperara al cien por cien en menos de dos meses.

Suspirando un poco agobiado, cierro mis ojos y, en un estado de duermevela, sueño con Jo. Ella me susurra que sea feliz, que Cristal es la mujer de mi vida y que no la deje escapar. Agradezco al menos que el sueño sea gratificante y que Jo no se haya aparecido para vengarse de mí.

Al final, después de acomodarme de lado en la cama para abrazar a mis chicas, vuelvo a cerrar los ojos y esta vez sí que consigo dormirme.

La noche es bastante agitada, Jo comienza a darme patadas y Cristal se levanta al baño para vomitar. Me levanto como un resorte para acompañarla. Me quedo esperando hasta que vacía el contenido de su estómago y me arrodillo para acariciarle la espalda.

—¿Ya mejor? —le pregunto.

—Un poco mejor, estoy deseando que estas náuseas cesen.

—Cuando tengas al bebé en los brazos se te olvidará por todo lo que has pasado.

—Eso espero.

—No soy un padre ejemplar, los primeros tres años de vida de Jo apenas me hice cargo de ella, ya lo sabes. No estoy orgulloso de ello, pero he sabido recompensárselo.

—Eres un padre estupendo.

—Gracias, estoy seguro que tú serás una magnífica madre.

—¿Tú crees?

—Sí, ahora volvamos a la cama, tienes que intentar descansar un poco.

—Gracias, a ver si es posible.

La estrecho entre mis brazos y nos miramos con esa devoción que solo dos personas enamoradas se profesan. Mi corazón late acelerado, nunca pensé que después de perder a Jo iba a volver a sentir algo así por otra persona que no fuera ella.

Se tumba en mi lado de la cama y, dejándome un pequeño hueco, me tumbo, pasando mi brazo por su cintura y aspirando el olor afrutado de su champú.

La beso en el cuello, intentando tranquilizarla, aunque mi deseo aumenta al tenerla a mi lado, ella lo nota y se mueve nerviosa.

—Siento que no podamos consumir hoy nuestro deseo —dice girándose y mirándome con devoción.

—Tranquila, habrá otros días, tenemos todo el tiempo del mundo...

Me besa dulcemente los labios y vuelve a darse la vuelta. Su respiración se agita un poco, pero pronto se relaja y se queda totalmente dormida. Sintiendo los latidos de su corazón latir acompasados, consigo conciliar el sueño de nuevo.

Capítulo 32

Nuestra vida juntos

Han pasado varias semanas y Cristal se ha instalado definitivamente en nuestra casa. No he vuelto a saber nada de Gianna. Jo dice que la ve en el colegio, pero que apenas se acerca a ella. Imagino que su amenaza era cierta y me duele que una persona con la que he compartido tantas cosas y a la que le tengo un cariño especial, se aparte de nosotros, pero ella ha tomado la decisión y, aunque me gustaría hablar en algún momento con ella, sé que si lo hago puede que Cristal se moleste.

Tampoco hemos tenido más periodistas apostados a la puerta y parece que la noticia ya se ha olvidado, cosa que agradezco para poder continuar mi vida.

Nuestra relación va afianzándose más y eso me gusta. Hoy tenemos la consulta del ginecólogo con Cath y Cristal. Ellas han cuadrado los días para poder ir juntas. Si todo sale bien, es posible que podamos ver a los bebés mucho más desarrollados, pues están de casi catorce semanas; el sexo aún es complicado saberlo. Adam continúa quedando con Cath a menudo, aunque aún no han dado rienda suelta a su pasión, pese a que Cristal y yo no hacemos más que instarle a Cath a que lo haga. Pero sé que tiene miedo a que salga mal y por eso está yendo con pies de plomo.

Llegamos a la consulta de Adam y, como siempre, nos toca esperar, aunque la espera se hace corta con mis dos chicas clavando la mirada directa a Britney, la enfermera, que sigue intentado tontear conmigo. Yo en cambio disfruto viéndolas como dos mujeres posesivas.

Al hacernos pasar, Britney me guiña el ojo y Cristal no puede callarse.

—Bonita, ¿no ves que a falta de una, tiene a dos mujeres embarazadas? Deja de tontear con mi pareja o vas a tener problemas, ¿lo entiendes?

Ella agacha la cabeza y no hace nada, yo estrecho a Cristal fuerte para hacerle ver que me ha gustado su actitud y Cath dibuja una sonrisa maliciosa. Entramos en la consulta de Adam y él dirige su primera mirada a Cath, una

mirada cargada de anhelo y devoción; yo no entiendo por qué mi hermana no se rinde a lo que siente por él, pues ambos intercambian una mirada cómplice. A continuación, Adam nos saluda.

—Buenos días a todos, ¿qué tal están mis chicas favoritas? —pregunta con tono gracioso, aunque a Cristal no parece encandilarla como a Cath.

—Pues bastante mejor, las náuseas van remitiendo —expone Cath, risueña.

—En mi caso las náuseas siguen, aunque debo admitir que solo en contadas ocasiones —dice secamente Cristal.

—Es normal, lo bueno es que las hemos frenado un poco. Pasemos a la sala. ¿Quién quiere ser la primera víctima? —inquire gracioso.

—Yo misma —contesta Cath.

Cristal y yo la dejamos pasar y, después de unos minutos, entramos. En este caso las ecografías ya son normales, no obstante, ha tapado de cintura para abajo con una sábana a Cath.

Aplica el gel en su barriga y pasa el ecógrafo por ella. Cristal está a mi lado y se acerca más a mí agarrando mi mano. Sé que está muy emocionada también.

Adam realiza las primeras comprobaciones y después para el ecógrafo y podemos observar cómo se mueve su pequeño corazón.

—Late con fuerza y todo está perfecto, Cath. Aún no podemos determinar el sexo, pero estoy seguro de que eso es lo de menos ahora mismo —dice al ver que ella está emocionada.

—Mi sobrina dice que será niño. La verdad es que me gustaría, pero habrá que esperar...

—En la próxima ecografía intentaremos verlo —le agarra de la mano y la aprieta con fuerza.

Cristal y yo somos dos meros espectadores que se limitan a observarles. Pero Adam se da cuenta de nuestra presencia y le suelta la mano.

—Cristal, es tu turno...

Cath se cubre la barriga y se levanta despacio de la camilla. Ayudo a Cristal a subirse y Adam le indica que se descubra.

Agarrando su mano, Adam repite la misma operación que con Cath; ambas solo se llevan dos semanas de diferencia, por lo que el embarazo transcurre de manera parecida.

—Todo está bien, Cristal. Aquí podéis ver a vuestro bebé —dice dejando el ecógrafo en un punto fijo.

Lo miro emocionado, al igual que Cristal. No me puedo creer que pueda querer ya tanto a una cosa tan pequeña.

—Ya mide aproximadamente siete centímetros y pesa unos veinte gramos. La verdad es que parece insignificante si lo comparamos con nosotros, pero tiene un gran tamaño pese a que no estás teniendo un embarazo fácil por las náuseas. También comentarte que el riesgo de aborto espontáneo es muy reducido.

—¡Es increíble! —expongo emocionado—. Que algo tan pequeñito dé tanta felicidad.

—La verdad es que ver como una nueva vida se cierne dentro de una mujer, en nuestro caso —me dice Adam—, es impresionante. Imagino que para ellas, lo será más.

—Es inexplicable —aclara Cath.

—¡Fascinante!—dice Cristal aún emocionada por las imágenes que acabamos de ver.

—Chicas, ahora toca pesarse.

Cristal se incorpora, se viste y se coloca detrás de Cath en el peso. Adam anota los pesos de ambas y pasamos de nuevo a la consulta.

—Cath, estás estupenda —la cara de ella es de sorpresa, quizás no se esperaba sus palabras—. Cristal, para seguir con náuseas, debo decirte que no has perdido nada de peso desde la última vez que nos vimos, tampoco has ganado nada. Pero los primeros meses de embarazo es normal. No obstante, y esto va para las dos, evitad las cosas que engorden, no tengo que enumerarlas. Ya sé que parece que cuando se nos prohíbe comer algo, parece

que lo deseamos con más intensidad, pero tenéis que pensar en vuestros bebés.

—Lo intentaremos —expone Cath con una amplia sonrisa en su cara.

—No soy golosa, espero no empezar ahora —dice Cristal mirándome con dulzura.

—Chicos, una pregunta, ¿no os vais a casar? —inquire Adam.

Ninguno de los dos contesta, apenas nos conocemos y, aunque vayamos a ser padres, no es algo de lo que hayamos hablado. Cristal acaba de mudarse...

—No corre prisa, nos estamos conociendo —digo un poco nervioso.

—No hace falta casarse para ser padre —contesta Cristal de nuevo irritada. Sé que Adam no le cae bien, pero a veces creo que sus contestaciones son bastante frías, incluso aunque solo sea su ginecólogo.

—Tenéis razón, perdonad mi intromisión.

—Tranquilo, no hay problema. Por cierto, había pensado que quizás podíamos quedar un día para cenar y tomar algo los cuatro. ¿Qué os parece? —digo sin haberlo hablado con ninguna de las dos mujeres a las que hoy acompaño.

—Por mí perfecto —comenta Adam con una sonrisa en la boca.

—No sé... —expone Cath, dudosa.

—Vamos hermanita, Adam y tú ya habéis salido unas cuantas veces...

Cristal no dice nada y creo que he metido la pata. Intentaré que luego me explique por qué no le gusta Adam.

—No hay obligación, pero si os apetece que quedemos los cuatro, por mí no hay problema —expone Adam al ver que a ninguna de ellas le hace mucha gracia la idea—. Ahora, si me disculpáis, aún tengo consulta. Nos vemos en un mes.

—Gracias —contesto ante el mutismo de las dos mujeres.

Salimos en silencio y durante todo el camino ninguna de las dos dice nada.

—Chicas, ¿qué es lo que he hecho mal? —pregunto frenándome y colocándome delante.

—Lo siento Cath, pero no me gusta Adam. Es un mujeriego. Lo conocí antes de quedarme embarazada en una convención e intentó ligar con todo lo que tenía faldas.

—Vaya —expongo al ver la cara de Cath.

—No pasa nada. Todavía no me he encaprichado de él...

—¡Eso no es cierto! —le digo porque sé que le gusta—. Quizás contigo cambie.

—Los hombres mujeriegos no cambian —dice Cristal, y yo intento mitigar el dolor que esas palabras están provocando en mi hermana.

—Solo tienen que encontrar a la mujer adecuada —comento y miro a Cristal un poco enfadado por no tener un poquito de tacto con sus palabras—. Ahora será mejor que vayamos a buscar a Jo. Le prometí que iríamos. Como aún queda tiempo, podemos tomar un café.

—Me parece bien —indica Cath un poco aturdida.

Cristal es la que conduce, ha decidido tomarse la mañana libre, contratando a la chica que cuando estuvo enferma la sustituyó. Tiene que empezar a cuidarse y a delegar un poco su trabajo en otra persona. Cuando tenga al bebé, no voy a dejar que los primeros meses trabaje.

El trayecto lo hacemos todos en silencio, el ambiente está un poco cargado y no quiero meter la pata. Parece que la idea de la cita no ha sido muy buena y ha desunido a Cath y a Cristal. No quiero que eso pase, se entienden muy bien y tienen una gran complicidad.

—Chicas, no quiero que estéis enfadas —les digo al llegar al colegio.

—Yo no estoy enfadada, pero no tengo ganas de hablar —expone Cath.

—Cath, lo siento. Es que a veces soy una insensible. No quería decir eso de Adam. Tampoco lo conozco demasiado para juzgarle.

—Solo intentabas advertirme, es lo mejor. No debo hacerme ilusiones, así el golpe es menor.

—Seguro que ha cambiado —expone acercándose a ella y abrazándola—. Cuando quieras, tendremos esa cita doble, ¿te parece?

—Gracias, Cristal. Además de ser ahora mi cuñada, eres una gran amiga.

—Bueno lo de cuñada...

—¡Jajaja! —me río y la agarro por la cintura—. Eres mi chica, da igual que no estemos casados, pero si no te sientes cómoda, imagino que a Cath no le importará llamarte de otra forma.

—Claro, pero me gusta eso de que seas mi cuñada...

Los tres nos echamos a reír, parece que de nuevo el ambiente vuelve a ser normal. Nos sentamos en una terraza al lado del colegio de Jo y en ese momento vemos a Gianna con otra mujer, imagino que será una compañera. Al vernos a los tres, gira la cabeza.

—Chicas, disculpadme, pero me gustaría hablar con ella —digo mirando sobre todo a Cristal, pidiéndole permiso.

—Tranquilo, ve...

La alcanzo y la agarro del brazo.

—Hola Gianna, me gustaría hablar contigo; si me permites, solo serán unos minutos —indico a modo de permiso de su acompañante.

—Te espero en el café, Gianna.

Cuando se marcha, ella me mira contrariada, le cambia hasta el gesto de su cara.

—Ryan, tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Vamos Gianna. Hemos sido grandes amigos. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Ella —dice señalando a Cristal.

—No te creía así... Sé que estás dolida, no hice bien las cosas, pero sabes

que Jo te quiere mucho y le estás haciendo mucho daño. ¿Tú quieres eso? Pensé que te importaba.

—Y me sigue importando. Pero cada vez que la miro veo tus mismos ojos y no puedo evitar imaginarte con esa furcia...

—¡Gianna! No te permito que insultes a Cristal.

—No entiendo qué has visto en ella. ¡Si encima venía con premio! —expone con sorna.

—Gianna. Tú no eres así...

—Soy así, lo que pasa es que nunca has visto esta postura porque nunca me diste motivos para estar celosa. La culpa es tuya. No se besa a una mujer que tiene pareja...

—Tienes razón, me equivoqué, ya te he perdido perdón. Pero creo que ese beso no fue el único motivo de que rompieras con Landon. ¡Era un cretino!

—Lo era, no voy a negártelo, pero que me besaras abrió un ápice de esperanza en mi corazón.

—Lo lamento, Gianna. Cometí un gran error.

—Ya da igual, porque sé que nunca volverás a hacerlo. Ahora, si me disculpas, esta conversación se ha acabado. No quiero volver a verte.

—No hagas esto más difícil, Gianna. Podemos seguir siendo amigos.

—Yo no quiero nada más contigo.

—Como quieras... Pero si me necesitas, para hablar o por cualquier problema, sigo siendo tu amigo y te ayudaré en lo que pueda.

Dicho eso, regreso a nuestra mesa ante la atenta mirada de Cath y Cristal.

—¿Has conseguido arreglar algo la situación? —pregunta Cath.

—No, pero al menos lo he intentado. Ella no quiere dar su brazo a torcer y, sinceramente, me molesta, porque creo que, aunque cometí un error, yo en su lugar estaría feliz porque la persona que me importa haya rehecho su vida.

—Las mujeres somos unas arpías —expone Cristal—, no lo entenderías

nunca, Ryan. Vosotros sois más nobles, en cambio nosotras somos como víboras, y en eso me incluyo, porque debo reconocer que, cuando me sale la vena, puedo ser muy mala.

—Tienes razón —comenta Cath—. Hermanito, no te metas en la guerra de Gianna.

—No lo haré, pero le he dejado ver que si me necesita, no para acostarme con ella —aclaro al ver la cara de Cristal—, solo tiene que llamarme.

—Es lo mejor que has podido decir —indica mi hermana.

Finalizamos nuestras consumiciones y nos dirigimos al colegio en busca de Jo. Al vernos, salta de emoción, abrazándose primero a Cristal, después a Cath y, por último, pero no por eso peor, a mí.

Nos montamos en el coche y regresamos a casa, cantando ella y yo canciones de niños, entre las risas de Cristal y de Cath.

Capítulo 33

Buenas noticias

Después de varios días debatiendo con Cristal acerca de la cita conjunta con Adam, ella ha accedido a quedar los cuatro. Es este fin de semana y los nervios de Cath se acentúan según se va acercando la fecha.

Hoy tengo consulta con el doctor Hanigan. Según Cristal, mi hombro sigue el proceso normal de la recuperación, pero empiezo a agobiarme al ver que aún no tengo apenas fuerza en él y que, aunque todos me advirtieron que la rehabilitación sería lenta, tengo muchas ganas de retomar de nuevo mi vida.

Al acudir al hospital, acompañado de Cristal y Cath, nos encontramos con Adam. A mi hermana se le ilumina la cara al verlo; sonrío porque, aunque no quiera admitirlo, está loquita por él.

—Hola chicos, ¿cómo toda la familia por aquí?

—Hola Adam, tengo consulta con el traumatólogo.

—Yo acabo de salir de un parto, toda la noche; pobre mujer, se ha complicado y al final hemos tenido que hacerle la cesárea.

Por un momento miles de recuerdos vuelven a inundar mi mente y mi cuerpo se tensa. Cristal lo nota al instante, pues la mano con la que la agarraba se ha soltado.

—Gracias por la información, pero si pretendías asustarnos, lo estás consiguiendo —expone Cristal enfadada—. Que te vaya bien, nosotros dos nos vamos a la consulta. Cath, que tengas buena mañana.

—Buen día, chicos —dice apenas con un hilo de voz.

En la sala de espera de la consulta, Cristal me mira y me agarra fuerte de la mano.

—¿Cómo estás? —me pregunta al cabo de un rato.

—Un poco nervioso. Hasta ahora no me había dado cuenta de que, cuando llegue el momento, tendré que volver a pasar por dos partos, el de Cath y el

tuyo. El único al que he asistido no me trae muy buenos recuerdos...

—Todo saldrá bien...—comenta y sonrío intentado mitigar el dolor que en estos momentos me invade.

—Gracias, cariño. La verdad es que hasta ahora no me había parado a pensarlo. Pero ahora creo que será algo que me atormentará hasta que llegue el momento.

—Ryan, no tienes que darle tanta importancia. Fue una tragedia, pero las probabilidades de que vuelva a repetirse son bastante escasas. Ahora, centrémonos en disfrutar de nuestra vida juntos.

Al final, sus palabras han aliviado mi sufrimiento y me centro en relajarme como puedo.

—¿Ryan Halt? —pregunta la enfermera que nos hace pasar a la consulta del doctor.

—Buenos días, doctor Hanigan —saludo.

—Buenos días, Cristal, Ryan. Un placer veros de nuevo. Veamos cómo va ese hombro.

Me siento en la camilla y me descubro de cintura para arriba. Él coge mi brazo y comienza a girarlo, despacio.

—La cosa funciona, Ryan. Pero aún te quedan al menos un par de meses para que recuperes la fuerza por completo. Creo que al final podrás reincorporarte antes de lo que habíamos previsto, si las cosas marchan así.

—¿Usted cree, doctor? —le pregunto aún sin creérmelo.

—No puedo asegurártelo al cien por cien, pero la cosa va bien. ¿No te parece, Cristal?

—Sí, a mí también me lo parece; no obstante, hay que esperar a ver cómo continúa su evolución. Estaré atenta y cualquier cosa te lo comunicaré, Arnold.

—Perfecto, nos vemos en un par de meses. Si todo sigue igual, te daré el alta, Ryan. Un placer que nos hayas acompañado, Cristal.

Por un momento dudo si contarle algo de nosotros, miro a Cristal y parece entenderme pero no dice nada, por lo que decido mantenerlo en secreto hasta que ella decida que lo hagamos público de una vez por todas, al menos en nuestro círculo de amistades.

Salimos de la consulta y acompaño a Cristal hasta la clínica, está a tope y ella suspira un poco agobiada. Desde que contrató a más personal, se permite el lujo de ser más selectiva con sus pacientes.

Nos metemos en su despacho, cierra la puerta y la estrecho entre mis brazos.

—Que tengas un buen día, cariño.

—Tú también. Deberías ir andando hasta casa, tienes media hora y no vendría mal, luego te va a costar ponerte en forma.

—Tienes razón, cuando recupere del todo el hombro lo duro será volver a recobrar mi forma física, pero soy persistente —expongo con doble sentido y ella sonríe.

—De eso no me cabe duda... Ahora tengo que trabajar, nos vemos esta tarde.

—¿No vienes a comer? —le pregunto extrañado, porque normalmente sí viene.

—No, hoy quiero ponerme al día, tengo varios pacientes que ver y voy a aprovechar un poco. Luego nos vemos, guapo.

—Como quieras... —expongo un poco contrariado.

Le doy un beso en los labios, alargando un poco el momento, y salgo de su despacho dejando la puerta abierta.

Salgo un tanto airado, me apetecía pasar más tiempo a su lado, pero también entiendo que tiene un negocio que atender.

Decido ir andando hasta casa, acelero el paso y en media hora llego; saludo a mis padres y me subo a realizar mis ejercicios diarios. Necesito ocupar mi tiempo para que pase rápido.

A la hora de comer, Jo acude a mi encuentro. Al final me he concentrado

tanto, que he perdido la noción del tiempo.

—Papi, ¿mamá no viene hoy a comer?

—No, cariño. Hoy tenía trabajo.

—He hecho un dibujo en el cole para que lo ponga en su despacho, ¿quieres que te lo enseñe?

—Claro, seguro que es fantástico. Pero primero voy a darme una ducha. No tardaré más de cinco minutos.

Me dirijo a nuestra habitación, me deshago de toda la ropa y me doy una ducha rápida para borrar los rastros de sudor de mi cuerpo. Me pongo ropa cómoda y bajo a la cocina, donde Jo está enseñando a sus abuelos el precioso dibujo que le ha hecho a Cristal. Es nuestra familia, pero debo reconocer que mi hija tiene un don para dibujar, es muy artístico y original, con los cuerpos bastante bien torneados para lo que suele realizar una niña de su edad.

—Nenita, es precioso. Estoy seguro de que a Cristal le va a encantar.

—¿De verdad?

—Claro que sí, además tú dibujas muy bien.

—Lo sé, me lo dice la señorita siempre.

—Quizás el año próximo podríamos apuntarte a alguna clase de arte, ¿te gustaría?

—Síiiiiii.

—No se hable más, hablaré con Cristal y ambos buscaremos una escuela de arte para que puedas seguir mejorando.

—Gracias papi.

Cath aparece al poco rato y los cinco comemos escuchando a mi hija, que está emocionada con la idea de ir a clases de arte.

Por la tarde, después de hacer los deberes con Jo y jugar un rato con ella, mi amigo Andrew y Em, su mujer, vienen a vernos. Hemos hablado por teléfono y le he contado mi relación con Cristal, pero un poco por encima.

—Hola tío, te haces de rogar, amigo.

—Lo mismo puedo decirte, apenas vienes a verme. Yo soy el que está enfermo.

—¡No me jodas! Que lo que tienes es mucho cuento.

—Ryan, no le hagas caso, ya sabes cómo es, me alegra verte —expone Em dándome dos besos.

—Como siempre, radiante, Em. No puedo criticar a mi amigo, porque creo que te trata de maravilla.

—No puedo quejarme. Aunque a ti también te veo muy bien, ¿dónde está la causante de tu felicidad?

—Mi mamá está trabajando.

—Jo, estarás feliz ahora que tienes una mamá, ¿verdad? —le pregunta Em, que sabe lo mucho que mi hija lo ha deseado siempre.

—Mucho, además es la más guapa... ¿Quieres ver un dibujo que he hecho?

—Claro, cielo.

Em sube con Jo a la habitación de esta, mientras mi madre dispone en la mesa del salón unas bebidas y algo para picar.

—¿Qué me dices de ti? ¿Cómo va ese hombro?

—El doctor dice que es posible que en dos meses esté prácticamente recuperado.

—¡Cuánto me alegro! Ya tengo ganas de ir a los partidos de nuevo.

—No vas porque no quieres... —le recrimino.

—No voy porque no está mi amigo.

—¡Gracias!

No sentamos en el salón y charlamos un rato, mis padres han insistido en que se queden a cenar y Andrew ha aceptado sin pensarlo, está deseando

conocer a Cristal.

A las ocho y media, ella hace su aparición. Ya tiene un juego de llaves de nuestra casa, por lo que entra sin más. Al ver a mis amigos se queda un poco cortada, pero enseguida Em se presenta sin dejarme hacerlo a mí. A continuación, le presento a mi amigo.

—Es un placer conocerlos; los amigos de Ryan, son mis amigos.

—Por supuesto, además podemos salir los cuatro por ahí alguna vez.

—Mañana salimos con Cath y un amigo suyo, ¿si os apuntáis? —inquire Cristal sorprendiéndome.

—Por supuesto, no teníamos ningún plan —contesta Em, que parece haber congeniado con ella.

—Lo siento mucho, chicos pero ahora nos toca la rehabilitación —expone Cristal tirando de mi mano para que me levante del sofá.

—¿Solo rehabilitación? —pregunta Andrew, que como siempre tiene que poner la guinda al pastel.

—Solo rehabilitación —contesta Cristal con una sonrisa pícaro.

Ya en la habitación, la miro algo confundido.

—¿Te gustan Andrew y Em?

—Me parecen agradables... Además si son tus amigos, por algo será.

—Gracias, cariño. Empecemos, no quiero hacerles pensar mal.

—Seguro que tu amigo ya lo está haciendo...

Ambos nos reímos y comenzamos con la sesión. Intentamos acortarla lo más posible para poder estar un rato más con ellos.

Al finalizar, yo me dirijo a la ducha y Cristal esta vez no me acompaña como otras veces. Imagino que no quiere dar que hablar.

Después de ducharme, me visto con algo cómodo y bajo al salón, dónde todos me esperan para cenar. Aunque es viernes Jo siempre se acuesta temprano, pero esta vez la cena se demora entre risas y charlas. Em ha

encontrado a una nueva confidente y veo que Cristal está encantada de serlo.

—Creo que ellas dos nos lo van a poner difícil. Parecen entenderse a la perfección. Si se juntan con tu hermana, estamos perdidos, tío.

—No lo dudes.

—Ryan, estás embobado con Cristal...

—La verdad es que debo reconocer que estoy encantado de haber rehecho mi vida, nunca pensé que encontraría a una mujer que me hiciera volver a sentirme vivo.

—Me alegro, tío.

—Gracias, Andrew. Lo necesitaba.

—Pues sí, ¡picha brava!

—¿Picha brava? —pregunta Jo—. ¿Eso qué significa, tío Andrew?

—Nada tesoro, tu tío postizo, que dice muchas tonterías; además, es una palabrota. Tendremos que lavarle la boca con jabón.

—Yo quiero verlo —comenta Jo riéndose.

Andrew traga saliva al ver la mirada que le he echado de desaprobación por sus palabras. Hace unos años, cuando Jo se quedó embarazada, me puso ese mote y no había vuelto a llamármelo desde que ella murió.

Después de una sobremesa muy larga, Andrew y Em se marchan, no sin antes concretar nuestra cita de mañana.

—Tienes unos amigos estupendos —comenta Cristal cuando nos vamos a la cama.

—Me alegro de que te gusten, así no estarás mañana incómoda con Adam.

—Le he prometido a Cath que voy a darle una oportunidad, pero como lo vea coqueteando con otra mujer, yo mismo le daré un tortazo por darle falsas esperanzas a tu hermana.

—Tranquila, como lo haga delante de mí el tortazo se lo voy a dar yo por romperle el corazón a Cath.

—¡Ese es mi chico! —dice abrazándome.

—Gracias, cariño. Ahora tendremos que descansar un poco.

—Había pensado que esta noche podríamos... —no la dejo continuar. La llevo hasta la cama y me deshago de su ropa con rapidez.

Devoro todo su cuerpo, acariciándolo mientras lo hago mío. Ella gime en voz baja, imagino que para no alertar al resto de la familia. Me adentro en ella y comienzo a moverme despacio, pero puedo ver en sus ojos que necesita más intensidad, por lo que sin hacerla sufrir mucho, acelero mis movimientos hasta que noto como ella está llegando a la cúspide de su excitación. Aumento aún más las embestidas, haciendo que mi cuerpo comience a notar esa corriente de pasión que nos lleva a ambos a alcanzar el clímax, jadeantes.

—Te quiero, Cristal —le susurro acariciando su cara lentamente. Ella me mira con dulzura y sé que mis palabras al menos no le han asustado.

—Ryan, yo también... —duda por un momento y toma aire—, me cuesta mucho expresar mis sentimientos, pero yo también te quiero. Nunca pensé que volvería a decir esas dos palabras que tanto significado tienen —me dice, y sus lágrimas corren sin control por su cara.

—Cariño, ¿qué te pasa? —pregunto asustado.

—Nada, que soy feliz y creo que las hormonas se han revolucionado un poco.

La beso despacio y limpio sus lágrimas con mis dedos pulgares.

—Descansemos, seguro que esas hormonas aún están alteradas por lo compartido y están cansadas de trabajar por hoy —le digo con una sonrisa.

—Tienes razón. Buenas noches, guapo.

—Buenas noches, cariño.

Se tumba en mi pecho, la agarro por la cintura, como todos los días, y ambos sucumbimos a nuestro cansancio en unos minutos.

Capítulo 34

Un día en familia

Por la mañana noto unas cosquillas en mi nariz y, al abrir los ojos, veo a Jo y a Cristal intentando fastidiarme para que me despierte.

—Pero bueno, ¿esto qué es? —pregunto agarrándolas a cada una con un brazo—. Esto es la guerra —digo intentando hacerles cosquillas.

—Papi, para porfi... —grita Jo, que no puede parar de reírse. Cristal, en cambio, está aguantando más las cosquillas y, aunque de vez en cuando suelta unas carcajadas, no se rinde.

—¿Quién se rinde? —pregunto.

—¡Yo! —chilla Jo.

La suelto y le hago una señal para que me ayude. Ya con las dos manos y con la ayuda de Jo, nos fijamos de lleno en Cristal, que al final pide clemencia.

—¡Vale! Ya me rindo.

—¡He ganado! —exclamo.

—No cantes victoria aún —expone Cristal, que comienza a contraatacar y Jo se une a ella.

Manos y piernas se enredan en una espiral de miembros y al final los tres nos frenamos al oír a mi madre chillarnos desde la planta de abajo.

—¡Chicos, el desayuno está listo!

—¡Esto queda en tablas! —dice Cristal.

—Claramente, os he ganado yo —replico.

—Papi, no seas tramposo, no nos has ganado... Mamá y yo somos las vencedoras —coge la mano de Cristal y la sube.

—Sois unas tramposas, pero estad atentas, porque en cualquier momento

puedo contraatacar y derrotaros...

En la cocina, Cath está tomándose una manzanilla, mi padre su gran vaso de leche y mi madre el café, como todas las mañanas.

—Buenos días a todos—saludo.

Jo besa a sus abuelos y a su tía, sentándose a continuación en su sitio, provisto de una taza de leche con cacao.

—Buenos días, familia —saluda Cristal.

—Buenos días, hijos —responde mi madre con una bonita sonrisa.

—Cristal, Ryan, buenos días —dice mi padre.

—Hola chicos, estoy un poco revuelta, espero no fastidiar la cita.

—Seguro que te asientas, todo por ver a ese ginecólogo del que hablas maravillas —comenta mi madre sabiendo que ella se va a poner de inmediato colorada.

—¡Mamá! —la reprende.

—Hija, es la verdad. Hacía años que no te veía tan feliz como cuando hablas de él.

—Pero eso no lo digas delante de Ryan, que sabes que lo va a utilizar para fastidiarme, como cuando éramos pequeños.

—No digas tonterías, ya he madurado.

—¿Seguro? Porque cuando he pasado por vuestra habitación teníais una guerra de cosquillas, nada acorde a una persona adulta.

—Solo jugaba con mis chicas... —contesto feliz.

—Claro, hijo, la vida ya es demasiado difícil como para no disfrutar de los pequeños momentos —mi madre siempre ha sabido darme grandes y buenos consejos.

—Cristal, ¿cuándo vamos a tener el día de chicas? —pregunta Jo, que hasta ahora se había mantenido sumida en sus propios pensamientos.

—Cath, ¿a ti cuándo te viene bien?

—El domingo podría ser...

—Perfecto, el domingo entonces. Además, hay partido de los Red Sox, podemos dejar a papá en el estadio para que vea a sus compañeros jugar y nosotras nos vamos por ahí. ¿Qué te parece, cielo?

—Me encanta, mamá...

Cristal dibuja una amplia sonrisa. Cada vez que Jo le llama mamá, veo que ella se siente orgullosa. No lo hemos hablado, pero sé que lo está.

—Yo preferiría ir con mis tres chicas favoritas —expongo intentando que me dejen acompañarlas a lo que sea que tengan organizado.

—Papi, tú no eres una chica. Es el día de chicas...

Pongo cara de pena, pero Jo niega con la cabeza, indicándome que ni por esas voy a conseguir acompañarlas.

—Está bien, como no queréis que vaya con vosotras, me iré a ver el partido. Ahora, ayudemos a la abuela a recoger; podemos ir al parque por la mañana. ¿Qué os parece?

—Sí, papi.

—Perfecto. Pero luego tienes que hacer unos ejercicios, no creas que te vas a librar por ser sábado.

—Lo que mi fisio favorita diga —contesto agarrándola por la cintura.

—No seas zalamero...

Recogemos y subimos a cambiarnos de ropa. Cristal se desnuda, quedándose en ropa interior, y le miro la barriga; yo diría que empieza a tomar algo de forma. Me acerco a ella y la acaricio.

—Creo que ya tienes un poco de barriga —le digo sabiendo que eso es algo de lo que a ella más le molesta.

—¿Tú crees que ya se me nota? No me gustaría que fuera tan pronto.

—¿Por qué? Estás embarazada, tienes una vida dentro de ti, tienes que

estar orgullosa.

—Y lo estoy, pero aún no quiero que se me note, ya tendré tiempo de estar como una vaca.

—No digas tonterías, además, seguro que serás la embarazada más guapa que haya visto.

—¿Sabes que cuando quieres animas a una mujer? Te has ganado un beso.

Nos besamos y Jo aparece ya vestida.

—¡Buag! Dejad los besos ya. Tía Cath y yo ya estamos listas.

—Ahora mismo bajamos; te recuerdo, señorita, que hace poco te besaste con un compañero—Cristal abre sus ojos como platos y ella sonrío de forma maliciosa.

—Señorita, ya me lo contarás todo en nuestro día solo de chicas.

—Claro, mamá.

—Muy bien, eso, seguid excluyéndome...—comento haciendo ver que estoy enfadado pero a la vez acariciando de nuevo la barriga de Cristal, orgulloso.

Jo se va riéndose y continuamos vistiéndonos.

—Gracias, por hacerme sentir especial y sobre todo por querer ser el padre de mi bebé.

—Nuestro bebé —rectifico.

—Nuestro bebé —concluye.

Terminamos de vestirnos y bajamos agarrados de la mano.

—¿Todos listos?

—Sí.

Hemos decidido ir todos al *Titus Sparrow Park*, pasear y dejar que Jo se divierta un poco en los columpios. Después comeremos por ahí.

La mañana transcurre con normalidad, feliz al ver a mi hija contenta y al

resto de la familia disfrutando, como hacía mucho, de estar todos juntos por ahí.

Después de la comida, regresamos a casa. Esta tarde es la cita conjunta y Cath está emocionada, imagino que porque así podremos conocer a Adam de una manera diferente a como lo hemos visto hasta ahora.

Por la tarde, después de jugar con Jo y ver un rato la televisión, toca una sesión corta de ejercicios en los que Cristal aprovecha para ducharse y comenzar a arreglarse.

A las ocho de la tarde, salgo de la sala de ejercicios directo a la ducha. Cristal está aún en ropa interior, intentando elegir su ropa, que tiene extendida por toda la cama.

—¿Cariño, aún estás así? —le pregunto.

—No sé qué ponerme. Con todos los vestidos me veo gorda.

—No digas tonterías, estás preciosa. ¿Me dejas elegirlo?

—Sí, ayúdame por favor.

Veo los cuatro vestidos que están encima de la cama, los observo y me decanto por uno rojo largo, cuya espalda queda totalmente descubierta.

—Sin duda el rojo. Póntelo, seguro que estarás estupenda.

No dice nada, coge el vestido y se lo coloca ante mi atenta mirada. El vestido se ajusta totalmente a su cuerpo dibujando un cuerpo perfecto. Suspiro al ver lo bella que está y presiento que esta noche tendrá un buen final, pero que durante toda la cita no voy a dejar de imaginarme quitándoselo.

—¿Qué te parece? —me sorprende en medio de mis elucubraciones.

—Perfecta. Te queda de maravilla. Es más, creo que tendré algún problema para espantar a todos los moscones de tu alrededor.

—No digas bobadas, además creo que tienes razón, se me nota un poco la barriga.

Me acerco a ella, se la acaricio y sonrío. Hasta esta mañana no me había

dado cuenta de que una pequeña curva se dibuja en su barriga y sonrió satisfecho.

—Se nota un poco, pero eres una mujer embarazada, tarde o temprano se tiene que notar, ¿por qué te molesta tanto?

—No me molesta, no me malinterpretes, pero a partir de ahora mi figura va a dejar de tener sus curvas y bueno... me gusta mi cuerpo. Estoy orgullosa de lo que he conseguido. Cuando era pequeña era una bolita...

—¿De verdad? —le pregunto un poco sorprendido.

—Sí, estaba muy fuerte, casi obesa, tenía muchos complejos. Pero cuando cumplí los dieciséis me dediqué a adelgazar y a cuidarme, hasta conseguir lo que ves —dice sin ningún prejuicio, pasando sus manos por el contorno de su cuerpo.

—Lo que veo me encanta, pero estoy seguro de que dentro de unos meses me seguirá gustando igual.

—¿Estás seguro?

—Completamente, cariño —me acerco a ella y la beso.

—¡Quita! —dice dándome un manotazo en mi brazo para que la suelte de la cintura—Estás sudado y yo ya estoy casi preparada. ¡Ve a la ducha!

—¡Mmmm! Mi chica, una sibarita que no soporta el sudor de su pareja.

—No es eso, pero ya me he aplicado mi perfume favorito, no quiero que se mezclen los olores —expone con cara de asco.

—Puedo olerlo y me encanta —intento acercarme de nuevo pero se retira y comienzo a reírme antes de meterme en la ducha.

Rápidamente, después de enjabonar con energía mi cuerpo, me aclaro y salgo anudando una toalla a mi cintura. En ese momento, Cristal aparece y se queda mirándome con admiración.

—Debo reconocer que pese a que estos meses apenas estás haciendo ejercicio, tu cuerpo sigue siendo perfecto y, sobre todo, mío —su último comentario me hace estallar en carcajadas. Me encanta que se haya abierto y exprese lo que siente por mí.

—Podría ir así si quieres.

—¡No! Entonces tendría que ser yo la que espantara a las víboras que te mirarían con deseo.

—¡Mmmm! Me gusta cuando sale tu lado celoso. Voy a vestirme —le digo saliendo a la habitación.

Me sorprendo al ver mi ropa preparada encima de la cama. Se lo agradezco, nunca he sido un hombre muy estiloso ni que sepa conjuntar muy bien.

Me visto ante su atenta mirada. Suspiro por todo lo que me hace sentir, deseado y a la vez querido, es una sensación que había echado de menos y me gusta mucho.

Finalizo y ella se acerca, dobla bien el cuello de mi camisa y me besa en los labios despacio, mordisqueando mi labio superior.

—Ryan Halt, estás guapísimo.

—Todo se lo debo a una preciosa mujer que ha robado mi corazón y que tiene muy buen gusto.

—Gracias, pero el mérito no es todo mío. Este cuerpo —dice acariciando mi pecho y haciéndome estremecer—, es solo trabajo tuyo.

—Te recuerdo que es todo tuyo.

—Gracias, pero ahora prefiero no pensarlo o me quitaré la ropa y me quedaré poseyéndolo toda la noche —me sorprende que esas palabras hayan salido de su boca, la agarro más fuerte y la atraigo hacia mí, besándola con devoción.

—¡Ejem, ejem! —carraspea Cath—. Chicos, es hora de irse. Por cierto, estáis guapísimos.

—Tú también estás preciosa, hermanita.

—Gracias, no creo que sea tanto; además, mi barriga empieza ya a despuntar —dice ajustándose el vestido.

—A mí también me pasa lo mismo —expone Cristal, y ambas se la

acarician.

—Estáis estupendas. Mis dos chicas —paso mis brazos por sus hombros y las estrecho hacia mí—. ¡Pasemos un fantástico sábado!

Capítulo 35

Una cita conjunta

Adam llega a nuestra casa casi al mismo tiempo que nosotros bajamos al salón. Mi padre es el encargado de abrir la puerta y le mira de forma inescrutable, observándolo con descaro.

—Señor Halt, soy Adam Randal. Señora Halt —le dice a mi madre, que se acerca con una sonrisa de amabilidad.

Mi madre le da dos besos pero mi padre ni siquiera le estrecha la mano.

—Solo te lo voy a decir una vez: si le haces daño a mi niña, te las verás conmigo —expone muy serio.

Nunca le había visto así, Adam está nervioso y traga saliva.

—Esté tranquilo, su hija es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Mi padre parece relajarse y al final estrecha la mano de Adam. Veo como Cath suspira después de haber contenido el aire por un momento.

Una vez realizadas las presentaciones oportunas, nos marchamos, hemos quedado en el restaurante *The Capital Grille* con Andrew y Em en media hora.

Adam es el encargado de llevar el coche. Dejo a Cath que se ponga en la parte delantera, abro la puerta para que entre Cristal y después me subo yo. Ambos nos miramos con devoción. Debo reconocer que hacemos una bonita pareja.

—Nena, estás preciosa —le dice Adam a Cath y ella sonrío tímidamente.

—Ya se me empieza a notar un poco el embarazo —expone ella un poco nerviosa.

—Aún más bella, entonces —le dice soltando la mano izquierda del volante y agarrando la suya.

—Adam... —le regaña—, conduce...

Una vez aparcado, salimos del coche y Adam agarra a Cath de la cintura. Eso me gusta, denota posesión y creo que de verdad está interesado en ella. Aún no sé por qué un hombre como él se ha interesado por Cath, pero espero averiguarlo hoy.

Andrew y Em nos esperan en la mesa reservada y un camarero nos acompaña hasta ellos. Hacemos las presentaciones oportunas y nos sentamos todos a elegir lo que queremos cenar.

Los hombres nos decantamos por el chuletón mientras ellas deciden probar una especialidad de la casa, lomo braseado con mantequilla y escalfados de cola de langosta. Pedimos unos entrantes para acompañar y unas ensaladas. Andrew se ocupa de pedir el vino, es todo un experto.

La velada transcurre entre risas y anécdotas de Andrew, que sabe cómo sacarnos a todos unas risas.

Después de cenar, nos dirigimos a la zona céntrica con más ambiente de Boston. En cuanto entramos en uno de los locales, la música de Bruno Mars, *Justtheway you are*, hace que tire de Cristal para llevármela a bailar.

—Baila conmigo... Me encanta esta canción.

—No sé bailar...

—Tranquila yo te llevo.

—¿Estás seguro? No quiero pisarte.

—Muy seguro...

La cojo de las manos y tiro de ella hasta llegar al centro de la pista. Comienzo a moverme y a moverla como puedo; hace mucho tiempo que no bailo, pero con Jo lo hacía muy a menudo. Ella se deja llevar, la giro y rodeo su cintura con mis brazos. Su espalda está pegada a mi pecho, continúo moviéndome y le susurro la letra de la canción en su oído:

And when you smile

(Y cuando sonríes)

The whole world stops and stares for awhile
(*El mundo entero se detiene y se te queda mirando*)

Cause, girl, you're amazing
(*Porque preciosa, eres asombrosa*)

Just the way you are
(*Así como eres*)

...

—Te quiero, Ryan —dice ella dándose la vuelta y besándome.

—Yo también te quiero, gracias por aparecer en mi vida y hacer que mi corazón volviera a latir después de su letargo.

Abrazados, continuamos bailando hasta que finaliza la canción y regresamos de nuevo con nuestros amigos. Cath está hablando con Em, pero Adam la agarra de la cintura, bebiéndose una cerveza.

—No más demostraciones de amor, por favor —comenta Andrew con retintín.

—Me encanta esa canción, tenía que aprovecharla...

—¿Qué queréis tomar?

—Un refresco para mí —responde Cristal.

—Yo una cerveza.

Cristal se une a la conversación de las dos mujeres y yo me acerco a Adam. Necesito saber sus intenciones con mi hermana.

—Me gustaría hablar contigo...

—Tú me dirás...

—A solas...

—Nena, discúlpame un momento, tengo que ir al baño —le comenta a

Cath.

—Te acompaño... —digo.

—¿Desde cuándo los hombres van al baño de dos en dos? —pregunta Em graciosa.

—Desde que ambos tenemos necesidades —respondo con una sonrisa en la boca.

Al llegar a los servicios, antes de entrar, le agarro.

—Adam, me pareces un buen tipo, pero necesito saber qué es lo que pretendes con mi hermana.

—Me gusta mucho.

—Pero ella está embarazada...

—¿Y? Eso no es ningún problema.

—Adam, seamos sinceros, mi hermana no necesita un pasatiempo...

—Cath no es ningún pasatiempo —contesta enfadado.

—¿Quieres decir que vuestra relación podría seguir después del embarazo?

—Mira, Ryan, voy a serte sincero. Tu hermana es la mujer que estoy buscando.

—¿Para qué? —pregunto un poco confundido.

—Yo no puedo tener hijos... Irónico, ¿verdad? Un hombre que ayuda a las mujeres a tener hijos y soy estéril —hace una pausa y continúa—. Cuando conocí a Cath, tan espontánea, una mujer que sabe lo que quiere y además es preciosa, supe que era la mujer perfecta para mí.

—Yo solo quiero lo mejor para ella, compréndeme. No quiero que le hagan daño. Acaba de salir de una relación de años en la que no era feliz.

—Lo sé, por eso vamos tan despacio como ella quiere. No la presiono, me gustaría que nos viéramos más, pero sé que va con pies de plomo conmigo.

—Adam, si le haces daño yo...

—No voy a hacerle daño —me interrumpe—, sé que es la mujer de mi vida, Ryan. Entiendo vuestra preocupación; además sé que a Cristal no le gusto. Cath me ha contado que nos conocimos en una convención, no lo recuerdo, pero seguro que fue en un periodo de mi vida en el que no pasaba por un buen momento sentimental y me daba igual una mujer que otra, pero he cambiado.

—Eso espero... —le respondo.

—Creo que será mejor que volvamos con todos...

—No le hagas daño.

—Te juro que no se lo haré, confía en mí...

Regresamos con el resto y acaricio la espalda desnuda de Cristal, besando su cuello al retirar su larga melena.

—No sabes cómo me estás poniendo... —le susurro.

—Pero si yo no he hecho nada.

—Ser la mujer más bella de toda la sala, llevar un vestido rojo muy sexy y reírte de esa manera tan natural que hace que me derrita cuando te veo.

—Soy culpable —expone riéndose.

—Vayámonos a casa —la incito.

—Disfrutemos un poco más de la noche, aún tienes que enseñarme a bailar un poco más.

—Está bien —contesto resignado.

Andrew no deja de meterse conmigo; en el fondo sé que lo hace porque hacía mucho tiempo que no me veía tan feliz, por ello no se lo tengo en cuenta.

—Tío, cómo se nota que ahora tienes a alguien que te caliente la cama, tienes la misma cara de gilipollas que tengo yo cuando me levanto cada mañana y me miro al espejo. Esa que me dice que soy feliz con mi mujer.

—Más te vale que lo pienses —dice Em agarrándolo y besándolo.

Adam mira a Cath y ella sonríe un poco contrariada. Ellos son los únicos que no comparten cama.

—Ryan, hoy no voy a ir a dormir a casa, Adam y yo nos vamos a su piso, espero que no te moleste.

—Para nada, pero tomad protecci3n —me mofo.

—Muy gracioso hermanito —dice dándome un golpe en el hombro lesionado y mi gesto cambia —¡Ostras! Ryan, lo siento.

—Estoy bien, tranquila.

—¿De verdad? Perd3name, no era mi intenci3n.

—Lo s e y me lo merezco por ser tan gilipollas —comento más repuesto.

—Un poco s  —interviene Cristal—. ¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada.

—No me mientas —dice al ver que mi gesto ha cambiado.

—La verdad es que me ha hecho un poco de daño, pero no será nada. Sigamos disfrutando de la noche. Quiero bailar de nuevo con mi preciosa chica.

—Será un placer.

Volvemos a la pista, esta vez la música es más tranquila y no sabría decir qué canci3n es, pero sí identifico el grupo, los OneDirection, porque a Jo le encantan.

Cristal me agarra del cuello y yo rodeo con mis brazos su cintura. Ella apoya su cabeza en mi pecho y solo nos mecemos, aprovechando la bonita letra de la canci3n que ella susurra.

Nothing can come between you and I

(Nada puede interponerse entre t  y yo)

Not even the Gods above can separate the two of us

(Ni siquiera los dioses de arriba pueden separarnos a los dos)

No nothing can come between you and I

(No nada se interpone entre tú y yo)

Oh, you and I

(Oh ,tú y yo)

...

Nos dejamos llevar por el momento, nunca antes pensé que volvería a disfrutar, incluso más que con mi esposa, de una noche de amigos, una noche con Cristal.

Después de unas cuantas cervezas más, todos los hombres, un poco perjudicados, damos por concluida la fiesta. Cristal y yo decidimos coger un taxi que nos lleve hasta casa. Cath llevará el coche de Adam y Em es la encargada de llevar a Andrew hasta su casa.

—¡Esto tenemos que repetirlo! —expone Andrew, cuya lengua está aún más suelta de lo habitual.

—Por mí perfecto —contesto agarrando a Cristal y mirándole a sus preciosos ojos.

—Por supuesto... —dice Adam, cuyos ojos brillan ante lo que estoy seguro que vendrá después.

—Pues no se hable más, estoy seguro de que a nuestras chicas de oro no les importará compartir de nuevo una noche de confianzas —comenta Andrew ante la cara atónica de las mujeres y las risas de Adam y mías.

Nos despedimos en la calle, mientras vemos como Adam y Cath se dirigen al coche de él.

—La noche no ha hecho más que empezar —siseo a Cristal que me mira lasciva—. Voy a deshacerme de ese precioso vestido y que a tantos hombres ha atraído esta noche, pero solo yo voy a poder disfrutar de lo que va dentro.

—Solo tú —responde con sus ojos llenos de lujuria.

Al llegar a casa, intentando no hacer demasiado ruido, nos besamos en

cuanto subimos las escaleras, nuestra pasión está desatada, nos deseamos. Ya durante el trayecto en el taxi nuestras miradas se han retado, pero ninguno de los dos ha querido dar rienda suelta a lo que sentíamos. Pero al entrar en la habitación vemos a Jo tumbada en nuestra cama y toda mi excitación se corta de repente.

—Será mejor que la acueste en su cama.

La cojo con cuidado pero, antes de abandonar la habitación, se despierta.

—Papi, tengo miedo, he tenido una pesadilla. ¿Puedo quedarme con vosotros hoy?

Miro a Cristal que pone la típica cara de «otra vez será nuestra noche loca» y vuelvo a acostar a Jo a un lado de la cama.

—Gracias papi, gracias mamá. Buenas noches.

Maldigo en silencio, porque lo que parecía una noche fantástica, al final se ha quedado en una buena noche.

—Prometo que mañana no te me escapas —le digo acariciando su espalda.

—Más te vale —responde quitándose el vestido.

Terminamos de cambiarnos y nos tumbamos abrazados, sintiendo aún nuestros cuerpos agitados.

—Descansa, cariño —siseo.

—Que descanses, guapo.

Aspirando su dulce olor, aún extasiado por el momento, me quedo dormido sin apenas darme cuenta.

Capítulo 36

¿Día de chicas?

Jo nos despierta dando saltos en la cama, está exaltada porque hoy es el día en el que las chicas se van juntas, no sé adónde, no han querido decírmelo.

—¡Mamá! Despierta, es nuestro día.

—Jo, cariño no chilles —le recrimino, pues creo que ayer me excedí con las cervezas y la cabeza me va a estallar. Hacía tanto tiempo que no salía que no fui consciente de lo que bebí hasta ahora mismo.

—Cielo, ahora me despierto. ¿Puedo preguntarte por qué no me llamas mami? —inquire Cristal.

—Porque eres mi mamá. Mi mami es Jo, que está en el cielo, pero si quieres que te llame así, lo intentaré.

—No cariño, ahora que me lo has explicado lo entiendo perfectamente. Soy tu mamá.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, pequeña. Dejemos a papi dormir un poco más. Tía Cath vendrá en un rato.

—¿No está en casa? —me pregunta.

Cristal me mira sin saber muy bien qué decirle, está segura de que después se lo dirá a su abuela.

—No, nenita, se quedó con Adam; no se encontraba muy bien y tenía que cuidarlo, como es enfermera...

—La tía Cath es muy buena —comenta y sonrío.

—Claro que sí —responde Cristal—. Vamos a la ducha juntas, ¿vale?

Jo se levanta de un salto y se marcha directa al baño; Cristal me da un beso y se dirige también de inmediato. Las oigo cantar entre risas, ambas lo hacen

fatal, pero creo que no les importa, están disfrutando de algo que solo conocen ellas.

Tras salir del baño, ambas con una toalla anudada en el pecho y otra sujetando su pelo, hacen una especie de baile que me dedican solo a mí. Cantando a pleno pulmón una canción de los OneDirection que a Jo le encanta:

Oh – Oh

You don't know you're beautiful

(Que aún no sepas que eres hermosa)

If only you saw what I can see

(Si vieras lo que yo puedo ver)

You'll understand why I want you so desperately

(Entenderías por qué te quiero tan desesperadamente)

...

—Papi, ¿cantas con nosotras?

—Mi vida, papi no sabe la canción. Además, me gusta escucharos a vosotras dos con ese baile tan divertido que habéis preparado.

—¿Es solo de chicas! —expone Cristal contoneándose y haciéndome estremecer al verla.

—¿Dónde vais a ir solo las chicas?

—A visitar Salem —expone Cristal.

—¿Salem? ¿En serio?

—Sí, vamos a pasar el día allí y comeremos langosta en *Pickeringwharf*. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de ese sitio, pero no he estado allí.

—Jo, ¿sabes que Salem es un lugar de brujas? Quizás debería acompañaros... —digo intentando convencerla, la verdad es que me gusta la idea, solo he estado en Salem una vez.

—Cristal y Cath me protegerán...

—Podrías llevarme, si queréis me pongo falda y así pareceré una chica— digo en tono burlón—, me encantaría mucho acompañaros, porfi —imito a Jo.

Jo mira a Cristal apenada, creo que se está ablandando, pongo mi cara de niño bueno y al final ellas sucumben.

—Con una condición... —expone Cristal.

—La que queráis....

—No vas a poder opinar ni criticar nada de lo que nosotras queremos ver o hacer, serás un invitado y como tal, no tendrás derecho a quejarte en ningún momento. Lo de las faldas no es mala idea pero creo que con tus piernas sin depilar no quedarías muy vistoso —se mofa.

—Papi, que conste que tendremos otro día de chicas...

—Perfecto. A lo mejor podría venir también Adam... —le digo a Cristal para que a Cath no le moleste.

—¿Pero no estaba malito? —pregunta Jo.

—Seguro que ya está mejor... —digo para salir del paso.

—Voy a telefonarles a ver qué dicen.

—Ya de paso pregúntale cómo está, ya me entiendes—comento para que les explique la situación en el caso de que vengan. Estoy seguro de que Jo, en el momento en el que los vea, va a soltar la bomba.

—Perfecto.

Cristal se viste con ropa cómoda y sale de la habitación para hablar con ella. Al rato, viene con una bonita sonrisa que me deja admirándola embobado.

—Adam está mejor, dicen que les parece una buena idea... Hemos quedado con ellos en una hora. Así es que, caballero, dese una ducha rápida y vístase tan deprisa como pueda si no quiere que le dejemos en tierra — comenta divertida Cristal.

—¡A sus órdenes! —contesto.

Encantado por poder pasar el domingo con mis dos chicas, mi hermana y Adam, me doy una ducha rápida y salgo como siempre con la toalla anudada a la cintura, con el pecho aún mojado.

—¡Mmmm! ¿Sabes que eres de lo más apetecible que he visto nunca? — me pregunta Cristal, que se acerca a mí y deshace las gotas de mi pecho extendiéndolas con el dedo muy despacio. Suspiro porque estoy excitado solo con ese contacto y con sus palabras.

—Cariño, no me tientes o voy a perder el sentido. Ayer no pudo ser, pero si sigues acariciándome de esa forma soy capaz de arrancarte la ropa y hacerte mía.

—¡Mmmm! Me encantaría que cumplieras tus amenazas.

Devoro sus labios decidido a cumplirlas, pero de nuevo mi hija nos interrumpe en el peor momento y yo maldigo mi mala suerte.

—Papi, ¡date prisa!

Suspiro enervado, quiero mucho a mi hija pero últimamente tiene el don de la oportunidad.

—Ya voy —respondo malhumorado, viendo como Cristal sonrío de manera maliciosa.

—Esta noche serás mía —le susurro—, no voy a permitir que nada ni nadie nos interrumpa.

—No sabes cuánto lo deseo. Ahora bajemos a desayunar si no quieres que Jo venga de nuevo a avisarnos.

Me visto con unos vaqueros, una sudadera y unas zapatillas deportivas, siempre ante la atenta mirada de Cristal.

—¿Voy bien así?

—Por supuesto.

Agarro su cintura y me coloco detrás de ella bajando las escaleras. En la cocina se encuentran mis padres con Jo desayunando, nos unimos a ellos y al rato aparece Cath con Adam. La mirada desaprobatoria de mi padre nos hace presagiar que no está de acuerdo con el comportamiento de Cath, pero no dice nada.

Ambos se unen al desayuno y, cuando finalizamos, nos despedimos de mis padres para irnos a Salem.

Decidimos ir todos en el coche de Cristal, que coloca el elevador para llevar a Jo. Me pongo en el asiento del copiloto y voy charlando amistosamente con ella. El viaje es corto, no tardamos más de media hora en llegar.

Lo primero que visitamos es el museo pirata. Jo está encantada y debo admitir que me ha gustado la idea, en él se recrea la historia de Nueva Inglaterra al mar de los ladrones. Los capitanes Kidd y Barbanegra son la principal atracción. Iniciamos la visita en la sala de artefactos con los tesoros de piratas auténticos. Después paseamos a través de un puerto colonial, accedemos a bordo de un barco pirata y exploramos una cueva de ochenta pies, en la que nos encontramos con la recreación de varios piratas. Toda una experiencia que nos ha gustado a todos, no solo a Jo.

—Mamá, me ha encantado la visita —dice cuando salimos agarrando nuestras manos—.Papí, ¿te ha gustado?

—Claro cariño, ha sido estupendo. ¿Ahora qué es lo que vamos a ver?

—Vamos a coger el Salem Trolley, hace un recorrido de una hora visitando la ciudad. Es un recorrido narrado. Creo que nos gustará.

—Me parece muy buena idea —expone Cath.

—Por mí perfecto, además no puedo quejarme —expongo con retintín—, Adam tú tampoco; es día de chicas y nosotros somos unos meros invitados.

—Lo sé, así que nosotros, lo que nos manden.

Esperamos en el lugar indicado para coger el autobús y la visita guiada comienza; lo primero que nos enseñan es el museo de historia de la bruja, nos

explican qué podemos ver dentro de él. Después el cementerio donde fueron enterradas las personas acusadas de brujería, en él hay un pequeño memorial. Continuamos hasta el puerto y de allí, pasando por el museo pirata, vemos el PickeringWharf, el lugar donde después iremos a comer. Posteriormente se ve la casa de los siete tejados, el ferry de Salem donde nos hacen una pequeña parada.

La verdad es que esta visita me está resultando bastante más aburrida de lo que esperaba y termino por no prestar atención a lo que nos van explicando. Me dedico a admirar a Cristal y a Jo que van sentadas juntas y escuchan con atención todas las explicaciones del guía.

Al finalizar la excursión, el autobús nos deja en el mismo lugar donde nos ha recogido, suspiro aliviado. No voy a quejarme pero debo admitir que este tipo de tour no me gusta nada.

—¿Nos vamos a comer? —les pregunto.

—Papi, aún es pronto, podemos visitar alguna cosa más. ¡Ah! No puedes quejarte.

Hago un gesto de cerrar la boca con cremallera y las sigo hasta donde me llevan. Hemos acabado visitando la casa de la bruja, que era la residencia del juez Corwin. Se cuenta que él fue llamado para investigar la actividad diabólica cuando hubo una oleada de acusaciones de brujería en Salem. Sirvió en el tribunal que envió a diecinueve personas a la horca por tales acusaciones. Actualmente dicha casa es un museo rehabilitado en los años cuarenta. El museo consta de información sobre el estilo de vida, así como una visión fascinante de lo acontecido en 1692.

Sin duda una visita que, en mi caso, me ha puesto los pelos de punta, por cómo acontecieron los hechos.

Cuando terminamos nos dirigimos al pequeño puerto, donde hay varios restaurantes, pero Cristal ya tiene elegido el que quiere. Pedimos langosta para todos. Jo, con mi ayuda, saborea la rica langosta a la plancha, acompañada de verdura al vapor. Está exquisita y, tras repetir en una ocasión, dejamos que el postre solo lo coma ella.

Por la tarde, tras visitar la casa de los siete tejados, regresamos exhaustos a

casa. Adam se despide de Cath antes de entrar en casa. Les dejamos su tiempo y Cristal, Jo y yo nos adentramos hasta el salón. Mis padres están viendo la tele y en cuanto nos ven, nos bombardean con preguntas que Jo se encarga de responder.

—¿Qué queréis de cenar? —pregunta mi madre.

—Abuelita, podrías hacernos unas hamburguesas, con mucho queso.

—Eso está hecho.

Cristal y Cath, que acaba de entrar, ayudan a mi madre a preparar la cena mientras mi padre y yo nos sentamos en el sofá.

—¿Qué tal es ese tal Adam? No me gusta mucho —expone mi padre.

—Papá, está enamorado de ella. Y lo mejor es que ella también lo está de él. No tienes de qué preocuparte, seguro que serán felices.

—Hijo, yo solo quiero eso, que seáis felices; no me meto a opinar aunque algunas cosas no me gusten, pero las respeto.

—Gracias, padre.

Las mujeres nos avisan de que ya está la cena preparada y de nuevo, como todos los días, en familia, cenamos describiendo, esta vez, todo lo que hemos visto en Salem con alguna que otra broma por mi parte.

—Jo, es hora de ir a la cama —le digo—, mañana hay colegio.

—Sí, papá. ¿Puedo dormir con vosotros? —pregunta, y mi respuesta es inmediata.

—No, nenita. Tú tienes que empezar a dormir en tu cama. Papá y mamá en la suya.

—Está bien... —comenta resignada.

—Ve a lavarte los dientes y a ponerte el pijama. Enseguida subimos a darte las buenas noches. Da un beso a tía Cath y a los abuelos.

Se despide de ellos y se sube a su cuarto. A los quince minutos, Cristal y yo nos despedimos de la familia y subimos para arroparla, contarle un cuento

y esperar a que se duerma.

—Mamá, ¿me cuentas el cuento tú hoy?

—Claro.

Cristal comienza a contarle el cuento de la princesa y el guisante, mientras yo las observo en silencio. El cansancio se va apoderando de su cuerpo y en unos minutos, el sueño la vence.

—Menos mal, ahora tú y yo tenemos algo pendiente —digo agarrando a Cristal por la mano y tirando de ella.

—¡Mmmm! Estoy un poco cansada. ¿No puede esperar?

—¡No! —concluyo tajante.

Tiro de su mano y la llevo hasta nuestra habitación; en cuanto los dos pasamos, cierro la puerta y comienzo a desnudarla. Estoy ansioso por hacerla mía.

—No sabes cuánto te deseo —digo devorando su cuello.

—Creo que tanto como yo a ti. Estas hormonas me hacen parecer una obsesa del sexo.

—¡Eso me encanta!

Con cuidado, la empujo para que se tumbe en la cama, bajo sus pantalones despacio, acariciando su cintura, sus muslos y sus gemelos hasta dejarla solo con sus braguitas.

—Ryan, no me tortures... Te lo suplico...

—Seré bueno, pero es que eres tan perfecta que me encanta tocarte, admirarte y probarte muy lentamente.

Tira de mí para que me tumbe encima suyo. Mi erección comienza a despuntar y la coloco justo encima de su vagina. Ella gime al sentirla y yo me muevo despacio.

—Ryan, por favor...

—Está bien...

Me quito el pantalón vaquero y el bóxer, liberando mi erección, y veo como sus ojos se iluminan. Acaricia mi enhiesto pene y ahora el que gime con su contacto soy yo.

—Cristal...

Me deshago de su camiseta, el sujetador y las braguitas con premura. Ambos estamos muy excitados, imagino que el hecho de llevar deseándonos todo el día ha provocado que nuestros cuerpos se enciendan con tan solo un poco de contacto.

Cristal tira de mi sudadera hacia arriba y la ayudo para que la saque. Sus manos acarician mi pecho desnudo y mi cuerpo se eriza con su contacto. Posa sus labios en uno de mis pezones y comienza a lamerlo, sintiendo que mi erección aumenta por momentos.

—Cariño, creo que hoy no es un buen día para preliminares.

—Tienes razón —jadea cuando acaricio sus pechos—, será mejor que me poseas de una vez por todas...

Sin ningún preámbulo más, la penetro despacio, sintiendo cómo su cuerpo se estremece al sentirme dentro de ella. Mi cuerpo se activa y comienzo a mecarme, devorando sus labios y acariciando sus pechos. Sus gemidos se intensifican, me guían para que aumente más las embestidas. Todo mi cuerpo comienza a notar una oleada de pasión que hace que me arquee y aumente la velocidad de mis movimientos. Los dos estamos al borde del abismo, hasta que una corriente eléctrica nos alcanza, transportándonos al clímax. Durante unos minutos sigo moviéndome dentro de ella, ahora más despacio, hasta que mi corazón recupera su latido normal.

—Dios, cariño, eres maravillosa—digo besando con dulzura sus labios.

—Tú sí que eres maravilloso. El hombre más increíble que jamás he conocido.

—Al final vas a conseguir que me sonroje —le digo en tono burlón.

—No lo creo. Ahora démonos una ducha y descansemos. Mañana toca volver a la rutina.

—Me parece estupendo.

La cojo en brazos y la llevo hasta el baño, donde la dejo para activar el agua de la ducha. Ambos nos metemos y, sin deleitarnos mucho, enjabonamos nuestros cuerpos y borramos los rastros del maravilloso orgasmo que hemos compartido.

Exhaustos, por el día que hemos vivido, salimos de la ducha, nos ponemos los pijamas y apenas nos da tiempo a besarnos, pues ambos caemos rendidos.

Capítulo 37

La recuperación

Después de dos meses más de rehabilitación, según Cristal, estoy totalmente recuperado, pero solo el doctor es el que puede darme el alta y retomar de nuevo mis entrenamientos, por lo que hoy voy a su consulta.

Durante este tiempo, los embarazos de Cristal y Cath han ido avanzando considerablemente, hasta el punto de que sus barrigas ya despuntan un poco más. Están en el segundo trimestre. Cristal apenas tiene náuseas y ha cogido algo de peso. Cath, en cambio, ha engordado bastante, puesto que las suyas desaparecieron por completo y en el hospital le dieron la baja porque tuvo problemas de ciática y Adam intervino para que pudiera cogerla. Su relación va viento en popa. Cath se pasa el día en nuestra casa pero las noches, cuando Adam regresa a su piso, después de la consulta, las pasan juntos.

Todo parece haberse alineado para que nuestras vidas tengan una estabilidad sentimental. Lo único que falta es que pueda retomar mis entrenamientos y pueda volver a jugar, aunque queden pocos partidos para terminar la temporada.

Cristal ha decidido acompañarme a la consulta del traumatólogo. Ahora que teóricamente estoy recuperado, acordamos que sea yo quien lleve el coche.

—Ryan, no vayas tan deprisa, ¿sabes que eres un poco temerario? —me regaña Cristal.

—Hace tiempo que no conduzco; lo siento, no me daba cuenta de que tengo que mirar por nuestro bebé —digo posando mi mano en su barriga.

La retira y vuelve a regañarme.

—¡Estate atento a la carretera! Al final vamos a tener un accidente y piensa que no volverás a jugar.

—No seas exagerada.

Disminuyo la velocidad un poco y no tardamos mucho más tiempo en

llegar al hospital.

Como siempre, la consulta del doctor está llena y nos toca esperar más de una hora para ser atendidos. Comienzo a agobiarme un poco y Cristal me mira nerviosa. Sabe que hoy es un día muy importante para los dos. No solo por mi consulta, sino porque esta tarde es posible que en la consulta de Adam podamos saber el sexo de nuestro bebé.

—Ryan, siéntate, me estás poniendo muy nerviosa —dice al verme andar de un lado para otro.

—Lo siento...

Me siento y de inmediato la enfermera me nombra para que entre a la consulta.

—Buenos días, Ryan. Doctora Montgomery, no sabía que estuviera embarazada. Enhorabuena.

Ambos nos miramos y decidimos darle la noticia.

—En realidad debe darnos la enhorabuena a los dos —indico.

—¿En serio? ¡Qué callado os lo teníais! Me alegro mucho por ambos. Ahora veamos ese hombro.

—Por mi parte, el trabajo está finalizado —aclara Cristal—, creo que ya podrá volver a entrenar, los primeros días con tranquilidad.

—Perfecto. Voy a echarle un vistazo, pero me fío de tu criterio —expone.

Tras comprobar que efectivamente el diagnostico de Cristal es el acertado, el doctor redacta un informe y me lo entrega.

—Dáselo al entrenador, es la rutina de tus entrenamientos durante las dos primeras semanas de tu reincorporación. Aunque estés recuperado, no vas a poder jugar hasta pasado un tiempo. Sé que la temporada está a punto de finalizar, espero que puedas jugar y deleitarnos con tus lanzamientos. También, espero no verte por mi consulta en mucho tiempo y solo verte en el campo.

—Gracias, doctor Hanigan.

—De nada. Que os vaya bien con vuestro bebé.

—Gracias —contesta Cristal.

Salimos de la consulta y mi cara de felicidad lo dice todo. Estoy feliz, por fin ha terminado el suplicio. Vuelvo al equipo y, aunque sé que todavía me esperan unas semanas duras para recuperar la forma, el solo hecho de volver a entrenar todos los días con mis compañeros de equipo y sentirme útil de nuevo, me apasiona.

—Me alegro mucho por ti, cariño —expone Cristal.

—¿Me acompañas al campo?

—Preferiría que fueras solo, déjame en la clínica y luego regresaré en taxi a la hora de comer. Esta tarde puede que sepamos de una vez el sexo del bebé y así poder decidir su nombre...

—Como quieras..., estoy deseando saberlo.

Dejo a Cristal en la clínica, actualmente solo acude por las mañanas y ya no da masajes, solo se limita a ser la jefa y controlar un poco la evolución de sus pacientes.

Me dirijo al campo cuando una llamada me desconcierta: es Gianna. No había vuelto a saber nada de ella desde la vez que nos vimos en el colegio y decido cogerlo.

—Hola Gianna, ¿cómo estás?

—Bien, te llamaba porque Jo ha tenido un pequeño incidente en el patio. Soy la encargada esta semana y quería comunicártelo —dice con tono cortante.

—¿Pero ella está bien?

—Sí, solo se ha lastimado un poco la rodilla, pero nada grave. Mi deber es informar a la familia.

—Gracias, Gianna. Voy para allá.

Decido posponer mi vista al estadio para ir al colegio de Jo. Al llegar sigue en la enfermería con Gianna. Se ha rozado las dos rodillas y en una las

heridas son bastante profundas.

—Hola Gianna. Nenita, ¿cómo estás? —pregunto nervioso.

—Estoy bien, papi, pero me he asustado mucho, pensé que me tendrían que operar como a ti.

—Pero como puedes ver, no es así, ¿quieres que nos vayamos a casa a recuperarte?

—¿Puedo? —pregunta mirando a Gianna.

—Sí, cielo, puedes irte. Avisaré a tu profesora. Dame unos minutos para que te den las tareas para mañana.

Gianna ni siquiera me ha mirado ni ha dicho nada más desde que hemos colgado el teléfono y decido no darle más importancia. Regresa al poco tiempo con las cosas de Jo.

—Aquí está todo. Tengo que regresar a mis quehaceres.

—Gianna... Gracias...

—Es mi trabajo.

Sale de la enfermería y me centro en mi hija.

—Papi ya está recuperado e iba ahora al estadio, ¿te apetece venir conmigo?

—Síííí.

La llevo en brazos hasta el coche, la monto asegurándome de que está atada y pongo rumbo al estadio. Al llegar, freno en la puerta. Una sensación indescriptible se apodera de mí. Por un lado me siento feliz por regresar, pero tengo miedo de no poder estar de nuevo a la altura.

—Papi, ¿no entramos?

—Sí, cariño. Ya lo hacemos —digo armándome de valor y traspasando la puerta.

Todos mis compañeros están entrenando y, cuando se percatan de nuestra presencia, acuden a nuestro encuentro.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? ¿No nos digas que ya estás recuperado? —pregunta con cara de felicidad el entrenador.

—En efecto...

—Cuánto me alegro, ¿cuándo te vas a reincorporar?

—Si es posible, mañana mismo. Le traigo este informe del doctor Hanigan.

Sin perder tiempo, empieza a leerlo y, cuando termina, me mira con una sonrisa sincera.

—Sabes que tendrás que trabajar duro unas semanas antes de poder jugar, ¿verdad?

—Lo sé, pero estoy dispuesto a lo que sea.

—Me alegro, esa es la actitud. ¿Y esta preciosidad cómo es que no está en el cole?

—Me he caído y me he hecho daño en las rodillas.

—Vaya, pero como eres una niña muy valiente, seguro que no has llorado.

—Ni una lágrima —expone orgullosa.

—Estupendo, pues como has sido tan valiente, tengo una cosa para ti. Acompáñame.

Jo me mira pidiéndome permiso y yo le hago un gesto con mi cabeza para que vaya con el entrenador mientras los chicos charlan conmigo. Todos estamos deseosos de que regrese y me dan la enhorabuena por mi recuperación. Frank regresa con Jo y una pelota.

—El entrenador me ha dicho que vais a firmarme una pelota todos los jugadores.

—Por supuesto cariño, empezaré yo.

Uno a uno y como podemos por el pequeño espacio, todos los jugadores firmamos la pelota ante su expectación.

—Gracias, ahora ya puedes venderla, seguro que te darán mucho dinero y así podrás ir a Disney World.

Jo le mira asombrada, como si hubiera dicho algún pecado.

—¡No! Es un gran recuerdo... —contesta dándole una gran muestra de humildad.

—Tienes razón, Jo. Solo estaba poniéndote a prueba.

—Una pelota firmada por mi papi y el resto de sus compañeros es un gran tesoro. Ya verás cómo voy a presumir delante de mis compañeros. Papi, ¿podré llevarla a clase?

—Solo si la maestra te deja.

—Mañana se lo preguntaré.

Después de charlar con el entrenador, mientras los chicos enseñan un poco a Jo a batear y a lanzar, regresamos de nuevo a casa. Es casi la hora de comer, por lo que Cristal no tarda en llegar.

Durante toda la tarde estoy nervioso, tengo ganas de ir a la consulta de Adam y que me diga de una vez por todas el sexo de los dos bebés que en unos meses formarán parte de esta familia.

Al llegar a la consulta, la enfermera solo saluda y agacha la cabeza, imagino que la reprimenda que le echó Cristal la última vez le quitó las ganas de volver a coquetear conmigo.

Adam nos ha citado a última hora, para después salir todos a cenar, por lo que no hay gente en la sala de espera. Nos hace pasar rápidamente y, como siempre, les pregunta haciendo su trabajo.

—¿Cómo están mis embarazadas favoritas?

—Estupendamente —contesta Cath.

—Muy bien —responde Cristal.

—Como imagino que todos estamos deseosos por saber el sexo de estos dos bebés, lo mejor será dejarnos de contemplaciones e ir al grano, ¿no os parece?

Todos asentimos y entramos en la sala contigua. Cath se sube a la camilla, descubre su barriga y Adam, ecógrafo en mano, le echa el gel y comienza con

su exploración.

—El feto tiene las medidas adecuadas para estar de veintidós semanas, mide diecinueve centímetros y pesa trescientos cincuenta gramos. Sus órganos están ya totalmente formados a excepción del cerebro. Ahora, como todo está normal, vamos a intentar ver el sexo del bebé.

Adam mueve el ecógrafo y lo fija en la zona de debajo del vientre del bebé.

—Cath, enhorabuena, vas a tener una mujercita, espero que tan maravillosa como su madre —expone, y ambos se besan dulcemente.

—¡Cath, enhorabuena! —la felicita Cristal—. Seguro que será preciosa.

—Hermanita, me alegro mucho por ti.

Ella no sabe ni qué decir, está emocionada y se le escapan algunas lágrimas.

—Lo siento, Ryan. Sé que deseabas un niño.

—Cath, lo importante es que esté sano, además aún me queda otra oportunidad —digo acariciando la barriga de Cristal.

—Yo prefería una niña también...

—Pues vamos a verlo —expone Adam.

Cath se limpia el gel de la barriga, se la cubre y baja con la ayuda de Adam de la camilla. Cristal se sube a continuación y repite la operación de Cath. Ella está de veinte semanas.

—Cristal, es tu turno. Primero comprobaré que todo marcha bien y después intentaremos ver el sexo del bebé.

Adam hace un recorrido por el feto, para en varias ocasiones la imagen y examina con detenimiento los datos que el ecógrafo le dice.

—Todo perfecto, papis. Tu bebé mide quince centímetros y pesa unos doscientos cincuenta gramos, los órganos vitales están ya totalmente formados y todo transcurre dentro de la normalidad. Veamos si nos deja ver el sexo.

Agarro la mano de Cristal que, como yo, está expectante. Adam pasa un par de veces el ecógrafo por la zona genital y sonrío.

—Chicos, tenemos parejita —expone—. Vais a tener un varón.

Mi cara de alegría no puede ser mayor, siempre he deseado tener un hijo varón y ahora es ya un hecho. Debo reconocer que a Jo la quiero con todo mi corazón, pero un niño al que pueda enseñarle todo lo que yo he aprendido del béisbol es mi mayor ilusión. La cara de Cristal en cambio denota un poco de desilusión. Adam y Cath no se han pronunciado, esperando ver nuestra reacción.

—Cariño, habrá otra niña, te lo prometo —le digo intentando animarla.

—Gracias, no voy a decir que no me importe, esperaba que fuera una niña, pero no estoy desilusionada por mí, sino por Jo. Tenía tantas ganas de tener una hermanita que no sé cómo se va a tomar el hecho de que sea niño.

—Seguro que lo hará muy bien, no te preocupes por eso, mi amor —le digo acariciando su mejilla y ella entorna una bonita sonrisa solo para mí—. Gracias por estar en todo.

—Chicos, enhorabuena —expone Adam.

—Gracias, Adam —respondo.

—Sí, gracias Adam —dice Cristal—, ahora vayamos a celebrarlo y a decidir los nombres.

—Se me ocurren muchos —le respondo—, pero si no te parece mal, pediremos ayuda a Jo, seguro que le hará mucha ilusión ayudar a elegirlo.

—Por supuesto, tienes razón.

Adam las pesa, registra los datos de los dos bebés en el ordenador y le esperamos fuera a que recoja. La enfermera ya se ha marchado, imagino que por indicación de él.

Nos marchamos al restaurante del amigo de Cristal, degustamos sus fantásticos platos y entre risas, pasamos una bonita velada.

Capítulo 38

La noticia

Llegamos a casa casi a media noche; mis padres y Jo están ya dormidos, por lo que intentamos hacer el menor ruido posible y nos dirigimos directamente a la cama. Cristal está agotada y debo reconocer que yo también. Además, mañana me espera un duro día de entrenamiento. Casi ni me lo creo, después de seis meses, voy a volver a entrenar con el equipo. Solo espero poder jugar los últimos partidos, sé que es posible que el próximo año ya no pueda jugar, aunque el equipo aún cuenta conmigo, al menos eso me dijo el nuevo entrenador, pero soy consciente de que hay que dejar paso a las nuevas promesas.

Nos desvestimos en silencio, ambos cansados pero deseosos de compartir algo más, aunque ver el cansancio de Cristal me hace ser reacio a acercarme a ella.

—Ryan, ven a mi lado. Sé lo que estás haciendo, lo entiendo, los dos estamos cansados, pero al menos necesito sentir tu cuerpo cerca del mío.

—Está bien, pero no quiero comenzar nada, quiero que descanses. Piensa que nuestro bebé cada vez es más grande y necesita de tu descanso y sobre todo de una buena alimentación—digo posando mis manos en su barriga, acariciándola con ternura.

—Te quiero, Ryan, por hacer que todo sea tan sencillo, por aceptar este bebé como tuyo. ¿Sabes? A veces aún pienso que todo es un sueño, que voy a despertar y no estarás a mi lado.

—Eso nunca, cariño. Te quiero y te necesito a mi lado.

Nos abrazamos y nos perdemos durante unos minutos, nuestros corazones laten acompañados; solo con mi esposa he sentido un amor igual y, aunque sigue en mis pensamientos todos los días, ahora me doy cuenta de que ya no la necesito como en todo este tiempo. Ahora otra mujer ha ocupado de nuevo mi vida, llenándola de alegría.

Cristal posa su cabeza en mi pecho y ambos nos relajamos, dando paso a

un profundo sueño.

El reloj suena a las siete de la mañana, como todos los días, pero hoy me levanto como un resorte, doy un beso de buenos días a Cristal y me dirijo con rapidez a la ducha. Estoy nervioso, eufórico y un poco asustado por cómo pueda responder hoy mi hombro.

Cristal no tarda en aparecer, se desnuda y se mete en la ducha. Después de besarla, acaricio su incipiente barriga con ternura y enjabono todo su cuerpo.

—Mi chico hoy está nervioso —expone.

—Mucho, tengo una mezcla de sensaciones.

—Es normal que sientas un poco de miedo los primeros días. Después de una lesión como la tuya, no todos los deportistas se recuperan psicológicamente, es muy duro permanecer tanto tiempo inactivo. Pero estoy segura de que tú volverás a jugar tan bien como siempre.

—Eso espero... Ahora, preciosa, bajemos a desayunar. ¿Cuándo le contaremos a Jo la noticia? —inquiero nervioso.

—Nos lo va a preguntar en cuanto nos vea, así es que lo haremos ahora. Estoy nerviosa, ella deseaba tanto una hermana que no sé cómo se va a tomar el hecho de que sea un niño.

—Seguro que bien, Jo es una gran niña.

—Lo sé, tan maravillosa como su padre —expone, besándome dulcemente en los labios.

—Y como su mamá...

Salimos de la ducha, nos vestimos y bajamos a desayunar. Hoy Jo no ha venido a despertarnos y es porque le hemos dicho que si la puerta está cerrada, no debe molestarnos. Toda precaución es poca, no quiero que algún día nos pille en pleno acto, me daría mucha vergüenza.

—Buenos días, papi, mamá. ¿No tenéis que contarme algo? —pregunta nerviosa.

—Buenos días a todos —respondo y le doy un beso en la mejilla.

—Buenos días —expone Cristal nerviosa.

—Nenita, Cristal y yo queremos decirte que vas a tener un hermanito.

Su cara se torna de furia y deja el desayuno a la mitad para salir corriendo de la cocina. Ambos la seguimos, pero al final es Cristal la que llega hasta su habitación, mientras yo me quedo apostado en el marco de la puerta.

—Cielo, no te enfades...

—Yo quería una hermanita, los chicos son un rollo.

—Lo sé, tesoro. Pero es que no se puede elegir...

—¡Pues menuda mierda!

—Jo, no hables así —le reprende Cristal—; cielo, tener un hermanito no es nada malo.

—Sí, porque estoy segura de que papi le querrá más porque es un chico y puede enseñarle a lanzar y batear, como le dijo un día a tía Cath.

—Cariño, papi te quiere con todo su corazón, nunca nadie podrá reemplazar el amor que te tiene, ni podrá querer más a este bebé que a ti.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Además eres una niña afortunada, porque tú tienes dos mamás. La del cielo y a mí. Tu hermanito solo tendrá una.

—Sí, eso es verdad, yo tengo dos mamás —dice y sonrío. Entro dentro de la habitación y la abrazo.

—Papi, ¿verdad que me vas a querer más a mí que al bebé?

—Nenita, os querré por igual, pero te prometo que en cuanto comience los entrenamientos, te llevaré los fines de semana a entrenar conmigo. ¿Qué te parece?

—¡Yupi! Por cierto, ¿cómo se va a llamar mi hermanito?

—Aún no tiene nombre, Cristal y yo habíamos pensado que quizás tú

podrías ayudarnos a elegirlo. Por cierto, tía Cath tendrá una niña, por lo que piensa que tendrás una primita con la que jugar.

—¡Bien! ¿Qué tal Ethan?

Nos paramos unos segundos a pensarlo y realmente me gusta el nombre; Cristal y yo nos miramos sonriendo y asentimos.

—Me parece un nombre precioso, cielo.

—¿De verdad? Ethan es un niño de mi clase muy guapo...

—Nada de chicos hasta los veinte años —indico un poco exaltado.

Cristal y Jo comienzan a reírse, imagino que ambas han intercambiado alguna que otra charla de chicos.

—Como imagino que no vais a contarme nada, vayamos a desayunar. Jo, tú tienes que terminar, sino se te hará tarde.

—Sí, papi.

Más animada baja a la cocina, donde mis padres permanecen expectantes, y comienza a hablar.

—Abuelitos, mi hermanito se llamará Ethan. ¿A que es un nombre muy bonito?

—Precioso, cariño. ¿Lo has elegido tú?

—Sí abuelita.

—Ya me imaginaba. Ahora termina el desayuno, a lavarse los dientes y a vestirse, o al final llegarás tarde al cole.

—Eso está hecho —responde firmemente.

Todos la miramos. Mis padres nos dan la enhorabuena y continuamos con el desayuno con normalidad. Antes de irnos, Cath aparece y es Jo la que se encarga de dar la buena nueva a mis padres.

—Abuelitos, tía Cath va a tener una niña y se llamará Mía. ¿Verdad, tía Cath? —ella asiente y todos nos miramos asombrados.

—¿También vas a elegir tú el nombre de tu prima? —le pregunto un poco incrédulo.

—Más o menos —responde y mira a su tía con cara enigmática.

—Digamos que Jo y yo habíamos estado eligiendo nombres para ambos sexos —responde mi hermana.

—No me digas más, si hubiera sido niño sería Ethan —intervengo.

—En efecto —responde Cath.

Todos nos reímos, la muy pícara lo tenía todo pensado; imagino que si el bebé de Cristal hubiera sido una niña se llamaría Mía.

—Vamos nenita, que eres la más lista; despídete de los abuelos y de tía Cath —le digo agarrándola de la mano para llevarla al colegio.

—Cristal, ¿te llevamos?

—Sí, prefiero no conducir hoy, ando un poco revuelta, espero que solo sea eso...

—Si estás mal, puedo llevarte al hospital —comento un poco asustado.

—Ryan, son solo ardores, es normal...

—Está bien, pero si te encuentras peor, no dudes en llamar al entrenador, ahora te mando un wasap con el número. Nuestros teléfonos los dejamos en los vestuarios.

—Tranquilo, cariño. Estaré bien...

Dejamos primero a Jo en el colegio y después acerco a Cristal a la clínica; antes de despedirme con un suave beso, vuelvo a insistir en su estado.

—¿Estás mejor?

—Cielo, estoy mejor, además los ardores no se van de un minuto a otro. No te preocupes, te juro que si me encuentro peor, te llamaré. Ahora vete a entrenar, no quiero ser la causante de que el primer día que retomas tu trabajo llegues tarde.

—Te quiero, cariño.

—Y yo a ti, que tengas un buen entrenamiento, nos vemos a la hora de comer.

—Perfecto, yo te recojo.

Me espero hasta que entra en la clínica y pongo rumbo al estadio.

Capítulo 39

De vuelta al entrenamiento

Nada más llegar al estadio, todos mis compañeros me saludan de manera amigable, como el día de ayer. Se alegran de que esté de vuelta y me ayudan a superar el nerviosismo que tengo, con sus risas y sus anécdotas.

En cuanto el entrenador me ve, se acerca y me da indicaciones para comenzar mi entrenamiento, imagino que según las instrucciones del doctor Hanigan.

Durante la primera hora, corro con mis compañeros, pero después ellos comienzan a entrenar y yo sigo corriendo otra hora más. Debo reconocer que en estos meses que han pasado, he ganado algo de peso e imagino que el entrenador quiere que me ponga en forma rápidamente. Después me uno al grupo, comienzo con unos lanzamientos suaves, sin forzar. Los primeros, siento como mi hombro aún está agarrotado, pero poco a poco consigo soltarlo un poco.

—Ryan, no te fuerces mucho, es el primer día —me indica el entrenador.

—Lo sé, solo quiero probarme.

—He pensado que para recuperar un poco tu forma física, podrías venir un par de semanas todas las tardes, si te va bien.

—Sí, creo que puedo compaginarlo con mi familia.

—No es obligatorio, pero me gustaría que recuperaras pronto tu forma física e intentar clasificarnos entre los primeros. Sin ti, hemos perdido algún puesto.

—Lo sé y lo siento.

—No es culpa tuya, pero debo reconocer que eres el mejor lanzador que tiene este equipo; nos ha costado mucho más esfuerzo llegar donde estamos, pero ahora ya estás de vuelta, solo tienes que entrenar un poco más duro y estoy seguro de que en un par de semanas, estarás como siempre.

—Eso espero, aún estoy un poco acojonado, tengo miedo de volver a hacerme daño y también de no estar a la altura con el equipo.

—Vas a estar a la altura, no lo dudo, tengo fe en ti. En cuanto a lo de volver a lesionarte, sabes que no tienes que forzar, cualquier molestia, por pequeña que sea, dejas de hacer lo que estés haciendo.

—Lo sé, no voy a cometer ninguna tontería...

Durante toda la mañana el entrenador me tiene haciendo ejercicios, corriendo y cogiendo peso para recuperar la fuerza de manera lenta pero segura.

A la hora de comer, me despido de mis compañeros y pongo rumbo a la clínica de Cristal bastante cansado.

En cuanto me ve, sonrío, imagino que mi cara denota cansancio.

—Hola guapo, pareces cansando. ¿Qué tal te ha ido? ¿Tu hombro bien?

—Hola cariño, lo estoy. Ha sido un día duro. Además el entrenador quiere que vaya un rato por las tardes, para recuperar la forma física cuanto antes. Le he dicho que sí, espero que no te moleste.

—Para nada, tienes que recuperarte cuanto antes para que toda la familia podamos ir a verte. Ya tengo ganas de acudir a un partido. Será la primera vez que lo haga.

—¿En serio? —pregunto asombrado.

—El béisbol nunca ha sido mi fuerte, aunque ahora que mi chico es lanzador, no me queda más remedio que hacerme seguidora de dicho deporte —expone con una sonrisa pícaro.

Con nuestra llegada a casa, el alboroto está servido. Mi padre seguido de mi madre y mi hermana me preguntan cómo me ha ido el día. Después de someterme al tercer grado llega Jo, que también me interroga sobre cómo me ha ido.

—Papi, ¿qué tal?

—Bien cariño, pero esta tarde tengo que volver a entrenar, durante un par de semanas al menos estaré entrenando mañana y tarde. Así es que tendrán

que ayudarte Cristal y Cath con los deberes.

—No importa. Además, mañana por la tarde solo las chicas vamos a ir de compras, cosas para los bebés.

—Me alegro, cariño. Podríais llevar a la abuela también, seguro que le encantará.

—Abuelita, ¿te apuntas?

—Claro, mi niña, si Cath y Cristal quieren, yo os acompaño.

—Por supuesto —expone Cristal.

—Una vez aclarado el tema, ¿podemos comer? Estoy hambriento —digo poniendo voz de pena. Todos sonrían y nos sentamos a la mesa a degustar la comida que han preparado mi madre y Cath.

Por la tarde, a las cuatro, regreso de nuevo al estadio. Algunos de los chicos están trabajando, sobre todo los nuevos. Imagino que para mejorar.

—Hola Ryan —dice Frank.

—Hola, Frank. ¿En qué vamos a trabajar?

—Prácticamente el entrenamiento será igual que el de esta mañana, solo que en lugar de dos horas corriendo, estarás una. Después pesas, y por último perfeccionaremos de nuevo ese lanzamiento tuyo.

—Perfecto. Voy a cambiarme y enseguida salgo.

La tarde se me antoja eterna, sé que tiene que ser así, pero después de la hora corriendo y otra hora fortaleciendo el brazo, los lanzamientos son bastante malos. Sé que debo volver a coger fuerza y técnica, pero de momento no soy el Ryan que era hace meses y eso me desquicia.

—Ryan, tienes que tener paciencia —expone Frank al ver que cuando llego al vestuario me deshago de la ropa con rabia.

—Lo sé, pero es frustrante.

—Es el primer día, no puedes pretender estar al cien por cien ya.

—Tienes razón. Ahora, si me disculpas, voy a ducharme y me iré a casa

con mi familia.

—¿Los traerás al partido de la próxima semana? Me gustaría conocer a tu chica.

—Seguramente no quieran verme en el banquillo, pero veré lo que puedo hacer.

—¿Estás feliz por ser de nuevo padre? —me pregunta y me sorprende. El entrenador no es de los que se implican en la vida sentimental de sus jugadores.

—Mucho, además será un varón, nos lo dijeron ayer.

—¡Enhorabuena! Seguro que estás encantado, así podrá seguir los pasos de su padre.

—La verdad es que me daba igual el sexo, pero debo admitir que me gustaría que siguiera mis pasos.

—Seguro que lo hace, además tendrá un gran maestro. Ahora voy a dejar que te duches y vayas con tu familia. Estoy seguro de que estarán deseando verte. Después de tanto tiempo estando a tu lado, tiene que haber sido duro no verte apenas.

—Para mí también lo ha sido, pero es lo que tiene que ser. Este es mi trabajo y además me gusta. No sé lo que haré cuando tenga que retirarme.

—Serías un buen entrenador, tienes madera de liderazgo.

—No sé si es lo mío. Pero lo pensaré. Gracias Frank, mañana nos vemos.

Me meto en la ducha y pienso en las palabras del entrenador. Nunca antes he pensado qué es lo que voy a hacer después de retirarme, quizás cogerme un año o dos sabáticos, pero después tengo que buscarme una ocupación; el béisbol es mi vida, pero no sé si sería un buen entrenador.

Regreso a casa totalmente exhausto. Al llegar, toda la familia me espera con la cena preparada. Saludo a todos y beso a Cristal suavemente. Ella me mira con ternura, sé que sabe que estoy agotado, aunque estoy dispuesto a pasar una noche con ella.

Después de la cena, nos sentamos en el sofá y, sin darme cuenta, mis ojos

se cierran y me quedo en un estado de duermevela.

—Hermanito, será mejor que vayas a acostarte, estás agotado.

—Lo siento, he perdido por unos instantes el hilo de la conversación — intento disculparme, pero todos ríen.

—¿Unos instantes? Si has roncado y todo —expone con sorna.

—Lo siento..., llevo tantos meses inactivo que creo que hoy estoy derrotado.

—Será mejor que nos vayamos todos a dormir —dice Cristal.

Nos despedimos de la familia. Al llegar a nuestra habitación, mis intenciones se ven detenidas con sus palabras.

—Cariño, estás agotado. Hoy voy a dejarte descansar. Además Ethan está un poco rebelde. Llevo todo el día con ardores.

—¿Por qué no has ido al médico?

—Porque es normal en el segundo trimestre. Lo he consultado. Ryan, tienes que tranquilizarte, las embarazadas tenemos días mejores y otros peores.

—Tienes razón, pero no puedo evitarlo, no quiero... —Posa su dedo en mis labios, imagino que sabe lo que voy a decirle.

—Ryan, todo saldrá bien, te lo prometo.

—A veces tengo miedo...

—Lo entiendo, pero no hay nada que temer...

—No podría soportar perderte, Cristal...

—Ryan, quiero pedirte un favor...

—Dime.

—Te pido que jamás vuelvas a pensar que vas a perderme. Nunca. Sé que el destino hizo que perdieras a Jo, pero estoy segura de que estaremos juntos siempre.

—Te quiero, Cristal.

—Y yo a ti, Ryan.

Nos desvestimos, ambos admirando nuestros cuerpos. El de Cristal es perfecto, con un poco de barriga, pero apenas ha cogido kilos. Cath en cambio ha cogido ya cinco kilos y, aunque Adam no la regaña, siempre le dice que tiene que cuidarse.

—Cariño, hoy...

—Hoy descansamos, ya has tenido suficiente ejercicio durante el día, ¿no te parece?

—¿No te molesta?—le pregunto.

—Para nada, estas dos semanas van a ser intensas para ti, me conformo con dormir a tu lado.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y tú el hombre más maravilloso que existe en la faz de la tierra. Ahora durmamos.

Como cada noche, posa su cabeza en mi pecho, acaricio su pelo y sin darme cuenta me sumo en un profundo sueño que me lleva a encontrarme con mi esposa. Pero no es un sueño agitado, como en otras ocasiones en las que sueño con el día de su muerte. En esta ocasión ella está feliz y me dice que viva intensamente, que disfrute con Cristal porque es la mujer merecedora de mi amor, y que no me preocupe más por ella, que está bien allí donde se encuentra.

Al despertar, la sensación de paz que tiene mi corazón jamás antes la he sentido; miro el reloj y aún no es la hora de levantarme, pero el sueño tan revelador me ha trastocado. Me pregunto si realmente ha sido un encuentro con mi esposa o no, pero ha sido tan real, volver a acariciar su pelo, sentirle tan cerca y su dulce voz...

Al moverme un poco nervioso Cristal se despierta y me mira contrariada.

—¿Te encuentras bien?

—He soñado con Jo...

—¿Quieres contármelo?

—Sí, ha sido tan real Cristal... En el sueño he hablado con ella. Me ha dicho que sea feliz contigo, que eres la mujer merecedora de mi amor y que no me preocupe más por ella, que es feliz viéndome contigo.

Veo como una tímida sonrisa se dibuja en su cara. Sé que soñar con mi esposa y que le hable del sueño no es lo mejor para despertarse. Pero necesito contárselo.

—Estoy segura de que era una gran mujer que, hasta muerta, solo quiere que seas feliz.

—Sí que lo era, pero tú también eres maravillosa. No voy a compararos, nunca. Yo te quiero, Cristal, eres la primera mujer después de su muerte que me hace despertar de mi letargo. Ha merecido la pena esperar tanto tiempo para encontrarte. Ahora sé que quiero envejecer a tu lado, con nuestros hijos.

—Ryan, jamás he conocido a nadie como tú. Eres el hombre de mi vida...

Me abraza con lágrimas en los ojos, la estrecho entre mis brazos y ambos nos fundimos durante unos minutos en ese tierno abrazo que dice más que las palabras.

Ninguno puede conciliar el sueño hasta la hora de levantarnos, permanecemos en silencio, intercambiando caricias y miradas cómplices.

Capítulo 40

El día de mi regreso

Han pasado dos semanas y media de duro entrenamiento, mañana y tarde, aunque ha merecido la pena; parece que mi hombro va respondiendo, cogiendo la suficiente fuerza

para poder lanzar de nuevo, sino como antes, al menos para que los tiros sean certeros. El entrenador me ha dado permiso para jugar. Estoy nervioso, esperando en los vestuarios, haciendo mi ritual como en cada partido. Siempre llevo una foto de mi esposa, solo que esta vez Cristal, al saberlo, ha impreso también una que se han hecho ella y Jo. Las meto en mis medias y después de estar relajado un rato, en silencio, salgo al campo. Sé que hoy es un día muy especial para todos. Para Cristal es su primer partido, para Jo el segundo y espero que esta vez no ocurra lo mismo que en el anterior. Para mí, es mi vuelta después de una gran lesión. Pero además, la prensa se ha hecho eco de mi reincorporación y, ya a la entrada del estadio, me han perseguido con multitud de preguntas a las que no he respondido.

Llega la hora de salir al campo; después de relajarme y santiguarme un par de veces, hago mi reaparición, con el resto de mis compañeros. El público se pone en pie en el momento en el que salgo. Saludo satisfecho por lo que supone este grato recibimiento y, una vez que me siento en el banquillo, busco a mi familia. Todos han venido, incluso Adam. Cuando los localizo, sonrío a mi chica y a mi hija. Ellas agitan sus manos con energía y les dedico una bonita sonrisa.

Comienza el partido; en muchas ocasiones he sido el abridor³, pero en esta ocasión el entrenador prefiere reservarme.

El partido está muy igualado, todos estamos un poco nerviosos y yo estoy deseoso de poder debutar de nuevo. Cuando llega mi turno, salgo al campo y respiro hondo. Concentrado solo en lo que tengo que hacer, en mi primer intervención utilizo un lanzamiento recto de cuatro costuras⁴. El bateador me mira con cara desconcertada. En el segundo lanzamiento, vuelvo a repetir el mismo tiro y él sigue fallando. Al tercer lanzamiento, me la juego. Siempre

me ha salido bien y es el lanzamiento que en muchas ocasiones nos ha dado la victoria; se trata de un lanzamiento quebrado con bola de nudillos⁵. Me dispongo a lanzar, pienso en Jo, en Cristal y mentalmente se lo dedico. El bateador, nervioso por el tiempo que me estoy tomando, falla el tiro y así conseguimos ganar el partido.

Una vez concluido, después de que los chicos me hayan manteado por mis acertados lanzamientos, todos nos dirigimos a los vestuarios, satisfechos por el gran partido que hemos dedicado a nuestras familias y aficionados.

El vestuario es una fiesta, estamos muy cerca de clasificarnos entre los primeros y el entrenador, tras una larga charla, pues serán sus últimos partidos en nuestro equipo, nos deja ducharnos.

Ajeno a todo lo que en esos instantes está aconteciendo en el exterior del estadio, me ducho tranquilamente. Cuando salgo, mis compañeros casi han abandonado el vestuario, pero Adam se encuentra en él con cara seria.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto confundido.

—Quería contarte lo que ha sucedido después de que entraras en los vestuarios, quiero que lo sepas antes de que salgas.

—¿Y por qué no ha entrado mi padre o Cristal? ¿Qué ha pasado? ¿Están todos bien?

—Todos están más o menos bien, tu padre un poco nervioso y han tenido que darle una tila. Verás..., la prensa ha venido a nuestro encuentro, imagino que conocen a tus padres y a tu hermana. El caso... —hace una pausa, respira hondo y con cara de incrédulo le insto para que siga—. Nos han atosigado a preguntas, han averiguado que Cristal es tu pareja y le han preguntado sobre su embarazo.

—Imagino que ella no habrá respondido—comento sin saber muy bien adónde nos lleva esto.

—El caso es que Cristal, ni ninguno de nosotros, se ha pronunciado; pero ha aparecido una mujer, Gianna creo que ha dicho que se llama. Ha asegurado que el hijo que está esperando Cristal no es tuyo...

—¿¡Qué!? ¡Eso no es posible!

—Sí, como te lo cuento. Lo siento, Ryan, he intentado desmentirlo pero ella asegura que es cierto. Te puedes imaginar el revuelo que se ha organizado. La prensa está esperando fuera. Tus padres están disgustados y Cristal no para de llorar. Necesitaba decírtelo antes de que salgas. Quiero preguntártelo, creo que somos casi familia, ¿es cierto?

Miro a mi alrededor, ya no hay nadie en el vestuario, y con voz baja, casi susurrándole, le respondo.

—Es complicado, te lo contaré todo en casa, pero ahora necesito que Cristal entre al vestuario. Tengo que hablar con ella.

—Lo intentaré.

Sale de nuevo y me deja solo, envuelto con una toalla anudada a la cintura y maldiciendo a Gianna. No pensé que fuera a llegar tan lejos, pero debo actuar lo antes posible.

Me visto y, sin salir del vestuario, espero nervioso a Cristal, necesito hablar con ella antes de decir o hacer nada. Pero antes de que ella llegue, el entrenador aparece.

—Acabo de enterarme, Ryan, creo que lo mejor es que te mantengas al margen de especulaciones, solo quieren desprestigiarte. Hazme caso, sal y ve a celebrar la victoria con tus familiares, sin importarte lo que esa mujer haya dicho.

—Está ofendiéndome y faltando al respeto a Cristal —expongo, sabiendo que, aunque es la verdad, nadie tiene por qué saberlo.

—Lo sé, pero seguramente sea una loca perturbada...

—Era una gran amiga mía, hasta que empecé a salir con Cristal.

—Una mujer despechada... —expone pensativo.

—En efecto, ella estaba enamorada de mí y no acepta nuestra relación.

—Sigo pensando que es mejor no darle más bombo a la noticia por el momento. Quizás sea bueno que en unos días te pronuncies, pero antes de actuar deberías pensar muy bien lo que vas a decir, sabes que si empiezas a hablar con la prensa, serás un objetivo fácil. Yo me mantendría callado...

—Tengo que decidirlo con Cristal, ella también es la afectada.

—Me imagino, está esperando fuera. Le diré que pase...

—Gracias, Frank.

—Nos vemos mañana, Ryan.

El entrenador sale por la puerta y aparece Cristal, con la cara desencajada y rota por el dolor que imagino le ha causado la declaración de Gianna.

—Cariño, ¿cómo estás?

—No muy bien... ¿Por qué ahora? —pregunta nerviosa.

La estrecho entre mis brazos, solo quiero que se sienta protegida, que olvide todo por un momento y se centre en relajarse.

—No lo sé, quizás porque sabía que hoy habría prensa... Pero no te preocupes, he pensado...

—Quizás sea mejor que siga yo sola con este embarazo...

La miro sorprendido por sus declaraciones y subo su barbilla para que me mire directamente a los ojos.

—Eso no se te ocurra volver a decirlo, Cristal. Yo tomé una decisión y, le pese a quien le pese, este bebé —digo acariciando su barriga—, es nuestro hijo.

—Pero...

—No hay peros que valgan, cariño. Solo tenemos que pensar en cómo contraatacar contra ella. El entrenador me ha dicho que no me pronuncie ahora y creo que eso será lo mejor por el momento.

—¿Estás completamente seguro? Eso puede arruinar tu reputación.

—No del todo, pero no sé qué otra cosa más hacer.

—Yo tampoco...

—Será mejor que nos vayamos a casa. ¿Cómo están mis padres?

—Bastante disgustados, tu padre estaba un poco taquicárdico; Cath estaba

con él y se ha calmado. Adam ha dicho que se llevaba a toda la familia con él.

—Perfecto, intentaremos salir desapercibidos hasta casa, luego pensaremos qué podemos hacer.

Con mi gorra del equipo puesta salimos del vestuario escoltados por algún compañero que, tras lo sucedido, ha querido arroparme. Llegamos al coche entre flashes y preguntas que ni siquiera escucho por lo nervioso que estoy y arranco deprisa, haciéndome sitio entre los periodistas que no cesan en su empeño de conseguir una exclusiva.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando nos adentramos en las calles aledañas a nuestra casa.

—Un poco más tranquila. Ryan, no quiero arruinar tu carrera ni tu vida...

—No estás arruinando nada, por favor, eres mi pareja y Ethan es nuestro hijo, no quiero que se te olvide nunca —contesto molesto. Yo he tomado una decisión y quiero que ella tenga claro que, por nada del mundo, voy a cambiar de opinión.

—Te quiero y sobre todo quiero darte las gracias por seguir queriéndonos, pese a lo que hemos provocado.

—No es culpa tuya sino de esa malnacida que pensé que era mi amiga, pero está claro que no lo era; de haber sido así, no habría dicho nada.

—Está enamorada de ti, es una forma desesperada de intentar conseguirte.

—Lo único que ha conseguido es que me aleje para siempre de ella. No voy a parar hasta que esté lejos de nuestras vidas. Es una arpía y voy a quejarme al colegio de Jo. Ella no tiene una plaza fija.

—Ryan, es mejor no darle más importancia.

—Ella ha empezado. No sabe con quién se la está jugando. No suelo ser una persona vengativa, salvo cuando atentan contra mis seres queridos. Lo siento Cristal, pero voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que la expulsen del colegio.

—Creo que no deberías, pero es tu decisión.

—Llegados a este punto, cariño, lo siguiente será malmeter a Jo. Ella tiene mucho poder sobre nuestra hija, se quieren demasiado y estoy seguro de que no dudará en echar más leña al fuego con tal de hacernos daño.

—Si es así, entonces te apoyaré en todo lo que decidas.

Al llegar a casa, la prensa está apostada en el jardín, decido meter el coche en el garaje y acceder a nuestra casa por el acceso interior.

Mis padres están aún muy afectados; cuando me ven se abrazan a mí y yo solo puedo expresarles toda la entereza que aún guardo, para que se tranquilicen.

—Todo estará bien, os lo prometo.

—Hijo, nosotros solo queremos que seáis felices, sabes lo que opinamos de tu decisión, la respetamos y estaremos a tu lado, siempre.

—Gracias, os quiero —digo de nuevo abrazándoles—. Adam, eres parte de nuestra familia, por eso voy a confiar en ti. Espero que no nos traiciones.

—Tienes mi palabra, eres el hermano de mi novia, si te traicionara se lo haría también a ella.

—Gracias. Lo que Gianna ha dicho es cierto a medias. Yo no soy el padre biológico de Ethan, pero sí voy a ser su padre, desde que supe que Cristal estaba embarazada hasta que me muera, seré su padre.

—Eso es muy loable de tu parte. Entonces, ¿qué vas a hacer con las declaraciones de Gianna? Te apoyaré en todo lo que decidas.

—Aún no lo sé, tengo que pensarlo, pero debo hacerlo con rapidez antes de que esa bruja siga vertiendo mierda en esta familia.

—Papi, ¿Gianna es mala? —pregunta mi hija, que acaba de aparecer.

—Sí, ha dicho cosas muy feas de papá y mamá.

—Entonces no puedo perdonarla, ya no la quiero.

—Tienes razón, no podemos perdonar lo que ha hecho. Ahora, vamos a comer algo; después, con el estómago lleno, pensaremos qué hacer.

—Ryan, me gustaría acostarme un rato, no tengo hambre y estoy muy cansada.

—Pero cariño...

—Deja que descanse, después comerá, ¿verdad hija? —interviene mi madre y acepto a regañadientes.

—Sí, gracias, Aby —responde.

—¿Te acompaño? —inquiero.

—No, por favor, come, lo necesitas para recuperar fuerzas.

—Gracias, mi amor.

La comida resulta extraña para todos, apenas hablamos, solo lo necesario, y la ausencia de Cristal hace que apenas tenga ganas de probar bocado. Recogemos la mesa y me ausento para ir a verla. Antes de entrar en la habitación, escucho su suave llanto y acelero el paso.

Sin decir nada, me tumbo a su lado, rodeo su cintura con mis brazos y pongo mi barbilla encima de su cuello.

—Por favor, no llores. Me mata verte así.

—Lo siento, no puedo controlarlo... Siento que esto no debería ser así, no quiero que te pase nada; tampoco quiero que, cuando Ethan sea mayor, alguien le diga que no eres su padre...

—Eso no pasará.

—No puedes controlarlo todo, Ryan.

—Tienes razón, pero ahora mismo vamos a salir ahí afuera y voy a hablar con la prensa, desmentiré las declaraciones de Gianna. Adam está dispuesto a ayudarme. Le diré que lo haga. No sé cómo, pero él es médico. Quizás pueda intervenir...

—¿Estás seguro de que quieres hacer eso?

—Lo estoy...

—Te quiero, Ryan. Gracias por ser tan maravilloso.

—Yo también te quiero, pero tú has cambiado mi vida, es lo menos que puedo hacer por ti y por nuestra familia.

—Gracias.

Permanecemos en la cama unos minutos, Cristal se ha calmado y yo deposito en su cuello dulces besos conciliadores. Jo aparece con cara triste y se tumba a lado de ella.

—Mami, ¿estás bien?

—¿Mami? —pregunta Cristal.

—Sí... —responde mirando a Cristal con ternura.

—Te quiero cariño, ahora ya estoy muy bien —responde ella.

—Yo también te quiero, mami. ¿Puedo tocar tu barriga? —dice mirándome, pues tengo mis manos rodeándola—. Quiero hablar con mi hermanito.

—Claro, cielo —responde Cristal, y yo aparto despacio mis manos de ella.

—Ethan, sé que estás ahí. Soy tu hermana mayor, Josephine, aunque todos me llaman Jo. Sabes... yo no quería que fueras un niño, pero ahora me da igual, solo quiero un hermanito con el que poder jugar y al que poder cuidar. Te voy a querer mucho, muchísimo...

Posa su cabeza encima de la barriga de Cristal y de repente se levanta como un resorte.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta.

—Tu hermanito se ha movido.

—¿De verdad? ¡Ha sido alucinante! —expone con cara incrédula—. Seguro que quería chocar su mano con la mía. ¿Puedo probar de nuevo?

Cristal le agarra la mano y se la coloca en la barriga, al cabo de un rato, el bebé vuelve a moverse y Jo sonrío emocionada.

—¡Está chocando conmigo! Mi hermanito es el mejor...

Cristal agarra mi mano y la posa al lado de la de Jo, todos permanecemos

expectantes hasta que de nuevo Ethan se mueve y esta vez puedo sentirlo.

En estos momentos todas mis preocupaciones se han desvanecido, poder sentir cómo se mueve es una experiencia maravillosa. Los tres sonreímos felices.

—Es la primera vez que siento cómo se mueve —expone Cristal emocionada.

—Tendrá hambre... —le digo.

—Tienes razón, voy a bajar a comer algo.

Nos levantamos de la cama y, junto con Jo, bajamos al salón donde mis padres, un poco más tranquilos, charlan con Adam y Cath.

—Adam, necesito hablar contigo.

—¿En privado?

—No es necesario. Quiero hacer una declaración a la prensa. Voy a desmentir las acusaciones de Gianna; sé que son ciertas, pero ella no tiene ninguna prueba y yo te tengo a ti, que eres el ginecólogo de Cristal. Me gustaría saber si se te ocurre alguna forma de dar más credibilidad a mis palabras.

—Déjame pensar...

Adam, se mantiene en silencio unos minutos que a todos se nos antojan eternos y, de repente, una sonrisa ilumina su cara.

—Se me ocurren varias opciones, os las expondré y, si no os convencen, podemos seguir pensando.

—Perfecto, dispara —le digo.

—Podrías decir que llevabais tiempo buscándolo, nadie tiene por qué saber que vuestra relación ha sido posterior, que yo llevo siendo vuestro ginecólogo desde el principio...

—Podría valer...

—También puedo afirmar que, aun habiéndolo buscado por el método

natural, Cristal no se quedaba embarazada y acudimos a la inseminación, pero que tú eres el donante.

—No, eso no me convence. Me gusta más la primera opción. Creo que da más credibilidad y no se pone en entredicho que sea mío. Si decimos que ha sido por inseminación, estoy seguro de que habrá quien piense que no soy el padre de todas formas.

—Tienes razón.

—¿Estarías dispuesto a afirmarlo delante de la prensa?

—Por mi familia, lo que haga falta.

—Gracias, Adam. Pues vamos allá.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —me pregunta Cath.

—Sí, aunque aún me queda un pequeño detalle. Mamá, ¿podemos hablar en privado?

—Por supuesto, hijo.

Mi madre y yo subimos a su habitación ante la expectación de toda la familia. Cierro la puerta y suspiro.

—Hijo, habla que me tienes en ascuas.

—¿Te acuerdas del anillo que me diste cuando pedí la mano de Jo?

—Por supuesto, aquí lo tengo —dice cogiéndolo de su joyero—. Pero..., no entiendo...

—Mamá, delante de toda la prensa, voy a hacer lo que tenía que haber hecho hace unos meses: pedir a Cristal que se case conmigo.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de nada. ¿Crees que estoy actuando bien?

—Hijo, sabes que lo que tú decidas, siempre me parecerá lo correcto. Nunca me he metido en tus cosas y solo he cuestionado una decisión en tu vida, la de no aceptar a tu hija a su debido tiempo.

—Lo sé, y no creas que no me pesa cada día. Pero nunca perdiste la esperanza.

—Nunca hijo, sé cómo eres y sabía que, tarde o temprano, acabarías viendo lo mismo que toda la familia veía. Que siempre has tenido una hija estupenda, como su madre, y que se merecía tener un buen padre. Ahora mismo estoy muy orgullosa de ti por todo lo que después de ese momento has hecho con tu vida.

—Gracias, mamá —le digo estrechándola entre mis brazos.

—De nada, hijo. Ahora ve a poner orden antes de que esa arpía siga malmetiendo contra esta familia.

—Ahora mismo.

Cojo el anillo, lo guardo en el bolsillo y bajo rápidamente las escaleras. Me dirijo a la cocina, donde Cristal está recogiendo los platos y la agarro de la mano.

—Quiero que estés a mi lado delante de la prensa. ¿Te parece bien?

—Por supuesto...

Salimos al salón; miro a Adam, que besa a Cath, y los tres salimos a la puerta de casa.

Capítulo 41

Las declaraciones

Cristal y yo, cogidos de la mano, nos paramos tras la puerta de casa. Los periodistas comienzan a hacernos fotos y miles de preguntas, pero yo no voy a responder a ninguna. Voy a hacer mi exposición y después, volveremos todos a casa.

—Buenas tardes, todo el mundo que me conoce sabe que nunca he vendido mi vida privada a ninguna revista. Es más, creo que es la primera vez y será la única que esté aquí, delante de todos vosotros. Pero hoy, unas declaraciones han alterado por completo mi vida, pero sobre todo la de mi familia; por ello, solo quiero desmentir las declaraciones de la señorita GiannaHitsman. Pero antes de nada, quiero aprovechar para hacer las cosas bien. Cristal, mi vida no ha sido un camino de rosas, tampoco voy a quejarme, pero desde que perdí a mi esposa hasta que te conocí, estuve perdido. Ahora, el momento más feliz del día es cuando estoy junto a ti, porque es en ese instante en el que todo es paz y armonía. Me das esa seguridad que necesito para afrontar las adversidades y mantenerme en pie, has conseguido que vuelva a soñar con tener mi propia familia. Te quiero y me gustaría que me concedieras el honor de, en un futuro no muy lejano, ser mi esposa, sellando así para siempre nuestro amor.

Saco el anillo del bolsillo, tomo su mano y se lo pongo despacio, observando cada uno de sus gestos que, por un momento, se han quedado congelados.

—¿Qué me dices, cariño? —le pregunto un poco nervioso.

Después de unos minutos en los que todos los periodistas permanecen callados y lo único que se oye es el sonido de las cámaras lanzándonos fotografías, Cristal dibuja una bonita sonrisa y asiente.

—Sí, quiero casarme contigo.

Nos fundimos en un beso apasionado que sella al fin nuestro amor. Un aplauso generalizado se oye entre todos los asistentes y, después de saborear

el momento, me despego de ella para continuar hablando.

—Una vez hecho esto, quiero que conozcáis nuestra versión de los hechos. Adam Randal, ginecólogo y pareja de mi hermana, podrá corroborar mi historia. Es cierto que Cristal y yo llevábamos una relación en secreto desde hace un tiempo, pero ella es una mujer muy tímida y no quería que nadie supiera de su existencia. Un día le dije que me gustaría ser de nuevo padre y ella aceptó sin poner ningún impedimento a mis deseos. Lo estuvimos intentando durante unos meses, acudimos a la consulta de Adam en busca de algún tratamiento, pero al final no hizo falta; después de mi lesión, ella me dijo que estaba embarazada. A grandes rasgos esa es nuestra historia. Adam, ¿te importaría corroborar mi historia?

—Por supuesto, todo lo que Ryan Halt ha dicho, es cierto. Cristal es mi paciente y ellos vinieron a mi consulta, ante la imposibilidad de quedarse embarazada. Le di un par de meses de plazo para comenzar con una terapia de fertilidad, pero no hizo falta; ella se quedó embarazada por el método natural.

Cristal está nerviosa, pero le estrecho la mano con fuerza para intentar infundirle tranquilidad.

Miles de preguntas se escuchan pero solo voy a responder a una que realmente aclara un poco más la situación.

—Señor Halt, ¿por qué cree que la señorita Gianna Hitsman ha declarado que el hijo que esperan no es suyo?

—Para intentar hacerme daño; es una mujer resentida, a la que rechacé en varias ocasiones y que, por despecho, se ha inventado esa sarta de mentiras que solo ella se cree. Que no dude que voy a emprender acciones legales contra ella por calumnias. Ahora, si nos disculpan, no vamos a hacer más declaraciones. Agradezco su paciencia. Muchas gracias. Que tengan una buena tarde.

Las preguntas siguen llegando pero Adam, Cristal y yo nos adentramos en la casa, más tranquilos por lo acontecido.

Cath abraza a Cristal de inmediato al ver el anillo en su mano. Sé que tengo que explicarle que era de mi anterior esposa, espero que no se moleste,

pero no tenía otro anillo; además, era de mi madre y de la madre de mi padre. Es como una tradición familiar.

Mis padres, más tranquilos, nos dan la enhorabuena y Jo se une a la celebración. Observo a Cristal que, de vez en cuando, mira su mano y suspira. Espero que esté segura de su respuesta.

Tras celebrarlo con champán, pues la ocasión así lo requiere, mi teléfono comienza a sonar. Se trata de Andrew. Imagino que habrá visto la noticia.

—Hola, Andrew —contesto.

—Hola, Ryan. Lo primero de todo es darte la enhorabuena amigo, aunque me tienes confundido...

—Gracias, es largo de contar. Solo quería desprestigiar a Gianna tras sus calumnias.

—Eso imaginé. ¿Estáis en casa? A Em y a mí nos gustaría ir a veros, si no es mucha molestia, y charlar un poco.

—Sí, estamos en casa, podéis pasaros.

—Pues estamos allí en una hora.

—¡Perfecto!

Sé que tengo que contárselo a Andrew, pero tengo un poco de miedo de que al final alguien meta la pata y se sepa la verdad. No por el hecho en sí, sino porque no quiero que nadie de mi familia sufra. Sumido en mis pensamientos, Cristal se acerca y me agarra de la mano.

—¿Podemos hablar? —me pregunta y veo dudas en su cara.

—Por supuesto; subamos a la habitación, estaremos más cómodos.

Agarrados de la mano, en silencio, llegamos a nuestra habitación; ella se sienta en la cama y me hace un gesto con su mano para que haga lo mismo.

—Cristal, yo...

—¡Shhh! Déjame hablar—hace una pausa, respira hondo y continúa—. Nunca pensé que sería más feliz, pero me gustaría saber algo...

—Si es por el anillo, era de mi madre, pero sí, Jo lo llevó antes que tú.

—No es por eso, aunque agradezco que me lo hayas contado. ¿Estás seguro de que quieres volver a casarte? No soy muy amiga de ceremonias.

—Tranquila, lo organizaremos a tu gusto, pero si lo has pensado mejor y no quieres casarte, lo entenderé.

—Estoy hecha un lío, la verdad. Nunca pensé que llegaría este momento, pero realmente quiero sellar nuestro amor, para siempre. Aunque quiero que estemos seguros. Es una decisión muy importante, no quiero que tu proposición haya sido provocada por las declaraciones de Gianna.

—Te quiero y sé que eres la mujer de mi vida. Si he tardado tanto tiempo en pedirte que te casaras conmigo, ha sido porque tenía miedo; sé que es difícil de explicar, pero a veces me sentía como si estuviera traicionando a Jo. No tiene sentido, lo sé, pero hasta el sueño que te conté, no me había dado cuenta de que tengo que dejarla marchar para siempre y, aunque ella siempre será parte de mi vida, tú eres mi presente y mi futuro.

—Gracias por ser tan sincero conmigo, siempre.

—Quiero serlo y que tú lo seas también.

—Pues siéndote sincera, antes de escucharte tenía miedo de no estar a la altura de Jo, sé que todos la quisisteis mucho y... —la interrumpo, quiero que tenga claro lo que siento por ella.

—Cariño, no tienes nada que temer; como ya te he dicho, por fin he podido pasar página y tú eres mi vida, la mujer que amo y con la que quiero estar por el resto de mis días.

Me arrodillo a su lado, la tomo de la mano y vuelvo a pedirle matrimonio.

—Cristal Montgomery, ¿me harías el honor de ser mi esposa? Prometo amarte y respetarte todos los días de mi vida. Ayudarte en las adversidades y criar juntos a todos los hijos que la vida quiera darnos.

—Sí, quiero ser tu esposa. Pero, ¿quieres tener más hijos?

—Al menos uno más, una niña. Pero tiempo al tiempo.

Ella sonrío y me besa con dulzura. Jo llama a la puerta y, tras hacerle pasar,

nos mira con cariño.

—Papi, mami, estoy un poco aburrida, ¿podemos jugar a algo?

—Claro cielo —contesta Cristal—, ¿a qué quieres jugar?

—Podemos jugar al ahorcado.

—Me parece muy buena idea, Cristal y yo bajamos ahora mismo, ¿vale?

—Gracias, papi.

Jo vuelve a desaparecer y, después de permanecer unos minutos cruzando nuestras miradas con adoración, bajamos para estar con toda la familia.

Hasta la llegada de Andrew y Em, jugamos con Jo. Reconozco que nos ha venido a todos bien desconectar por un momento de lo acontecido.

Andrew me estrecha entre sus brazos dándome la enhorabuena.

—¡Tío, eres mi héroe! Vaya discurso...

—No es para tanto, solo dije lo que sentía.

—Sigues siendo un *crack*. Pero hay algo que no entiendo...

—Ven, tomemos una cerveza.

Lo llevo hasta la cocina donde, después de servirnos una cerveza, tomo aire y, decidido a contárselo, me siento en la mesa.

—Andrew, eres mi mejor amigo, solo te pido que esto no salga de estas cuatro paredes, bueno, puedes contárselo a Em, pero por favor, te pido discreción.

—Ryan, me estás asustando...

—Gianna tenía razón en parte. No soy el padre biológico del bebé de Cristal. Cuando empezamos la relación, ella estaba embarazada. Una mala noche que bebió demasiado y ni siquiera se acuerda de nada, ni sabe quién es el padre. Empecé a salir con ella sabiéndolo y siempre he querido hacerme cargo de este bebé. Será mi hijo aunque no sea yo quién lo haya creado, nadie más tiene que saberlo. ¿Cuántos matrimonios hay que ni siquiera el padre sabe que sus hijos no son suyos?

—La verdad, Ryan, me dejas sin palabras. Eres la mejor persona que jamás he conocido, y tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo. Me alegro de que me lo hayas contado. No obstante, te apoyaré siempre en lo que decidas y, como veo que ese capítulo de tu vida lo tienes más que claro, dime lo que puedo hacer para atacar a esa víbora de Gianna. Porque imagino que confiaste en ella y te ha traicionado.

—En efecto, ella era mi amiga, me pidió una explicación y quise ser sincero, pero no sabía que podía salirme el tiro por la culata.

—Tranquilo, tu defensa ha sido de lo más creíble. ¿En qué puedo ayudarte?

—Voy a encargarme personalmente de que ella tenga su merecido. Voy a intentar que la expulsen del colegio de Jo.

—¿Estás seguro?

—Sabes que no soy una mala persona, ni rencorosa, ni vengativa, pero lo que ha hecho no tiene nombre.

—Tienes razón. Amigo, te ayudaré en lo que necesites.

—Gracias.

Regresamos con todos al salón y pasamos una tarde entretenida con toda la familia. Mi madre se encarga de hacer la cena para todos y, después de cenar, Andrew y Em se marchan. A continuación también lo hacen Adam y Cath; esta última casi se ha instalado de manera definitiva en casa de Adam.

Acostamos a Jo y, después de que mis padres se marchen a dormir, Cristal y yo nos quedamos en el salón charlando.

—Cariño, sé que todo ha sucedido muy deprisa, pero mi mente no deja de funcionar y me gustaría casarnos cuanto antes. Tu embarazo aún no está muy avanzado y estoy seguro de que querrás que así sea.

—Ryan, ¿sabes que estás loco? Pero por eso me enamoré de ti, porque eres diferente a todos los hombres que he conocido en mi vida.

Me acerco a ella y la beso con pasión. Durante unos minutos nos perdemos en el sofá a nuestros deseos y caricias, hasta que la cojo en brazos, ella se

deja llevar y sonrío.

—Pronto no podrás con nosotros; además, no quiero que te lastimes el hombro. Bájame...

—Seguro que sí puedo, apenas eres un peso pluma... Por cierto, no has respondido a mi pregunta de antes. Quiero que nos casemos cuanto antes.

—No me importa la fecha, solo quiero que sea una boda íntima. Ni siquiera voy a invitar a mis padres.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, nuestra relación murió hace años, ya te lo dije.

—Quizás...

—No, Ryan. No quiero que ellos tengan nada que ver con tu maravillosa familia...

—Está bien, si eso es lo que deseas, así será.

—Gracias, creo que lo mejor será casarnos cuando termines la temporada. Aún quedan unos partidos y me dará tiempo a comprarme un bonito vestido y a organizar la ceremonia, aunque sea íntima. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. Lo dejo en tus manos, yo solo me encargaré de comprarme un bonito traje para estar a la altura de mi futura esposa.

Ella sonrío ladina, me besa con fervor y, durante unas horas, ambos nos perdemos al deseo carnal de nuestros cuerpos y a lo que sentimos cuando estamos juntos.

Capítulo 42

Volviendo a la normalidad

Han pasado unas semanas desde que Gianna hizo las declaraciones en la prensa. Parece que todo ha vuelto a su cauce, la prensa ya no nos persigue y hemos podido recuperar nuestras vidas.

En cuanto a esa arpía, después de las declaraciones y pedir a Cristal que se casara conmigo en público, no ha vuelto a hacer más declaraciones, aunque aún no he conseguido que la expulsen del colegio. Creo que va a ser bastante difícil, pero al menos he hablado con la directora y le he exigido que no se acerque a mi hija.

Dentro de un mes aproximadamente, Cristal y yo nos daremos el sí quiero, que hará que nuestra relación se formalice por completo.

Cath y ella se están encargando de los preparativos, se realizará en nuestro jardín, no seremos más de treinta personas y la oficiará el párroco de nuestra iglesia. Lo que aún no hemos decidido es el viaje de novios. Le he pedido a Cristal que me deje encargarme a mí. He pensado en preparar un viaje familiar aunque aún estoy pensando el sitio; Disney World, en Orlando, estaría fantástico, pero aún sigo mirando hoteles y fechas de disponibilidad.

Se acerca el fin de la temporada, solo nos quedan tres partidos. Tengo ganas de terminar, aunque debo admitir que voy a echar de menos a Frank. El nuevo entrenador está ya entrenándonos en últimos partidos y Frank le está dejando tomar algunas decisiones para que vaya tomando contacto con el equipo.

Hoy, como todos los días desde que me he recuperado, voy a recoger a Cristal a la clínica y después pasamos por el colegio de Jo a buscarla.

Cuando estamos esperando en la puerta, Gianna sale, me mira y se acerca a nosotros. Mi cuerpo se tensa con solo verla.

—¡Eres un cerdo mentiroso!

—Y tú una amargada que solo disfruta intentando estropear la vida de los

demás. Yo solo he defendido a mi familia, a mi futura esposa y a mi nuevo hijo. He hecho lo que tenía que hacer porque les quiero. Ahora, si no tienes nada más que decir, haz el favor de apartarte de mi vista.

—¡Os deseo lo peor!

—Te deseamos lo mismo para ti —responde Cristal, que hasta ese momento se ha mantenido callada.

Al marchar Gianna, Cristal me mira y sonrío.

—Creo que he sido bastante elegante, ¿no crees? —inquire.

—Cariño, la más elegante —respondo sonriendo.

Esperamos a que aparezca Jo, que sale acompañada de su profesora.

—¿Tienen cinco minutos para hablar conmigo? —nos pregunta.

—Por supuesto.

La acompañamos a la clase de Jo, lo sé porque ya he estado cuando fue la presentación del curso escolar, y la profesora la incita a jugar.

—Jo, cielo, ponte a pintar, los adultos tenemos que hablar.

—Está bien —responde malhumorada. No entiendo su actitud, pero imagino que tenga que ver con lo que la maestra quiere contarnos.

—Usted dirá —comento para que empecemos de una vez por todas.

—El motivo de hacerles llamar es porque Jo ha insultado a una profesora. Le ha dicho una palabra muy fea.

—No me diga más, GiannaHitsman.

—En efecto.

—Lo siento, pero no sé si ha visto la prensa hace unas semanas, ella hizo unas declaraciones bastante ofensivas contra nuestra familia, y más concretamente contra el hijo que esperamos. Hemos pedido al colegio que no se acercara a mi hija, puesto que parece que todas las aportaciones desinteresadas que yo hago a esta institución y las mensualidades que yo abono para la educación de mi hija, no son lo suficiente sustanciosas para

despedirla.

—Tengan en cuenta que no se puede despedir a una persona solo porque le haya ofendido.

—Esa es su manera de ver las cosas —interviene Cristal—, nosotros no le hemos hecho nada, Gianna está enamorada de mi futuro esposo y, por despecho, se ha dedicado a decir una sarta de mentiras para desprestigiarlo. Creo que este colegio podría tener en cuenta eso. Si nuestra hija ha insultado a esa profesora, no le faltaban motivos. No voy a decir que me parezca bien, pero tampoco voy a castigarla por lo que ha hecho.

—Tendré que hablar con la directora ante su actitud —responde la profesora muy seria.

—No hará falta. Yo mismo voy a hacerlo de inmediato. Es más, el curso está casi finalizando, pero mi hija no continuará sus estudios en este colegio, dado que parece ser que así lo desean y por supuesto, mis generosas aportaciones también desaparecerán.

La maestra se queda inmóvil, sin saber muy bien qué decir. Cristal y yo nos levantamos y llamamos a Jo.

—Cariño, nos vamos...

—Papi, yo le dije una palabra muy fea a Gianna porque me dijo que Ethan nunca sería mi hermano. Lo siento...

—Aquí tiene la prueba de los hechos. Si una cosa caracteriza a mi hija es que no es una mentirosa. Sin embargo, esa profesora a la que defiende es una pésima profesional y una manipuladora que aún sigue intentando hacernos daño. Esto no quedará así. Ahora mismo voy a hablar con la directora.

Salimos sin recibir una disculpa de la maestra. Imagino que es amiga de Gianna y nos dirigimos al despacho de la directora. Está abierto y, tras pedir permiso, entramos.

—Buenos días, Ryan. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Buenos días, Gloriam. La maestra de Jo nos ha dicho que ella le había dicho una palabrota a Gianna. Lo que esta no ha dicho es que primero empezó Gianna. No estoy dispuesto a que se acerque más a mi hija. Como

veo que no queréis hacer nada o voy a creer que no puedes mantenerla alejada de mi hija, la decisión es muy fácil. Mi hija abandonará este colegio, en cuanto me sea posible su cambio.

—Ryan, espera... No tomemos decisiones precipitadas...

—Entonces haz lo que tenías que haber hecho cuando vine a hablar contigo.

—Hablaré con Gianna e intentaré que se vuelva a San Francisco. Te lo prometo.

Gloriam fue compañera de mi esposa en la universidad. Gracias a ella nos conocimos. Mi mujer dio clase en este colegio, por eso me apena tomar esta decisión, pero no me queda más remedio si no pone fin a esta lucha.

—Tienes dos días Gloriam. Si el viernes no has sacado de nuestras vidas a Gianna para siempre, todas mis aportaciones y mi hija desaparecerán de este colegio.

—De acuerdo.

Cristal y yo salimos de su despacho y recogemos a Jo, que estaba esperando fuera, jugando.

—Vamos nenita. Tenemos que comer y esta tarde no tengo entrenamiento; quizás después de hacer los deberes podamos salir los tres a dar un paseo.

—¿No estoy castigada? ¿Podemos ir al parque?

—No cariño, Gianna empezó, tú solo te defendiste. Claro que iremos al parque.

—No quería decir una palabrota, pero Ethan —dice tocando la barriga de Cristal con ternura—, es y será siempre mi hermano. ¿A que sí?

—Por supuesto, cielo —comenta Cristal emocionada, estrechándola entre sus brazos.

—Gianna es mala, pero antes no era así, ¿por qué?

—Nenita, a veces la gente cambia por las situaciones. Sabes que Gianna quería estar conmigo, y como yo elegí a Cristal, a ella no le sentó bien, por

eso quiere hacernos daño.

Jo se queda pensativa, imagino que intentando asimilar lo que a grandes rasgos le he descrito.

—Papi, yo antes la quería, pero ahora ya no la quiero.

—Así debe ser...

Nos montamos los tres en el coche, las chicas me ponen el disco de los OneDirection y yo tarareo con ellas algunas de las canciones que, de tanto oírlas, ya me suenan.

Después de comer, Jo se pone con los deberes mientras Cristal se acuesta un poco, hoy Ethan está bastante inquieto; imagino que tantas emociones juntas le están pasando factura.

A las seis de la tarde, después de terminar los deberes, Jo y yo subimos a la habitación a despertar a Cristal. Antes de hacerlo la observamos. Esta preciosa, con sus manos apoyadas en su vientre, y suspiro dichoso de poder compartir el resto de mi vida con ella.

—Cariño, vamos a tomar un vaso de leche para ir al parque. ¿Te apetece venir o prefieres quedarte descansando?

Abre los ojos despacio y sonrío al vernos a los dos apostados a su lado, observándola.

—Voy con vosotros, dadme unos minutos para desperezarme —comenta estirando sus brazos y bostezando.

—Cristal, ¿Ethan está bien? —pregunta Jo un poco confundida.

—Sí, cielo. Hoy está revoltoso, pero es normal, ahora se mueven mucho, más adelante tendrá menos espacio.

—Tengo ganas de verlo.

—Ya queda menos, nenita. Todos queremos conocer al pequeño Ethan. Estoy seguro de que se parecerá a su preciosa mami.

—Sí, me gusta mucho tu pelo Cristal, pelirrojo...

—Y con pecas... —digo acariciando sus pómulos.

—Seguro que Ethan tiene pecas... —se ríe.

—Chicos, las pecas nos hacen más interesantes...

—En eso estoy de acuerdo —digo besando sus labios.

—¡Ya vale! —nos regaña Jo.

Sin mediar palabra, miro a Cristal y ella me entiende. Comenzamos a besar a Jo, cada uno en una mejilla, y ella comienza a revolverse.

—¡Jolín! Sois unos pesados —protesta, pero no se aparta ni un milímetro de nosotros, que seguimos dándole cientos de besos.

—Sois los mejores papis del mundo, pero sois un poco pegajosos —indica, y Cristal estalla en carcajadas.

Los dos nos contagiarnos y tumbados en la cama, nos reímos sin sentido, pero felices de poder hacerlo.

—¿Nos vamos ya? —inquire Jo.

—Sí, ve bajando. Ahora mismo lo hacemos nosotros.

Jo me hace caso y, tumbado de lado en la cama, apoyando mi cabeza en la mano doblada, observo a la que en breve será mi esposa, embobado.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En que pronto serás mi esposa y que yo también tengo ganas de conocer a Ethan, tenerlo entre mis brazos... Cuando cogí por primera vez a Jo, solo sentía rabia... A veces pienso que fui un egoísta por privar a mi hija de su padre durante tres años.

—En esta vida cometemos errores, pero como dice el dicho, rectificar es de sabios y tú ahora eres el mejor padre del mundo.

—Al menos lo intento y estoy seguro de que con Ethan, voy a resarcirme; no voy a cansarme de cogerlo.

—Creo que al final tendremos más de una pelea. Los bebés se acostumbran pronto a los brazos. Lo cogeremos lo justo.

—¿En serio? —le pregunto incrédulo—. Ya lo veremos.

Tiro de ella para que se levante y ambos bajamos a tomar un vaso de leche, en mi caso un café, para después salir al parque.

El tiempo acompaña y vamos paseando. Cristal y yo nos sentamos en un banco, observando como Jo comienza a jugar con los niños que allí se encuentran, y dejo volar mi imaginación. Pienso en qué pasará dentro de unos años, cuando Jo ya sea una pequeña mujercita, Ethan esté jugando en el parque y otra hija a nuestro lado.

—Por tu cara de alegría, imagino que lo que estás pensando es muy satisfactorio.

—Nos imaginaba dentro de unos años, con Ethan jugando como ahora lo hace Jo, su hermana mayor pendiente y una pequeña Cristal.

—Nunca llamaría a mi hija como yo.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No sé, pero creo que cada uno tiene su momento. No sé si me explico. Si llamas a tu hijo como tú, al final acabará robándote el nombre.

—En eso te doy la razón. ¿Cómo llamarías a nuestra hija?

—¡Pero si aún estoy embarazada de Ethan! Ni siquiera puedo pensar más allá.

—Vamos Cristal, imagínatelo... —le incito.

Cierra los ojos, me coge la mano y durante un tiempo permanece callada.

—Nuestra hija, me gusta mucho Madison. Es rubia y tiene los mismos ojos azules que su padre y su hermana Jo. Tiene tan solo meses. Nuestra hija mayor la tiene en brazos mientras observa a su hermano Ethan y a su prima Mía, jugando con otros niños. Jo nos sonríe al vernos besarnos en este mismo banco. Cath y Adam esperan un hijo varón que nacerá en breve. ¿Qué te parece?

—Me parece que para no imaginarlo, lo has descrito de maravilla. Madison es un nombre muy bonito...

—Gracias, guapo. Ahora creo que va siendo hora de irnos. Jo mañana tiene clase y nosotros obligaciones...

—Tienes razón, ¡Jo, cariño, nos vamos! —le digo. Ella no protesta, se despide de sus nuevos amigos y cantando, regresa a nuestro lado hasta casa.

Capítulo 43

Días antes de la boda

Apenas quedan unos días para el gran día. Nuestro jardín está ya adornado y provisto de una pequeña carpa en la que se celebrará la ceremonia y después, el consiguiente banquete. Cristal se ha encargado de alquilar un *catering* acorde para la ocasión, seremos treinta invitados. Solo familiares y amigos. He intentado en un par de ocasiones que Cristal invite a sus padres, pero ella se ha negado, por lo que he respetado su decisión.

Debo admitir que estoy muy nervioso. No esperaba estarlo, ya he pasado por una boda, aunque no será lo mismo; solo deseo que esta vez sea para siempre.

Mi hija será la encargada de portar los anillos y las arras. Cristal, mi madre y Cath se han encargado de sus trajes y el de mi pequeña. Cath será la madrina, está emocionada. Cuando se lo pedimos no se lo creía, pero entendía que si mi padre era el padrino, Cristal debía ser la encargada de elegirla, y quiso que fuera ella.

Estoy deseando ver su vestido, ella alardea de que es sencillo y a la vez, perfecto; no lo dudo, lo han elegido entre las dos y ellas tiene un fantástico gusto en lo que a ropa se refiere.

Mi último partido ha sido un éxito, hemos conseguido quedar entre los cinco primeros, recuperando así tres puestos en la clasificación. Es verdad que otros años hemos conseguido clasificarnos en mejor puesto, pero el equipo ha notado mi ausencia, sobre todo los primeros meses de mi lesión, perdiendo varios partidos.

Hoy tenemos consulta con Adam y después, este me acompañará al sastre que me ha recomendado para ultimar mi traje, junto con mi padre.

Como cada vez que acudimos a la consulta, Cath es la primera en su revisión. Está de veintiséis semanas. Se tumba en la camilla y comienza su exploración.

—Veamos cómo está hoy Mía —expone Adam, pasando el ecógrafo por la

barriga de Cath.

Después de unos minutos para la imagen, supongo que para tomar las medidas y el peso que la máquina le proporciona.

—Mi niña está perfecta, como su madre.

De nuevo su momento de intimidad que Cristal y yo dejamos que suceda. Se besan con ternura, sin importarles que estamos nosotros dos, y Adam limpia con cuidado la barriga de Cath para después besarla.

—Te quiero, Adam —expone Cath, dejándonos atónitos a Cristal y a mí. Desde que llevan saliendo, nunca antes le había oído decirselo.

—Yo también te quiero, Cath; eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Como si estuviéramos en una película de amor, Cath se incorpora y Adam se arrodilla.

—Estaba esperando el momento propicio, pero no puedo esperar más. Cath, como Ryan y Cristal, quiero formalizar nuestra relación; sé que eres la mujer que siempre he buscado, quiero que juntemos nuestras vidas en una sola y criemos a Mía como sus padres. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Mi mente se ha quedado en blanco, me parece un poco surrealista que le pida matrimonio en la consulta. Cristal me mira también atónita. Ambos esperamos la respuesta, que parece no querer salir de la boca de Cath.

—Cath, dime algo. Lo que sea... —expone nervioso.

—Adam, yo... te quiero, pero no estoy preparada para volver a casarme, ¿lo entiendes?

Éste resopla un poco contrariado y asiente.

—Como quieras, pero al menos dime que te vendrás a vivir definitivamente a mi casa cuando nazca Mía.

—Adam, ¿podemos hablarlo en privado?

—Ellos son nuestra familia, quiero que lo sepan también...

—Cath —intervengo—, mi casa es tu casa, pero entiendo a Adam; al igual

que yo hice con Cristal, quiero compartir todo mi tiempo con ella, él quiere estar junto a vosotras. Ve a vivir con él.

—Ryan tiene razón, amiga —expone Cristal—, pienso que para Mía sería importante que formalizarais vuestra relación con una boda, es lo más apropiado. Entiéndeme, sé que quizás no estés preparada para una gran fiesta, pero podéis acudir con un par de testigos al ayuntamiento, sin ceremonias...

—Gracias a los dos por decidir por mí —expone malhumorada.

—Creo que será mejor que dejemos el tema —comenta Adam con voz decepcionada—. Cristal, ¿subes a la camilla?

—Sí, por supuesto—ella le dedica una bonita sonrisa, compadeciéndose de la escena que acabamos de vivir; Cath se viste y sale de sala.

—Está enfadada, será mejor que le dejemos su espacio. La conozco bien —indico contrariado. Quizás hemos insistido demasiado.

—Chicos, veamos a Ethan —comenta Adam para intentar cambiar de tema, aunque su semblante sigue serio y está tenso.

Realiza la misma operación que con Cath y después, fija el ecógrafo en un sitio fijo.

—Aquí tenemos a este grandullón. Está estupendo, va a ser un niño grande. Para estar de veinticuatro semanas, está creciendo mucho.

—¿Pero es normal? —le pregunto un poco asustado.

—Por supuesto, eso indica que será un bebé de mayor tamaño que el resto, pero no es problema. Todo está bien, Ryan. No te preocupes.

—Gracias.

—Cristal, ahora vístete, te peso y a la sala. Mientras te vistes, voy a ver a Cath, ha salido sin pesarse.

Nos deja solos, miro a Cristal y sonrío. Que nuestro hijo esté por encima de la media me alegra. Aunque tampoco quiero que sea un niño obeso.

—Espero que arreglen el problemilla. Quizás nos hemos interpuesto cuando deberíamos habernos mantenido al margen —comenta Cristal.

—Tienes razón, pero no quiero que después se arrepienta. A Cath le cuesta mucho tomar decisiones, pero tiene que empezar a darse cuenta de que la vida son dos días, que hay que arriesgarse. Se quieren, no sé qué le impide casarse con Adam.

—Quizás quiera, pero teme que si da ese paso demasiado pronto, luego no sea el acertado.

—¿Lo dices por experiencia? —inquiero.

—Ya sabes que me costó un poco decidirme, pero ahora lo tengo muy claro. Quiero ser tu esposa y permanecer el resto de nuestra vida juntos, como una familia.

—¿Sabes que eres la mujer más sexy y a la vez más maravillosa que he visto embarazada? —rodeó su cintura y la atraigo hacia mí para besarla, pero ella se zafa de mis labios.

—¿Solo embarazada? —pregunta intentando poner cara seria.

—Eres preciosa, pero embarazada estás muy sexy.

—Sé que no debo preguntarte, porque Jo era guapísima. Solo hay que ver a tu hija, es su viva imagen. Pero necesito saberlo...

—¿Qué quieres saber? —le pregunto un poco confundido.

—¿Le decías las mismas cosas que a mí?

—¿Quieres que sea sincero?

—Por favor...

—Ni una cuarta parte, ella era muy bella, pero casi nunca le decía lo preciosa que era, lo enamorado que estaba... Contigo es diferente, me he dado cuenta de que tengo la necesidad de decirte que te quiero, que eres la mujer de mi vida, quizás sea para intentar enmendar mis errores del pasado, ni yo mismo lo sé, pero no voy a dejar de hacerlo nunca.

Sin decirme nada se lanza a mis labios. La estrecho con más fuerza hacia mí y nos fundimos durante segundos en un beso lleno de sentimiento, nuestras lenguas se unen en un baile sensual y a la vez cargado de pasión. Hasta que aparecen Adam y Cath, esta última carraspeando para que nos

separemos.

—¡A pesarse! —exhorta Adam.

Primero es el turno de Cath, Adam la mira un poco molesto.

—Cath, debes cuidar más tu alimentación, has cogido casi tres kilos en un mes.

—¿Y qué más da? Al que no le guste que no me mire —responde malhumorada.

Denoto que siguen enfadados, esta vez ni Cristal ni yo decimos nada.

—Es tu turno, Cristal.

Se sube al peso y Adam le sonrío.

—Un kilo, estupendo. Sigue así...

—Gracias, Adam.

Cath le mira enfadada e intuyo que esto solo nos va a traer más problemas. Menos mal que las chicas van a ir a comprar ropa para los bebés mientras nosotros nos probamos el traje. Mi madre y Jo se unirán a ellas. He quedado en el taller del sastre con mi padre.

Los cuatro salimos de la sala anexa a la consulta. Adam se sienta un momento, escribe algo, imagino que lo referente a la evolución de las chicas, y después se quita la bata.

—Ya podemos irnos...

—¡Perfecto! —exclamo.

En el momento en que llegamos al aparcamiento, Cath se tensa. Sospecho que no quiere ir con Adam y, para que no haya problemas, me adelanto.

—Si queréis yo me voy con Adam directo al sastre y después, cuando terminemos, os llamamos para ver dónde estáis. ¿Qué os parece?

Cristal arruga la cara, pero al final entiende mis intenciones.

—Claro, será lo mejor —expone.

Me despido de Cristal con un suave beso y Cath se monta en el coche sin ningún miramiento.

—Nunca la había visto tan enfadada —comenta Adam ya en el coche.

—¡Es de armas tomar! Así somos toda la familia, salvo que ya sabes que, por lo general, a los hombres el enfado se nos pasa enseguida. Sin embargo a ellas les cuesta mucho más.

—Tienes razón. Pero yo solo quería que nuestra relación diera un paso más. Ryan, yo la quiero y sé que es la mujer de mi vida. ¿Por qué ella no quiere?

—Ha pasado por un divorcio recientemente, se ha aventurado a tener un bebé, te ha conocido y está enamorada de ti. Son muchas cosas en poco tiempo. Dale espacio, estoy seguro de que acabará casándose contigo. Ella es una mujer que siempre hace lo correcto. Cuando lo piense detenidamente se dará cuenta de que es lo más adecuado para los dos.

—Eso espero...

Intento cambiar de conversación para que el humor de Adam mejore y enseguida lo consigo, hablando de béisbol. Es un gran seguidor de los Red Sox y le prometo que la próxima temporada le firmaré una camiseta y le conseguiré el bate de uno de mis compañeros firmado por él.

—Tío, te juro que te llevo a la luna si me lo consigues. Tú y Rich sois mis dos jugadores favoritos. Cuando hablo con algún amigo y digo que casi soy tu cuñado, alucinan.

—Me alegro. Bueno ya hemos llegado. Ahora a probarse el traje.

—¿Estás nervioso?

—Demasiado, cuando me casé con Jo, no lo estaba tanto...

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida.

—Entonces no lo entiendo.

—Créeme, no lo entiendo ni yo, pero tengo ganas de que pase todo.

Además, solo Cath y tú sabéis lo del viaje, espero que le guste la idea.

—Ha sido un detalle que nos incluyáis a todos. La pega es tener que ir en coche, pero yo creo que es mejor que el avión, para el avanzado embarazo de nuestras chicas.

—Por eso tenía que preguntártelo y además porque quería que dispusieras de los días libres para acompañarnos.

—Gracias tío...

—Eres de la familia, Adam, aunque no haya un papel de por medio. Tú también te portaste muy bien conmigo cuando Gianna hizo esas declaraciones, era lo menos que podía hacer...

—Para eso estamos. ¿Preparado? —pregunta ya dentro de la tienda, cuando el sastre amigo suyo hace su aparición. Mi padre está sentado esperándonos. Lo saludamos y respiro hondo.

—Hijo, siempre tarde... —replica mi padre.

—La culpa es del tráfico —expone Adam.

—Ya...

—Buenas tardes, Ryan, pasa conmigo. Espero que después de los últimos retoques el esmoquin haya quedado a tu gusto —dice Henry, el sastre y dueño del taller.

—Buenas tardes, seguro que sí.

Me meto en un pequeño probador, el esmoquin está colgado de una percha, con la camisa y una pajarita. Comienzo a desnudarme y a ponérmelo un poco nervioso. Cuando concluyo, salgo del probador y mi padre sonrío satisfecho.

—Pasa por aquí, Ryan —me indica para que me ponga delante del espejo.

Al mirarme, sonrío, me queda como un guante y sé que a Cristal le va a gustar, de hecho era la idea que tenía de mi traje, por eso lo he elegido así, aunque ella no lo sabe.

—Ryan, te queda estupendo —expone Adam, que lleva un traje claro de pantalón y chaqueta.

—Sí, hijo. Te hace un gran hombre.

—Gracias, padre, gracias Adam.

Voy a estrecharle entre mis brazos pero el sastre me lo impide.

—No, quiero que siga intacto hasta el día de la boda. Visto que está perfecto, puedes quitártelo y venir a buscarlo el día antes. Estará recién planchado y preparado para que ese día permanezca impoluto durante toda la celebración.

—Gracias, Henry. Ahora toca el del padrino.

Me meto en el vestuario y, cuando salgo cambiado, Henry aparece con el traje de mi padre en el mismo color negro.

Mi padre repite la misma operación que yo y sale, aunque a él le quedan un poco largas las mangas y el sastre le mira con cara de disgusto.

—Vaya, este pequeño contratiempo lo arreglo ahora mismo —coge alfileres y lo dobla un poco contrariado—. Estará listo para dentro de dos días, no se preocupe. Si no, se lo regalo.

—Será mejor que no lo arregle —comenta mi padre con guasa, pero Henry no se ríe—. ¡Es una broma, hombre!

—No me gustan las bromas, pero le aseguro que estará perfecto.

Mi padre regresa al probador negando con la cabeza por la actitud del sastre y se desviste con rapidez, pues enseguida sale.

—¿Ahora qué?—me pregunta.

—Nos vamos a ver dónde están las chicas.

—Vale, pero a mí no me tengáis mucho tiempo de tiendas que sabes que me agotan.

Adam y yo sonreímos. Llamo a Cristal y me indica que están en el centro comercial. Mi padre nos sigue con el coche y, después de encontrar aparcamiento, subimos a la cafetería en la que hemos quedado.

Tomamos café todos juntos; Cath parece que ha suavizado su carácter y

besa a Adam cuando se acerca a ella. Este la abraza y le susurra algo al oído, a lo que ella sonríe.

Mis padres deciden marcharse temprano. Cristal, Cath, Jo, Adam y yo nos quedamos toda la tarde en el centro comercial, eligiendo sillas para bebés y algo más de ropa.

Las chicas han comprado muchas cosas y Jo está entusiasmada de haber podido elegir la ropa de Ethan y Mía.

Cansados, nos dirigimos a casa, despidiéndonos de Adam y Cath que se marchan a su piso, imagino que para hablar y hacer las paces.

Capítulo 44

El gran día

Hoy es el gran día. Como manda la tradición y promovidos por mis padres, Cristal y yo hemos pasado la noche separados. Cath se ha quedado a dormir con ella en su piso.

La casa está llena de gente y hay un gran alboroto desde primera hora de la mañana. La boda se celebrará a la una de la tarde, por lo que desde las siete estoy despierto.

Todos estamos un poco nerviosos, Jo incluida. No deja de subir y bajar las escaleras porque se olvida de algo.

A las diez de la mañana, Cristal aparece en casa. Viene acompañada de una peluquera y una esteticista.

Tengo que cederle mi habitación y la sala de ejercicio se ha convertido en una peluquería improvisada para todas las mujeres, por lo que quedo relegado a la habitación de Jo, sin dejarme ni siquiera entrar a darle un beso.

Andrew y Em llegan a las once de la mañana; no dejo de dar vueltas por toda la casa, nervioso.

—Amigo mío, llegó el momento, ¿estás preparado?

—Sí, tengo ganas de que llegue la hora, pero parece que el reloj se ha parado. Cristal está arriba y yo estoy deseando verla.

—Hola guapo. Da mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia —expone Em, que viene con un bonito vestido largo, rojo de encaje, con un escote en la espalda que su marido no deja de acariciar. Está guapísima y su excelente figura hace que el vestido le quede de maravilla.

—Em, estás preciosa...

—Gracias, una ocasión especial, merece ponerse las mejores galas. Voy a subir a ver a la novia, si me permitís.

Mi madre baja justo en ese momento con Jo, ya están peinadas y ella

maquillada. Mi hija solamente tiene un pequeño brillo de labios que imagino que habrá sido idea suya, porque le encanta jugar a maquillarse, pero no la dejamos que se pinte.

—Papi, mira, me han pintado las uñas —expone emocionada enseñando sus manos.

—Nenita, además estás muy guapa peinada. ¿Cuándo vas a vestirte?

—Aún no, sino se pondrá a jugar y se le arrugará el vestido, Ryan, ¡por Dios!

—Madre, es que necesito que esto avance y parece que las horas van más despacio de lo habitual.

—Cuando te quieras dar cuenta, estás dando el sí quiero.

—Eso espero, porque me va a dar algo. Por cierto, ¿dónde está mi padre?

—En el jardín, ya sabes cómo es, tiene que supervisararlo él todo, ni que fuera ingeniero... —dice mi madre con sorna.

—Lo fue... —digo, porque ese era su trabajo.

—Por eso lo digo hijo... Pero es que no se puede estar quieto.

—Estará nervioso, como yo.

—Muy nervioso, en eso has salido a él. Por cierto, Andrew, estás muy guapo, pero debo admitir que tu mujer está despampanante.

—Ya sabes, las mujeres siempre brilláis más que nosotros en las bodas.

—En eso te doy la razón. Os dejo, que voy a buscar a Bruce. Hijo, deberías ir dándote una ducha y preparándote.

—Aún queda más de hora y media. Los hombres apenas tardamos en vestirnos...

—Lo sé, pero quiero que estés a la altura de tu futura esposa. Acabo de ver el vestido y, aunque es muy sencillo, estoy segura de que estará preciosa.

—No lo dudo...

Andrew y yo seguimos charlando con una cerveza en la mano cuando aparece Adam. También ataviado con su traje claro.

—¿Aun así, cuñado? —me pregunta.

—Sí, queda una hora. ¿Cuñado?

—Bueno futuro...

—¿Por fin te dijo que sí?

—Ayer, antes de marcharse a casa de Cristal.

—¡Enhorabuena, tío! ¡Qué gran noticia! —le estrecho entre mis brazos de forma amistosa y él me da unas palmadas en la espalda.

—¡Enhorabuena! —exclama Andrew repitiendo la misma acción.

—Ella lo va a anunciar luego, después de la boda. Así es que guardadme el secreto.

—¡Eso está hecho! Creo que voy a vestirme. No quiero llegar más tarde que la novia —expongo.

—¡No jodas! Los hombres no llegan tarde a la boda, eso solo las novias —dice Andrew.

Subo las escaleras riéndome. En el pasillo me encuentro a Cath, que sale de la habitación con un bonito peinado y también maquillada.

—Hermanito, es el gran día. ¿Estás nervioso?

—Mucho... ¿Qué tal Cristal?

—Ella está muy serena, me sorprende la entereza que tiene. Yo ya llevo dos valerianas y estoy atacada. Voy a darme una ducha rápida y a vestirme.

—Eso mismo iba a hacer yo.

—Si necesitas mi ayuda, estoy en la habitación de al lado.

—Lo sé, gracias, Cath.

Me meto en la habitación de Jo, que es la única que no tiene ducha propia, y salgo al baño del pasillo que tiene una instalada.

Durante unos minutos permanezco bajo la ducha, intentando que el agua relaje mi tenso cuerpo, pero apenas consigo que dicha tensión se disipe. Salgo, con la toalla anudada en la cintura justo cuando Cristal sale en dirección a nuestra habitación. Ella no me ve, pero yo puedo observar su peinado, un recogido dejando unos mechones rizados delante de su cara y con unas flores blancas en su rojizo cabello. Suspiro y consigo relajarme. Creo que era lo que necesitaba, poder verla antes de que todo esto empiece. Justo cuando va a cerrar, me ve, me lanza un beso y cierra de inmediato la puerta.

Sonriente, me meto en la habitación y comienzo a vestirme. Cuando solo llevo puesto los calzoncillos aparece mi padre, que está intentando anudarse la corbata.

—Hijo, haz el favor, no soy capaz de hacerme el nudo.

—Trae aquí...

No soy un experto, pero tampoco se me da del todo mal hacerlo, me la pongo al cuello y en un santiamén está hecho.

—Aquí está... No es tan difícil...

—Es que estoy muy nervioso...

—¡Ya fuiste el padrino de la boda de Cath!

—Y salió mal. No quiero gafaros. No sé por qué he aceptado.

—No digas tonterías papá, todo saldrá bien. Además, quién sabe, lo mismo pronto te toca serlo otra vez de tu hija.

—¿¡Qué!? ¿Va a volver a casarse?

—Yo no te he dicho nada —expongo al darme cuenta de que era una sorpresa—, eso creo...

—Tranquilo, no diré nada. Te dejo que te vistas... Estaré abajo hasta que tu madre me diga que tengo que subir para acompañar a Cristal.

—Gracias papá...

Mi padre sale de la habitación y, antes de cerrar la puerta, aparece Cath ya vestida. Lleva un bonito vestido color lila hasta los pies, plisado y palabra de

honor. Está realmente muy guapa.

—¡Vaya Cath! ¡Estás preciosa!

—Gracias, hermanito, tú en cambio en calzoncillos no me pareces nada sexy.

—¿De verdad que no te pongo nada?

—No seas idiota —dice dándome un manotazo—. Haz el favor de vestirme o llegarás tarde.

—Aún queda más de media hora.

—Lo sé, pero es que estoy atacada...

—Tranquilízate o mi sobrina va a salir antes de la cuenta...

—¡No fastidies! No me gustaría...

—¡Es broma!

—No bromees con eso y vístete ya...

Me visto ante su atenta mirada, que me pone siquiera más nervioso porque no para de golpear con la punta de su zapato en el suelo.

—Cath, por favor, para ya... Me estás poniendo muy nervioso.

—Lo siento... Ven aquí que te enderezo la pajarita —se coloca frente a mí, me la coloca y se queda admirándome —¡Madre mía! Estás guapísimo, Ryan.

—Gracias...

Mi madre llama a la puerta con Jo, ambas ya están también vestidas. Mi hija lleva un bonito vestido color rosa chicle y sus zapatos a juego, con su pelo hecho tirabuzones, con unas flores colocadas estratégicamente, como las de Cristal.

Queda menos de media hora y la habitación de Jo empieza a llenarse de gente. Em está con Cristal y Cath también se marcha para ver si necesita ayuda con el vestido.

Al final mi madre pone orden y, poco a poco, la gente sale de la

habitación, quedándome solo con Adam y Andrew.

Charlamos y, al mirar el reloj, solo quedan quince minutos para que sea la hora. Así es que mando a Adam para que vaya a buscar a Cath y me acompañe abajo.

Ella viene con una bonita sonrisa agarrada de su futuro esposo, lo besa y se zafa de su agarre para cogerse de mi brazo.

—¿Preparado, hermanito?

—Preparado y deseoso...

—Pues vamos allá...

Bajamos las escaleras, salimos al patio y toda la gente está ya dispuesta. La música suena cuando aparecemos Cath y yo. Paseamos por una alfombra roja hasta el altar.

—Buenos días, padre Rogg —saludo al párroco.

—Buenos días, Ryan. ¿Preparado?

—Sí...

Deseoso de que pasen los minutos que se me antojan eternos, por fin suena la marcha nupcial y Jo aparece lanzando pétalos de flores para dar entrada a Cristal, agarrada del brazo de mi padre. Está preciosa, con un vestido simple, de gasa con un lazo entre el pecho y la barriga, que no se disimula para nada. Apenas tiene cola y pueden observarse las sandalias blancas que calza. Lleva un pequeño escote y los tirantes son transparentes. Porta un ramo de calas blancas, con el recogido que ya había visto con anterioridad.

En cuanto cruza la mirada conmigo, sonrío y camina decidida con mi padre hasta llegar a mi altura.

—Estás preciosa —le susurro cuando mi padre me la entrega.

—Tú también estás guapísimo.

—¿Preparada?

—Sí.

El párroco comienza la ceremonia, entrelazamos nuestras manos y yo solo tengo ojos para mi futura esposa, a la que observo con admiración cada segundo.

Después de hablar de los valores del matrimonio y del respeto, comienza a preguntarnos.

—¿Sois plenamente libres para contraer matrimonio?

—Sí, lo somos —contestamos.

—¿Os comprometéis a amaros y respetaros durante toda vuestra vida?

—Sí, nos comprometemos.

—Manifestad, entonces, vuestra decisión de contraer matrimonio, estrechándoos la mano derecha, y expresad ante Dios y su Iglesia vuestro consentimiento matrimonial.

Hace una pausa y continúa.

—Ryan, ¿quieres recibir por esposa a Cristal y prometes serle fiel, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, amándola y respetándola durante toda su vida?

—Sí, quiero —contesto.

—Cristal, ¿quieres recibir por esposo a Ryan y prometes serle fiel, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, amándolo y respetándolo durante toda su vida?

—Sí, quiero —y sonrío de esa forma que me vuelve loco. Yo respiro aliviado al saber que apenas quedan unos minutos para que oficialmente sea mi mujer para siempre.

—El señor confirme el consentimiento que habéis manifestado delante de la iglesia y realice en vosotros lo que su bendición os promete. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre —hace un gesto para que Jo traiga los anillos, los toma de su mano y continúa—. Bendice, señor, y santifica el amor de estos hijos tuyos, y que estos anillos, signo de la fidelidad que se deben, sirvan para recordarles el amor que los une. Por Jesucristo, nuestro señor. Ryan, entrega esta alianza a Cristal como signo de tu amor y fidelidad.

Cojo su mano con dulzura, le coloco la alianza en su dedo con cuidado y le sonrío.

—Cristal, entrega esta alianza a Ryan como signo de tu amor y fidelidad —ella toma mi mano y coloca el anillo en mi dedo.

El cura prosigue con la ceremonia hasta que nos declara marido y mujer.

—Puedes besar a la novia.

Nuestros labios se juntan, sellando así nuestra unión, la música suena para dar fin a la ceremonia y comienzo a la fiesta.

Todo el mundo viene a felicitarnos, doy gracias de que haya poca gente. Agarro a Cristal de la cintura y no la suelto durante el tiempo en el que comienzan las fotos con los invitados.

—No voy a irme a ningún sitio —me susurra.

—Ya eres mía, para siempre —siseo.

—Ya era tuya hace mucho tiempo, solo que ahora ya es oficial...

Después de un pequeño reportaje de bodas con fotos, sobre todo familiares y alguna solos, damos paso a la celebración.

Al ser tan poca gente hemos decidido poner un *catering* en el que cada uno puede comer lo que desee, sin necesidad de sentarse en las mesas.

Los invitados, encantados, degustan los canapés y el resto de exquisiteces. Yo apenas pruebo bocado. Soy feliz.

—Papi, mami. ¿Os gusta esto? —dice Jo sacándose algo de la boca—. Está asqueroso.

Ambos nos reímos y yo la subo en brazos. Ella se ríe y me abraza.

—¿Sabes que eso no se hace, granuja?

—Lo siento, papi.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí. Ahora déjame bajar, no me avergüences...

Miro a Cristal que sonrío y la bajo.

Han venido algunos compañeros con los que me llevo muy bien, acompañados de sus hijos, y ella está jugando con ellos.

La ceremonia transcurre saludando y charlando con los invitados, hasta que Cath da unos golpes a su copa con una cuchara para que le prestemos atención.

—Bueno, como madrina de boda, me gustaría decir unas palabras. Cristal, te llevas a uno de los mejores hombres que he conocido, y no solo porque sea mi hermano, sino porque tiene un gran corazón y sabrá cuidarte como es debido. Hermanito, tú en cambio te llevas a una pedazo de mujer que no sé si te mereces... —todos los invitados se ríen y yo le saco la lengua—, ahora en serio. Cristal es una maravillosa mujer, y si alguien se merece ser feliz, sois vosotros. Sé que lo seréis y pronto, fruto de vuestro amor, conoceremos a Ethan. Solo espero seguir compartiendo con vosotros vuestra felicidad y seguir formando parte de esta maravillosa familia que tengo. Y, antes de concluir mi discurso, quería deciros que, como se suele decir, de una boda sale otra. Pues eso mismo, Adam y yo nos casaremos en breve, aún no hemos decidido la fecha, pero queremos que sea antes de que nazca Mía. Eso sí, será algo mucho más íntimo que esta boda. Gracias a todos por venir y prestarme unos minutos de atención. Ahora, que continúe la fiesta.

Durante todo el día, continuamos charlando y agradeciendo a nuestros invitados su presencia. A última hora de la tarde, cuando todos los invitados, a excepción de Andrew y Em, se han marchado, aprovecho para hablar.

—Familia, estaba esperando el momento adecuado para deciros que ya podéis ir haciendo las maletas. En dos días nos vamos todos a Disney World.

Jo comienza a dar saltos de alegría, mientras Cristal me mira embobada.

—¿Te gusta la sorpresa? —murmuro.

—Sí, pero ¿iremos en avión?

—No, está todo planeado. Tuve un poco de ayuda de Cath y Adam. Iremos en coche y pararemos a medio camino para dormir. Son casi veinte horas en coche, pero merecerá la pena pasar siete días en Orlando.

—Por supuesto.

—Papi, te quiero... —chilla Jo lanzándose a mis brazos.

—Yo también te quiero, nenita.

—¡Chicos, pasadlo bien! Nosotros nos vamos ya. A la vuelta nos enseñáis las fotos... —dice Andrew.

—Gracias tío, por venir y por ser un gran amigo; siento que no podáis venir, hubiera estado bien.

—Gracias a ti por invitarnos y hacernos sentir parte de tu familia, sabes que te quiero como a un hermano. Me da pena no poder ir, pero ya sabes que el trabajo me tiene últimamente bastante estresado. Aun así, gracias por contar con nosotros.

—De nada. Id con cuidado.

—Vosotros a ver lo que hacéis en la luna de miel —masculla riéndose.

—Haré lo que me deje mi esposa —contesto ladino.

—Ya veremos... —responde con una sonrisa pícaro.

Tras charlar durante unas horas y cenar las sobras de la boda, cada uno nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones. Adam se queda esta vez con Cath en nuestra casa.

Antes de entrar, cojo a Cristal y traspaso la puerta con ella en brazos.

—¡Estás loco! Vas a hacerte daño en el brazo, ahora peso más.

—Sigues siendo como una pluma, cariño. Ahora sí, hemos cumplido con el ritual de una boda.

—Creo que todavía nos falta algo —comenta lascivo.

—Tiene usted toda la razón, señora Halt.

Me acerco a ella, deseoso de compartir una noche inolvidable, que será el comienzo de nuestra nueva vida, como un matrimonio.

La noche se alarga demasiado, pero a ninguno de los dos nos importa, solo

queremos compartir nuestro amor y fundirnos en uno solo.

Capítulo 45

Disney Word

Al despertar, abrazado a mi mujer, me siento dichoso y feliz. Si miro hacia el pasado, hace un año no tenía a nadie y mi vida era tranquila; después sucedió la lesión y, gracias a ella, encontré el amor. Es difícil pensar que a veces las cosas malas suceden para que otras vengan y llenen nuestra vida de dicha.

Cristal se despierta por una suave caricia de mi mano en sus labios y me mira con dulzura.

—Buenos días, cariño.

—Buenos días, mi amor... ¿Has dormido bien? —le pregunto.

—Sí, salvo porque he dormido poco; ayer mi querido esposo me dio una de las noches más fantásticas de toda mi vida.

—¿En serio? —le pregunto dibujando una gran sonrisa.

—Totalmente, pero no se lo digas, no quiero que se le suba a la cabeza...

—Te guardaré el secreto... —contesto siguiéndole la broma—. Ahora voy a besarte, lo digo por si tu esposo tiene que saberlo.

Poso mis labios en los suyos despacio, pero poco a poco el deseo puede más que la paciencia y devoro su boca. La acerco a mí, su barriga choca contra mi abdomen y la acaricio lentamente.

—Sabes que te deseo, Cristal, pero tenemos que empezar a preparar las maletas para nuestro viaje...

—Creo que me he equivocado de esposo...

—¿Y eso?

—¿Desde cuándo un hombre deja a medias a su recién estrenada esposa?

—Cariño... Está bien, pero tiene que ser algo rápido, nuestra familia está a

punto de levantarse... No quiero hacerles esperar, sabrán lo que estamos haciendo.

—¿Y eso te avergüenza?

—Un poco...

—Mi duro jugador de béisbol se avergüenza porque su familia piense que unos recién casados estén haciendo el amor —se mofa.

Acaricia mi pecho y yo me deshago de mis pantalones con rapidez, le quito sus braguitas y la siento encima de mí. Ella se mueve despacio y la insto a que acelere sus movimientos. Mordisqueo sus pechos por encima de su precioso camisón de encaje. Ambos jadeamos porque nuestro juego está llegando al fin, en tan solo unos segundos estamos muy excitados, eso es lo que ella provoca en mí, mi pérdida de aguante cada vez que me acaricia el pecho con sus dedos. Poco a poco acelera más hasta que sus jadeos se hacen más intensos y siento que ya no puedo aguantar.

—Cariño, es la hora —mascullo entre dientes.

Ella aumenta sus movimientos y nuestros cuerpos se pierden una vez más a la explosión que juntos provocamos.

Me tumbo en la cama y la llevo conmigo. No hemos dejado de besarnos y de acariciarnos durante nuestro momento y ahora tampoco.

—¡Me vuelves loco!—le digo, retirando de su cara un mechón de pelo.

—Tú también a mí. ¿Sabes? Cuando te conocí, supe que me traerías problemas... Eras tan interesante y a la vez atractivo que ni siquiera sé por qué acepté el trabajo. Creo que porque con solo mirarte, volvía a sentirme viva.

—Cariño, puedo decir lo mismo. Me atraías, pero pensaba que una mujer como tú estaría casada...

—Ahora lo estoy —comenta mirando su alianza.

—Sí, conmigo, por siempre jamás.

—Por siempre jamás.

Unos golpes en la puerta nos sacan de nuestra burbuja. Me visto rápidamente y Cristal se pone sus braguitas, es lo único que le he quitado.

—Soy Jo, ¿puedo entrar?

—Sí, nenita —le respondo.

Jo entra en nuestra habitación como una exhalación y se mete en la cama.

—¿Cuándo nos vamos a Disney World?

—Cielo, mañana; además vamos en coche, tardaremos casi un día — responde Cristal acariciando su pelo.

—¿Tanto?

—Claro cariño, está lejos, además ni mami ni tía Cath debemos subir en un avión estando embarazadas, podría suceder algún contratiempo.

Ella nos mira un tanto confundida y se acurruca cerca de Cristal, acariciando su barriga.

—Ethan, no vas a poder ver Disney World, pero yo, cuando seas mayor, te lo contaré todo.

Cristal y yo nos reímos. La abrazamos y comenzamos nuestro juego, haciéndole cosquillas a las que, después de unos segundos, no puede soportar más.

—Parad, por favor...

Después de un rato más, le hacemos caso y los tres bajamos a la cocina. Mis padres, Adam y Cath están ya en la cocina, esperándonos para desayunar.

—Buenos días, pareja —saluda Adam.

—¿Y yo qué, tío Adam? —pregunta Jo un poco contrariada.

—No me has dejado acabar, iba a decir y a mi preciosa chica.

—¡Ah vale! —exclama ya contenta.

—Buenos días, familia —comentamos Cristal y yo al unísono.

El resto de la familia nos saluda y mi madre comienza a servirnos el café y la leche a cada uno. Ella ya sabe qué es lo que solemos desayunar, por eso no pregunta.

Tras un desayuno en familia, comenzamos con la tarea de hacer las maletas. He reservado una villa que consta de dos habitaciones de matrimonio, otra con tres camas y un sofá cama. Era lo más grande que he encontrado dentro del recinto del parque. Mis padres han optado por dormir con Jo, ella en la litera de arriba y mi madre y mi padre en las camas. Adam ha insistido en que a él no le importa dormir separado de Cath, pero al final lo hemos dejado así.

El día transcurre con normalidad, ajetreado y planeando con Jo lo que será nuestra visita a los diferentes parques temáticos.

A la mañana siguiente Jo, exaltada por el día que es, despierta a toda la familia.

Una vez tenemos todo en los coches, ponemos rumbo a Orlando. Tenemos casi veinte horas de viaje, hacemos varias paradas y, por la tarde, decidimos parar a pasar la noche en Charleston, Carolina del Sur, para mañana continuar nuestro viaje. Nos hospedamos en un hotel y, como aún es temprano para cenar, damos una vuelta por la ciudad. Mis padres deciden quedarse en el hotel y solo Adam, Cath, Jo, Cristal y yo paseamos observando la bonita ciudad.

Al anochecer, regresamos al hotel, cenamos algo y de nuevo nos acostamos para después madrugar y poner rumbo a nuestro destino final.

Jo esta vez duerme con nosotros, por lo que en cuanto parece que ve amanecer, nos despierta sin que la hora del despertador nos indique que es el momento de levantarnos. La comprendo, hoy es el gran día y está alterada.

—Papi, mami, ¿nos vamos ya?

—Cariño, tenemos que darnos una ducha primero, desayunar, esperar a los tíos y a los abuelos...

—Tengo ganas de llegar...

—Lo sé, nenita, pero piensa que estaremos seis días allí, tendrás tiempo para disfrutar de todas las atracciones y actuaciones del parque.

—¿Seguro? —me pregunta incrédula.

—Seguro...

Nos levantamos y, tras darnos una ducha y vestirnos, bajamos al bar del hotel donde Cath y Adam nos esperan. Mis padres no tardan mucho más tiempo en hacer su aparición y todos juntos desayunamos en el bufet libre para poner rumbo de nuevo a nuestro destino.

Después de seis horas, con tan solo una parada para tomar algo rápido e ir al baño, estamos en Orlando; nos dirigimos a la zona del complejo donde hemos reservado la villa, al Disney's Saratoga Spring Resort & Spa. Nuestro alojamiento es una pequeña casa apostada a diez pies del suelo con vigas de madera, a orillas del río Sassagoula. Después de registrarnos y dejar las cosas en la casa, al ser la hora de comer, decidimos hacerlo en el complejo.

Cada minuto que pasa, Jo está más alterada y apenas prueba bocado, regañándole toda la familia por ello.

Una vez que concluimos la comida, nos dirigimos al parque temático MagicKingdom, que también visitaremos mañana, por lo que hoy nos centramos en ver algunas actuaciones y dejar que Jo disfrute. Entramos en el castillo de la Cenicienta y ella no puede más que emocionarse al ver el BibbidiBobbidi Boutique, un lugar donde transforman a Jo en una pequeña princesa, pintada, maquillada y disfrazada para la ocasión.

Tras tomarle miles de fotos, para que pueda recordarlo, decidimos abandonar el parque antes de la hora de cierre; todos estamos cansados y los siguientes días serán agotadores.

Regresamos a nuestra villa, que ya de noche es majestuosa, con todo iluminado y con un barco que recorre el río y del que disponemos para dar un paseo, que seguramente haremos otro día, pues tras pedir una pizza al servicio del restaurante, todos nos marchamos exhaustos a la cama.

—Esto es precioso, mi amor —expone Cristal apoyando su cabeza en mi pecho.

—Lo sé, te lo mereces; bueno, nos lo merecemos todos, por eso estamos aquí.

—Nunca pensé que mi viaje de novios fuera algo así, pero estoy muy satisfecha.

—En verdad este no es nuestro auténtico viaje de novios... —le digo tras no poder aguantar más la sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando des a luz y hayan pasado unos meses, los suficientes para que Ethan pueda quedarse una semana a cargo de mis padres, tú y yo nos vamos a ir a Europa. ¿Qué te parece?

Se queda callada, con cara de emoción, sé que ella me dijo una vez que su mayor ilusión era visitar Europa, por eso quiero regalarle ese viaje.

—¿Estás bien? —le pregunto al ver que no responde...

—Sí, es solo que me has dejado sin palabras, sabes lo mucho que deseo visitar ese continente. Te quiero Ryan Halt, eres el hombre más maravilloso de todo el planeta.

Me abraza y me besa con pasión, pero ambos estamos agotados, por lo que acariciando su barriga y notando de vez en cuando algún movimiento de nuestro bebé, nos quedamos plácidamente dormidos.

Los días en Disney World se pasan deprisa, todo lo hacemos a contrarreloj, pues hay mucho que ver, aunque mis padres en alguna ocasión se quedan tomando algo y nos dejan que seamos nosotros los que disfrutemos de las atracciones, Jo, Adam y yo, pues Cath y Cristal apenas pueden subirse en la mayoría de ellas, debido a su avanzado estado. Pero disfrutan igualmente haciendo fotos y viendo las actuaciones.

Donde más disfrutamos los mayores es en el parque Epcot, pues recrean diferentes países como Reino Unido, Japón, México, China, Noruega, Alemania y Marruecos. Además hay pabellones espaciales y, al finalizar el día, el espectáculo de los fuegos artificiales es maravilloso.

El tercer día visitamos el Disney's Hollywood Studios, donde podemos ver actuaciones en las que los niños pueden participar. Jo, sin miedo escénico, participa en una de ellas ante la atenta mirada de toda la familia. Allí conocemos a muchos personajes de las películas de Disney con los que hasta Cristal y yo nos hemos fotografiado. Al atardecer, nos decantamos por dar un paseo en monorriel por el río Sassagoula.

Las dos siguientes jornadas, vamos cada día a los parques temáticos del agua; como Cristal y Cath apenas pueden deslizarse por los toboganes y estar en la piscina gigante de olas, el segundo día han decidido irse al spa que tiene el complejo donde nos hospedamos y solo Adam, mi hija y yo hemos acudido a este segundo parque. Mi padre ha querido quedarse en el complejo, visitándolo.

El día en el parque acuático es estupendo, Adam y yo disfrutamos casi tanto como Jo y al final, agotados, salimos antes de comer para reunirnos en el complejo con la familia. Por la tarde, paseamos por el lugar y nos acostamos temprano.

El último día lo pasamos en Disney's Animal Kingdom, disfrutando de la naturaleza, de los animales, de las atracciones y espectáculos relacionados con la naturaleza, quedando todos maravillados.

El último día de nuestro viaje, dejando atrás Orlando y su parque de atracciones, la idea es ir hasta Miami; aunque estamos agotados de los días que han precedido a esta visita, queremos conocer la ciudad. Lo primero que vemos es BabySide, un centro comercial situado en el puerto, un icono de la ciudad donde encontramos las tiendas típicas, pero con música en vivo. Allí comemos y por la tarde damos una vuelta por el resto de la ciudad. Acabamos cenando en Lincoln Road Mall, una calle peatonal con tiendas e innumerables restaurantes que nunca duermen.

Es una lástima no haber tenido más días para visitarla, pero como siempre digo, en cada viaje hay que dejar cosas pendientes para regresar algún día.

Estamos alojados en el emblemático hotel Biltmore, su estilo colonial me fascinó cuando lo reservé, Cristal y yo paseamos por los exóticos jardines.

—Ryan, este ha sido el mejor viaje de toda mi vida. Gracias...

—Cariño, por ti haría cualquier cosa. Todos necesitábamos este viaje, aunque estoy deseando conocer a Ethan y que avance nuestra vida para poder visitar Europa.

—Yo también lo estoy deseando, sobre todo conocer a este pequeñajo que no deja de moverse.

Acaricio con ternura su barriga, me quedo enfrente y la rodeo con mi cintura.

—Gracias por devolverme la vida, Cristal...

—Yo podría decir lo mismo...

Nos besamos y regresamos a la habitación, donde nuestra hija está dormida plácidamente. La observamos. Todos hemos disfrutado mucho del viaje, pero sin duda ella es la que más.

Capítulo 46

Regresar a nuestras vidas

Después del estupendo viaje a Disney World y el duro regreso para todos, toca volver a nuestras vidas. Cristal regresa a la clínica, como antes de casarnos, solo por las mañanas. Jo vuelve a su colegio, estos días ha estado ausente y han servido para que Gianna deje el colegio, gracias a mis peticiones. No me arrepiento de la decisión que tomé, se ha vuelto tóxica y no quiero a alguien así en nuestras vidas.

El nuevo entrenador, Arthur, nos ha citado hoy para hablar con nosotros y, aunque aún tenemos unos días libres, pronto retomaremos los entrenamientos.

Al llegar al estadio, me encuentro con mis compañeros, no todos, pues algunos han fichado por otros equipos; también hay nuevas incorporaciones. Tras las presentaciones, toca una charla por parte del entrenador, de su objetivo para la nueva temporada, que es llegar a posicionarnos entre los tres mejores de nuestro grupo. Algo que hace años no conseguimos, pero que con las nuevas incorporaciones y luchando duro, quizás podamos lograr.

Los días van pasando y nuestra vida continúa como antes de casarnos. Somos felices, compartimos nuestras tardes con Jo y con el resto de la familia. Adam y Cath vienen alguna noche para cenar con nosotros.

Cuando regresamos del viaje, Cath se instaló definitivamente en su piso y ya tienen fecha para la boda. Se trata del Día de Acción de Gracias. Irán al ayuntamiento, con familiares y amigos, haciendo así oficial su compromiso. Después, compartiremos juntos este día en la casa de los padres de Adam, a los que aún no conocemos, pero que, de una vez por todas, este fin de semana podremos hacerlo.

El embarazo de Cristal sigue su curso; en la última ecografía, ya con veintiocho semanas, Ethan sigue por encima de la media, pesa casi un kilo trescientos gramos y mide unos treinta y ocho centímetros. Sin embargo,

Cristal apenas va engordando un kilo por mes y Adam está muy satisfecho con la evolución de su embarazo. Cath es caso aparte, lleva ya nueve kilos y, aunque ella está en la semana treinta, ha engordado bastante. Adam la regaña, pero no puede evitar que coma todo lo que le apetece.

Con la llegada del fin de semana, los padres de Adam han organizado un encuentro con nosotros para conocernos antes del día de la boda.

Cath está de los nervios todo el camino hasta que llegamos al lugar indicado, donde Adam nos recibe de lo más desinhibido. La casa de los padres de Adam, Abigail y Michael, es espectacular. Tienen todo preparado en un gran salón. Las presentaciones son tensas pero enseguida mi madre y Abigail empiezan a hablar. Yo me gano la atención de Michael, que parece un loco también del béisbol, como Adam. Mi padre se une a la conversación y las mujeres ayudan a Abigail con los preparativos de la cena.

Adam es hijo único, por lo que su madre a veces sigue tratándole como a un niño.

—Mamá, por favor. No me avergüences —le recrimina una de las veces cuando empieza a contar algunos aspectos bochornosos de su vida.

—Adam, ya casi son nuestra familia, estas anécdotas son las que hacen conocer a la persona. ¿O quieres que Cath no sepa que su marido era un poco alocado cuando estudiaba?

—Abigail —la interrumpe Cath—, no hace falta que lo asegures, se le ve. Al menos ha cambiado. O eso espero.

Adam la mira asombrado por esa última declaración y se levanta de la mesa un poco hastiado. Sin pensar en nada más, me levanto para acompañarle.

—Tío, son mujeres, no les hagas caso.

—De verdad que mi madre a veces me crispa. ¿A qué viene contar esas cosas? Es pasado y sí, he sido un mujeriego, no lo niego, pero he conocido a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. ¿Por qué sigue dudando?

—Adam, tranquilo, son los nervios de la boda. Créeme, conozco a mi hermana, ya te dije que ella solo toma las decisiones si cree que son las

correctas, no se casaría contigo si no estuviera segura de que has cambiado.

—Entonces..., ¿a qué ha venido eso?

—Quizás solo quiera agradecer a tu madre...

—No sé..., necesito un respiro... Estoy agobiado... Y las dos mujeres más importantes de mi vida no me ayudan.

—¿Te apetece el lunes venir al entrenamiento? Es lo único que puedo ofrecerte para desconectar.

—Tengo turno en el hospital, pero el martes estoy libre y creo que no tengo muchas consultas, quizás pueda escaparme a las doce.

—Perfecto. Avisaré a seguridad de que vas a venir.

—Gracias, Ryan. No podría tener un cuñado mejor...

—Lo mismo digo —nos abrazamos justo cuando Cath aparece.

—Bueno, bueno... ¿Esto qué es? —pregunta con sorna.

—Chicos, yo regreso con mi esposa —les digo y les dejo espacio para que hablen.

Me siento al lado de Cristal, ella me mira y me regala una de sus bonitas sonrisas que se calan dentro de mi corazón con tanta fuerza que hacen que me sienta dichoso de tenerla en mi vida.

Me uno a la conversación, al rato regresan Cath y Adam con cara de felicidad. Sonrío, la verdad es que Adam es un gran hombre y sé que van a ser muy felices pese a que a veces ambos chocan, pero es normal. Reconozco que Cristal y yo de momento no hemos tenido ninguna pelea, pero imagino que ya llegarán, como todos los matrimonios. Lo importante es no dejar que trascienda.

Después de comer, pasamos también la tarde con ellos, Jo juega con los juguetes de Adam de cuando era pequeño. Son unos padres estupendos y me alegro por Cath.

Después de charlar un rato con Michael, busco a Cristal, está sentada en el porche, sola, pensativa y enseguida me acerco para ver si le ocurre algo.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

—Sí, me duele un poco la cabeza y he salido a que me diera un poco el aire, pero estoy bien, no te preocupes.

—Me preocupo porque tú eres mi vida, si te pasara algo...

—Ryan, por favor, no termines la frase...

—¿Qué te pasa, Cristal?

—Pensaba en mis padres, ni siquiera se han interesado por mí, estoy segura de que vieron la declaración; no sé, esperaba... ¿Sabes? Cath y tú tenéis unos fantásticos padres, Adam también... Yo...

—Cariño, mis padres son tus padres, te quieren como a una hija más y, si los tuyos han renegado de ti, es porque no te conocen, eres una gran mujer...

—Lo sé, pero quizás yo tengo la culpa de que no quieran saber más de mí. Les dejé muy claro que no quería saber más de ellos. A veces me arrepiento...

—¿Por qué no los llamas?

—Después de todo lo que ha pasado, no creo que sea lo correcto.

—Nunca es tarde, mi vida...

—Lo pensaré...

—Así me gusta, cariño. Ahora regresemos con todos, no quiero que cojas frío.

—Mi chico siempre tan protector. ¡Me encanta!

Le estrecho entre mis brazos y la beso con dulzura. Nos miramos y, sin poder evitarlo, acaricio su barriga. Es algo instintivo, necesito hacerlo cada vez que estoy a su lado.

—Tengo tantas ganas de conocerlo —le susurro mientras entramos.

—Yo no veo el momento... Aunque tengo miedo de no saber ser una buena madre...

—No lo tengas, ya lo eres. Solo hay que verte con Jo, el cariño que te tiene y cómo la cuidas y la proteges, para darse cuenta de que no tendrás problemas con Ethan.

—¡Uff! Pero Jo no es un bebé, tengo miedo de no saber cogerlo, amamantarlo, no sé, esas cosas de madres primerizas.

—Lo harás genial, ya lo verás cariño. Además, tendrás a Cath que te lleva dos semanas de antelación para que te explique.

—Ella está igual de aterrada que yo...

—¡Jajaja! Me gusta veros tan unidas.

—Y a mí, Em y ella son mis mejores amigas.

—Me alegra. De verdad. Em y Andrew son unos grandes amigos.

Al regresar a la charla, veo a mis padres cansados y decidimos poner fin a la visita. Cath y Adam se quedan un poco más, pero nosotros nos vamos.

Al llegar a casa, me toca cargar con Jo, que se ha quedado dormida en el coche. Decidimos acostarla, mañana tiene que ir a clase y, aunque no cene nada, ha merendado hace apenas una hora.

Mis padres deciden retirarse pronto a dormir después de cenar, Cristal y yo nos quedamos viendo la tele un rato hasta que ambos decidimos acostarnos, perdiéndonos a la pasión que nuestros cuerpos reclaman.

El día de la boda de Cath y Adam ha llegado; de nuevo todos estamos de celebración porque otro miembro de nuestra familia va a contraer matrimonio. En el ayuntamiento, Cristal y yo, acompañados de un amigo de Adam y su mujer, hacemos de testigos. En una rápida ceremonia, ya se han convertido en marido y mujer. Mi hermana ha elegido un vestido normal, pero está preciosa. La estrecho entre mis brazos antes de que todo el mundo se agolpe a felicitarlos y Cristal hace lo mismo. Después estrecho la mano de Adam y damos paso al resto de invitados.

En la casa de Michael y Abigail todo está preparado para la celebración. No somos muchas personas, cincuenta. En su jardín, gracias a que el tiempo

aún no es muy frío y a que han puesto unas carpas cerradas, podemos disfrutar del banquete de bodas.

Esta vez el discurso lo he preparado yo. Estoy nervioso, no se me da nada bien hablar en público, pero es mi hermana. La única que tengo y, cuando es el momento, comienzo.

—Querida hermanita, qué decir que no te haya dicho ya. Que eres una gran hermana pero mejor persona. Que te deseo todo lo mejor junto a Adam, un gran hombre que el destino puso por fin en tu vida, el hombre adecuado, porque te mereces ser feliz. Ambos os lo merecéis y gracias por estar siempre a mi lado, en los buenos, pero sobre todo en los malos momentos. Espero poder algún día recompensarte por todo. Te quiero, Cath, y os deseo a ambos toda la felicidad del mundo.

Cristal, emocionada e imagino que un poco revolucionada por sus hormonas, se limpia las lágrimas. Cath está igual y, cuando concluyo, me abraza con fuerza.

—Te quiero, hermanito. Gracias por ayudarme siempre, por hacerme ver lo importante de la vida y por estar también cuando más te necesitaba. Voy a echar de menos nuestras charlas.

—Sabes que me tienes disponible a la hora que necesites. Pero pronto Mía te necesitará más que yo.

—Gracias también por eso, si no hubiera sido por ti, nunca me habría arriesgado, ahora es lo mejor de mi vida junto con Adam y vosotros.

—Te lo mereces, ya te lo he dicho. Ahora baila conmigo, hermanita.

Ambos bailamos una canción que sé que le encanta y la he pedido para ella. Se trata de la canción *I want give up* de Jason Mraz. Cuando llega a la parte que más nos gusta a los dos, le susurro la letra:

And in the end, you're still my friend at least we didn't tend

(Y al final, sigues siendo mi amigo, al menos que no suelen estar ahí)

for us to work we didn't break, we didn't burn

(Para nosotros el trabajo es que no hemos roto, no se ha quemado)

We had to learn, how to bend without the world caving in

(Tuvimos que aprender, cómo ser flexibles sin los tropiezos mundiales)

I had to learn what I got, and what I'm not

(Tuve que aprender con lo que tengo, y lo que no)

And who I am

(Y quién soy yo)

...

—Ryan, te quiero, gracias por esta canción.

—Sabía que te encantaría y tenía que ser la canción que bailara con mi hermana. Yo también te quiero. Ahora, regresa con tu marido y disfruta de tu gran día.

Me besa en la mejilla y se va con Adam, Jo acude a mi encuentro con Cristal. Cojo a Jo en brazos y los tres bailamos el resto de canciones.

La celebración termina cuando los novios se marchan. Van a pasar una semana en Canadá, visitando Ottawa, Montreal y Quebec.

Cuando regresamos a casa, solo tengo en mente una cosa: quitarle ese precioso vestido que lleva Cristal y hacerla mía.

Esta vez los astros se alinean a mi favor y, cuando está en el cuarto de baño desmaquillándose y quitándose las horquillas del recogido, rodeo su cintura con mis brazos y beso su cuello, descendiendo lentamente por su espalda desnuda.

—Cariño, no sabes cuánto he deseado que llegue este momento. Estás preciosa, pero sin duda nunca más sexy que sin este vestido.

—¡Mmmm! Estoy agotada...

—¿De verdad? —pregunto girándola lentamente y quedando sus labios a

escasos centímetros de los míos—. ¿Vas a dejarme con las ganas? —inquiero lascivo.

—No, yo también te deseo. Ryan Halt eres el hombre más atractivo que conozco, pero cuando vistes con traje, ¡madre mía! Ni siquiera sé cómo he podido aguantar todo el día sin acosarte.

—¡Jajaja! Te quiero, cariño. Yo también he tenido que contenerme. Pero lo he hecho por Cath y Adam.

—Yo también te quiero.

Se lanza a devorar mi boca y desabrocho la pequeña cremallera que el vestido tiene desde el final de su espalda. Lleva un único tirante alrededor del cuello que quito con rapidez y la dejo solo con su minúscula ropa interior.

—¡Preciosa! —digo mordiéndome el labio inferior con deseo.

La cojo en brazos y la llevo hasta la cama, la deposito en ella y me voy desvistiendo ante su lasciva mirada.

Me entretengo más de lo normal y veo cómo comienza a agitarse cuando finalizo con mi calzoncillo. Estoy totalmente desnudo, ella aún lleva la ropa interior. Acaricio sus pechos por encima de la fina tela de su encaje y su cuerpo se estremece.

—Ryan, por favor...

—Cariño, no seas tan impaciente.

—Sabes que estoy totalmente hormonada y eso me hace sentirme excitada casi en cuanto me acaricias. No voy a poder aguantar.

—Lo harás.

Quito su sujetador y beso su cuello descendiendo hasta sus pechos, los lamo y succiono a mi antojo escuchando cada jadeo que se va haciendo más intenso cuando mi mano se mete entre sus braguitas y su pubis, introduciendo un dedo.

—Ryan, no por favor —me ruega.

—¿Por qué? —le pregunto un poco confundido.

—Quiero sentirte a ti...

Me deshago de sus braguitas y sigo jugando con mis dedos en su clítoris, sin llegar a introducirlos de nuevo.

—Ryan... —jadea ardiente de deseo.

—Aún no... —le respondo sabiendo que ahora mismo soy el dueño de su cuerpo.

Sigo jugando con ella unos minutos más, sé que está al borde de la locura con cada caricia, pero esta vez quiero ser menos complaciente y que su orgasmo le lleve a la mismísima gloria.

Al notar cómo su cuerpo se tensa, me tumbo encima de ella, sujetándome con los brazos para no aplastar su barriga y la penetro despacio. Un jadeo se escapa de su boca en ese mismo momento y comienzo moviéndome despacio, escuchando como sus jadeos aumentan. Mis movimientos se intensifican cuando noto que su cuerpo se tensa por completo, su orgasmo le llega estallando de placer y haciendo que ahora solo busque mi disfrute, que no tarda en llegarme, haciendo que todo mi cuerpo convulsione de gozo.

Salgo de ella y, después de asearnos un poco, nos ponemos el pijama y, agotados por el largo día, nos dormimos casi al instante de posar nuestros cuerpos de nuevo en la cama.

Capítulo 47

Rompiendo Aguas

Han pasado más de dos meses desde la boda de Cath y ambos son muy felices juntos. Cath ya está casi en la semana cuarenta de embarazo, apenas le quedan días para que cumpla la fecha que Adam estableció como posible fecha del parto.

Hemos pasado la navidad en familia, los padres de Adam han venido a nuestra casa y todos hemos disfrutado de dicha fiesta juntos.

Cristal lleva un par de semanas de baja y lo agradezco, aunque aún le quedan veinte días para que dé a luz, según los cálculos establecidos por Adam, no quiero que esté en la clínica y le pase algo. Prefiero tenerla en casa y que esté con mis padres. Cath también acude todas las mañanas a nuestra casa y ambas mujeres ultiman todos los preparativos para el gran día.

Hoy estoy en el estadio, como todos los días, entrenando por la mañana. Nos ha costado unas semanas adaptarnos a la técnica que el entrenador busca, pero parece que todos hemos aprendido el juego que él quiere que hagamos y debo reconocer que me gusta su táctica. Solo espero que dé mejores resultados.

A las doce de la mañana uno de los chicos que se encarga del mantenimiento me avisa con un gesto de la mano. Me acerco a él.

—Han llamado de su casa, dicen que es urgente.

De inmediato hablo con el entrenador y me retiro para llamar a Cristal, pero no me coge el teléfono, por lo que decido llamar a mi padre.

—Papá, ¿qué pasa?

—Estamos de camino al hospital, Cath ha roto aguas; Cristal está en casa esperando a que llegue Jo del colegio, pero no queríamos dejarla sola. Lleva toda la mañana diciendo que tiene bastantes molestias. Acabamos de llamar a Adam. Os esperamos en cuanto recojas a Jo.

—Perfecto, iremos para allá. Pero es raro, Cristal no me coge el teléfono.

—Seguramente está descansando. No obstante, ve para casa.

—Ahora mismo voy.

Sin ducharme, aviso al entrenador y me voy directo a casa un poco preocupado e intentando llamar de nuevo a Cristal.

Al llegar, veo su teléfono encima de la mesa y subo corriendo a buscarla, está tumbada en la cama, no está dormida pero está en un estado de duermevela.

—Cariño, ¿estás bien?

—Ryan, creo que tengo contracciones, llevo todo el día con molestias.

—Será mejor que vayamos al hospital...

—No es posible, aún me quedan algo más de dos semanas.

—Todo es posible y es mejor no arriesgarnos. Avisaré a Em para que vaya a buscar a Jo al colegio y a Gloriam para decirle que ella será quien la recoja. ¿Te importa si me doy una ducha rápida? Solo serán dos minutos, en cuanto me he enterado he salido deprisa del estadio.

—Sí, tranquilo.

Me desvisto rápidamente y, en tiempo record, me ducho y me visto con unos vaqueros y una camiseta. Cristal está de pie mirando al suelo, agarrándose la barriga.

—¿Qué te pasa?

—Que he roto aguas, Ethan ya viene...

Nervioso y sin saber muy bien qué hacer, la miro y al final la sujeto para bajar las escaleras. La ayudo a montarse en el coche y con el manos libres llamo primero a Em y después a Gloriam. Por último, llamo a mi padre para que avise a Adam de que Cristal también está de parto.

Mentalmente me repito una y otra vez que todo va a salir bien, pero realmente estoy muy preocupado. No sé si es bueno que se haya adelantado el parto y que justo tenga que ser el mismo día que mi hermana también va a dar a luz, pero parece ser que el destino así lo ha querido.

—Papá, vamos ya al hospital, Cristal también ha roto aguas.

—¡No fastidies! Nosotros estamos en la sala de espera. Ahora mismo intento avisar a Adam.

—Gracias, papá.

Respiro e inspiro a la misma velocidad que Cristal, su cara se desfigura cuando le viene una contracción y creo que el corazón se me va a salir del pecho con solo pensarlo.

Llego al hospital y un enfermero está esperando ya con una camilla, imagino que mi padre les ha alertado de nuestra llegada, cosa que agradezco.

—Ha roto aguas y tiene contracciones muy fuertes —consigo decirle.

—Perfecto, el ginecólogo está atendiendo otro parto, pero veré qué puedo hacer.

—Sí, es mi hermana y su mujer. Dígale que estamos ya aquí por favor.

—Tranquilo, le avisaremos...

—¿Puedo entrar?

—Aún no, en cuanto pueda hacerlo, le llamaremos.

Nervioso, recordando los mismos instantes en los que metieron a Jo por la puerta y ya no volví a verla, me siento al lado de mi madre. Ella me estrecha la mano con fuerza, mi padre también se sienta al otro lado y me mira también algo nervioso.

—Todo va a salir bien, hijo. Ya lo verás. Las dos tendrán unos hijos maravillosos...

—Papá y si... —pero no me deja continuar.

—No pienses eso, no va a volver a ocurrir.

Durante media hora, nadie sale a decirnos nada. No sé ni qué hacer, estoy desquiciado, esperando a que alguien me avise. Una enfermera sale a mi encuentro.

—Señor Ryan Halt. Acompañeme, su esposa está lista, el doctor está con

su mujer, creo que su hermana, ¿no?

—Sí.

—Bueno, póngase esta bata, el gorro, estas calzas y puede entrar conmigo.

—Gracias.

Me despido de mis padres y, nervioso, entro a la sala de paritorio. Oigo a mi hermana hablar dando ánimos a Cristal y esta quejarse. Adam aparece al instante.

—Parece que nuestros hijos se han puesto de acuerdo para nacer el mismo día, pero tranquilo, está todo controlado. Ahora mismo viene una colega mía, para ayudarme. Ahora pasa con Cristal, está un poco asustada.

—Gracias, ¿todo está bien?

—Sí, acabamos de ponerle la epidural, en unos minutos le hará efecto y no tendrá dolores.

—¿Y Cath?

—Hace ya un rato que no tiene dolores, así es que el parto va bien.

—Adam, quiero que me vayas informando...

—Tranquilo, las he puesto a las dos juntas, solo separadas por una cortina.

—Perfecto.

Me acerco a Cristal que, al verme, intenta dibujar una sonrisa aunque su cara aún denota dolor.

—Cariño, Adam me ha dicho que en unos minutos desaparecerá el dolor.

—Solo necesitaba que tú estuvieras aquí...

—Ya lo estoy, ahora todo va a salir bien, ya lo verás.

Le agarro la mano y ella se relaja. Después de casi media hora, aparece otra doctora, imagino que la amiga de Adam.

—Buenos días, soy Rachel, colega de Adam. Voy a explorarte a ver cómo va el parto. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora bien, los dolores se han ido.

—Normal. Pero no te me relajes.

Rachel la explora y sonrío.

—Todo va muy bien, pero aún tendremos para un par de horas así es que papá, relájate tú también.

—Gracias.

—¿Cath, cómo vas? —le pregunta Cristal más relajada.

—Bien, ¿y tú? —sonrío ante la situación, es un tanto cómica, las dos cuñadas de parto y hablándose desde ambos lados de la cortina.

—¡Cath, prepárate para empujar! —se escucha a Adam—. Mía ya viene.

Me tensó de nuevo al escuchar sus palabras, espero que todo salga bien. Cristal me mira también nerviosa y ambos permanecemos en silencio, escuchando los esfuerzos de mi hermana y las palabras de ánimo de Adam.

—Ya está, mi amor. Mía está con nosotros y voy a tener el placer de cortar el cordón a mi princesita —le oímos decir finalmente.

Al instante, se le oye llorar. Después de unos minutos, Adam corre la cortina para que seamos testigos de la bonita escena. Cath tiene a Mía cogida entre sus brazos y Adam a su lado, admirándolas.

—¡Enhorabuena! —les digo emocionado.

—¿Queréis coger a vuestra sobrina? —nos pregunta Cath.

—Sí —respondo de inmediato. Me acerco a ella y la cojo. Está sonrosada y tiene el pelo oscuro. Tiene los ojos cerrados pero acaricio su manita con mi dedo y ella lo aprieta.

—¡Es preciosa! —comento enseñándosela a Cristal.

—Lo es —contesta emocionada.

—¿Quieres cogerla?

—Sí por favor.

Se la pongo encima y las admiro, es una bonita estampa que espero en breve pueda ver con nuestro hijo.

—Bueno chicos, Mía tiene que ir al pediatra y Cath a una habitación tras coserla. Ahora estoy con vosotros.

—Gracias Adam.

Cath se despide de nosotros y yo, feliz por ellos dos, sonrío y me despido agitando la mano.

—Es nuestro turno —susurro a Cristal.

Rachel vuelve a aparecer y la examina.

—Esto avanza correctamente, ya solo te queda la recta final, Cristal, y tu precioso bebé estará con nosotros en breve.

—¿Cuánto queda aproximadamente? —le pregunto asustado.

—Imagino que en menos de una hora, si todo transcurre igual, estará preparada para empujar. De momento hay que ser pacientes. Chicos, Adam me ha dicho que él se encarga, no obstante me quedaré por aquí por si me necesita. Ha sido un placer conoceros y deseo que todo salga bien.

—Gracias de nuevo.

Intentando distraer a Cristal y un poco a mí, empezamos a hacer apuestas.

—Te apuesto cien pavos a que sale rubio y con ojos azules como yo —le digo.

—Mi amor, es bastante improbable, pero tampoco imposible. No obstante veo tu apuesta y la doblo. Será pelirrojo como su madre.

—¡Mmm! Mi chica está hoy que lo tira. Triplico la apuesta y me aventuro a que además saldrá con carita redondita. Por los cálculos de Adam, al finalizar el embarazo pesaría unos cuatro quilos, pero como aún quedaba tiempo, sigo diciendo que eso es lo que pesará.

—¡Estás loco! —exclama riéndose.

—Lo sé, pero necesito distraerme y no pensar, no estoy pasando un buen

momento —me sincero con ella.

—Lo entiendo, pero todo va a salir bien, ya has oído a Rachel.

—Seguro que sí, pero necesito comprobarlo con mis propios ojos.

—Agáchate —me ordena y hago lo que me dice—, te quiero y te prometo que no voy a dejarte al menos hasta que seamos viejecitos, ¿me oyes?

—Sí.

Adam aparece con una expresión de felicidad que casi se le sale de la cara y, al mirarnos, la cambia.

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada, es solo que...

Averiguando mi estado de ánimo, se acerca a mí y pone su mano en mi hombro.

—Ryan, te prometo que todo va a salir bien. Veamos cómo vas, Cristal. Rachel ya me ha informado.

Después de unos instantes, se incorpora y sonrío.

—Un poquito más y estarás lista para empujar. Todo va estupendamente.

Suelto el aire que sin darme cuenta estaba conteniendo y respiro aliviado. Adam no se retira de nosotros e intenta animarme con alguna que otra broma, hasta que vuelve a mirar a Cristal y sonrío.

—Cuñada, ya estás lista; ahora, a empujar se ha dicho, con fuerza para que este chicarrón salga y así su padre cambie esa cara de pasa que tiene.

Cristal se ríe y hace lo que le indica, yo solo puedo sujetar su mano y animarla en todo lo que puedo. Casi estoy sufriendo más que ella con cada empujón, hasta que Adam me llama y me acerco. Veo salir la cabecita de Ethan y sonrío por todo lo que implica. Dos empujones más y Adam sonrío.

—Ahora, papá va a cortar el cordón a su hijo.

—¿Seguro? —pregunto incrédulo.

—Tranquilo, yo te guiaré.

Me indica los pasos que hay que seguir y le corto el cordón. Le da un golpecito suave en los pies y Ethan comienza a llorar. La enfermera se encarga por un momento de retirar los restos de la placenta y arroparlo, para a continuación entregármelo.

—Aquí tiene a su hijo.

Con lágrimas en los ojos por el nerviosismo contenido y la emoción, me acerco a Cristal y lo dejo en su manos.

—Cariño, es nuestro hijo.

—Lo es, dice emocionada.

Adam termina, cose a Cristal y nos mira satisfecho.

—Cuñado, te dije que todo saldría bien. Ahora nos llevamos a Ethan un ratito a que lo vea la pediatra y a Cristal a la misma habitación que Cath. Así estarán juntas. Os veo en unos minutos. Creo que hoy ya he tenido el día completito.

—Gracias, Adam.

Sin moverme del lado de Cristal, la acompaño hasta la habitación donde Cath ya descansa agarrada de la mano de mi hija. Al vernos, Jo viene a nuestro encuentro.

—Mami, ¿estás bien? Papi, ¿cuándo podré ver a Ethan? —pregunta de manera atropellada.

—Cariño, estoy bien, ahora lo traerán, tenía que verlo el pediatra.

—Mía ya está con tía Cath y es preciosa. Ethan, ¿cómo es?

—Es muy guapo, como papi, y eso me recuerda que tu mami ha perdido una apuesta y me debe seiscientos pavos.

—¿Seiscientos? —pregunta ella.

—Tripliqué tu apuesta y no dijiste nada. ¡Mmm! Cariño, creo que vas a tener que rascarte el bolsillo.

—Quizás pueda pagarte de alguna otra forma —me susurra.

—Podremos llegar a un acuerdo.

Mientras admiramos a Mía y charlamos con toda la familia, nos traen a Ethan en su cunita, lo colocan al lado de Cristal y Jo no se despega de él.

—Puedo..., ¿puedo cogerlo?

—Cielo, en cuanto se despierte, podrás cogerlo —expone Cristal.

—Vale... —responde Jo emocionada—. Es precioso. Tengo al hermano y a la prima más bonitos de todo el universo.

Todos nos reímos y Adam aparece al instante para unirse a nuestra alegría entre risas y charlas.

En cuanto Jo ve que su hermano se despierta, nos mira y la ayudo a cogerlo; se sienta en una silla al lado de Cristal y sujeta a Ethan con fuerza.

—¡Es una pasada! —exclama emocionada—. Está muy gordito.

—¡Oye! No digas eso de tu hermano, que puedes herir sus sentimientos —le regaña su abuela.

—La verdad es que Ethan es un poco rechonchete, ¿verdad nenita? —ella asiente—. Pero le vamos a querer igual.

—Sí, es mi hermano y le voy a querer siempre, aunque esté gordito.

Todos volvemos a reírnos y disfrutamos de los bebés, satisfechos porque todo haya salido bien.

Al finalizar la tarde, después de la visita de compañeras de Cath y de nuestros amigos, Jo se marcha con sus abuelos a regañadientes; Adam y yo vamos a quedarnos con nuestros hijos y nuestras mujeres, satisfechos porque hoy es un día especial que ha cambiado por completo el rumbo de nuestras vidas. Mía y Ethan han nacido el mismo día y seguro que ambos nos llenarán de alegría.

Capítulo 48

Ethan

Dos días después de que Cath y Cristal dieran a luz, a los cuatro les dan el alta. Cath ha decidido establecerse durante un tiempo en nuestra casa, puesto que Adam no puede dejar la clínica privada debido a que tiene ya las citas concertadas.

Ethan es un niño muy bueno, solo come y duerme, mientras que Mía duerme muy poco. Para colmo, mi madre y mi padre no dejan de cogerla en el momento en el que abre la boca y Cath está un poco desquiciada.

Yo he pedido unos días libres al entrenador, aún no hemos empezado la temporada y así puedo estar más tiempo con Cristal y Ethan.

Cristal se ha adaptado muy bien a la maternidad y por las noches tiene que despertar a Ethan para comer porque él solo no se despierta.

—Vamos, mi vida, a comer un poco—le dice sentada en un sillón de la habitación con su cojín de lactancia. Yo solo puedo admirar la escena. Me encanta verlos, a mi mujer y a mi hijo, con ese vínculo tan especial que se crea entre madre e hijo cuando está amamantando.

Ethan es un niño rubio y con ojos azules con carita redondita, pesó cuatro kilos cien y midió casi sesenta centímetros. Un grandullón, como dice Adam. Todo el mundo dice que se parece a mí, la casualidad ha querido que así sea, y la ventaja es que así sé que nadie dudará de mi paternidad.

Al finalizar de comer, me lo entrega para que le saque los gases, le acaricio la barriguita despacio y lo mezo en mi pierna para intentar que los saque, elevando su cabecita un poco para arriba. Me lo enseñaron las enfermeras del hospital y suele dar un buen resultado. Al final, mi campeón ha eructado y su madre y yo lo miramos satisfechos.

—¡Es tan precioso! —expone Cristal embobada, mirándolo.

—Lo es, el niño más bonito del mundo.

—Somos totalmente parciales, pero te juro que nunca imaginé que sería

rubio y tendría ojos azules. Apenas me acuerdo de aquella noche, de ese hombre que me cambió la vida, pero que ahora agradezco por el regalo tan maravilloso que me ha brindado —me tenso al oír sus palabras pero tiene razón, nos ha dado el mayor regalo del mundo.

—Fue un canalla, pero es verdad que tenemos que agradecer este precioso bebé. Ahora tendremos que pensar en el siguiente.

—¡Estás loco! No voy a tener más hijos...

—¿En serio? —la miro contrariado. Mi ilusión es tener otro hijo, preferentemente una chica y, como ella bien dijo, su nombre sería Madison.

—Ryan, ahora no. Quizás más adelante, ahora disfrutemos del pequeño Ethan. No quiero agobios, quiero vivir la maternidad al máximo y lo que tenga que venir, vendrá. Pero tampoco quiero darte falsas esperanzas...

Bastante confuso, dejo al pequeño Ethan en su cunita y me acuesto en mi lado de la cama. Ella se tumba también y se acerca a mí.

—Ryan, por favor... No te enfades. Ahora mismo no lo veo claro, pero tampoco me veía como madre y aquí estoy. No desecho la idea, pero también quiero disfrutar de Ethan y de nosotros. Si me quedo pronto embarazada de nuevo, estaremos siempre con pañales y bebés, y nuestra vida girará en torno a ellos; no quiero eso, al menos ahora no...

—Quiero tener un hijo contigo... —le respondo un poco contrariado.

—Ya tenemos dos... —comenta cortante.

—Tú ya me entiendes...

Se levanta de la cama nerviosa y comienza a pasear de un lado para otro, imagino que enfadada por lo que implican mis palabras.

—Cristal, no me malinterpretes, Ethan es mi hijo, pero...

—No esperaba esa contestación de ti cuando desde el primer momento has querido que Ethan fuera tu hijo—gruñe malhumorada.

—Cristal, Ethan es y siempre será mi hijo. Pero quiero tener otro contigo, con mi esposa —digo levantándome y acercándome a ella lentamente. Intento acariciar sus brazos y ella me da un manotazo.

—¡No, Ryan! Estoy muy enfadada. Quiero dejar las cosas claras, aquí y ahora. Si de verdad no quieres formar parte de la vida de Ethan como padre lo respetaré, pero no quiero tener que discutir cada vez que no estemos de acuerdo en algo. Yo no sé si dentro de unos años querré tener otro hijo. Quiero serte sincera para que no te hagas ilusiones, no quiero hacerte pasar por lo que pasaste en el parto de Ethan. Vi tu cara, estaba totalmente desencajada y parecía que tu corazón se te iba a salir del pecho de lo rápido que latía. Estabas aterrado, Ryan. Eso me hizo cambiar de opinión con respecto a tener otro nuevo hijo.

No sé qué decirle, tiene razón, sentí pánico, pero ha merecido la pena. Quizás más adelante pueda verlo de otra forma.

—Lo siento..., tienes razón. He sido un capullo integral —digo estrechándola entre mis brazos—, sabes que no pensaba lo que decía, pero me enfurecieron tus palabras. Deseo tanto tener otro hijo contigo. Pasaría una y mil veces por ese momento, si es a tu lado y por tener otro bebé tan hermoso como Ethan.

Parece que mis palabras han suavizado su carácter y acaricia mi pecho.

—Ryan, solo quiero pedirte un favor, no vuelvas a decir eso. No sabes el daño que me han provocado tus palabras; siempre has dicho que sería tu hijo y decir que ya te entendía ha sido... —no la dejo terminar y la beso con dulzura; tiene toda la razón, no pensaba lo que decía, me ha movido la rabia.

—Cariño, te juro que nunca he dejado de sentirme su padre. Ni nunca lo haré. Soy un estúpido, estaba enfadado. Desde que hablamos de tener otro hijo, he podido llegar a ver a nuestra hija, Madison, y al decirme que no estabas segura, todo mi mundo se vino abajo.

—Verte el otro día en la sala de partos me hizo cambiar de opinión. No quiero que sufras, Ryan. Tenemos dos hijos preciosos...

—Tienes razón... ¿Pero lo pensarás para dentro de unos años?

—Por supuesto. Ahora durmamos un poco.

—¿Me dejas hacer una cosa? —le pregunto aún un poco nervioso.

—Sabes que no puedo tener sexo... Al menos hasta que no pase el periodo

de cuarentena.

—Lo sé... Pero no es eso, aunque no niego que me apetezca —ambos sonreímos—. Quiero que Ethan duerma hoy con nosotros. En medio de los dos. No te lo pediría si no lo necesitara. Te juro que será solo una vez.

—Una vez, Ryan. No quiero que se acostumbre y luego nosotros no podamos disfrutar de nuestra vida como pareja.

—Te lo prometo...

Con cuidado, cojo al pequeño Ethan, que todavía no está dormido, y lo deposito en nuestra cama. Ella se acuesta a un lado y yo al otro. Ambos agarramos su manita y de lado, admirando a mi chica y a mi hijo, me relajo de tal manera que sin darme cuenta, me quedo profundamente dormido.

Mis días de permiso se han acabado y mi vida vuelve a la normalidad, el entrenamiento por la mañana y pasar la tarde con mi esposa y mis hijos. Ethan ha cambiado tanto en tan poco tiempo... Es increíble cómo un ser tan pequeño consigue hacernos tan felices a todos aquellos que lo rodeamos.

Cath, después de unas semanas, ha regresado a casa de Adam, aunque por las mañanas Cristal y ella quedan para pasear los días que el tiempo es propicio; sino, se quedan en casa con mis padres.

Parece que la vida nos sonrío, todo sigue su curso hasta que hoy llego a casa y tengo una carta del juzgado. Nadie se ha atrevido a abrirla. Imagino que es algo importante, y nervioso rompo el sobre y comienzo a leer.

Se trata de una demanda de Gianna, por hacer que la hayan expulsado del colegio de Jo. Nervioso, llamo a Andrew; él es abogado, seguro que sabrá llevar este tema con discreción y sobre todo con la mayor eficiencia que pueda.

—¿De qué se trata? —me pregunta Cristal nerviosa.

—Gianna ha interpuesto una demanda, alegando que la han expulsado por mi culpa del colegio.

—¡Será...! —no termina la frase al verme contrariado—. Todo va a salir

bien.

—Pero es la verdad, yo obligué al colegio a que la expulsaran.

—Estaba malmetiendo a nuestra hija, eso es acoso...

—Lo hablaré con Andrew.

—Seguro que está de acuerdo conmigo —dice Cristal agarrando mi mano.

Hablo con Andrew. Me dice que por la tarde se pasa por nuestra casa para ver los datos de la citación, pero que la mejor defensa para mí, es que Jo testifique diciendo que le decía cosas inciertas para hacernos daño. No quiero que mi hija tenga que pasar por un momento tan bochornoso, pero me temo que no voy a tener otra alternativa si no quiero que readmitan a Gianna en el colegio de Jo.

Durante toda la tarde no puedo concentrarme en nada que no sea esa mujer. ¿Tan resentida está que sigue intentando hacerme daño? No llego a entender cómo es posible que alguien sea tan mala persona solo porque no quise estar con ella. Decidido y, sin que Cristal lo sepa, salgo al porche y la llamo. Al sexto tono, casi voy a colgar cuando ella contesta.

—¿Qué quieres, Ryan? —contesta con tono hostil.

—Solo me gustaría saber qué es lo que te he hecho para que sigas intentado hacerme daño. ¿No tuviste bastante con las declaraciones en televisión? Tuve a la prensa en mi casa dos semanas. Yo nunca he vendido ninguna exclusiva ni mi vida privada.

—Me has arruinado la vida. He tenido que irme del colegio por tu culpa.

—En eso te equivocas, la culpa fue tuya por decirle a mi hija aquellas cosas. Es solo una niña, no puedes llenarle la cabeza con tu mierda, Gianna.

—Yo puedo hacer lo que quiera...

—No pensé que llegaríamos a esto, pero hay ciertas irregularidades de tu pasado que podrían salir a la luz si esto sigue adelante... Quizás si tu nuevo colegio se entera de que por un periodo de tiempo has sido alcohólica y que incluso has acudido a clase borracha en varias ocasiones, quizás te quedes sin el nuevo puesto y no encuentres nunca más trabajo. ¿Es eso lo que quieres?

—No tienes pruebas...

—Gloriam lo sabe y te encubrió, no me costará mucho que testifique a mi favor, mis aportaciones al colegio son muy sustanciosas, por no hablar de las de toda la comunidad. No me hagas llegar a esto, Gianna. Creo que ya nos hemos hecho mucho daño los dos, dejemos las cosas como están y que las aguas se calmen. Solo te digo eso. Si me haces luchar, lucharé, y creo que tú te juegas más que yo.

—Ya lo veremos —dice con soberbia y cuelga el teléfono.

Andrew no tarda en aparecer, yo sigo en el porche pensando qué debo hacer, no quiero tener que llegar tan lejos, pero si no me deja otra opción, lucharé hasta el final.

—Hola amigo, ¿cómo estás?

—Acabo de hablar por teléfono con ella.

—¡No me jodas! No vuelvas a hacerlo, ¿has pensado que podía grabarte?

—La verdad es que no, pero le he dado un ultimátum.

—¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de cuando Gianna tuvo una depresión y le dio por beber e ir a clase borracha?

—Sí, lo recuerdo. Más de una vez tuviste que ir a buscarla a clase.

—Si ella quiere jugar, eso saldrá a la luz, no me costará mucho que Gloriam testifique, ella es también mi amiga y sabe que pierde mucho si mi dinero y el del resto de la comunidad retiramos nuestras aportaciones.

—Ryan, arruinarías su carrera para siempre.

—Lo sé y no quiero hacerlo, pero ella sabrá hasta dónde está dispuesta a llegar. Creo que al menos la he avisado, en su mano está seguir adelante con todo esto. Yo no quiero hacerlo y menos que Jo tenga que pasar por un tribunal para testificar, pero si no me queda más remedio, lo haré. No va a joderme la vida, Andrew —concluyo exasperado.

—Tranquilo, no vamos a dejar que eso ocurra. Ahora dame la citación e

invítame a una cerveza. Así veo a tu pequeño.

—¿Eso está hecho! ¿Y vosotros cuándo?

—Sabes que no me gustan los niños.

—Pues para no gustarte mucho, me preguntas todos los días por Ethan.

—Solo es por cortesía...

—Ya, ya...

Entramos los dos juntos, Cristal debe de estar dándole de mamar en nuestra habitación, no le gusta que mis padres o el resto de personas que hay en la casa la vean. A mí también me parece lo más correcto.

—Mamá, ¿dónde está Cristal?

—Ha subido a cambiar al cagoncete, es la tercera vez esta tarde.

—Por algún sitio tiene que soltar lo que come —expone con guasa Andrew.

—Voy a subir a ayudarla, enseguida bajamos.

—Tranquilo, seguro que Aby me pone esa rica cerveza a la que vas a invitarme.

—Por supuesto, hijo. Siéntate, ya sabes, como en tu casa... —expone mi madre con un poco de ironía.

—Gracias, Aby...

Subo a la habitación y, por un momento, me quedo admirando la escena; Cristal está hablando con Ethan.

—¿Sabes que estás hecho un marranote? Ya es el tercero hoy, cariño —él sonrío y Cristal continúa—. Al final tu padre tendrá que ponerse a trabajar de otra cosa si sigues a este ritmo, no vamos a ganar para pañales. Aunque claro, no dejas de comer, es lo normal. Por eso estás tan guapo tú, ¿a que sí?

Le acaricia la barriguita y éste no deja de sonreír.

—Papá te deja que ensucies todos los pañales que quieras, mi vida —le

digo acercándome a ellos en silencio y besando a Cristal en la mejilla—. Mami, no te quejes tanto...

—Mira qué listo, no le has cambiado el pañal hoy ni una vez...

—¿Quieres que termine yo? —le pregunto.

—Ahora que ya le tengo casi limpio. Papi es un caradura, Ethan. ¿A que sí?

—Papi les va a dar a su mujer y a su hijo un beso de recompensa y promete que el próximo pañal, lo cambiará él. ¿Todo arreglado? —beso los labios de Cristal dulcemente y a mi pequeño le hago una pedorreta en la barriga.

—Tendremos que pensarlo, ¿verdad Ethan? —ella sonrío y sé que le gusta este juego de hablar con el bebé.

—Deja, ya termino yo... Déjanos un poquito de intimidad a los hombres —le digo y ella sale, llevándose el pañal sucio a su paso.

—Eres todo un campeón, así me gusta, que las cacas las hagas cuando papi no está en casa.

—¡Eh! Que te he oído —grita Cristal desde el pasillo y comienzo a reírme.

—Ni caso, cariño. Ahora papi va a terminar de vestirme y vamos a bajar a ver al tío Andrew.

Termino enseguida, pues Cristal ya le había puesto el pañal y el *body*, lo cojo en brazos y susurrándole lo guapo que es y lo mucho que le quiero al oído, bajo con él al salón.

—Tío, estás hecho un padrazo.

—Ve con el tío Andrew —digo dejándole encima suyo.

—No, no me lo dejes, que yo no sé coger a un bebé.

—Es muy sencillo —comienza Cristal y le enseña—: con la mano le rodeas su cuerpecito y con el brazo sujetas su cabeza.

Andrew, torpemente, coge a Ethan, que lo mira como si pudiera entender el miedo que está sintiendo al cogerlo y comienza a llorar.

—¡Ves! Yo no sería un buen padre —expone, y Cristal le coge al niño. En cuanto lo mece en sus brazos, se calma de inmediato.

—Todo es ponerse. Yo tampoco me veía como una madre y aquí estoy, encantada de serlo.

—Tienes razón, pero Em y yo hace mucho tiempo que hemos decidido que no queremos tener hijos.

—No sabéis lo que os perdéis —indico—. Ser padre es la mejor experiencia del mundo, estoy deseando poder repetirlo —Cristal me mira molesta, después de la conversación que tuvimos hace unos días y aclaro—. Dentro de unos años...

—Cambiando de tema, ¿qué vamos a hacer con Gianna? —pregunta Andrew.

—Creo que lo mejor es intentar llegar a un acuerdo, yo no cuento sus miserias y ella nos deja en paz. Es el único trato que le ofrezco.

—Perfecto, mañana intentaré contactar con ella. Ahora creo que será mejor que me vaya. Seguro que Em ya está en casa. Hablamos, chicos.

Da dos besos a Cristal, que me mira un poco confundida, y a Jo; después entra en la cocina, se despide de mis padres y se marcha.

—¿Qué es eso de sus miserias? —me susurra Cristal.

—Era alcohólica, en alguna ocasión ha ido borracha a clase —murmuro para que Jo no nos oiga—. La he llamado, Cristal. Andrew me dice que he hecho mal, pero necesitaba decirle que yo también sé cosas que pueden afectarla, si está dispuesta a joderme, yo también a ella.

—Papi, has dicho una palabrota —me recrimina Jo.

—¡Castigado sin postre! —exclama Cristal, que me mira negando con la cabeza—. Cariño, todo saldrá bien, ya lo verás. Ahora vayamos a cenar, en una hora le toca a Ethan la toma. Prefiero que ya no se duerma.

—Yo le tendré en brazos...

—No, le dejamos en la cuna de aquí abajo, Ryan. Si no se va a acostumar.

—Por favor... —le imploro—. Hoy apenas lo he tenido en brazos.

—Sabes que estás malcriando a tu hijo y luego no va a querer estar en la cuna.

—Solo hoy...

—Ya te conozco, Ryan Halt, el «solo hoy» se convierte en «cariño no va a pasar nada por otra vez».

—Tienes razón... —le digo apenado, sabiendo que debo intentar comportarme como un padre responsable, aunque Ethan me tiene totalmente robado el corazón—. Lo dejo en la cuna.

—Será lo mejor, cariño —expone Cristal.

Jugueteo un poco con él y lo dejo, despidiéndome con pena para ir a cenar con toda la familia.

Capítulo 49

De nuevo la calma

Después de unas semanas de espera, hoy Andrew se va a reunir con el abogado de Gianna para ver si ambos llegan a un acuerdo. Hablé con Gloriam y no me puso ningún impedimento en corroborar mi historia, apoyándonos mutuamente, dado que Gianna también ha demandado al colegio.

No ha sido preciso que ninguno de los dos vayamos, no obstante he explicado el caso al entrenador y me ha dado la mañana libre, por si al final hiciera falta, así es que estoy en casa esperando noticias suyas. Acabo de volver de llevar al cole a mi querida Jo, que se está portando fantásticamente bien con su hermano. Lo cuida, se preocupa y juega con él muchísimo. Ethan, con poco más de mes y medio, ya se fija en ella y no le quita ojo. Creo que van a ser dos hermanos inseparables.

Cristal está acudiendo unas horas por la tarde a la consulta, mientras yo me quedo en casa con mis dos amores. Mis padres han pensado en regresar a Nueva York; allí siguen teniendo su casa, dicen que nosotros tenemos que hacer nuestra vida solos, pero de momento los he persuadido para que se queden, argumentando que sus tres nietos están en Boston, que no deben irse aunque estén a solo unas horas de aquí. Parece que los he convencido. Además, toda ayuda es poca; en cuanto Cristal regrese a la clínica, hemos pensado dejar a Ethan en la guardería, al menos unas horas. Mis padres ya no están para cuidar bebés. Cath hará lo mismo; es más, hemos estado mirando y es posible que los llevemos a la misma. Es increíble, cuando Ethan y Mía están juntos interactúan de una manera especial, parece como si se comunicaran entre ellos, con lo pequeños que son.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta Cristal al verme nervioso.

—Tengo ganas de que todo esto pase, necesito organizar nuestro viaje de novios, pero con este revuelo no he podido.

—Ya habrá tiempo.

—No, quiero que sea antes de que te incorpores de nuevo al trabajo. No estaría bien que nos fuéramos unos días según vuelvas. Además, la temporada está a punto de empezar, quedan tan solo unas semanas y el entrenador después no me dará los días. Pero no puedo concentrarme con el tema de la demanda. Espero que al final todo se arregle.

—Cariño, no sé, dejar a Ethan tan pequeño, aún está con la leche materna.

—Pero sabes que en unos meses tendrás que pasarle a la leche en polvo. Jo se crío con esa clase de leche y está muy sana.

—¿Crees que debemos irnos y dejarlo solo?

—No estará solo, Cristal...

—Es que no quiero separarme de él...

—Ni yo tampoco, pero es una oportunidad que es posible que en años no tengamos, mis padres están convencidos, además Cath y Adam se mudarán aquí esos días. Cariño...

—De acuerdo, solo espero no echarlo mucho de menos.

—Lo veremos por FaceTime. Los llamaremos cien veces al día si hace falta, pero te juro que ahora, más que nunca, necesito ese viaje.

—Lo sé, has pasado dos semanas horribles, con remordimientos, ¿sabes por qué? Porque eres un gran hombre, Ryan. A ella no le remuerde la conciencia todo lo que nos ha hecho, por eso sigue intentando hacernos daño.

—Tienes razón...¿Reservamos el viaje?

—¡Está bien! —dice un poco cohibida.

Miramos los vuelos, dentro de una semana podemos salir, aunque al final solo estaremos siete días. Dos en Italia, dos en Francia, un día en España y finalizamos nuestra visita con dos en Reino Unido. Visitaremos las grandes ciudades. Va a ser un viaje de no parar mucho, pero al menos desconectaremos un poco también de nuestra nueva vida.

—¿Lo reservo? —digo cuando solo me queda el paso de pagar la estancia y los billetes de avión.

—Sí, no lo voy a pensar, porque si lo pienso demasiado no voy. Creo que somos unos malos padres, Ryan, dejando a nuestro bebé sin apenas dos meses.

—No somos malos padres, estamos dándonos el viaje de novios que nos merecemos. Cuando nos casamos tú no podías viajar en avión, después nuestras vidas se complicarán con el trabajo, la familia... Solo será una semana...

—Tienes razón, pero...

—Ethan estará bien, te lo prometo.

—Te quiero, Ryan.

—Y yo a ti, cariño.

Nos besamos y cuando ese beso se intensifica, mi teléfono suena. Me despego de sus labios y lo miro. Se trata de Andrew.

—Sí, dime.

—Ryan, hemos llegado a un acuerdo, pero tendrás que darle una suma de dinero a cambio de su silencio.

—¿Será zorra!

—Ryan, creo que es lo mejor para todos. Tus pruebas son circunstanciales y aunque quizás ella no llegue a ganarte, sí está en juego tu reputación. Eres un personaje público, te guste o no. Esto podría afectarte en tu carrera. Yo creo que lo mejor es que le des lo que te pide.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Quinientos mil dólares.

—Eso es una gran suma de dinero.

—Ryan, los dos sabemos que ganas muchísimo más con tu actual contrato. Dale el dinero y nos olvidamos de ella para siempre.

—Tengo que hablarlo con Cristal, ella ahora es mi esposa.

—De acuerdo, en cuanto tomes la decisión me llamas.

—Hasta ahora, Andrew.

Cristal, que no se ha despegado de mí ni un momento, me mira expectante.

—¿Cuánto dinero quiere esa mal nacida?

—Quinientos mil dólares.

—¡Santo Cielo! Eso es más de lo que gano yo en tres años.

—Podemos pagarlo, yo gano muchísimo más solo en una temporada, créeme, estoy hablando de varios millones de dólares, Cristal. Nos lo podemos permitir sin ningún problema. Pero quiero que me ayudes a decidir.

—No sé, es mucho dinero, Ryan. Pero si te lo puedes permitir quizás sea la forma de que nos deje en paz para siempre.

—No quiero que personalices, ahora todas mis posesiones son tuyas también. Es nuestro dinero. Por eso quiero que me ayudes a decidir.

—Por curiosidad, antes de tomar una decisión, ¿cuánto ganas al año?

—Con incentivos, casi diez millones de dólares.

—¡Madre mía! Y yo sin saber que me he casado con un millonario.

—La verdad es que sí, te ha tocado la lotería —digo en tono burlón—; ahora, volviendo al tema que nos atañe. ¿Qué hago?

—Creo que si Andrew se encarga de redactar un contrato en el que nos asegure que esa bruja no va a volver a intentar nada ni se va a acercar a nosotros, quizás debas darle el dinero, muy a mi pesar. Con eso haría yo una macro clínica.

—¿Quieres hacerla? Sabes que puedes disponer de ese dinero cuando quieras.

—No, tranquilo, con lo que tengo estoy bien, además aún tengo que pagar mis deudas, no podría deberte más.

—Cristal, como te acabo de decir, ahora mi dinero también es tuyo, no voy a discutir contigo sobre eso. Tus deudas es otro tema que tenemos que hablar. Andrew está esperando que le dé instrucciones, ¿entonces crees que hago

bien dándoselo?

—Si acaba de una vez por todas con sus acciones contra nosotros, sí.

—Hablaré con Andrew. Por cierto, esta tarde le diré que venga para ver tu economía y zanjar de una vez por todas tus deudas.

—No voy a permitírtelo, Ryan.

—Cristal, no seas cabezota. Somos una familia, eres mi mujer. Yo tengo más que de sobra, no voy a dejar que tengas deudas cuando mi dinero está más que estancado.

—Pero es tuyo...

—Es nuestro. Por favor, Cristal.

—Ya dejo que pagues todo tú, no quiero que me pagues también mis deudas.

—¿Por qué?

Suspira nerviosa, imagino que es algo personal, la entiendo perfectamente, pero gracias a Dios tenemos dinero de sobra.

—Quiero terminar de pagar todos mis préstamos yo, es algo personal, no sé cómo explicarlo.

—Puedes pagármelos a mí de otra forma —expongo ladino.

—Soy tu esposa, el sexo es algo que se sobrentiende en una relación.

—Cristal, por favor...

—No. Respeta mi decisión.

—De acuerdo.

—Además, voy a vender mi piso. Con el dinero que saque quizás pueda hacer frente a lo que me quede por pagar.

—No voy a insistir más, pero sabes que puedes disponer de mi dinero sin ningún problema. Es más, ya eres persona autorizada desde la semana pasada, Andrew arregló todo para que seas titular de mis cuentas.

—No hace falta, Ryan.

—Sí, imagínate que me pasa algo. Todo serían problemas. No quiero que a ti ni a mis hijos os falte de nada.

—No te va a pasar nada...

—Eso espero.

—Ryan, por favor, dejemos ya este tema. Llama a Andrew, dile que aceptas la propuesta de esa zorra y zanjemos el asunto del dinero.

—Está bien, una cosa..., aún no he terminado de reservar nuestro viaje. Ten la tarjeta y finalízalo, por favor cariño.

Hablo con Andrew y le doy instrucciones para que redacte el contrato. Quiero que ponga una cláusula en la que, en caso de incumplimiento, tendrá que pagarme diez millones de dólares. No me hace falta el dinero, pero es la única forma de que entienda que no debe atacarme de nuevo.

Al concluir la conversación, regreso a la habitación y Cristal me mira enfadada.

—¡Santo cielo! Ryan, estás loco. Te vas a gastar casi veinte mil dólares en el viaje de novios. No puedo permitirlo.

—Cariño, acabamos de hablar de ello. No voy a escatimar en gastos con nuestro viaje.

—Pero es mucho dinero, Ryan.

—Deja de pensar en el dinero, por favor, Cristal. No es ningún problema, créeme. Cuando quieras te enseño mis cuentas.

—Está bien... ¿Lo reservo entonces?

—¿No lo has hecho ya?

—No, quería hablarlo contigo, es una gran suma de dinero.

—No se hable más.

Concluyo la conversación y veo como, con miedo, Cristal pone los números de mi tarjeta en la ficha de la agencia que se encarga de nuestro

viaje. La manda por correo electrónico y suspira.

—Cariño, en diez días nos vamos a Europa, ¿No estás contenta?

—No mucho al saber lo que ha costado el viaje.

—¡Cristal, te lo ruego! Olvídate de una vez por todas del dinero y disfrutemos de la vida.

—Tienes razón. Perdona, cariño. ¡Te quiero, mi lotería! —dice con sorna.

—Te voy a dar yo tu lotería —digo persiguiéndola por la habitación hasta que consigo alcanzarla y tirarla sobre la cama— ¡No sabes cuánto te deseo!

—Y yo, pero dentro de un rato va a venir nuestra hija. Ethan, tiene la toma en diez minutos.

—Está dormido y podemos ser rápidos...

—Te prometo que esta noche...

—Eso espero —respondo resignado.

La beso y acaricio su cuerpo incitándola pero ella no sucumbe a mis caricias, me empuja y se levanta como si nada hubiera pasado.

—¿Ya no me deseas, Cristal?

—¿Por qué me preguntas eso? No seas tonto, claro que te deseo. Eres el hombre más sexy del planeta. Además, desde que has vuelto a entrenar, tienes un cuerpo mucho más apetecible que cuando comencé a salir contigo. Pero tenemos que ser consecuentes, son casi las dos de la tarde, nuestro hijo tiene que comer y su hermana está a punto de venir, y sabes que lo primero que hace es subir a ver a su hermanito.

—Tienes razón, pero es que la falta de sexo me está matando.

—Es lo que tiene un embarazo, Ryan, después hay un periodo sin sexo. Además, tú has sido afortunado, otros matrimonios no tienen sexo durante el embarazo.

—¡Creo que me habría vuelto loco!

—Cuando quieres a una persona, el sexo no lo es todo —me responde, y

analizando la respuesta creo que tiene razón, solo que ella ha sido tan fogosa estando embarazada que tengo miedo de que pierda ese deseo.

—Cariño, es que tengo miedo de que solo me desearas porque estabas embarazada, como las hormonas se alteran...

—Entonces debo de seguir alterada aún, porque me pones a cien. Créeme, para mí también es un gran sacrificio acostarme todas las noches y no poder compartir nuestra pasión, pero no siempre se tiene lo que se quiere.

—Tienes razón.

Cristal coge a Ethan y lo despierta; él, en lugar de llorar, marca una especie de sonrisa que nos deja embobados a los dos.

—Mi vida, hay que comer. ¿Sabes que estás hecho un ceporrillo? —le dice cariñosamente Cristal cogiéndolo entre sus brazos y sentándose con él en el sillón donde le da de mamar.

—Es lo que tiene que hacer, comer, hacer sus necesidades y dormir.

—Lo sé, además la pediatra me ha dicho que si él no se despierta, es porque no tiene hambre, que no me preocupe. Que será porque se sacia con cada toma.

—Pues no te preocupes mami, que mi rey está perfectamente.

Me siento a su lado y los observo; a Cristal no le molesta que yo les admire y se lo agradezco, me gusta estar en esos momentos tan íntimos. Al finalizar con los dos pechos, me lo entrega y le saco los gases.

—¿Quién es el niño más precioso del mundo? —le pregunto como si fuera a contestarme.

—Mi hermano, Ethan—viene corriendo Jo.

—¿Y quién es la mejor hermana del mundo? —vuelvo a preguntar.

—Yo...

—Claro que sí, mi vida.

—¿Puedo cogerlo un ratito?

—Nenita, con cuidado que acaba de comer, no le muevas mucho a ver si va a vomitar.

—Tendré cuidado, papi.

Jo se sienta en el sillón, al lado de Cristal, y le dejo a Ethan en sus brazos. Es toda una experta cogiendo a su hermano y haciéndole carantoñas.

Cristal y yo los miramos entusiasmados. Nunca pensé que Jo llevaría tan bien lo de tener un hermano y que le cuidaría como lo hace.

—Cielo, dejemos a Ethan que se duerma y vamos a comer, que estoy segura de que tienes un montón de deberes.

—Vale —contesta resignada.

Cristal la ayuda a depositar en la cuna a su hermano y los tres bajamos a comer a la cocina, donde ya nos esperan mis padres.

Capítulo 50

Nuestro viaje a Europa

Una vez firmado el acuerdo con Gianna, con la cláusula que he establecido, le entrego el cheque a Andrew para que le haga entrega del dinero. El tema está zanjado a dos días de irnos al viaje por Europa.

Cristal sigue sin ver con buenos ojos que nos vayamos, pero después del tema de Gianna, parece que lo va aceptando. En cuanto a ese problema, todavía ha habido bastante tensión, ya que antes de firmar el acuerdo, a última hora, pedía más dinero, aunque Andrew consiguió que se quedara en lo que estaba pactado; así que necesito escapar unos días para poder olvidar todo esto. Además, la temporada está a punto de empezar y, en el momento en el que comience, no habrá forma de escapar ni un fin de semana.

Estamos preparando las maletas, Cristal no deja de mirar a Ethan, dormido en su cuna.

—Ryan, no quiero dejarlo...

—Vamos, cariño, no va a pasarle nada. Te lo prometo —digo agarrándola por la cintura y besando su nuca.

—Tengo sentimientos contradictorios. Por una parte quiero irme, porque además sé que lo necesitas y que vamos a disfrutar de este viaje, pero me da tanta pena tener que dejarle aquí sin sus padres.

—Estará bien... No lo pienses más, Cristal.

—Tienes razón...

Terminamos de hacer la maleta. Estos días Cristal se ha sacado leche y la ha congelado como le ha indicado la pediatra; también ha introducido leche en polvo para que se vaya acostumbrando y no note tanto el cambio en caso de que no llegue para los días que no vamos a estar.

Una vez terminada la maleta, nos sentamos en la cama y observamos a Ethan. Yo también le voy a echar de menos. Todas las tardes, después de su toma, le tumbo en una manta y, junto con Jo, jugamos con él.

—Ryan, estos días has estado muy agobiado, pero cuando estás con Jo y con Ethan todo tu mal humor y la tensión acumulada se han disipado. Eres un gran padre y eso me ha hecho recapacitar la decisión de tener más hijos. No digo que ahora, pero me encantaría tener otro hijo, a poder ser niña, Madison.

—Te quiero, cariño, no sabes lo feliz que me hace que pienses así. Sé que será en un par de años, no creo que debamos esperar mucho más.

—Yo también te quiero. Todo se verá...

Ethan se despierta, mueve sus bracitos al vernos y Cristal me deja cogerlo.

—Mi campeón, mami y yo te vamos a echar de menos, pero necesitamos este descanso, ¿lo entiendes, a que sí? Claro..., mi chico lo entiende todo aunque no conteste. Te quiero, mi vida, ahora te dejo con mami, tienes que comer y después papi se encargará de revisar este pañal que está un poco sucio —digo palpando su culete.

—Gracias, mi amor —dice Cristal cuando le entrego al niño.

Les dejo solos y yo bajo a ver a Jo, que está haciendo los deberes con Cath. Al entrar, la veo con Mía en brazos.

—Papi, ya he terminado las tareas, quería coger a Mía. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no, nenita. Siempre que tía Cath te deje.

—Tranquilo, Ryan. Tiene mi consentimiento. ¿Te apetece charlar?

—Claro, tomemos un café.

Nos dirigimos a la cocina y sonrío, hace mucho que no lo hacemos y en verdad me alegra tener nuestro momento.

—¿Pasa algo, Cath?

—Es posible...

—No me asustes...

—No es nada malo, Adam y yo queremos tener más hijos, al menos otro, ¿crees que nos estamos precipitando? Si me quedo ahora embarazada apenas

se llevarían un año.

—Cath, eso es una buena noticia, si realmente lo deseáis, no esperéis. Hoy Cristal me ha dicho que también quiere, pero un poco más adelante.

—Me alegro mucho. ¿Entonces crees que es buena idea volver a inseminarme?

—Me parece una idea estupenda, Cath.

Nos abrazamos y nos tomamos el café, charlando de cómo nos ha cambiado la vida en este último año. Cristal me llama por el intercomunicador de Ethan y subo de inmediato a cambiar a mi pequeño.

—Ya está limpito y ahora, a jugar con Mía.

Le bajamos y los ponemos a los dos en la mantita para que se miren y, como siempre, ambos extienden sus manos y se agarran. Es increíble, con lo pequeños que son, las cosas que hacen.

Tras pasar la tarde con la familia, una vez más, nos acostamos temprano. Mañana tenemos que ultimar todo, pues el vuelo será temprano.

Ya estamos rumbo a Milán, nuestro primer destino; el viaje es largo, estaremos todo el día viajando, pero no nos importa. Sé que Cristal está un poco triste por dejar a Ethan, por eso la estrecho entre mis brazos y ambos conseguimos dormir un poco.

A nuestra llegada, el personal del hotel ha mandado a recogernos a un hombre de unos cincuenta años, que habla perfectamente nuestro idioma. Nos lleva hasta el hotel y nos dice que pasará temprano a recogernos. Tenemos solo unas horas para ver Milán y hay mucho que ver; por la tarde, después de comer, viajaremos a Venecia.

Exhaustos por el viaje y un poco compungidos porque apenas hemos podido ver a nuestro pequeño, por el cambio horario y porque estaba dormido, nos tumbamos en la lujosa cama del hotel que hemos reservado y, abrazados, nos dormimos.

A las seis y media de la mañana el teléfono de la habitación nos avisa de

que en media hora tenemos que estar en recepción para el desayuno y comenzar nuestra visita a las ocho.

Cristal apenas ha dormido, yo tampoco he conseguido conciliar mucho el sueño, pero tengo que hacerle ver que este viaje es para disfrutar, que van a ser unos días muy intensos y que seguro que no tendremos tiempo de echar de menos a nuestros hijos.

—Buenos días, cariño, quiero que me hagas un favor...

—Buenos días, mi amor. Tú me dirás...

—Vamos a disfrutar y pensar solo en nosotros. Ethan estará bien, ahora les llamaremos, pero hemos venido a desconectar, y pensar todo el tiempo en nuestro hijo no te va a ayudar a sentirte mejor.

—Es que me siento como una mala madre.

—Sabes que no lo eres, ya lo hemos hablado.

—Tienes razón, prometo hacer el esfuerzo de disfrutar de la visita. Además, Italia es el país que más ganas tengo de ver.

—Pues tenemos dos días para visitar las ciudades más emblemáticas y toda su cultura, así es que vamos a darnos prisa.

Nos damos una ducha rápida y nos vestimos con ropa cómoda. Ni siquiera hemos deshecho las maletas, vamos a estar todo el día de aquí para allá, por lo que es mejor coger lo que necesitamos y dejar el resto.

Desayunamos en el bufet del hotel, donde el guía ya nos espera. Él será el encargado de llevarnos a ver Milán y Venecia en el día de hoy. Mañana visitaremos Florencia y Roma. Todo en tiempo record, por lo que las visitas tienen que ser guiadas para no perder tiempo en buscar los lugares.

Nuestra primera visita no podría ser otra que la catedral, conocida como el Duomo; es un edificio imponente que nos deja atónitos por su belleza. A continuación, situado cerca de la plaza Duomo, está el Palazzo Reale, que fue sede del Viejo Ayuntamiento. Según nos explica el guía, fue bombardeado durante la Segunda Guerra Mundial y solo han sobrevivido las salas más bellas, las cuales visitamos.

Sin movernos mucho de la zona, visitamos la Piazza Mercanti, donde podemos admirar el Palazzo della Ragione, también llamado Borlotto Nuovo, el símbolo del periodo comunal de Milán. En el lado opuesto se encuentra la Loggia de gli Osii, y cerca de la misma está el Palazzo delle Scuole Palatine, diseñado por Carlo Buzzzi. Al final de la plaza está la Oficina de Estado, construida sobre los restos de la Casa Panigarola. Este lugar es comúnmente llamado el Corazón Medieval de la ciudad.

Para finalizar nuestra visita a Milán, pues las horas han pasado sin apenas darnos cuenta, el guía nos lleva a ver el Arco de la Paz, mandado construir por Napoleón pero que fue finalizado gracias a Francesco I de Austria.

El guía nos ha aconsejado comer algo rápido y así lo hemos hecho, para poner rumbo a Venecia, pues tenemos casi tres horas de viaje en coche.

Estamos agotados, por lo que sin querer, nos dormimos en el trayecto, siendo despertados por Enzo, el guía.

Al llegar a Venecia, Enzo nos lleva directamente a ver la plaza de San Marcos, el principal destino de todo turista; después de visitar el palacio Ducal y la Basílica de San Marcos, subimos al Campanile, que lleva su mismo nombre. Las vistas que nos ofrecen son maravillosas y, como el tiempo apremia, sin apenas descanso Enzo nos lleva a nuestra última visita del día, el palacio Ca' Rezzonico, montando en una góndola para ir a visitarlo. Se trata de un palacio museo que alberga objetos que nos recuerdan la forma de vida de los nobles de los siglos pasados. Salimos ya de noche y Enzo nos aconseja un paseo en góndola hasta llegar al Puente Rialto, el más alto de los puentes que cruzan el gran canal de Venecia. Una visita que hacemos solos, bajo la luz de la luna y acurrucados juntos, viendo las estrellas y descansando del duro día. Llegamos al hotel agotados, ni siquiera cenamos, y nos vamos directamente a la cama.

El segundo día en Italia es un no parar; por la mañana temprano nos han despertado, hemos viajado hasta Florencia y allí visitamos la catedral de Santa María del Fiore, la Piazza de la Signoria, el Palazzo Vecchio (Ayuntamiento), la fuente de Neptuno y el Ponte Vecchio. De nuevo comemos en una pizzería céntrica y ponemos rumbo a nuestro último destino italiano, Roma. Tras poco más de tres horas, la majestuosa ciudad se pone a nuestros pies. Gracias a que nuestro vuelo no sale hasta medio día de mañana,

tenemos tiempo de poder ver más cosas. Por la tarde visitamos el Coliseo, el Foro Romano y el Palatino. A la mañana siguiente, los museos vaticanos, la Capilla Sixtina y la Basílica de San Pedro.

Agotados, nos dirigimos al aeropuerto, para llegar a París. Tras dos horas de vuelo, estamos en la ciudad del amor. Tenemos un día para visitarla, la tarde de hoy, que no tenemos contratada ninguna excursión y mañana, por lo que hemos descartado la visita al Louvre, muy a nuestro pesar.

El hotel está situado cerca de la torre Eiffel, así que, tras dejar nuestras maletas, nos vamos paseando hasta la misma y nos decidimos por subir hasta arriba para admirar la ciudad desde el cielo. Lo que Cristal no sabe es que la cena de hoy será especial a bordo de «La Marina de París», el barco que recorre el río Sena. En cuanto nos desplazamos hasta Puerto Solferino, su cara se ilumina.

—Ryan, gracias por este maravilloso momento —dice besándome cuando embarcamos—. Sé que tenía mis dudas con este viaje, pero está siendo maravilloso y cada día que pasa siento que nos queda menos para ver a mi pequeño. Lo he notado tan cambiado hoy...

—Cariño, eso es que lo echas de menos, pero está igual de guapo que siempre. Ahora, dejémonos envolver por este pequeño viaje y veamos París iluminado.

El viaje es estupendo, disfrutamos de las vistas panorámicas de la Torre Eiffel, la Catedral de Nôtre Dame y la casa palaciega del Museo del Louvre.

Tras una cena *gourmet*, regresamos a puerto y, agotados, pensando en lo que al día siguiente nos espera, regresamos al hotel.

Esa noche, nuestros cuerpos se desean de una manera especial, quizás sea la ciudad o que llevamos días sin apenas tocarnos por el cansancio, pero en el momento en el que nos desvestimos la pasión se desata, dando rienda suelta a nuestras fantasías más oscuras y fundiéndonos en un solo ser durante horas.

Parece que el tiempo pasa a una velocidad vertiginosa y de nuevo el día comienza. Al final hemos decidido visitar el Louvre, algo rápido, no podíamos irnos de París sin ver a la famosa Mona Lisa o la Venus de Milo. Con rapidez, pues apenas queda tiempo, nos dirigimos a ver la Catedral de

Nôtre Dame, para poner fin a nuestra visita e irnos en un coche alquilado hasta Versailles.

De nuevo, una tarde agotadora visitando el famoso Palacio de Versailles, perdiéndonos en la inmensidad del mismo y en sus preciosos jardines, donde nos permitimos el lujo de pasear durante un rato por ellos.

Debido a la larga distancia hasta nuestra siguiente parada, Burdeos, nos dirigimos al hotel temprano, para madrugar al día siguiente. En Francia, hemos decidido no coger guía, gracias a que Cristal domina el idioma a la perfección.

A las cinco de la madrugada, ponemos rumbo hasta Burdeos, tenemos más de cinco horas y media de camino. Cristal, agotada por el trasiego de los días, permanece todo el camino dormida. Mi cansancio también es notable, pero me gusta conducir y, acompañado de buena música, consigo aguantar las horas al volante.

Una hora antes de llegar a Burdeos, mi chica se despierta con una bonita sonrisa.

—Mi vida, lo siento, pero estoy agotada. Y aún nos quedan, con hoy, cuatro días. Esto es una locura que solo nosotros nos hemos atrevido a hacer, ¿lo sabes?

—Todo sea por ver Europa. ¿Quién dijo que no podíamos verlo en una semana?

—Bueno estamos dejando muchas cosas por el camino.

—Lo sé, pero así tendremos que volver.

—Tienes razón.

En Burdeos sí hemos cogido un guía, que nos hace una visita en tiempo record por los principales lugares más destacados de la ciudad. MonumentauxGirondins, Place de la Bourse, donde se encuentra la Bolsa. La calle peatonal RueSainte-Catherine en el corazón del centro histórico de la ciudad, considerada una de las calles peatonales más largas de Europa, que une la Plaza de la Victoire a laPlace de la Comédie, donde encontramos el Grand Théâtre.

Comemos en un viñedo, degustamos el buen vino de la tierra y ponemos rumbo al aeropuerto para ir hasta Madrid. El vuelo dura casi una hora y media, pero aprovecho para descansar y dormir un poco.

Hemos cogido un hotel céntrico para poder visitar algo hoy y mañana el resto. Tras darnos una ducha, decidimos pasear por el centro de la ciudad, visitando la Puerta del Sol, las calles aledañas hasta llegar a la Plaza Mayor.

Rendidos por la intensidad del viaje, cenamos el típico bocadillo de calamares, el que degustamos con gran interés, y nos vamos a acostar para el día que nos espera.

La mañana transcurre rápida visitando el Museo del Prado y el Círculo de Bellas Artes, para pasar la tarde en el Parque del Retiro, montándonos en barca y descansando un poco del agotador día. Al atardecer, decidimos coger el metro hasta las CTBA, situadas junto al famoso Paseo de la Castellana; se trata de cuatro rascacielos que forman un parque empresarial. Cada torre es diferente y, admirados por la magnitud de dichos edificios, decidimos cenar en un restaurante cercano, degustando la fantástica comida española.

Los dos últimos días los pasamos en Reino Unido. Nuestro primer destino es Londres, viendo las Casas del Parlamento, el Palacio de Westminster con el Big Ben y el Palacio de Buckingham, donde no podemos evitar pararnos ante la multitud de turistas que esperamos con ansia el cambio de guardia. Por último, la visita a esta ciudad concluye con el Castillo de Windsor, una de las residencias oficiales de la Reina Isabel de Inglaterra.

Tras tomar un vuelo hasta Edimburgo esa misma noche, nos hospedamos en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Tenemos el día entero para visitar esta preciosa ciudad pero hemos decidido tomarnos las cosas con calma, por lo que, montados en el autobús turístico, subidos en el segundo piso, visitamos el Castillo de Edimburgo, el Palacio Holyrood, la Royal Mile y, por último, la exposición interactiva «OurDynamicEarth».

Al atardecer, después de admirar con pena la ciudad, regresamos a Londres.

Nuestro bonito, pero a la vez cansado viaje, toca a su fin. Han sido unos días intensos, de mucha actividad, pero ha merecido la pena. Jamás pensé que visitar tantas ciudades y monumentos en tiempo record podrían agradarme,

pero he contado con la mejor compañía del mundo, la mujer a la que adoro con todo mi corazón.

La llegada a Boston es muy emotiva; en cada ciudad que hemos visitado hemos comprado detalles para toda la familia, camisetas y ropa para nuestros hijos y para Mía. Cristal entra por la puerta de casa y se dirige a abrazar a su pequeño, que se encuentra en los brazos de mi madre.

—Mi vida, te he echado tanto de menos —dice con lágrimas en los ojos.

Ethan sonrío, en una semana ha cambiado muchísimo, al igual que Mía. Jo se abraza a mí.

—Papi, yo también os he echado mucho de menos —la cojo en brazos y la colmo de besos durante unos minutos. Ella aguanta mis carantoñas para después abrazar a Cristal.

—Mami, ¡qué ganas tenía de verte!

—Y yo a ti, cielo.

Cristal me entrega a Ethan para que le estreche entre mis brazos y, felices por regresar de nuevo junto con los nuestros, nos miramos embobados, sabiendo que este viaje ha sido un sueño hecho realidad, pero que verdaderamente es ahora cuando comienza nuestro sueño, uno en el que solo espero que nuestra familia aumente y que vivamos felices para siempre.

Epílogo

Aún no puedo creerlo, pues han pasado más de cuatro años desde que Ethan nació y de nuevo estoy en el hospital para recibir a un nuevo miembro de esta familia: la pequeña Madison, que ha nacido hace unos minutos, tras un parto corto, pues Cristal llegó al hospital con una cesárea programada porque Madison venía de nalgas, por lo que no he podido estar con ella durante el alumbramiento.

Todos estamos expectantes en la sala de espera a que nos presenten a nuestro nuevo miembro de la familia. El quinto nieto para mis padres, pues Cath y Adam hace dos años que tuvieron a Aaron, un pequeñajo de lo más revoltoso pero con una gracia que nos tiene a todos enamorados. Jo es ya una adolescente, con trece años recién cumplidos. Ethan sigue siendo el mismo niño rubio, guapo y bueno que ha sido siempre. Mía es una niña muy avispada para su edad, pero bastante movida, igual que su hermano.

Cuando la enfermera sale con mi hija en brazos, avanzo decidido para cogerla. De nuevo he hecho una apuesta con Cristal; esta vez, he dicho que nuestra hija será pelirroja y con los mismo ojos verdes que tiene su madre. En cuanto la enfermera me la entrega, sonrío, no me he equivocado en el pelo; aún no puedo comprobar los ojos, pues está dormida y además a veces tarda en definirse el color, pero es muy blanquita de piel. Es preciosa y tiene la misma nariz que su madre.

—Señor Halt, le presento a su hija, Madison —dice entregándomela—, en unos minutos tendré que llevármela a la revisión del pediatra, pero su esposa ha insistido en que la conocieran primero.

—Gracias, señorita —respondo.

La estrecho entre mis brazos y no puedo ser más feliz, es el último de los sueños que me quedaban por cumplir.

Todos se acercan y la miran, la acarician pero ella sigue durmiendo como si nada. Después de unos minutos, la enfermera se la lleva y nosotros nos dirigimos a la habitación que Cristal ocupará en breve.

En relación a mi vida laboral, soy muy feliz. Tras la última temporada como jugador de los Red Sox, en la que conseguimos ser los terceros, el equipo me ofreció un puesto como entrenador suplente. Durante dos años he estado como tal, pero esta temporada ya soy el entrenador oficial de este equipo que lo es todo para mí. He permanecido nueve años como jugador con muchos éxitos personales, ahora solo puedo esperar estar a la altura también como entrenador.

Cristal por fin entró en razones y ha ampliado la clínica, aceptando mi dinero. Sé que aún le pesa en algunas ocasiones, pero ha comprendido que somos una familia, que el dinero que yo he ahorrado es tanto suyo como mío. Ha contratado a dos fisioterapeutas y ella solo va ciertos días a la semana. Aunque de nuevo lo dejará unos meses para estar con nuestra pequeña Madison.

En lo que respecta a Gianna, no hemos vuelto a tener noticias tuyas, cosa que agradezco, pues no estaba totalmente convencido de que fuera a dejar las cosas pasar, debido a cómo había actuado en el pasado. Creo que ha sido el dinero mejor gastado de mi vida.

A Jo le queda solo un año para asistir a la *highschool*. Siempre ha sido una hija muy responsable y estudiosa, que no me ha dado problema alguno. Es más, sus calificaciones son excelentes.

—Papá —me llama ahora—, ¿crees que cuando lleguemos a casa podré quedar con mis amigas un rato?

—Nenita, estaremos hasta tarde en el hospital, es mejor que lo dejes para otro día.

—Está bien, pero papá, no me llames así, ya no soy una niña.

—Para mí siempre lo serás.

—Ahora tienes a Madison para llamarla así.

—¡Mi nenita eres tú!

—¡Papá! —vuelve a quejarse, pero es que me encanta hacerle renegar de vez en cuando.

—¿Qué te parece tu hermana?

—Es igual que mamá.

—Lo es, la verdad es que no puedo quejarme, mis hijos son los más guapos de todo Boston.

—¡Eh! No te pases hermanito —interviene Cath—, que mis hijos son muy guapos también.

—Tienes razón, casi tan guapos como los míos... —digo en tono guasón.

—Dejémoslo en tablas.

—Tía Cath, debes reconocer que tiene razón. Además, la tercera generación es mucho más guapa que la segunda —dice con chulería y pone sus brazos en jarras.

—Mira ella, qué modesta es... —expone Cath.

—Tía, no es por nada, pero tengo a todos los chicos de mi clase babeando por mí.

—¡Pues olvídate de chicos hasta los veinticinco! —gruño enfadado.

—¡Papá! —exclama con resignación—. Todas mis amigas tienen novio menos yo.

—Jo, si tus amigas se tiran por un puente, ¿vas tú detrás? ¿A que no? Pues lo que ellas hagan, a ti te tiene que dar de lado. Tienes mucho tiempo para tener novio.

—Eres un antiguo, papá.

Justo cuando voy a recriminarle, aparece Cristal, sonriente, imagino que aún tiene los efectos de la anestesia y no tiene dolores. Le doy un beso en los labios, suave, y la miro con ternura.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te encuentras?

—De momento bien, pero aún estoy con los efectos de la anestesia. ¿Os han dicho cuando traen a Madison?

—Tenían que hacerle las pruebas oportunas, imagino que no tardará.

—¿Dónde está Ethan?

—Con mis padres, abajo, estaban tomándose un batido.

—Pero van a dejarle subir, ¿no?

—Sí, cariño, no te preocupes, que el niño de tus ojos vendrá —comento.

—No digas tonterías...

—Cariño, es tu talón de Aquiles, no lo niegues.

Todos lo sabemos, desde que nació, se ha desvivido por Ethan. Aunque debo admitir que ha querido siempre mucho a Jo, pero con él tiene un vínculo especial.

Mis padres, Cath y Adam aparecen con todos los niños, que comienzan con su algarabía particular. Gracias a que Cristal está sola en la habitación, sino seguro que nos echaban.

Al rato traen la cunita de mi pequeña princesita, la colocan al lado de su madre y ella la mira con adoración.

—Mi amor, eres un *crack*, otra vez he vuelto a perder la apuesta —expone.

—¿Tiene los ojos verdes? —pregunto asombrado.

—Sí, igualitos a los míos.

—Es idéntica a su madre, entonces.

—No sé, ¿tú crees?

—Cristal, cielo —interviene mi madre—, es tu viva imagen.

La niña se despierta y comienza a llorar con unos chillidos que nos asustan a todos. Enseguida la cojo, pues Cristal no se puede incorporar mucho por los puntos, y se la entrego a ella.

—A ver princesita, imagino que tienes hambre, así es que ve con mami.

—Mi tesoro, vamos a comer.

Cristal le da de mamar después de que la familia salga de la sala; saben que para eso, al igual que con Ethan, es muy pudorosa, y todos lo respetan. Solo me quedo yo en la habitación.

—¿Eres feliz, Ryan? —me pregunta.

—Muy feliz, cariño. ¿Y tú?

—También, nunca pensé que sería tan feliz, que tendría a un maravilloso hombre a mi lado y tres hijos con los que alegrar mi vida. Pero lo he conseguido. He logrado superar mis miedos al compromiso y a formar una familia.

—La verdad es que yo podría decir lo mismo. Porque si hace unos años alguien me dice que volvería a casarme y a ser padre, le hubiera tomado por loco. Y aquí estoy, con nuestra nueva hija. Pero sobre todo, junto a la mujer más maravillosa del mundo, para vivir lo que el destino nos tenga preparado. Solo espero que sea una larga vida junto a ti, mi amor.

FIN

Agradecimientos

Son muchos los que día a día continúan apoyándome en este camino que es la escritura. Como en todos los libros que he publicado hasta ahora, siempre y los primeros a los que debo agradecer su gran apoyo y su confianza en mí es a mi esposo y a mi hija, ellos hacen mi vida infinitamente mejor, la iluminan y siempre me ayudan en los momentos difíciles, gracias amoros os quiero infinito.

Muchas personas se han cruzado en mi vida, muchas me han ayudado, algunas me han enseñado lecciones y sobre todo que debo perseguir mi sueño, luchar por lo que quiero. Gracias a todos los que un día me enseñaron que se puede disfrutar escribiendo y que debo perseverar y continuar mi camino, pese a que es largo y en algunas ocasiones tortuoso.

Agradecer a mis niñas Susana, Sandra, Rakel, Rosa y Neus, ellas me apoyaron desde que las conocí algunas ya estaban en mi vida otras se han ido uniendo y se han convertido en verdaderas amigas. Gracias de todo corazón.

A mis chicas de Barcelona, María y Loli, que siempre me apoyan y me dan mucho cariño, gracias de todo corazón.

A mi familia, por confiar en mí, por pensar que podría llegar a lograr este sueño, que es conseguir que una de mis historias sea publicada con una editorial.

A mis compañeras de trabajo, Conchi, Puri, Marta, Ascen y Luisa que desde el primer momento en el que les dije que escribía quisieron descubrirme y nunca, nunca me fallan cuando vuelvo a publicar un nuevo libro.

A todas las personas que día a día me ayudan, me apoyan y sobre todo disfrutan con mis historias.

Rose B. Loren

Notas

[←1]

El clamchowder es una crema de almejas, un plato típico de Boston. Consiste en una nata espesa, cebolla, patatas, leche, almejas frescas y su jugo.

[←2]

Los crabcakes son como unas hamburguesas empanadas de cangrejo, se sirven normalmente acompañados con salsa tártara y una rodaja de limón.

[←3]

El abridor es el lanzador que inicia el juego.

[←4]

Es uno de los lanzamientos más utilizados en béisbol y que alcanza mayor velocidad.

[←5]

Bola lanzada de forma tal que minimiza la rotación de la misma, describiendo diversos giros por causa de la presión de la misma, es un lanzamiento errático y difícil de batear, sin embargo es también difícil de controlar por los lanzadores.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[La perdí para siempre](#)

[Capítulo 2](#)

[Después de la operación](#)

[Capítulo 3](#)

[La espera](#)

[Capítulo 4](#)

[Comienza la rehabilitación](#)

[Capítulo 5](#)

[Haciendo pequeños progresos](#)

[Capítulo 6](#)

[Una fiesta un tanto movida](#)

[Capítulo 7](#)

[Un adiós](#)

[Capítulo 8](#)

[Comienzos difíciles](#)

[Capítulo 9](#)

[El tratamiento de Cath](#)

[Capítulo 10](#)

[Una recaída](#)

[Capítulo 11](#)

[La consulta](#)

[Capítulo 12](#)

[La visita de Gianna](#)

[Capítulo 13](#)

[Sincerarme](#)

[Capítulo 14](#)

[Una urgencia](#)

[Capítulo 15](#)

[La mejoría](#)

[Capítulo 16](#)

[Conociendo al bebé de Cath](#)

[Capítulo 17](#)

[Cristal](#)

[Capítulo 18](#)

[Cristal se abre a mí](#)

[Capítulo 19](#)

[¿Y ahora qué?](#)

[Capítulo 20](#)

[Una prueba de amor](#)

[Capítulo 21](#)

[Llegó el día](#)

[Capítulo 22](#)

[Y por fin lo conseguí](#)

[Capítulo 23](#)

[El día después](#)

[Capítulo 24](#)

[Despertar a su lado](#)

[Capítulo 25](#)

[La consulta de Cristal](#)

[Capítulo 26](#)

[Regresar a la rutina](#)

[Capítulo 27](#)

[Una nueva oportunidad](#)

[Capítulo 28](#)

[La noticia](#)

[Capítulo 29](#)

[Todo se complica](#)

[Capítulo 30](#)

[Problemas en el paraíso](#)

[Capítulo 31](#)

[Después de la tempestad viene la calma](#)

[Capítulo 32](#)

[Nuestra vida juntos](#)

[Capítulo 33](#)

[Buenas noticias](#)

[Capítulo 35](#)

[Una cita conjunta](#)

[Capítulo 36](#)

[¿Día de chicas?](#)

[Capítulo 37](#)

[La recuperación](#)

[Capítulo 38](#)

[La noticia](#)

[Capítulo 39](#)

[De vuelta al entrenamiento](#)

[Capítulo 40](#)

[El día de mi regreso](#)

[Capítulo 41](#)

[Las declaraciones](#)

[Capítulo 42](#)

[Volviendo a la normalidad](#)

[Capítulo 43](#)

[Días antes de la boda](#)

[Capítulo 44](#)

[El gran día](#)

[Capítulo 45](#)

[Disney Word](#)

[Capítulo 46](#)

[Regresar a nuestras vidas](#)

[Capítulo 47](#)

[Rompiendo Aguas](#)

[Capítulo 48](#)

[Ethan](#)

[Capítulo 49](#)

[De nuevo la calma](#)

[Capítulo 50](#)

[Nuestro viaje a Europa](#)

[Epílogo](#)